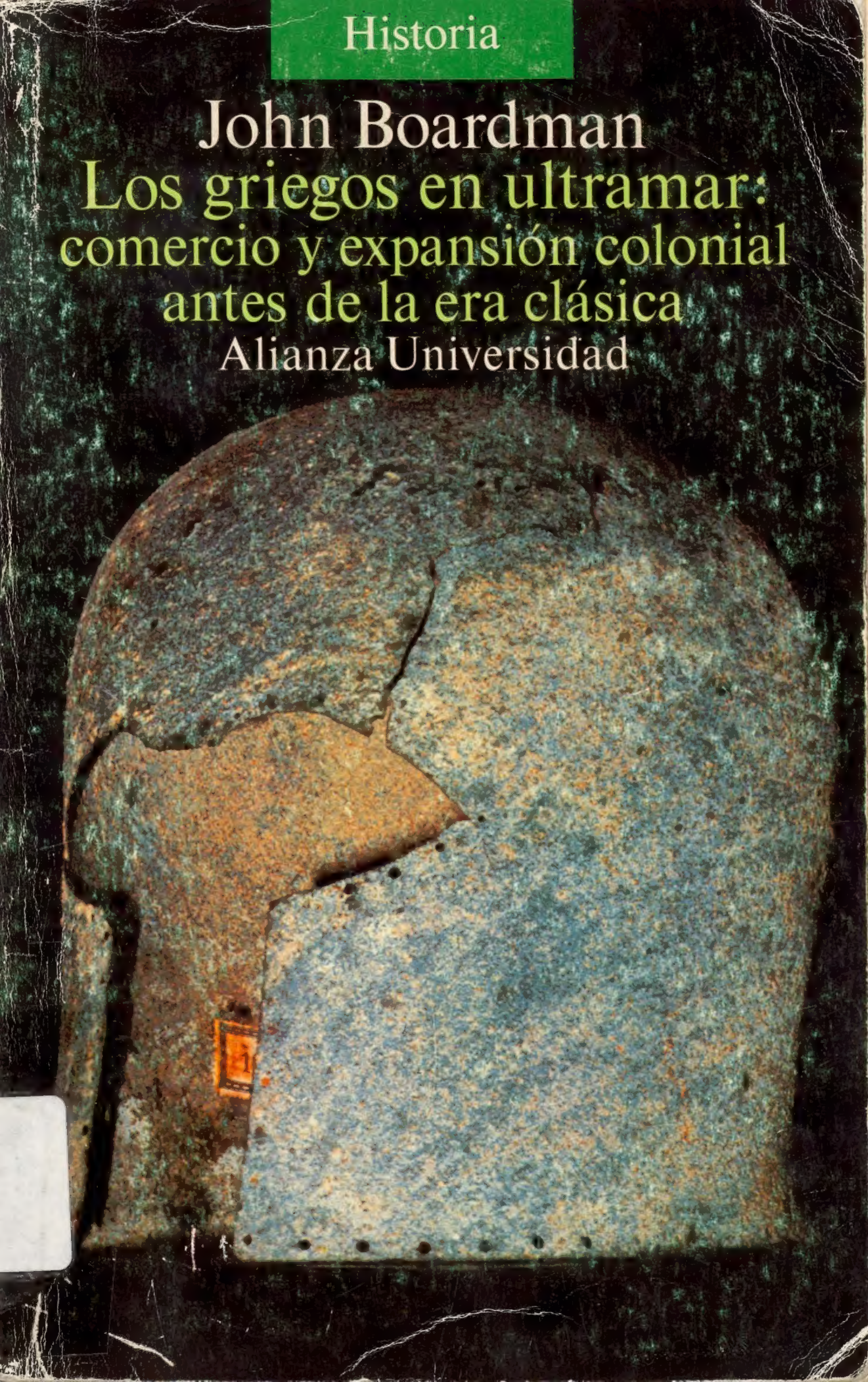


Historia
John Boardman
Los griegos en ultramar:
comercio y expansión colonial
antes de la era clásica
Alianza Universidad

Los griegos en ultramar:
comercio y expansión colonial
antes de la era clásica

Alianza Universidad

John Boardman

Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica

Versión españoia de
Antonio Escohotado

Revisión:
Marisa Balseiro

Alianza
Editorial

Título original:
The Greeks Overseas
(Publicado en inglés por Penguin Books Ltd. Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra)

Primera edición en "Alianza Universidad": 1975
Segunda reimpresión en "Alianza Universidad": 1986

Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2140-4
Depósito legal: M. 7.674-1986
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

PROLOGO

La mayor parte de nosotros estamos familiarizados con los gloriosos logros del período clásico griego, y podemos fácilmente invocar una visión de la Acrópolis, el Partenón y las obras maestras del arte griego en piedra, metal y alfarería, así como el genio literario griego. Pero estamos menos familiarizados con los legados griegos en otras tierras, y los arqueólogos están deseosos de conocer más sobre el modo en que los griegos se aproximaron a los bárbaros y a los pueblos civilizados de ultramar. Han estimulado mucho estos estudios los cruceros turísticos a lo largo del Mediterráneo, creando un interés creciente por este tema.

Podemos trazar ahora las etapas del proceso mediante el cual los griegos dejaron su huella en el Este y en el Oeste, comenzando con los primeros pasos, dados ya por micénicos de lengua griega a finales de la Edad del Bronce. El período más agradecido para la investigación es el que se extiende entre el comienzo del siglo VIII y la época posterior a las invasiones persas del siglo V a. de C. Poco después del 700 a. C. hubo una poderosa influencia oriental sobre el arte griego, que puede observarse en importaciones encontradas sobre los enclaves griegos, pero a partir del 700 a. C. este estilo oriental fue gradualmente transmutado y helenizado, a medida que los griegos transformaron brillantemente la inspiración oriental y la asumieron como propia. Y es fascinante descubrir la huella

del genio griego en las partes más distantes del mundo civilizado; por ejemplo, en Pasargada, en el Irán aqueménida, donde descubrimientos recientes han renovado nuestra comprensión de la capital fundada por Ciro el Grande: descubrimos que su tumba contiene una innovación arquitectónica griega. Pronto seguirían un modelo griego las fachadas persas, y la ciudad persa de Susa estaba importando vasijas griegas.

En un período donde la cerámica griega puede hallarse en Babilonia o Nubia, bronces griegos sobre el Sena y bronces urartianos en Olimpia, nos hallamos enfrentados a un flujo de comercio cosmopolita delicadamente situado entre las contra-presiones de la política y la economía. Hemos de descubrir aún en qué medida fueron conscientes o no los griegos de la importancia de mantener un equilibrio en los pagos, aunque al establecer opulentas estaciones comerciales en Naucratis, Egipto, debían necesariamente traer vino, aceite y plata a cambio de maíz. El señor Boardman nos cuenta de modo inteligente y agudo las relaciones entre griegos y frigios, lidios y persas, y finalmente nos enfrenta con Italia, Sicilia y el Occidente. Está ahora explorando las obras ultramarinas griegas en el emplazamient de Tocra, en Cirenaica, donde recientemente se han encontrado cerámicas griegas de comienzos del siglo VI. Para cualquiera que viaje por el Mediterráneo, o por el Mar Negro, a lo largo de la costa española, este libro debe ser un compañero indispensable, porque la presencia griega es parte del escenario histórico que todavía excita nuestro entusiasmo y exige nuestra exploración personal.

M. E. L. MALLOWAN

Enero de 1964.

AGRADECIMIENTOS

El autor está en deuda con el museo Ashmolean, el museo de Bellas Artes de Boston, el museo Hermitage de Leningrado, el Museo Británico y el Instituto Griffith por las fotografías. La señora M. E. M. Cox preparó muchos de los dibujos. El señor W. G. Forrest ha tenido la amabilidad de leer el manuscrito y sugerir diversas mejoras.

J. B.

Verano de 1961. Oxford.

NOTA A LA SEGUNDA EDICION

En los diez años que este libro lleva publicado se han hecho muchos descubrimientos nuevos e importantes y han aparecido diversos estudios; el autor espera, por eso, tener una mayor comprensión de algunos problemas. Sin embargo, esta nueva edición no está totalmente reescrita, y los cambios se han hecho por medio de adiciones, supresiones y correcciones, tanto al texto como a las ilustraciones. Debo agradecer a muchos amigos y colegas sugestiones y comentarios que han dejado su huella en la nueva forma del libro, y he aprovechado algunos conocimientos de primera mano obtenidos en Libia y Rusia en años recientes.

J. B.

Verano 1971. Oxford.

PREFACIO

Ruibarbo, ruibarbo; Bárbara buzz buzz —una conversación teatral que pretenda ser ininteligible destaca los sonidos *bar, bar, bar,* propios de la conversación común. Los extranjeros hacen sonidos incomprensibles semejantes, y en la Antigüedad no fueron únicamente los griegos quienes caracterizaron a los hablantes de otras lenguas como parloteadores, *bar-bar: «bárbaros»*. Cuando los griegos se encontraban con otros griegos el resultado podía ser muchas veces violento, pero por lo menos podían entenderse unos a otros, y este vínculo de lengua fue siempre reconocido y respetado entre ellos. Con todo, los griegos no utilizaron el término «bárbaros» como nosotros hacemos. Para ellos abarcaba a quienes no hablaban griego, tanto a las personas «toscas, salvajes y sin cultura» de la definición del diccionario, como a los reyes y ciudadanos de los grandes imperios orientales.

Este libro estudia los datos materiales sobre las relaciones tempranas entre griegos y bárbaros. Al ser propuesto, se sugirió que debiera referirse a las colonias griegas. Esto parecía tan vinculado a la historia y la arqueología de la propia Grecia que el editor convino amablemente en permitirme ampliar el horizonte, a fin de incluir un relato de todas las primeras empresas ultramarinas griegas cuya finalidad fuese el comercio o el establecimiento de colonias, ya estuvieran atestiguadas por pruebas fidedignas de la

existencia de colonos griegos o solamente por la presencia de mercancías griegas. Aun así, este libro será ante todo un informe sobre las *pruebas* arqueológicas de los griegos en ultramar, puesto que su «arqueología» propiamente dicha va unida a la de la metrópoli. Buscaremos los efectos materiales de su presencia sobre suelo extranjero, sus relaciones con las poblaciones indígenas, el efecto de esas relaciones y el de los propios indígenas sobre los griegos. Esto último es lo más importante en sus viajes a Oriente y a Egipto, porque el contacto con las civilizaciones más antiguas de Mesopotamia y del valle del Nilo suministró la chispa que pondría en marcha a la nueva Grecia y encendería esa llama que los entendidos pueden venerar todavía en la civilización occidental moderna. Para hacer toda la justicia posible a estas cuestiones, ha parecido necesario dedicar parte del libro al estudio de los efectos del Oriente Próximo y Egipto sobre los griegos, tanto los de la metrópoli como los de ultramar. Sólo así podía contarse la historia completa. De todos modos, este libro trata únicamente de cosas materiales, y el lector deberá recurrir a otros trabajos si desea informarse sobre las deudas de la literatura, la religión y el pensamiento griegos para con el Oriente y Egipto.

También se utilizará el testimonio de los historiadores antiguos. Más que la mayoría de las historias «arqueológicas» de las culturas antiguas, este libro debería leerse como un suplemento a lo ya conocido por otras fuentes, aunque nuestros datos puedan a menudo llenar vacíos de esos testimonios o incluso corregirlos.

Debe recordarse que lo aquí se narra es sólo una parte de la historia del renacimiento griego, y que poco puede tomar en cuenta el genio propio de los griegos, excepto en cuanto los llevó a explorar y a aprender de civilizaciones más antiguas. Con tanto como queda sin decir, podría incluso parecer que la Grecia clásica no habría sido nada sin esta inspiración, pero basta ver qué hicieron los griegos con lo tomado a préstamo y cuán pronto superaron a sus modelos. Safo escribió sus poemas sólo unos doscientos años después de aprender los griegos el alfabeto. El Partenón y sus esculturas aparecieron sólo ciento cincuenta años después de haber dado los griegos sus primeros pasos en la arquitectura y la escultura monumental. Y todas esas cosas —alfabeto, arquitectura, escultura— las aprendieron los griegos en alguna medida de los «bárbaros».

Está, también, el otro lado de la historia. Con sus colonias y su comercio en el Oeste y en el Norte, los griegos tomaron contacto con gentes menos avanzadas culturalmente, y podemos observar en sus comienzos la diseminación de la cultura griega por Italia y Europa occidental.

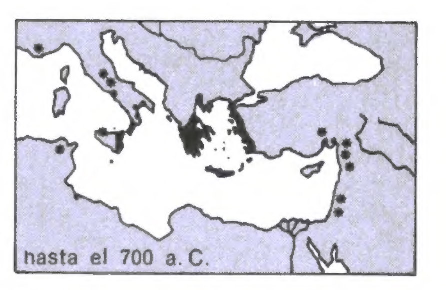
Aprender en el Este y en el Sur; enseñar en el Oeste y en el Norte. La historia está equilibrada, y sus dos partes corren a la par. El siglo VII a.C. ve los primeros movimientos hacia el Este y el Oeste; el siglo VI, los primeros movimientos hacia el Norte y el Sur; en el siglo VI hay una consolidación frente a poderosos oponentes y rivales: persas, fenicios, etruscos. Durante estos tres siglos, los griegos pasaron del aislamiento y de una relativa pobreza a una posición de poder y al disfrute de la cultura más elevada. Este es el período «arcaico» en el sentido más amplio del término. Durante estos años se pusieron las bases de la Grecia clásica, y sólo estudiaremos estos años formativos. Culminan en el año 480 a.C., con la resistencia victoriosa de los griegos frente a la amenaza de Cartago en el Oeste y de Persia en el Este. Rara vez tomará en consideración este libro las venturas o desventuras de los griegos en ultramar después de esa fecha.

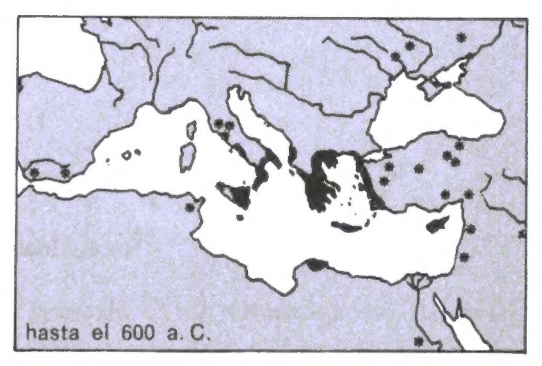
El lector interesado y el estudiante encontrarán en la bibliografía de cada capítulo algunas obras que quizá ayuden a explicar el fondo y algunos de los argumentos. Al curioso que quizá se vea sorprendido por observaciones respecto de un objeto o evento, sólo puedo presentarle mis excusas y decirle que, plenamente documentado, este libro hubiera requerido tres volúmenes, y no uno.

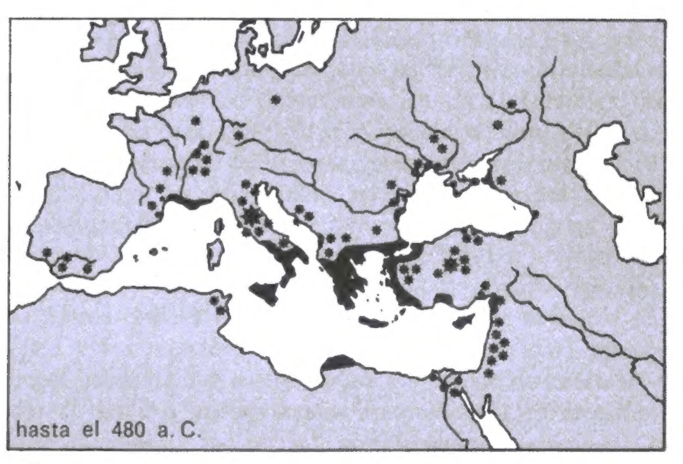
Temo que a menudo mis descripciones de lugares y de objetos particulares no se basen en experiencias de primera mano. Allí donde las fechas que atribuyo a objetos difieren de las ofrecidas en algunas publicaciones (como a menudo acontece), lo hago deliberadamente, y, según espero, más de acuerdo con las pruebas actualmente disponibles. Muchos de los monumentos y objetos que deben ser examinados no tienen menos valor documental por el hecho de ser obras de arte notables. Después de todo, esta es una de las muchas compensaciones de cualquier estudio arqueológico del mundo griego antiguo.

Es usual dar alguna explicación o disculpa por la grafía de los nombres de lugares y personas, y excusarse por posibles incongruencias. He preferido aceptar las incongruencias, y he hecho las

transcripciones de nombres utilizando las que me son más familiares y vienen de modo más espontáneo a mi pluma. Dudo que alguien se vea extraviado seriamente por ellas, y espero que molestará a pocos la falta de sistema en esta cuestión.







asentamientos griegos encontrados objetos griegos

Capítulo 1

LA NATURALEZA DE LOS DATOS

Datos arqueológicos

No es demasiado difícil reconstruir hoy día la historia arqueológica de cualquier localidad griega bien excavada. Los estudios sobre el desarrollo estilístico y la cronología de cerámicas, bronces y otros hallazgos probables han alcanzado un grado sin precedentes en la investigación de cualquier otra cultura de antigüedad comparable. Gran parte de los datos proceden de la cerámica decorada, que es el pan de cada día para el arqueólogo. Una vasija de arcilla cocida puede romperse fácilmente, pero sus trozos son casi indestructibles. Como los fragmentos eran prácticamente inútiles, quedaban abandonados alrededor de las localidades antiguas, o arrojados a pozos, para ser mucho más tarde extraídos e interpretados por los arqueólogos. Era también usual colocar vasijas enteras en las tumbas. Otros objetos desaparecen con facilidad: el hierro se corroe, el bronce y los metales preciosos son fundidos para nuevos usos, el mármol alimenta las caleras, pero los cascos de cerámica carecen de valor y por eso mismo han sobrevivido. El colaborador de un periódico dominical ha escrito con ingenio y simpatía sobre el «pueblo de los platos azules», cuya cerámica típica se amontona en tantos jardines traseros de Inglaterra. Un pequeño fragmento puede indicar la totalidad de la forma, esto es, si era una tetera, un plato

o una copa. Un trocito de dibujo de sauce, un *...ade in Birm...*, parte del monograma de un pichel «Coronation» pueden revelar el diseño, el lugar de origen y la fecha. La antigüedad ha dejado claves similares en sus vertederos, sobre y bajo tierra. Y en la Grecia antigua era el alfarero el que suministraba vasijas para los fines que hoy desempeñan botellas, latas, copas, cajas de cartón, bolsas de plástico e incluso barriles. Pero a pesar de la gran cantidad de datos, su interpretación no siempre resulta fácil. ¡Los platos con dibujo de sauces que todavía se fabrican no prueban vínculos culturales estrechos con la China contemporánea! Pero *tienen* su explicación, que un arqueólogo de la era post-atómica *podría* descubrir. Del mismo modo, si el vertedero de basuras de una ciudad tuviese en sus niveles más bajos (los más antiguos) paquetes vacíos de «Woodbines», y en los más altos paquetes vacíos de «Gauloises», o de goma de mascar, el estudio de los correspondientes cambios de costumbres podría conducir a hipótesis razonables sobre el comercio, o incluso sobre los cambios de población Los trozos y fragmentos que formarán gran parte de nuestro material de estudio en este libro pueden parecer míseros sustitutivos de hermosas vasijas enteras, pero apenas si es necesario observar que ese material no es menos importante por el hecho de no haber sobrevivido intacto.

La importancia concedida por los griegos al arte del pintor de vasos en los siglos que estudiaremos, y la sensibilidad característicamente griega frente al cambio de las modas decorativas, implican que los argumentos basados sobre un estudio *estilístico* de los vasos pueden tener mucho peso. Añádase a las secuencias estilísticas que pueden determinarse para los diversos tipos de cerámica griega algunas indicaciones de fechas *absolutas,* y tendremos un sistema que permite fechar la cerámica decorada con una aproximación de una generación, y a veces de una década. Esto es ya cierto en alguna medida para la mitad del siglo VIII a.C., y el grado de precisión se incrementa a lo largo de los siglos VII y VI. No sólo podemos fechar los objetos, sino que, además, los estudios regionales han hecho posible la atribución de la mayoría de ellos a ciudades concretas, y en muchos casos podemos incluso distinguir entre talleres, pintores y ceramistas individuales.

No es éste el lugar adecuado para una investigación detallada de los fundamentos de los sistemas cronológicos que utilizaremos a

lo largo del presente libro, pero algo debe decirse acerca de los tipos más importantes a investigar y las bases para establecer su cronología.

Además, aunque la interpretación de hallazgos hechos en la Grecia continental pueda resultar tarea relativamente fácil, hemos de tratar en gran medida con hallazgos griegos en tierras extrañas o en colonias ultramarinas recién fundadas. Es en consecuencia necesario decir algo sobre los principios que debieran regir la interpretación de esos hallazgos —aunque esto acontezca rara vez—, porque a menudo constituyen nuestros únicos datos para fundamentar teorías de amplio alcance.

Vamos primero, pues, con los tipos de cerámica y su fechación. Comenzamos en la primera Edad del Hierro, durante las «Edades Oscuras» de la historia griega, tras el colapso y la desintegración de la civilización micénica, aproximadamente en el 1100 a. C. Los hallazgos de los cementerios de Atenas muestran que muy poco después, probablemente alrededor del 1050 a.C., se había desarrollado el nuevo estilo «protogeométrico» de pintura de vasos a partir de las formas micénicas degradadas. La decoración es sencilla, precisa y extremadamente eficaz, formada muchas veces por pulcros círculos o semicírculos concéntricos, sin permitir jamás que los dibujos recarguen la superficie del recipiente. Este estilo es muy característico, y aunque hallazgos hechos en otras partes de Grecia muestran que muchas otras ciudades, en su mayoría menos prósperas, desarrollaron sus propios idiomas «protogeométricos», en lo artístico fueron siempre dependientes de Atenas. En la figura 1 aparecen ejemplos de él y de algunos otros estilos posteriores que mencionaremos. En el siglo IX se debilitan el sentido de la proporción y la austeridad en materia de decoración, y, como una erupción, un creciente repertorio de motivos geométricos se extiende sobre la superficie de las mejores piezas. Después del 800 a.C., se admite la decoración figurativa —animal y, más tarde, humana—, junto con una estilización geométrica formal para las formas naturales. Atenas sigue siendo la conductora, pero otras ciudades tienen sus estilos geométricos propios, que en diversos grados son todavía dependientes de Atenas: especialmente Corinto, Argos, Beocia, Creta y las de Grecia oriental. Es difícil precisar hasta qué punto derivan los nuevos estilos geométricos figurativos de los micénicos, conservados en forma de obetos descubiertos o de estilos que se

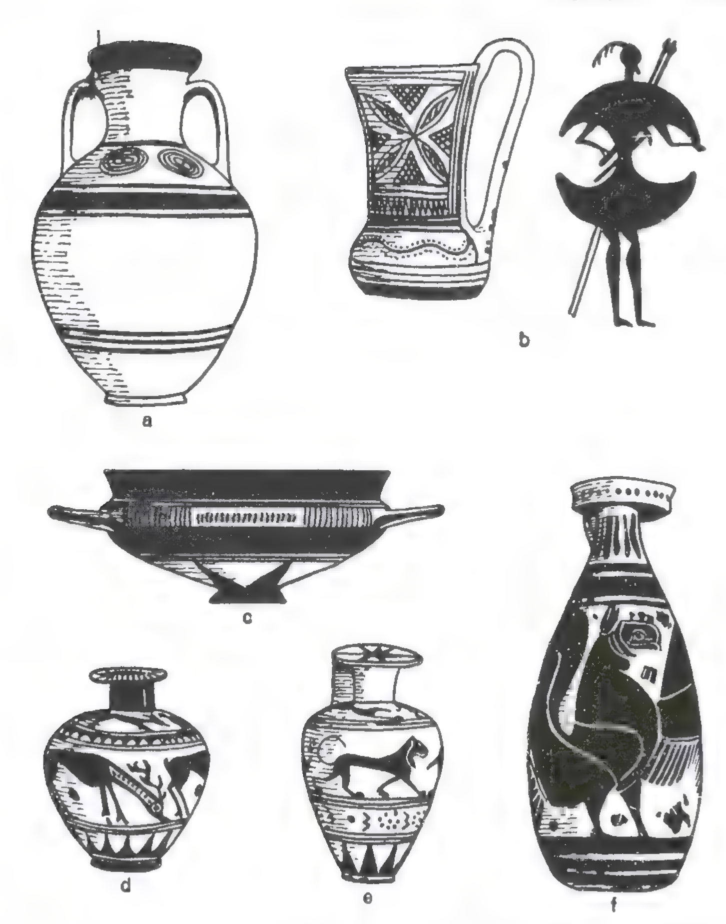


Fig. 1. *Tipos de vasos griegos primitivos:* a) *protogeométrico;* b) *geométrico;* c) *protocorintio;* d) *hacia el 700 a. C.;* e) *hacia el 650 a. C.;* f) *corintio, hacia el 600 a. C.*

hubieran mantenido vivos en otros materiales, pero hay que contar con esa posibilidad antes de atribuirlo todo o demasiado a la influencia extranjera o al genio local.

La influencia del Oriente Próximo se observa en la cerámica griega ya a finales del siglo IX a.C., pero no es importante hasta unos cien años después. Tendremos más que decir sobre la naturaleza y fuentes de esa influencia en el capítulo 3. En Corinto se

desarrolla un estilo nuevo y refinado, que conocemos con el nombre de «protocorintio», y se utilizan figuras y decoración «orientalizantes», así como una nueva técnica de incisión, llamada «de figuras negras», que puede quizá haberse inspirado en la metalistería incisa oriental. Ya en esta época disponemos también de algunas indicaciones de fechas absolutas. Los historiadores antiguos dan fechas para el establecimiento de colonias griegas en Sicilia, y la cerámica griega más antigua hallada en las mejor exploradas puede atribuirse plausiblemente a la primera generación de colonizadores. Incluso en sus detalles, la secuencia de fechas que dan los historiadores coincide notablemente con la secuencia estilística de la cerámica más antigua encontrada en el Oeste. Estudiaremos esta cuestión en el capítulo 5. También proporciona cierta confirmación el hallazgo de un escarabeo egipcio con el nombre de un rey junto a vasos griegos. Puesto que las fechas de ciudades griegas que dan las fuentes griegas no dejan de suscitar controversias (¡feliz el lugar que sólo cuenta con una autoridad respecto al problema de su fecha!), lo que se necesitan son más testimonios cronológicos independientes de esta clase. Para los siglos anteriores, los hallazgos estratificados de cerámica griega en Siria y Palestina suministran indicaciones generales, mientras que la asociación de vasos griegos y locales en Al Mina y los hallazgos en el nivel de destrucción, en el 696 a.C., de Tarso (pero no el identificado por los excavadores) confirman lo que deducimos de las fuentes griegas. Esto lo estudiaremos en el capítulo 3.

En el siglo VII es Corinto quien marca la pauta, y la secuencia de bellos vasos protocorintios puede seguirse hasta pasada la mitad del siglo. Atenas, entre tanto, siguió cultivando las técnicas de dibujo de silueta y perfil, más antiguas, aunque se admitían motivos orientalizantes, y para entonces la decoración con figuras humanas y escenas mitológicas se había hecho más corriente. También los griegos orientales y los cretenses se resistieron a seguir la guía de Corinto, y desarrollaron sus estilos propios, muy individuales. Por fortuna, los vasos corintios gozaban de gran popularidad, y es posible establecer cronologías razonables para estos otros tipos partiendo de aquellos contextos, como las tumbas, en que se han encontrado vasos corintios importados junto a productos locales. Para determinar las fechas recurrimos ahora a la cerámica más antigua de Selinunte y Marsella o al nivel de destrucción lidia de

Esmirna, aunque nada de esto puede utilizarse con gran confianza; pero a estas alturas está ya claramente trazada la interrelación y la secuencia de los vasos griegos, y la cronología supuestamente absoluta no puede estar muy equivocada. Nos apoyamos mucho en la fechación de los vasos corintios en estos años, pero es fácil caer en el error de decir que «los más antiguos de los vasos importados encontrados en X son corintios», cuando, en rigor, todo lo que puede decirse es que «los más antiguos de los vasos *fechables*... son corintios».

En el tercer tercio del siglo VII se inicia la serie corintia de figuras negras, o «corintia» verdadera. El estilo del dibujo pierde finura a medida que aumenta la producción, pero ya entonces los talleres áticos reclaman de nuevo la atención. Han aceptado la técnica corintia de figuras negras, y la aplican con un sentido de la narración y la monumentalidad que siempre escapó a los corintios En Corinto florecieron bellos estilos pintados junto a la producción en masa, pero a mediados de siglo su industria se hundió, por razones que todavía no conocemos bien, y los vasos áticos, acapararon casi todos los mercados. Los contextos de vasos áticos, corintios y de otros puntos de Grecia hallados en tumbas de esos años confirman las claras secuencias estilísticas y permiten que el sistema cronológico establecido para una sea aplicado a las demás. En la década del 560 se pueden situar los vasos más antiguos hechos en Atenas para celebrar los reinaugurados Juegos Panatenaicos; alrededor del 545 y el 525 la comparación con los relieves esculpidos en edificios fechados independientemente en Efeso y Delfos (el Tesoro de Sifnos) suministra nuevos puntos de referencia; y, también en el 525, el desmantelamiento persa de una fortificación fronteriza servida por griegos en Egipto (Dafne) sirve de término.

Hacia el 530, el pintor ático había desarrollado una nueva técnica, la llamada «de figuras rojas», en la que las figuras están constituidas por el fondo de arcilla del vaso, rellenándose su entorno y pintándose los detalles, que, anteriormente, en la técnica de figuras negras, eran incisiones en el interior de la silueta negra (fig. 2). El nuevo estilo aparece junto al antiguo hasta ya entrado el siglo V, en que le desbanca, y desde ese momento los vasos áticos de figuras rojas dominan prácticamente todos los mercados. Los puntos de fechación se hacen entonces más frecuentes; el saqueo persa de Atenas en el 480; monumentos funerarios que incluyen vasos en Ma-

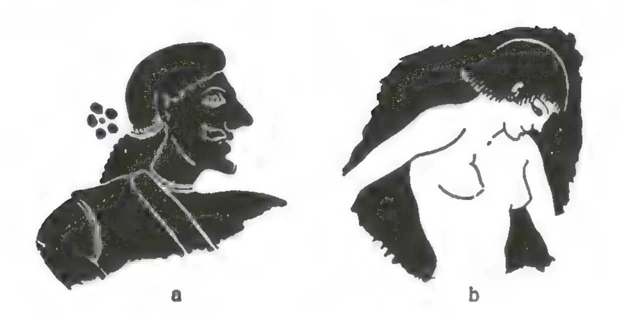


Fig. 2. *Pintura de vasos ática:* a) *técnica de figuras negras;* b) *técnica de figuras rojas.*

ratón (490), Tespias (424) y Atenas (la tumba de los espartanos, 403); el amontonamiento en Renea de los contenidos de las tumbas de Delos con ocasión de la purificación de la isla en el 425; y, criterio menos seguro, la aparición sobre los vasos de observaciones halagüeñas sobre jóvenes apuestos. Esto último se basa en la identificación del joven durante su carrera posterior, militar o política, un cálculo de su edad entonces, y un cálculo general del margen de años en que a un joven griego se le podía llamar bello (*kalos*). Rara vez eran celebradas así las mujeres, y, en cualquier caso, difícilmente esperaríamos hallar pruebas históricas independientes de sus edades.

Si nos permitimos, pues, cierta confianza a la hora de asignar los vasos de un ciudad griega en vez de a otra y a la hora de fecharlos dentro de límites bastante precisos, necesitamos aún determinar su posible significación histórica cuando aparecen en lugares extraños. Es fácil atribuir un significado indebido a hallazgos casuales de vasos u otros objetos griegos. El arqueólogo puede sobreestimar la importancia de las pruebas, o ser poco realista al explicar su aparición. El historiador puede no ser capaz de juzgar lo bastante bien las circunstancias y el marco arqueológico de los hallazgos. En el estudio de la historia griega de los siglos VIII, VII y VI a.C. resulta aún muy necesaria la colaboración inteligente de ambas disciplinas, una de las cuales trabaja fundamentalmente a partir de documentos escritos, mientras la otra opera sobre datos de primera mano en forma de objetos materiales.

Para nuestro problema inmediato, quizá sea útil analizar los diversos motivos por los que la cerámica pintada griega pudo viajar por los mares en la antigüedad.

1. La primera y más obvia razón sería el suministro de los griegos de ultramar que carecían de hornos propios o no se sentían satisfechos con los productos no griegos locales. Las familias emigrantes llevarían consigo su mejor vajilla de mesa, quizá también utensilios domésticos, y en sus nuevos hogares crearían probablemente una demanda de repuestos de la misma clase de cerámica procedente de la metrópoli. Hasta la construcción de hornos locales —probablemente para producir imitaciones de los tipos que les eran más familiares—, la cerámica utilizada por las familias corintias en Sicilia, por ejemplo, sería seguramente muy semejante a la empleada en la metrópoli. La identificación de los emigrantes griegos dependerá, por tanto, de lo que sepamos sobre los gustos imperantes en la metrópoli. Cuando tratemos de centros productores muy conocidos, como Corinto, el problema puede parecer fácil, o demasiado fácil: porque otros griegos pueden haber estado acostumbrados al género corintio y carecer de tipos locales propios y diferenciados. Pienso en Egina, donde no existía producción de cerámica decorada y los vasos corintios eran de uso general. Los historiadores antiguos hablan mucho del comercio ultramarino de Egina, pero si los eginetas se asentaron o llevaron cerámica a ultramar no es posible reconocerlos arqueológicamente, ni, a partir de la cerámica, distinguirlos de los corintios. Por otra parte, muchas veces las colonias griegas han sido mejor exploradas que sus metrópolis: tal es el caso, por ejemplo, de Calcis y Mégara.

Lo importante para nosotros es la probabilidad de que ciertos vasos menores, que en ningún caso habrían viajado como recipientes u *objets d'art*, puedan ser tomados como prueba de residencia o, al menos, de visitas regulares de los griegos. En cantidad deben inmplicar algún tipo de asentamiento, pero incluso la presencia de unos pocos de tales vasos puede servir de indicación de un comercio regular de otros productos, a los que acompañaron casualmente, o quizá de un alojamiento temporal de los comerciantes griegos o sus agentes.

2. Los vasos que viajaban por vía de comercio pueden haber tenido valor comercial *a)* por su contenido, o *b)* por sí mismos como *objets d'art*.

a) El aceite y el vino solían exportarse en vasijas grandes y lisas, pero sólo en el siglo VII podemos empezar a distinguir fácilmente los recipientes de los diversos centros productores, como los cántaros de vino quienses y los cántaros áticos de aceite o vino, según muestra la figura 3. Por lo mismo, es posible hacer observaciones útiles sobre la distribución de esos productos. Las vasijas recias y lisas podían por supuesto volverse a utilizar, quizá incluso volverse a exportar. De este modo, un cántaro de vino quiense del siglo VI fue sellado de nuevo en Egipto con cartuchos del rey Amasis (fig. 39, pág. 140). Los perfumes, o los aceites perfumados, pueden haber sido transportados a granel, pero sin duda se llevaban también en pequeños frascos elegantes, aríbalos o alabastrones. Para ayudar a vender sus contenidos, estos frascos solían llevar una decoración compleja o estar moldeados en formas infrecuentes o llamativas. Una proporción muy alta de las mejores pinturas hechas por artistas corintios en el período «protocorintio» se encuentra en estos frascos (como en la fig. 1 d, e, pág. 21). Corinto, según parece, era un gran exportador de perfumes en frasco. Es, al menos, difícil imaginar por qué se habría especializado en hacer esos frascos durante tanto tiempo si no los llenaba después. Creta pudo haber compartido ese comercio a finales del si-

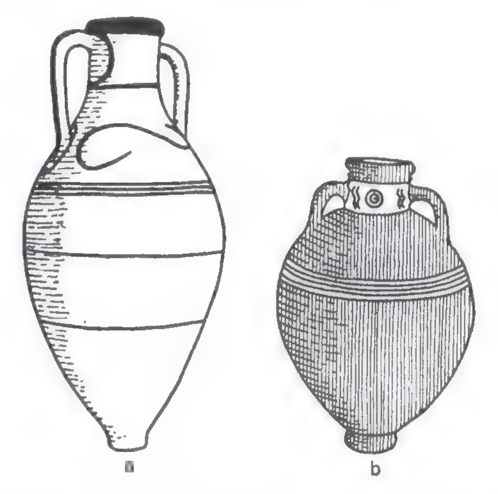


Fig. 3. a) *Cántaro de vino quiense.* b) *Cántaro ático de aceite o de vino.*

glo VIII y a comienzos del VII, y desde finales de este último Rodas rivalizó con Corinto. Había probablemente mucho comercio oportunista por parte de barcos griegos y no griegos, pero donde se ha encontrado una cantidad considerable de, digamos, cántaros de vino de Quíos o frascos de perfume de Rodas no parece insensato pensar que quienes lo transportaron eran quienses y rodios. Pero esto, naturalmente, no es necesario. Los eginetas eran exclusivamente transportistas, no productores, y probablemente cualquier capitán habría visto con agrado la tarea de transportar una carga de bellos frascos corintios de perfume.

b) La compleja decoración de los frasquitos de perfume sin duda fomentaría el gusto por la cerámica finamente decorada, y es muy posible que ya a mediados del siglo VII otros vasos corintios fuesen transportados por su valor intrínseco como *objets d'art,* o al menos como la mejor vajilla, especialmente al Oeste. Más tarde, los corintios explotaron la buena acogida dispensada a sus cerámicas pintadas incrementando la producción y descuidando el acabado. Atenas empezaba ya a rivalizar tanto en el mercado oriental como en el occidental, en el primer cuarto del siglo VI, con sus bellos vasos de figuras negras, que sin duda se transportaban por su valor intrínseco. En el segundo cuarto del siglo los corintios se rehicieron con una línea propia de cráteras (cuencos) decoradas con animadas escenas mitológicas. Estas piezas encontraron cierto favor en Etruria, pero su éxito fue efímero. Durante esos mismos años un taller ático estaba haciendo vasos (los denominados «tirrenos») para el mercado etrusco, y estos productos, junto con los de mayor calidad, ganaron la batalla. Los vasos «tirrenos» son cosas baratas y chillonas, que a menudo llevan inscripciones falsas para impresionar a los etruscos, que, de todos modos, probablemente no sabían leer griego. Incluso después de su éxito, los atenienses tuvieron que hacer frente a la competencia de nuevos talleres establecidos en la propia Italia, muchos de ellos operados por artistas jonios emigrandes o refugiados. Un ceramista ateniense, Nicóstemes llegó al extremo de copiar formas puramente etruscas (fig. 60, pág. 205) y decorarlas al estilo ático del momento, en lugar del simple acabado gris *(bucchero)* con el que se las conocía en Etruria. Hay también copias de algunas formas chipriotas y «calcidias» occidentales, y del dibujo de vasos espartanos (en las «copas inclinadas»). A partir de entonces, los atenienses serían los únicos griegos que

conseguirían hacer dinero exportando cerámica pintada. Por los precios que los comerciantes garabatearon sobre algunos de los vasos, el beneficio no pudo haber sido grande, y desde luego jamás formó una parte importante de los ingresos del Estado, ni siquiera a través de los impuestos. Otras obras de arte —en bronce o marfil— llevarían precios más altos, y hay ciertos indicios de un éxito corintio y espartano en la exportación de vasijas de bronce durante el siglo VI, pero los hallazgos de estos materiales son, naturalmente, mucho más raros que los de cerámica. Buena parte de los problemas ya discutidos sobre los transportistas se aplican aquí, como acontece con los recipientes de productos (véase *a),* más arriba). Desde luego, no fueron comerciantes atenienses únicamente quienes transportaron los bellos vasos de figuras rojas que se han encontrado desde España hasta Persia, desde el sur de Rusia hasta el Sudán.

3. Los hallazgos casuales de vasos griegos pueden significar muchas cosas. Ya he mencionado la posible significación de las vasijas pequeñas y más sencillas, que carecían de valor comercial. Por otra parte, las piezas sueltas pudieron diseminarse hasta muy lejos partiendo de cualquier colonia o puesto comercial, probablemente en manos no griegas y sin necesidad de que hubiera una demanda específica de tales productos. Serían curiosidades para los viajeros o los comerciantes indígenas, y nada pueden decirnos de importancia. Un ejemplo en material distinto puede ser el pequeño guerrero espartano de bronce recogido en un desierto del sur de Arabia, pero incluso este hallazgo ha sido citado en apoyo de la existencia de un puesto griego en el Mar Rojo durante el siglo VI a.C.

En la búsqueda de los griegos de ultramar poco nos preocuparán los objetos distintos de la cerámica, pero habrá ocasión de mencionar muchas otras obras allí donde sea necesario analizar los efectos recíprocos de los contactos ultramarinos y del comercio sobre los griegos de la metrópoli.

Las monedas y pesas, aunque de importancia histórica considerable, a menudo quedarán también sin mencionar. Las monedas podían circular demasiado lejos, durante demasiado tiempo y con demasiada libertad, pero de su presencia abundante en algunos lugares podrán extraerse algunas conclusiones últiles. En este sentido, se ha alegado que el número de monedas griegas septentrionales en Egipto muestra de dónde obtenían los comerciantes griegos orientales allí establecidos el metálico para pagar su trigo, y explica

en parte el interés de Grecia oriental y su colonización en las zonas argentíferas del norte de Grecia (Tracia). Hasta finales del siglo VI no hay suficientes monedas en circulación como para contribuir considerablemente al registro arqueológico, y el significado de las diferentes pesas utilizadas en diversas partes del mundo griego y fuera de él no es cosa fácil de precisar todavía. Tendremos algo que decir en el capítulo 3 sobre la inspiración oriental del empleo de la moneda en Grecia.

Datos literarios

No hay documentos históricos griegos contemporáneos de los siglos que más nos interesan, aunque algunas observaciones marginales de los primeros poetas son relevantes para nuestro tema: en especial las observaciones de Alceo sobre su hermano, un mercenario a sueldo de los babilonios. Las observaciones de Safo sobre *su* hermano, un exportador de vino a Egipto que enloqueció allí por una dama de vida alegre, no son, por desdicha, repetidas textualmente por los escritores posteriores que mencionan el asunto. Algunos fragmentos de Calino y Mimnermo cantan las luchas jonias contra los cimerios y los lidios en Asia Menor.

En la última parte del siglo VI a.C., escribió Hecateo de Mileto su *Viaje alrededor del mundo.* «Esta es la historia contada por Hecateo de Mileto. Escribo aquí lo que considero cierto, porque las leyendas de los griegos son incontables y, a mi jucio, ridículas.» Desgraciadamente, sólo tenemos fragmentos de este trabajo, citados por escritores posteriores. Muestran que Hecateo tenía un profundo interés por la geografía; reunió la información disponible sobre los confines de la tierra partiendo de los informes de los capitanes jonios, y quizá en parte sobre la base de sus propios viajes. También le gustaba la leyenda, y aunque su combinación de fantasías y hechos podría no satisfacer los criterios modernos, no hay duda alguna de que tendría mucho que contarnos sobre los primeros viajes hechos por los griegos. Ya en sus días un viajero cario, llamado Seylax, había sido enviado por el rey persa Darío a explorar la India hasta el Indo (?) y circunnavegar Arabia; y antes todavía, los fenicios habían navegado alrededor de Africa al servicio de un rey egipcio.

Es posible sacar alguna información de valor de fuentes antiguas no griegas. Las inscripciones históricas asirias, al mencionar

las *res gestae* de los reyes, tienen ocasión de mencionar a los *iamani* (jonios) encontrados por los asirios en aguas y costas orientales; *Yavan,* una «Jonia» que comprendía vagamente todo el territorio griego, y *Yatnana,* Chipre. Las grandes campañas que llevaron a la destrucción de los imperios de Asiria, Babilonia y Lidia también están registradas en inscripciones. No hay aquí referencias directas a los griegos, pero en Babilonia y Susa existen pruebas epigráficas de la presencia de «jonios», algunos de ellos sin duda artesanos.

Nuestro primer relato detallado de la historia griega arcaica debido a una pluma griega son las *Historias* de Heródoto, el Padre mismo de la Historia. Nació en Grecia oriental, en Halicarnaso, en un momento en que sus conciudadanos estaban siendo presionados para entrar al servicio de los persas contra las ciudades de la Grecia continental. Escribió a mediados del siglo V. La meta de su trabajo era simple: «...preservar la memoria del pasado registrando los asombrosos logros de nuestro pueblo y de los pueblos asiáticos y, más especialmente, mostrar cómo entraron ambas razas en conflicto.» Así, por fortuna para nuestro propósito, se vio llevado a analizar extensamente las relaciones de los griegos con los países del Este. Heródoto hace con facilidad digresiones para relatar los avatares precedentes de los pueblos que representan los papeles

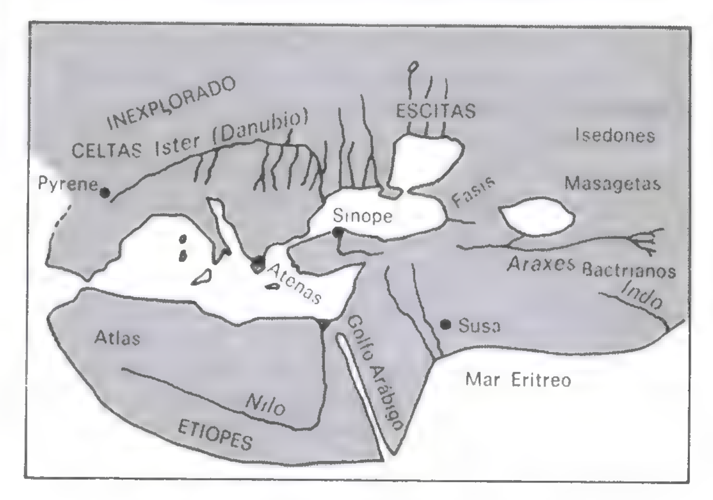


Fig. 4. *El mundo que conocía Heródoto.*

principales en su relato. Los persas, naturalmente, reciben su atención plena, y el relato del primer contacto griego con Oriente le lleva a una descripción de Lidia. El crecimiento del imperio persa y las expediciones de sus reyes nos proporcionan largas descripciones de Egipto, Babilonia, Lidia y Escitia; y parece que existía también una larga sección dedicada a Asiria, que falta en nuestros textos. Gran parte de su información la recogió en sus propios viajes desde el Mar Negro a Siria y Egipto. Preguntaba y anotaba las respuestas, indicando por lo general su grado de confianza en la veracidad de las mismas. «Mi oficio es registrar lo que dice la gente, pero en modo alguno estoy obligado a creer lo que oigo.» Sus descripciones de las ofrendas hechas por reyes extranjeros a los santuarios griegos pueden a veces abrumar al arqueólogo, pero generalmente es posible explicarlas gracias a los descubrimientos hechos en las excavaciones.

Entre los historiadores posteriores, Tucídides nos ayuda muy poco. Los historiadores del siglo IV, en especial Éforo, pudieron quizá disponer de más datos «documentales» en forma de listas de reyes, listas de sacerdotes, leyendas fundacionales o crónicas locales, pero en sus días gran parte de estos datos podían ya ser artificiales o invención de sabios del lugar, y en cualquier caso las obras de los historiadores se han perdido salvo en la medida en que fueron usadas o citadas por escritores posteriores. Heródoto sigue siendo nuestra única fuente literaria de verdadera importancia. Podemos estar agradecidos de que sobreviva una parte tan notable de su obra, y agradecidos también a su curiosidad e interés por los asuntos de otros países aparte de Grecia. Plutarco le criticó por excesivamente afecto a los bárbaros, *philobarbaros*. Quizá nosotros estemos mejor capacitados para apreciar dicha cualidad en el hombre y el historiador.

BIBLIOGRAFIA

Finley, *Early Greece*, 1970, es una buena introducción para el no especialista; y para una descripción general del arte, Boardman, *Pre-classical*, 1967 (Penguin). Mayor detalle para el período inicial presentan Snodgrass, *The Dark Age of Greece*, 1971, y Coldstream, *Greek Geometric Pottery*, 1968. Sobre los monumentos con inscripciones, Jeffery, *Local Scripts*, 1961; Kraay-Hirmer, *Greek Coins*, 1966; Kurtz-Boardman, *Greek Burial Customs*, 1971. Sobre la deuda con la Edad del Bronce, Benson, *Horse, Bird and Man*, 1970.

General: sobre la colonización, R. Cook, en *Journ. Hell. Stud.*, LXVI, 1946, y Graham, *ibid.*, XCI, 1971.

En cuanto a los textos, hay traducciones de Homero, Heródoto y Tucídides en los Penguin Classics. De las obras generales sobre los primeros historiadores, véanse Myres, *Herodotus, the Father of History*, 1953, y Forsdyke, *Greece before Homer*, 1956.

Sobre el fondo histórico del período que cubre este libro, Burn, *The Lyric Age of Greece*, 1960, es un estudio detallado que alude a veces a los datos arqueológicos, y el libro de Andrewe *The Greek Tyrants*, 1956, trata un aspecto importante del desarrollo político griego en esos años. Los datos literarios están resumidos en la *History of Greece* de Hammond, 1959, y con mayor extensión en la *Cambridge Ancient History*, si bien el material arqueológico que cita ya no está del todo al día.

Capítulo 2
EL MARCO

En los días de su floreciente civilización de la Edad del Bronce, de los palacios minoicos y las ciudadelas micénicas, Grecia había estado en estrecho contacto con las otras civilizaciones antiguas que bordeaban el Mediterráneo oriental. No es mi propósito aquí hablar de esa época; sin embargo, los griegos hubieron de cubrir de nuevo ese mismo terreno, y conviene tener en cuenta que el siglo VII a.C. no fue el primer período «orientalizante» de Grecia, y que la lengua griega debe haber sonado en Egipto más de quinientos años antes de que los griegos orientales construyeran su nueva ciudad comercial en el delta del Nilo. Poro lo mismo, no serán inútiles unas pocas palabras sobre esos primeros contactos.

Muchos de los estímulos iniciales para el desarrollo de la civilización minoica de Creta procedían de Egipto y el Oriente Próximo. Las relaciones siguieron siendo intensas, y cuando los griegos micénicos heredaron la supremacía, para ellos extranjera, de Creta, los contactos se mantuvieron. Nos permiten afirmarlo los hallazgos de cerámica micénica en Egipto y la aparente influencia de ciertas formas artísticas minoico-micénicas sobre el Egipto de Aknatón y el período de Amarna. Hay quien mantiene también que esas relaciones pudieron haber sido más estrechas en fechas todavía más tempranas, y que los micénicos lucharon por Egipto contra los invasores hicsos.

Con el Este había también estrechos vínculos. La población original de Creta —quizá incluso la de Grecia— pudo haber venido de Asia Menor (Anatolia), aunque los paralelos trazados entre las religiones y la arquitectura de Asia Menor y Creta en el segundo milenio a.C. no son por completo convincentes. Las costas de Siria y Palestina daban acceso a las riquezas y adelantos técnicos de Mesopotamia. Ni se reducía el contacto al comercio de mercancías o artículos de lujo, porque los minoicos, y los micénicos más tarde, parecen haber plantado estaciones comerciales o colonias en diversos puntos de las costas de Asia Menor y Siria.

Estas aventuras ultramarinas de los griegos micénicos son otra historia, parte de la cual habré de contar en las introducciones a capítulos posteriores. Aquí quiero disponer el escenario, presentar a los protagonistas y trazar su historia desde el colapso de Grecia en la Edad del Bronce hasta el siglo VIII a.C. aproximadamente, cuando los griegos se pusieron de nuevo seriamente a comprar, aprender, luchar o establecerse en suelo extraño.

El curso del siglo XII a.C. vio la destrucción y abandono de casi todas las ciudadelas y ciudades micénicas importantes. Los datos arqueológicos están claros; las fuentes literarias hablan de una invasión, o de una sucesión de invasiones, de otros pueblos de lengua griega —los dorios— desde el Norte, y cuando de nuevo podemos distinguir las razas griegas, por su dialecto o sus costumbres, encontramos a los dorios en posesión de gran parte de Grecia meridional (el Peloponeso) y de las islas del Sur, incluidas Creta y Rodas. Naturalmente, la historia de la destrucción de los palacios micénicos puede no haber sido tan sencilla. Quizá otras tribus no griegas pasaron a través de Grecia; las disensiones internas contribuyeron probablemente a la desintegración, y la llegada de los dorios no tuvo por qué ser el más destructivo de estos acontecimientos. De hecho, pudo hasta haber sido pacífica, y tuvo el efecto más duradero.

Al otro lado del Egeo, la historia es muy similar. En Asia Menor, los hititas sucumbieron a los invasores del Norte. Los países del Oriente Próximo fueron fragmentados en pequeños estados y reinos por tribus que se desplazaban desde el Norte, acompañadas, quizá, por griegos micénicos desde el Oeste: los *akaiwasha* (aqueos) y *daniuna* (danaicos) de los documentos egipcios.


R. Estrimón
Epidamno
ILIRIA
R. Axio
L. de Ohrid
MACEDONIA
MAR ADRIATICO
Apolonia
CALCIDICA
Metone
Oricum
Potidea
Mende
Torona
TESALIA
Dodona
CORCIRA
EUBEA
Calcis
Eretria
ITACA
Delfos
Tebas
Perachora
Mégara
CEFALENIA
ACAYA
Corinto
Atenas
ZACINTO
Argos
EGINA
Olimpia
PELOPONESO
Esparta
CITERA


MAR NEGRO
TRACIA
Neápolis
Abdera
Maronela
Perinto
Bizancio
Calcedonia
PROPONTIDE
Aenus
TASOS
Cardia
SAMOTRACIA
QUERSONESO
Parion
Cízico
IMBROS
Lampsaco
Dascylium
Elaeus
LEMNOS
Troya
Sigeo
Aso
FRIGIA
LESBOS
Pérgamo
MAR EGEO
Pitane
Cime
R. Hermos
Focea
Larisa
QUIOS
Esmirna
Sardes
Clazómenas
Teos
Eritras
Colofón
ANDROS
Efeso
SAMOS
R. Meandro
CICLADAS
Panionion
Priene
Mileto
DELOS
Mílasa
CARIA
PAROS
NAXOS
Halicarnaso
Cnido
MELOS
TERA
Camirus
RODAS
Xantos
Lindos
CARPATOS
Knossos
CRETA

Las islas estaban inquietas, perturbadas entre ellas; expulsaron a sus gentes todas juntas. Ninguna tierra les resistió... Los países que venían de sus islas en el medio del mar avanzaron sobre Egipto, fiados sus corazones en sus armas.

Egipto resistió con dificultad las invasiones, pero el esfuerzo dejó al país demasiado exhausto, contentándose con dejar en paz a las nuevas culturas de Grecia y del Oriente Próximo, que conocían el hierro, pero que, al parecer, carecían de sensibilidad para las artes y los logros de sus predecesores.

Las siguientes «Edades Oscuras» de la historia griega presentan un verdadero desafío al arqueólogo, y quizá un campo demasiado abonado para la imaginación de los eruditos que intentan —con alguna justificación, es cierto— rescatar la historia de los siglos sin escritura partiendo de los mitos y poemas recordados y registrados por generaciones posteriores.

Para el arqueólogo, el cuadro es engañosamente simple. En la mayor parte de los yacimientos de la propia Grecia parece haberse dado esa clase de ruptura cultural que indica un abandono completo o una despoblación considerable. Existen pocas pero notables excepciones, como Atenas y Creta, donde las gentes vivían todavía en una especie de crepúsculo micénico. Los documentos literarios nos dicen que Atenas no cayó en manos de los dorios ni de ningún otro invasor del Norte, y los datos arqueológicos de la ciudad lo confirman sin lugar a dudas, aunque pudo verse muy apurada, y sus habitantes confinados al interior de los recios muros de su Acrópolis. Los hallazgos hechos en sus cementerios, y en la cercana Salamina, muestran que las formas y la decoración micénica se recordaban todavía, aunque a menudo muy degradadas. En Creta la tradición micénica, fuertemente marcada por la minoica nativa sobrevivió de dos modos distintos. Primero, en los asentamientos de refugiados como Karphi, situado sobre un monte casi inaccesible donde el pueblo intentó evitar los desastres de las generaciones precedentes rehuyendo todo contacto con posibles enemigos. En segundo lugar, en la ciudad abierta de Knossos, que parecía todavía capaz de mantener algún contacto cultural con la Grecia continental. Knossos era doria por entonces, pero la influencia cultural que sentía con más fuerza era la de la Atenas no dórica.

En Atenas nació, antes de finalizar el siglo XI, la primera cultura de la Nueva Edad del Hierro en Grecia. La llamamos «protogeométrica» porque los dibujos de su cerámica prefiguran los estilos

«geométricos» de los siglos IX y VIII, y es a partir de esa cerámica como mejor puede enjuiciarse su carácter. Por los otros objetos que aparecen junto a ella en las tumbas, vemos que cada vez se usaba más el hierro, tanto en los objetos de adorno —los grandes pasadores— como en las armas. También se adoptó en Atenas la cremación, aunque muchas otras partes de Grecia tardaron en efectuar el cambio desde la inhumación corriente de los muertos, y, excepto en Tera y partes de Creta, no fue nunca el método de enterramiento exclusivo. Era como si Atenas estuviera sacudiéndose las fórmulas gastadas de la Edad del Bronce griega para sustituirlas por esa nueva disciplina y precisión que permanecerían como la marca distintiva de los logros posteriores de Grecia en el campo de las artes. Durante los siglos X y IX, los datos arqueológicos relativos a las poblaciones, ya reanimadas y en proceso de crecimiento, de otros centros griegos antaño ricos muestran que en sus artes y oficios artesanales dependían, en grados diversos, de la dirección ateniense. Ello se observa incluso en Creta, por más que Knossos y otras ciudades de las tierras bajas fuesen todavía muy conscientes de su pasado, y todavía se utilizaran las antiguas tumbas de cámara, si bien para urnas cinerarias y no para cuerpos. Al fin empezaron a abandonarse los refugios de las montañas. Este espíritud protogeométrico es entera y sencillamente griego, no dórico ni jónico ni eolio. La *koiné* cultural traspasa las fronteras, por lo demás bien definidas, de lengua o política. Y, para el historiador, un modo común de vida puede ser mucho más significativo que un dialecto común.

Estos siglos presenciaron no sólo la regeneración de la prosperidad en Grecia, sino también los comienzos de un interés renovado por las tierras de ultramar y de las migraciones. Me ocupo de estos hechos aquí mejor que en capítulos posteriores, porque en su mayor parte suponen un regreso a ciudades e islas del Este ya visitadas otrora por los griegos micénicos. En algunos aspectos, estos estados griegos orientales pueden no haber perdido nunca su carácter helénico tras la crisis del final de la Edad del Bronce. La interrupción de su registro arqueológico puede interpretarse en los mismos términos que la de muchos lugares griegos continentales, que parecen muertos en los siglos XI y X. Y aunque las migraciones de la Edad Oscura pueden haber tenido que desplazar a pueblos no griegos, el aspecto político de lo que denominamos

«Grecia oriental» no puede divorciarse desde ahora del del resto de Grecia, y muchos de los estados griegos orientales jugarán papeles dominantes en las posteriores empresas ultramarinas que constituyen nuestro principal interés.

La tradición, quizá sólo en parte invento de patriotas-historiadores, asigna a Atenas una posición de considerable importancia como punto de partida o reunión para las migraciones de los jonios a sus patrias definitivas sobre las riberas orientales del mar Egeo. La supervivencia de Atenas al desastre que asoló otras ciudades micénicas, y su huella a lo largo de las Edades Oscuras, muestran que probablemente hay en ello más que un atisbo de verdad. La tradición habla también de migraciones todavía anteriores hechas por los eolios, que colonizaron las islas y ciudades de la mitad septentrional del litoral de Asia menor, mientras los jonios trabajaban en el Sur. Los historiadores antiguos intentaron racionalizar ambas migraciones en dos movimientos separados y organizados, pero parece mucho más probable que las gentes desposeídas o sin hogar de Grecia cruzaran el Egeo en muchas ocasiones diferentes desde el siglo XI hasta el IX, siguiendo las rutas exploradas por sus predecesores, o que aún se recordaban de los tiempos del comercio y la colonización micénica.

La importancia posterior de muchas ciudades, y el hecho de que las migraciones llevaran directamente a un contacto más inmediato con los «bárbaros» y establecieran una pauta para el posterior desarrollo colonial, justifican un breve examen de la arqueología de esos primitivos asentamientos griegos en el Este. La correlación de este registro arqueológico con las indicaciones cuasi-históricas de los autores antiguos vuelve a ser una tarea difícil, sobre la cual no es preciso detenerse. En general, los datos literarios dan fechas más antiguas para las migraciones que las pruebas arqueológicas disponibles hasta ahora, y todavía no es posible decir si ello se debe más a la naturaleza incompleta de estos últimos o al marco semimítico o imaginario de los primeros.

Los interrogantes que querríamos poder contestar sobre cada una de las nuevas ciudades orientales son los siguientes:

1. ¿Qué tipo de emplazamiento era, y por qué fue elegido?
2. ¿Había sido ocupado antes por griegos (es decir, por micénicos)?

3. ¿Fue continua la ocupación griega a lo largo de las Edades Oscuras?
4. En caso contrario, ¿hay indicios de ocupación no griega?
5. ¿Cuándo y de dónde llegaron los nuevos pobladores?

De entre los pueblos anatolios nativos con quienes pueden haberse relacionado los griegos, o a quienes incluso pueden haber tenido que desplazar, los que mejor conocemos son los frigios. Eran los herederos del imperio hitita sobre las mesetas situadas al norte de Anatolia central, pero, como los hititas, sólo se interesaban intermitentemente por el litoral oriental. En el capítulo 3 diremos algo más sobre sus relaciones con los griegos. Los pueblos que ocupaban las zonas costeras de Asia Menor en la primera parte de la Edad del Hierro son todavía poco conocidos desde el punto de vista arqueológico. Su cerámica sencilla se relaciona con el tipo gris frigio, pero no hay cantidad apreciable de cerámica pintada hasta el siglo VII, cuando ya vemos en acción otras influencias. Los documentos literarios, por otra parte, ofrecen una plétora de nombres de pueblos encontrados por los griegos. Algunos pueden referirse más bien al estado de cosas descubierto por los griegos micénicos en Asia Menor, pero otros, como los carios, sobreviven como unidades reconocibles en períodos posteriores. Arqueológicamente no son tan fáciles de reconocer en los años que nos interesan, pero los pueblos «submicénicos» de la Grecia oriental pueden haber sido carios, y ellos fueron quizá los responsables de la supervivencia de algunos motivos micénicos en el arte griego oriental. Allí donde encontremos huellas arqueológicas de una población indígena intentaremos explicarlas, pero por lo demás nuestro tema será el carácter de las nuevas ciudades griegas y lo hallado en ellas. El carácter de los datos materiales es de una índole tal que, desgraciadamente, no podemos todavía hacer deducciones útiles sobre el origen exacto de los nuevos colonizadores.

Comenzamos en el Sur, con aquellos lugares donde existen ciertas posibilidades de ocupación griega continua o, por lo menos, con sólo una breve suspensión durante las Edades Oscuras.

La isla de RODAS, junto con Cos, Calidnas y sin duda otras del Dodecaneso (todavía poco explorado), fue un floreciente centro micénico tardío con varios asentamientos importantes. Todos ellos fueron abandonados a fines de la Edad del Bronce, pero Cos y, en menor grado, Rodas muestran indicios de una reocupación por

griegos que utilizaban cerámica protogeométrica, posiblemente de la Argólida, y quizá anterior, a finales del siglo x, por lo que la interrupción no fue larga. No hay huellas de ninguna otra migración en el ínterin. A partir de este momento hay un aumento constante y rápido de la población, y una multiplicación de asentamientos. La historia de las ciudades de Rodas está tan vinculada a la de Grecia continental que, a pesar de la posición geográfica de la isla, su reocupación en el siglo x apenas puede considerarse como una aventura en suelo extranjero.

En la tierra firme situada frente a Rodas tenemos mucho que aprender sobre las primeras ciudades griegas de HALICARNASO y CNIDO, así como de su relación arqueológica con pueblos no griegos. Cnido estaba cerca de la punta de la larga península que forma el extremo sudoeste de Asia Menor; Halicarnaso tenía una posición similar sobre la península siguiente hacia el Norte. En la población de Halicarnaso en la época clásica hay un elemento cario considerable, como lo demuestran los nombres personales, y la ciudad debe haber estado siempre muy vinculada a sus vecinos anatolios. Muskebi, cerca de Halicarnaso, recibió quizá refugiados micénicos, y en otras dos localidades de esta zona, Asarlik y Burgaz Tepesi, hay tumbas con cerámica protogeométrica de tipo ático que podrían indicar la existencia efímera de comunidades griegas que llegaron a Atenas al comienzo de la Edad del Hierro. Nada más se ha excavado en Asarlik, pero hay indicaciones superficiales de material griego del siglo VI y, después de todo, su ocupación pudo haber sido continua. Cabe observar que, según cierta teoría, el cementerio de Asarlik, como la mayor parte de los hallazgos micénicos en esta zona de Asia Menor, probaría la existencia, no de griegos, sino de carios que vivían dentro del ámbito cultural micénico.

MILETO puede contar una historia algo distinta a la de Rodas, porque está situada en el continente. Los cretenses se habían asentado allí a mediados de la Edad del Bronce, y los micénicos los siguieron en la Edad del Bronce tardía. La historia de los griegos tomando esposas carias entre la población indígena descubierta allí puede pertenecer a la transición de las colonias minoicas a las micénicas, pero en la época de la guerra de Troya que relata Homero, Mileto parece haber sido caria y no griega. Los excavadores alemanes creen en una continuidad de la ocupación griega, a lo largo de los períodos submicénico y protogeométrico, hasta los tiempos clásicos y romanos, y lo que han publicado parece apoyar esta tesis. El asentamiento principal se encontraba, en todos los períodos, sobre la península proyectada hacia el norte en la bahía (actualmente obstruida por aluvión) correspondiente a la desembocadura del río Meandro. Dominaba una tierra muy feraz, pero la ruta interior a lo largo del valle del Meandro puede no haber tenido en principio una gran importancia. Los detalles de la ciudad antigua están oscurecidos por edificios helenísticos y romanos, pero quizá las excavaciones recientes nos revelen algo más. Pueden haber existido también otras comunidades cercanas. En Kalabaktepe, colina situada escasamente a un kilómetro de allí, había un poblado a partir del siglo VIII, con su muralla y su templo. Probablemente fue al principio un lugar de refugio en los años en que cimerios y lidios amenazaban la ciudad. Toda la cerámica descubierta en Mileto es minoica, micénica o griega, por lo que ninguna ocupación caria interrumpió el carácter superficialmente griego, al menos, del lugar. Mileto jugará un papel importante en nuestra historia de los griegos en ultramar, y es una lástima que las excavaciones allí realizadas no hayan dado hasta ahora una idea nítida de los productos específicamente milesios, en especial de la cerámica.

De los otros lugares próximos, tanto MIUNTE como PRIENE pueden haber ocupado emplazamientos peninsulares en la misma bahía, pero la ciudad más antigua de la primera apenas ha sido explorada, y la de la segunda no se ha descubierto todavía. MAGNESIA estaba tierra adentro, sobre el Meandro, dominando una ruta hacia el Norte y Efeso; no se hizo griega hasta el siglo VII, pero una tradición antigua hace pensar en la existencia de un asentamiento griego o cretense durante la Edad del Bronce. Se ha descubierto cerámica micénica más al Sur, en MÍLASA.

Al otro lado del promontorio de Micala, se han hecho descubrimientos de cerámica protogeométrica en PYGELA, y de cerámica micénica y protogeométrica en Tsangli, cerca del emplazamiento posterior del cuartel general de la Liga Jónica (Panionion). La ciudad vecina de MELIE fue destruida por los jonios. En ella se ha descubierto un cementerio del siglo VIII, pero hay también una ocupación posterior, y la fecha de destrucción no está todavía enteramen-

te clara. Según los escritores antiguos, toda esta zona debió ser arrancada a los carios.

EFESO estaba sobre la desembocadura del río Caister. Dominaba una tierra feraz y era fácilmente accesible desde el Norte y el interior. El primer asentamiento griego no se ha encontrado todavía, pero el templo de Artemisa (la «Diana de los efesios») del siglo VI ocupaba probablemente el solar de su primer santuario, y en los alrededores se ha descubierto cerámica micénica. También hay noticias de cerámica protogeométrica algo más al Sur.

Al norte de Efeso se encuentra la gran península de Eritras, limitada al Norte por el golfo de Esmirna. En su flanco sur están las ciudades de TEOS y LEBEDOS, no excavadas todavía. La primera figura en la historia mítica de la Edad del Bronce. Un poco tierra adentro se encuentra COLOFÓN, a la que se ha calificado de sorprendentemente similar a los emplazamientos de las grandes ciudades micénicas de la Grecia antigua, sobre una empinada acrópolis que domina una rica llanura. Las excavaciones no han tenido suerte debido a la pérdida de los hallazgos, pero parece que existió una ciudad micénica amurallada. Hay noticias de cerámica geométrica, pero no podemos determinar si la ocupación fue continua. El completo registro literario sugiere que los cretenses precedieron a los griegos micénicos, y que los griegos posteriores llegaron directamente de Pilos y se establecieron por la fuerza de las armas.

ERITRAS está sobre una había situada en la extremidad de la península que lleva su nombre. La ciudad más antigua puede encontrarse sobre un pequeño emplazamiento peninsular algo alejado de la ciudad clásica posterior. Una tradición tardía implica la existencia de un asentamiento griego allí durante la Edad del Bronce. Sobre el brazo norte de la península, que más tarde sería el territorio de Eritras, se encuentra un pequeño emplazamiento (Mordogan) con cerámica protogeométrica y posterior, y quizá debiéramos suponer que las ciudades mayores de la península estaban ya ocupadas por entonces. Sobre la costa norte de la península principal, mirando hacia el golfo de Esmirna, se levantaba CLAZÓMENAS. Se han excavado partes del cementerio arcaico, pero no la ciudad, que se alzaba al final de un espolón de baja altura cercano a la orilla, y que más tarde, ante la amenaza persa, se trasladó a una isla del litoral. Los datos literarios sobre la fundación griega parecen referirse al

asentamiento de la Edad del Hierro, pero se ha descubierto cierta cantidad de cerámica micénica, y puesto que no hay mención ni datos de una ciudad indígena, también ésta pudo haber sido colonizada dos veces por los griegos.

ESMIRNA, o Esmirna antigua —para distinguirla de la ciudad helenística y moderna (Izmir)— se alzaba sobre un pequeño promontorio, con buenos puertos a cada lado del camino conducente al interior. En años recientes ha sido excavada por arqueólogos británicos y turcos, por lo cual gran parte de su historia antigua resulta clara, aunque apenas haya comenzado la publicación de los descubrimien-

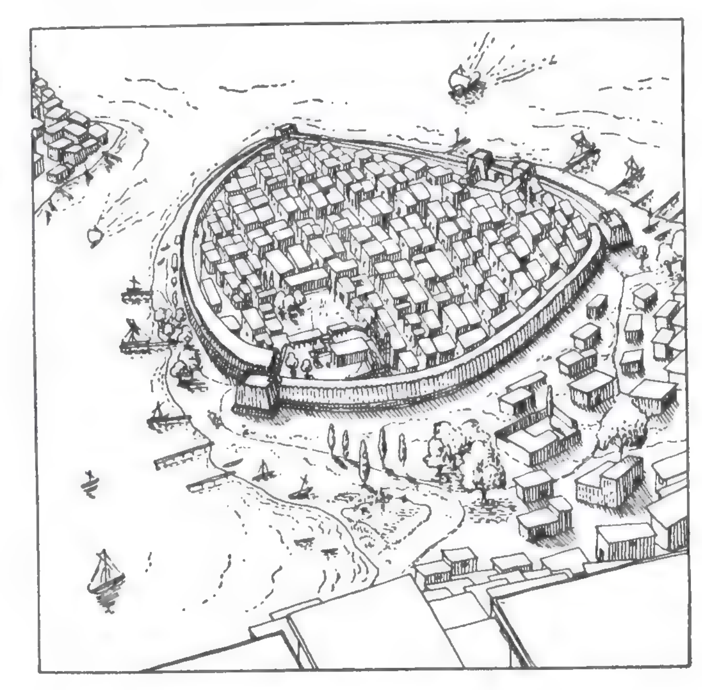


Fig. 5. *Reconstrucción de Esmirna a finales del siglo* VII.

tos. Aquí hay indicios claros de un floreciente asentamiento indígena —o anatolio— durante la Edad del Bronce, y los pocos cascos micénicos encontrados sugieren un contacto con los griegos, pero no una colonia suya. Algunos vasos protogeométricos pintados mues-

tran que los griegos habían llegado allí, quizá alrededor del año 1000 a.C., pero la masa de cerámica gris más sencilla encontrada prueba que esos griegos compartían la cultura eolia, no la jonia, y en esto coinciden los datos arqueológicos e históricos. En el siglo VIII predomina la cerámica que asociamos con los jonios, y se habla de una captura de la ciudad por ellos. La Esmirna antigua ofrece el cuadro más completo disponible hasta hoy de un asentamiento griego primitivo en Asia Menor, y sus colosales murallas, levantadas en el siglo IX y remodeladas en el VIII, dan testimonio de la potencia de la ciudad tanto como de la amenaza muy real que presentaban sus vecinos bárbaros, especialmente los lidios. La figura 5 (según un dibujo de R. V. Nicholls) muestra una perspectiva de la ciudad tal como pudo aparecer a finales del siglo VII.

FOCEA se encontraba sobre el lado norte del golfo de Esmirna. Es otro emplazamiento sobre un promontorio, con un puerto bien resguardado. Ha habido falsos informes de cerámica micénica en el lugar, y las excavaciones turcas recientes no han encontrado nada anterior al siglo VIII.

De entre las islas jónicas, Samos ha proporcionado suficiente cerámica micénica, tanto en su ciudad principal —situada sobre un pequeño promontorio y junto a un buen puerto— como en el santuario posterior del Heraion, para sugerir la existencia de asentamientos griegos en la Edad del Bronce. No hay hallazgos «indígenas» o no griegos del período que nos interesa. En el Heraion, donde más tarde se levantó el gran templo, los niveles micénicos están inmediatamente cubiertos por densos depósitos griegos geométricos del siglo VIII, aunque hay noticias de protogeométrico tardío y algo de geométrico temprano (siglo IX) en una tumba, y los excavadores pensaron que el más antiguo de los templos podría ser del siglo IX. Es posible que nuevos hallazgos demuestren una ocupación griega ininterrumpida o casi ininterrumpida, pero hubo claramente un aumento significativo de la prosperidad y, probablemente, de la inmigración en el período geométrico.

QUÍOS nos cuenta una historia muy similar. En Emporio, un buen puerto cercano a la punta meridional de la isla, las excavaciones inglesas recientes han demostrado la existencia de un asentamiento micénico tardío junto, y probablemente sobre, el promontorio rocoso que dominó el puerto. Pudo haber sido un refugio transitorio del siglo XII. En el siglo VIII hubo un nuevo asentamiento

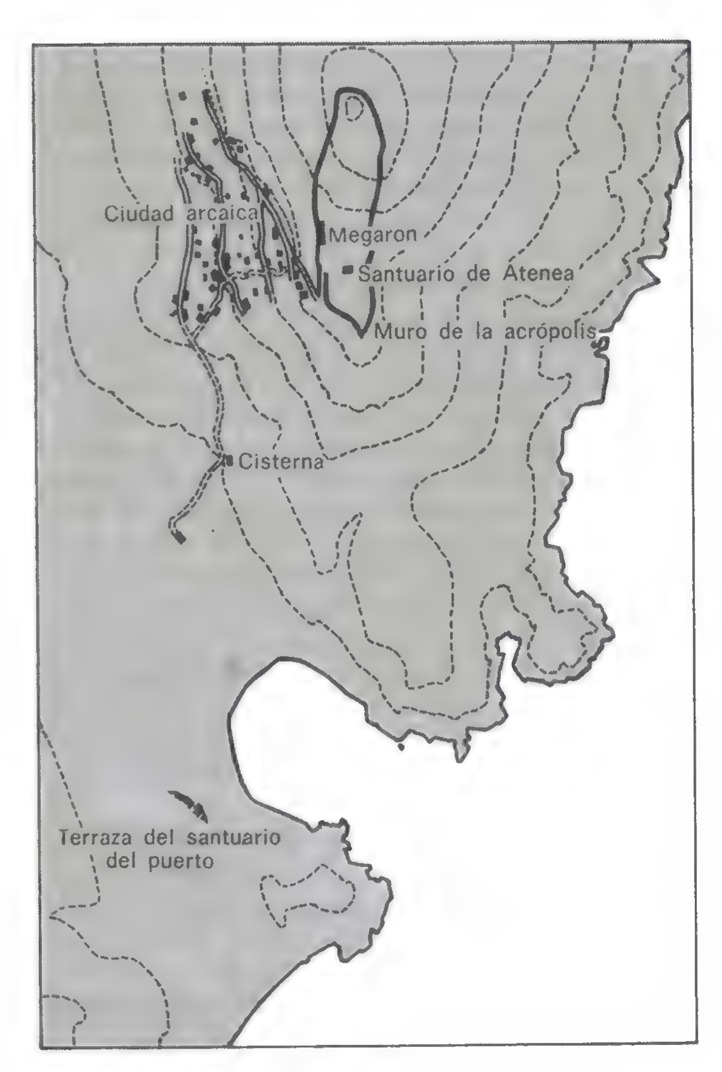


Fig. 6. *Plano de Emporio, Quíos, en el siglo* VII.

griego, no situado exactamente sobre el emplazamiento del micénico, aunque la zona del puerto pudo haber sido ocupada y existió allí un santuario importante, pero sobre una colina menos accesible y un poco al interior (fig. 6). Tenía una muralla de acrópolis, un templo y un «palacio» («megaron») en su interior, y las casas se escalonaban sobre la pronunciada pendiente de la colina, fuera de las murallas. Este emplazamiento fue abandonado en favor del valle, más cómodo, antes de finalizado el siglo VII. Tampoco aquí hay indicaciones claras de una ocupación indígena o «caria», a menos que consideremos como tales los hallazgos micénicos o submicénicos posteriores. Otro lugar importante con santuario y puerto en Fanai, al sur de la isla, está peor explorado, pero ha dado cerámica micénica y griega de quizá finales del siglo IX en adelante. La ciudad principal de la antigua Quíos está cubierta por la población moderna, pero también aquí se han encontrado piezas micénicas y geométricas. En Volissos, al Noroeste, supuesto lugar de nacimiento del poeta Homero, y en la isla de Psara hay asimismo cerámica micénica y arcaica. Como en Samos, parece haber habido una verdadera ruptura en la ocupación griega, pero sin interregno indígena reconocible. Los documentos literarios hablan también de dos períodos de ocupación, pero admiten carios entre ellos.

Hemos pasado revista a los asentamientos de griegos dorios en la esquina sudoccidental de Asia Menor, y de sus vecinos jonios al Norte. Aquí y allá hay indicaciones de una ocupación griega continua desde la Edad del Bronce tardía hasta la época histórica: tal es el caso de Rodas y Mileto. Los emplazamientos elegidos, especialmente en Jonia, son a menudo promontorios o penínsulas que ofrecían protección del lado de tierra. Ello en sí implica un temor a la hostilidad, y sin embargo está claro que cada uno de estos lugares se apoyaba también en el control de buenas tierras de cultivo, y sólo en Esmirna hemos visto indicios claros de un asentamiento indígena ocupado gradualmente por los griegos. Los documentos literarios están llenos de referencias a pueblos anatolios encontrados por los griegos y desplazados por ellos, en especial los carios, pero su presencia arqueológica sólo puede buscarse en la cultura micénica tardía o submicénica, que quizá absorbieron. Porque hay que recordar que la mayoría de los lugares que han sido adecuadamente explorados parecen haber sido elegidos ya por griegos

micénicos como colonias o, al menos, como lugares habituales de visita.

Las principales ciudades jonias se habían organizado en una Liga quizá a finales del siglo IX. Eran Mileto, Miunte, Priene, Efeso, Colofón, Lebedos, Teos, Clazómenas, Foceas, Samos, Quíos y Eritras; las cinco últimas pueden no haber sido «miembros fundadores», pues, según parece, eran asentamientos parcialmente eolios en un principio. Esmirna jamás fue admitida, aunque se hizo jonia después de ser capturada por refugiados de Colofón. La función original y el propósito de la Liga no están claros, pero si tenía un aspecto militar hay pocas razones para pensar que se dirigiera primariamente contra posibles enemigos bárbaros en Anatolia. Efeso parece haber estado a la cabeza de la Liga, y hay menciones de su caudillaje de los jonios frente a los carios indígenas. Por otra parte, hay pruebas de matrimonios entre jonios y carios, y Heródoto observa que algunos de los griegos instituyeron reyes licios, o aceptaron el mando conjunto de griegos y casas reales indígenas.

La historia de los asentamientos griegos en Asia Menor al norte de Jonia no se deja narrar tan fácilmente. Esta es la zona de los eolios, aunque no sea posible trazar una frontera clara, de tipo físico o cultural, entre ellos y los jonios. Los asentamientos eolios son menos numerosos y están peor investigados, pero, como ya hemos visto en Esmirna, hay indicios más claros de relaciones con los pueblos indígenas anatolios. Aquí estamos más cerca del núcleo del reino frigio, y la arqueología de las zonas costeras es semejante a la de Frigia occidental, caracterizada por la presencia de una cerámica gris monocroma, como la conocida con el nombre de *bucchero*, que durante mucho tiempo fue popular en esta parte de Anatolia. Esta fue la cerámica que los griegos encontraron en uso al llegar por primera vez a Esmirna.

En la isla de Lesbos, el gran yacimiento prehistórico de Thermi ha dado cerámica micénica en su última fase, y hay también algunas muestras de la misma en otros tres lugares de la isla. Thermi fue destruida violentamente, y en relación con ello se cita a menudo la historia de la incursión de Aquiles en la isla (Homero, *Ilíada,* IX: 129 s.). Algunos hallazgos insignificantes de cerámica protogeométrica, entre los que se incluye una supuesta importación ateniense, prestan un leve apoyo a la temprana fecha de los nuevos asentamientos eólicos que sugieren las fuentes literarias, pero por lo demás

apenas hay nada que haya que considerar anterior al siglo VIII, partiendo de los pocos asentamientos arcaicos explorados. Es característica de los hallazgos más antiguos la presencia de bella cerámica *bucchero*, sin pintar y por lo general de color gris plateado, en formas que no se derivan totalmente del repertorio griego contemporáneo (figura 7). La técnica, y quizá algunas formas, pueden reflejar modas anatolias, y la gran popularidad de este tipo de cerámica en Lesbos puede considerarse prueba de una estrecha relación con los pobladores de tierra firme, o con los no griegos todavía residentes en la isla.

Sabemos todavía muy poco sobre las ciudades eolias continentales de Asia Menor. En MIRINA se ha encontrado algo de cerámica micénica, pero por lo demás nada anterior al siglo VII. PITANE es otro asentamiento peninsular. Al parecer, se ha descubierto allí una

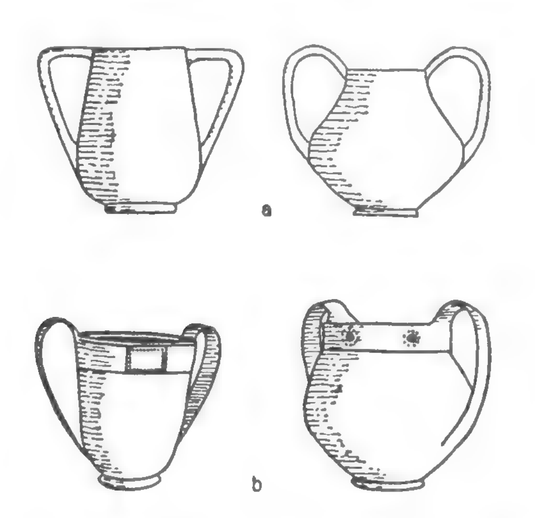


Fig. 7. Bucchero *de Lesbos y vasos pintados de Samotracia.*

vajilla micénica. En el cementerio recientemente excavado sobre el istmo se afirma haber encontrado un vaso ático protogeométrico, pero los hallazgos publicados no son anteriores al 700 aproximadamente. CIME ha sido investigada, pero aún no se han publicado los hallazgos. Debe haber sido una primitiva fundación eolia, codiciada por la tierra de labranza a la que daba acceso. El padre del poeta griego

Hesíodo había vivido allí en el siglo VIII antes de volver con su familia a Beocia, y hay también noticias de un matrimonio real con Frigia en esta época. Tendremos algo que decir sobre las fundaciones eolias posteriores en Asia Menor en el capítulo 3. Al igual que en Jonia, la mayor parte de los lugares elegidos para las ciudades primitivas parecen haber sido ya conocidos por los griegos micénicos, aunque probablemente no fueran colonizados por ellos.

Esto es todo cuanto necesitamos decir sobre la recolonización griega de las costas de Asia Menor y las islas. De aquí en adelante su historia se vincula a la de los griegos continentales, aunque la necesidad o la conveniencia llevaron a veces a desdichadas alianzas con los enemigos de Grecia. En el siglo VIII los principales estados griegos orientales están ya establecidos y crecen rápidamente. De hecho, sus territorios empezaban a ser escasos para su población. Con el ánimo emprendedor y la ambición característica de quienes se han establecido bien lejos de su patria natal y junto a vecinos poderosos, no fueron remisos a aliarse con los estados de Grecia continental en esas aventuras ultramarinas que ayudarían a configurar la nueva civilización «clásica» griega y, al mismo tiempo, iniciarían la diseminación de esa nueva civilización por todos los rincones del mundo occidental.

BIBLIOGRAFIA

El establecimiento de las ciudades griegas orientales ha sido estudiado recientemente en el libro de Roebuck *Ionian Trade and Colonization*, 1959; la documentación literaria está reunida en Sakellariou, *Le Migration grecque en Ionie*, 1958, y las instituciones y los elementos micénicos en Cassola, *La Ionia nel mondo miceneo*, 1957. Estos trabajos proporcionan referencias y bibliografías exhaustivas. Los importantes capítulos nuevos de Desborough y Cook en la *Camb. Anc. Hist.* tratan el fin del mundo micénico y los asentamientos griegos orientales. Sobre la Edad del Bronce véanse Schachermeyr, *Ägais und Orient*, 1967; Desborough, *The Last Mycenaeans*, 1964.

Los trabajos recientes en yacimientos de Asia Menor son analizados por J. M. Cook en *Archaeological Reports for 1959-60* y *for 1970-71*. Hay informes anuales en *Amer. Journ. Arch.*, y las excavaciones turcas aparecen descritas en las revistas *Anatolia* y *Türk Ark. Dergisi*. Las excavaciones británicas en la Esmirna vieja están en *Brit. School Ann.*, LIII-LIV, 1958-9. Sobre Quíos, véase Boardman, *Greek Emporio*, 1967; sobre Lesbos, artículos en *Brit. School Ann.*, XXXI, XXXII, 1930-2, y Lamb, *Thermi*, 1936; el libro de Hogarth *Ephesus*, 1908, sobre la excavación británica del templo, y *Journ. Hell. Stud.*, LXXI, 1951; sobre el trabajo reciente en Mileto, *Neuedeutsch. Ausgrab.*, 1959, *Istanbul Mitt.*, y Kleiner, *Ruinen von Milet*, 1968. Las excavaciones alemanas en Samos

se van publicando poco a poco en *Ath. Mitt.*, LV, 1930 y sucesivos, y véase Walter, *Heraion von Samos,* 1965; las excavaciones italianas en Rodas en el período de entreguerras están publicadas en *Clara Rhodos* y en el *Annuario* de la Escuela Italiana, y otros trabajos importantes sobre la isla son los de Kinch, *Vroulia,* 1914; Blinkenberg, *Lindos,* I, 1931, y Johansen, *Exochi,* 1958.

Capítulo 3

LA AVENTURA ORIENTAL

Los pueblos de Oriente Próximo con quienes volvieron a entrar en contacto los griegos durante el siglo VIII a.C. eran herederos de las grandes civilizaciones que habían florecido en las ricas llanuras de Mesopotamia. El mundo egeo había sentido a principios de la Edad del Bronce el impacto del crecimiento súbito de esas nuevas culturas, y había aprendido de ellas sus nuevas técnicas metalúrgicas. De hecho, el pueblo mismo de la Creta minoica procedía quizá



de inmigrantes del Este, a pesar de la cultura autónoma y brillante que, según vemos, desarrollaron en la isla. Las relaciones entre la civilización minoica madura y el Este no son fáciles de determinar, pero en el norte de Siria por lo menos existen algunas pruebas arqueológicas de vínculos íntimos, incluso durante la Edad del Bronce medio, antes del 1550 a.C. A finales de la Edad del Bronce tardío, cuando los griegos micénicos habían logrado la supremacía en el Egeo y sucedido al «imperio» minoico, hay indicios más claros de lo que casi podría llamarse colonización de los griegos micénicos en el Oriente Próximo, aunque los asentamientos pueden no haber sido más que puestos comerciales convenidos por tratados con los reinos locales. El ejemplo más notable se encuentra en Ugarit (Ras Shamra), pero hay también una cantidad considerable de cerámica micénica tardía importada en Palestina, quizá procedente del reino micénico de Rodas más que del continente griego.

La desintegración de las culturas egeas de la Edad del Bronce, y el período siguiente a la guerra de Troya —en el registro mítico-histórico— vieron las migraciones de muchos pueblos del Oeste y del Norte a través de los países del Oriente Próximo. Algunos transportaban cerámica micénica, siendo con toda certeza griegos micénicos, y a esos años pueden adscribirse nuevos emplazamientos griegos en el Este, muchos de ellos adquiridos y sin duda conservados por la fuerza de las armas, aunque ninguno duradero. Los datos arqueológicos así lo demuestran, especialmente en Tarso, pero los documentos literarios también mencionan otros asentamientos en esta época.

En Cilicia, se decía que el vidente tebano Mopso había fundado Mopsuhestia y Mallus. Una dramática ilustración de este relato es la inscripción descubierta en Karatepe en 1947, erigida en el siglo VIII por un gobernante que se refiere a los «danunim», aparentemente recordando a los griegos danaicos. Entre otras ciudades, menciona Beit Mopsu, la forma fenicia de Mopsuhestia, «corazón» o «casa» de Mopso.

El recuerdo de la ocupación griega había sobrevivido de un modo suficientemente claro aquí, en Cilicia. Como acontece con la costa de Asia Menor, los griegos volvieron a las mismas zonas y ciudades tras las Edades Oscuras, para fundar nuevos asentamientos o abrir nuevos mercados, pero aquí hubo claramente una ruptura completa en la continuidad de la ocupación griega, a pesar de la supervivencia o el recuerdo de nombres como Mopso o los danaicos. Durante esta ruptura, el interés griego por los países del Oriente Próximo se muestra arqueológicamente en productos orientales ocasionales, que se abrieron camino hasta Grecia y tuvieron a veces un efecto limi-

tado sobre las artesanías locales. Podemos pasar revista rápidamente a estos testimonios, porque sugieren un tipo de comercio aleatorio con una parte del mundo griego en particular: Creta. Pero, según parece, no fueron los cretenses quienes navegarían después hacia el Este para establecerse en los mercados orientales.

Chipre sirvió de intermediario entre Creta y el Este, y todos los objetos o ideas «orientalizantes» que Creta aceptó durante las Edades Oscuras derivan directamente de Chipre o suponen un tipo de objeto tan familiar en Chipre como en el Oriente continental. Incluso en el período de recesión que siguió al final de la Edad del Bronce, cuando apenas se conocía el hierro y el artista trabajaba aún dentro de una tradición minoico-micénica, hay signos de relaciones continuadas entre ambas islas, que se habían contado entre los puntos más importantes del mundo micénico tardío. Las pruebas están fundamentalmente en la elección de esquemas decorativos en la cerámica y en las formas de algunas vasijas (por ejemplo, las vasijas-pato). En un cementerio

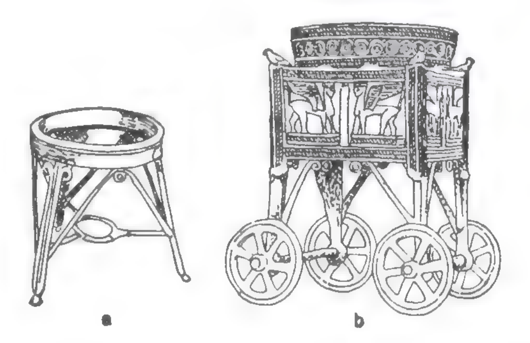


Fig. 8. a) *Soporte de bronce de Knossos, Creta.* b) *Soporte de bronce, de Larnaka, Chipre.*

del siglo X, en Knossos, se han encontrado espetones de hierro de tipo chipriota. En bronce, los objetos más importantes que viajaron hacia el Oeste son soportes abiertos para vasijas, hechos en su mayoría de varillas dobladas en forma de volutas. En creta se han encontrado ejemplos de las formas más sencillas —trípodes— en contextos de los siglos X y IX (fig. 8a). La forma más compleja, de base cuadrada con un aro en la parte superior y a veces ruedas, como la descubierta en Larnaka, Chipre (fig. 8b), parece haber sido conocida también en Creta, a juzgar por la imitación en arcilla de un ejemplar descubierto en Karphi. Se trata de una recóndita aldea de montaña, resguardada por su posición de interferencias

hostiles, y tan desconectada del progreso cultural de otros centros cretenses que incluso cuando una forma extranjera es admitida y copiada —como acontece con el soporte— su decoración sigue siendo de estilo minoico. Ese tipo de soporte fue copiado en bronce más tarde, durante el siglo VIII, en Creta; hay ejemplos fragmentarios procedentes de la gruta del Ida y de Knossos, y otro, descubierto en Delfos, pudo haber sido hecho en Creta. También se admite la importación y una influencia limitada de la cerámica chipriota en Creta durante el siglo VIII, y cabría esperar que los cretenses fueran los primeros griegos en tomar la iniciativa en el Este, pero parece que el espíritu dórico cretense carecía de la tendencia emprendedora característica de los minoicos. Sin embargo, hay importantes indicios de la llegada de orientales a Creta desde el siglo IX en adelante, como veremos.

En otras partes de Grecia hay muy escasos indicios hasta de importaciones menores y casuales del Este antes del siglo VIII; pero Eubea está recibiendo en el siglo IX diversos objetos de joyería menor procedentes del Este y de Chipre —cosa no sorprendente, como veremos—, y en tumbas atenienses de mediados del mismo siglo aparecen un cuenco de bronce y pendientes chipriotas de oro.

No es nada fácil situar a los fenicios dentro de este cuadro de relaciones en el Egeo durante el comienzo de la Edad del Hierro; por lo menos, no es fácil hacerlo casar con la reputación que habían adquirido como marinos y comerciantes. Según veremos, sólo después de haberse establecido los griegos en la costa siria empieza Grecia a recibir y valorar los productos orientales; y no existen pruebas seguras de colonias comerciales fenicias en ultramar anteriores a las griegas. Quizá transportaron lo poco que viajó hacia el mundo griego desde Oriente antes del siglo VIII. La naturaleza de este comercio no requería el establecimiento de puestos comerciales regulares ni colonias hasta que el ejemplo y la competencia griega les llevaron a empresas semejantes.

Con el siglo VIII, el cuadro empieza a cambiar totalmente. Podemos distinguir tres regiones principales del Oriente Próximo penetradas por los griegos o cuyas culturas tuvieron una profunda influencia sobre ellos. Son:

1. *Siria del Norte,* tanto en su papel como sede de la cultura neohitita, como en cuanto puerta hacia los imperios urartiano, asirio, babilonio y persa, que sucesivamente la ocuparon.

2. *Fenicia y Palestina,* cuyas culturas e influencias sobre los griegos no son siempre fáciles de distinguir de las de Siria del Norte, especialmente tras la conquista asiria. Chipre juega un papel un tanto equívoco como intermediario para el norte de Siria y los países situados más al Sur. Aquí será considerado como intermediario más que como centro independiente. La isla estaba habitada fundamentalmente por grecoparlantes, habiendo sido «colonizada» por refugiados a finales de la Edad del Bronce, y mantenía aún relaciones con Creta, como hemos visto; pero por estas fechas su cultura casi no tenía ya nada en común con Grecia, y se volvía hacia el Este y las costas adyacentes de Cilicia y Siria del Norte.

3. *Anatolia* y los reinos de *Frigia y Lidia.* Ya hemos visto cómo los griegos se establecieron de nuevo sobre las costas de Asia Menor. Sus relaciones con los reinos del interior nos ocuparán algo más adelante en este capítulo.

Siria del Norte y los imperios de más allá

Al Mina, situada en la desembocadura del Orontes, en el norte de Siria[1], es el emplazamiento del que probablemente fue el más importante y antiguo de entre todos los nuevos asentamientos o puestos comerciales griegos en el Mediterráneo oriental, y constituye nuestra primera y mejor fuente de información sobre los griegos en ultramar.

Ciertos investigadores piensan que Al Mina es la ciudad conocida entre los griegos con el nombre de Posideion. Heródoto dice que fue fundada por Anfíloco, un héroe que, como Mopso, había fundado otras ciudades en el Este, en Cilicia, poco después de la guerra de Troya. En consecuencia, debe ser otro asentamiento micénico tardío más, al cual retornaron los griegos. De la primera ocupación griega nada sabemos, pero se ha encontrado cerámica micénica cerca de allí, en Sabouni, y la nueva ciudad pudo no haber estado en el lugar exacto de la antigua; así acontece en varios de estos puntos colonizados por segunda vez.

Al Mina fue excavada por sir Leonard Woolley antes de la última guerra mundial. Estaba explorando en Siria, que consideraba área clave, en busca de emplazamientos capaces de aclarar las relaciones entre los países del Egeo y Mesopotamia. Pronto se vio recompensado con el excelente yacimiento de Atchana, de la Edad del Bronce, y con el puerto no menos significativo de Al Mina, correspondiente a la Edad del Hierro. El yacimiento había sido arrastrado en parte por un cambio en el curso del río. Woolley pensó que parte de su primera historia resultó también borrada, pero hay pocas dudas de que conservamos algunos de los materiales griegos

[1] Actualmente se encuentra dentro de la frontera turca.

más antiguos. Desde luego, no es improbable que allí o en los alrededores existiese un puerto anterior, quizá el Posideion micénico, para el cual serviría de ciudad madre o refugio Sabouni, aldea de la montaña situada a unos cinco kilómetros tierra adentro, y donde se ha descubierto cerámica micénica.

Woolley distinguió diez niveles diferentes en Al Mina, enumerados desde el más reciente, I, al más antiguo, X, pero sólo nos interesan dos períodos principales, que pueden deducirse de la historia arquitectónica del lugar y de los hallazgos. El primero (niveles X-VII) cubre la historia más antigua de la ciudad, hasta el 700 a.C. aproximadamente. El segundo (niveles VI-V) nos lleva hasta el 600 a.C. aproximadamente, en que parece producirse una ruptura en la ocupación griega o, por lo menos, un serio retroceso. Las excavaciones se hicieron en la ciudad y en los almacenes, y desgraciadamente no sabemos nada de los cementerios o de cualquier tipo de santuarios, griegos o indígenas.

Al Mina: primer período, hasta el 700 a. C.

No está muy clara la configuración del delta del río Orontes y la costa en la antigüedad, pero parece que la ciudad de Al Mina sirvió durante gran parte de su historia como puerto y depósito marítimo. Los restos arquitectónicos de nuestro primer período no son particularmente notables. Los muros de los edificios eran de ladrillos de barro levantados sobre un cimiento o zócalo bajo de piedra, un tipo de construcción que se mantuvo como norma en Al Mina y era corriente a asentamientos griegos y del Oriente Próximo durante esta época. Es imposible trazar plantas completas de las casas, pero parece que muchos de los muros más antiguos (niveles X-IX) fueron vueltos a usar para edificios del nivel VIII, y que el nivel VII no fue sino una reforma o restauración de estructuras preexistentes. Lo importante para nosotros es el hecho de que la cerámica griega está presente en ciertas cantidades a partir de los niveles más antiguos.

Antes del segundo período principal —el siglo VII, niveles VI-V— parece producirse una interrupción en la historia del asentamiento. No fue quizá larga, pero sí desde luego importante. Hay un cambio completo en el carácter y el origen de los hallazgos griegos, como veremos, y los nuevos edificios están hechos sobre esquemas bastante distintos. Algunos cuartos son más espaciosos, como para servir de almacén, y el excavador observó que «se hace posible reconocer ya —sin un excesivo esfuerzo de imaginación— ejemplos tempranos

del tipo de edificio administrativo y comercial que sería la norma en tiempos futuros». El nivel V fue una remodelación del VI, y por el momento no nos interesa la reconstrucción de la ciudad en el nivel IV ni su historia posterior hasta su eclipse por la fundación de Seleucia en el 301 a.C., aunque es entonces cuando la forma y el carácter de los almacenes griegos resultan más manifiestos, porque estos últimos edificios son los mejor conservados.

¿Quiénes eran, pues, los griegos que establecieron esta estación comercial? ¿Qué compraban y vendían? ¿Cuáles eran sus relaciones con la población local? Los hallazgos de Al Mina responden a la primera pregunta; en cuanto a las otras, hemos de apelar tanto a los documentos literarios como a los datos acumulados de otros emplazamientos, y también, en bastante medida, a las meras hipótesis.

Los hallazgos de nuestro primer período son básicamente cerámica. Los vasos griegos caen dentro de ciertos grupos claramente definidos, y tomando en primer lugar los más tardíos estilísticamente



Fig. 9. *Tipos de vasos del siglo* VIII *encontrados en Al Mina.*

—porque se identifican con más facilidad— podemos hacernos una idea de su origen y de los griegos que los transportaban. Esos grupos son los siguientes:

1. El más reducido, pero más característico, está formado por pequeñas copas pintadas con dibujos geométricos, a veces rellenos de un engobe blanco o crema (fig. 9a). Aparte de aquí, estas piezas se han encontrado únicamente en Eubea.

2. Hay imitaciones de las elegantes copas *(kotylai)* hechas en Corinto durante la última parte del siglo VIII. Su arcilla rosácea, y el uso ocasional de pintura blanca para las bandas interiores, muestran que no son verdaderamente protocorintias (fig. 9b). Imitaciones que lleven todos los rasgos de ese grupo sólo se han encontrado hasta ahora en Eubea y en la colonia occidental de los eubeos, Ischia *(Pithekoussai)*.

3. Copas *(skyphoi)* con dibujos geométricos simples en recuadros (el esquema «metopa»). Este tipo es bien conocido en las islas Cícladas y en Eubea, pero la ausencia general de mica en la arcilla indica especialmente Eubea, como acontece con el dibujo, muy frecuentemente de círculos concéntricos sobre el borde (figura 9c), que las excavaciones hechas en Lefkandi (véase posteriormente) han demostrado ser peculiarmente eubeo.

4. Los productos estilísticamente más tempranos son copas decoradas con semicírculos trazados a compás (fig. 9d). Desde la primera edición de este libro, las excavaciones hechas en Lefkandi, emplazamiento situado entre Eretría y Calcis, en Eubea, han confirmado dramáticamente la hipótesis de que Eubea fuera una fuente principal de esas copas, frecuentes también en Tesalia y en las islas hasta mediado el siglo VIII, aproximadamente.

5. Un grupo de copas *(skyphoi)* de finales del siglo VIII no parece importado, sino hecho probablemente por griegos en Al Mina. Su arcilla parece local, los detalles de su decoración y el uso del color (bicromo) muestran la influencia de la cerámica de tipo chipriota que era también habitual en Al Mina durante esa época, pero las formas y algunos detalles técnicos son enteramente griegos. Así, el interior barrado de la copa correspondiente a la figura 9e es chipriota y no griego; pero la decoración exterior, el uso de un pincel múltiple y la forma y fabricación esmeradas son griegas. Algunas copas de este tipo llegaron a Chipre, donde se destacan nítidamente de entre los productos locales, y una o dos se descubrieron en la Biblos fenicia, sobre la costa situada al sur de Al Mina y en Tarso.

De la otra cerámica que por su nivel o estilo pertenece al tipo aquí considerado, sólo existen fragmentos de vasos de un tipo hecho en Grecia oriental, especialmente en Rodas, y sólo una pieza

verdaderamente protocorintia; nada cretense. Volveremos a considerar la cerámica no griega dentro de un momento.

Parece, pues, probable que fuesen los eubeos quienes condujeran a los griegos a Al Mina, quizá junto con habitantes de las islas Cícladas, sobre algunas de las cuales mantuvo algún tipo de dominio político Eretría (en Eubea). Las pruebas de ello son enteramente arqueológicas. Los documentos literarios no las contradicen; de hecho, nada dicen de esta empresa verdaderamente decisiva desde el punto de vista histórico.

No sabemos qué llevaron los eubeos consigo para vender. En este período difícilmente pudo haber sido cerámica, aunque sin duda acompañase a otras mercancías y tuviese una calidad tan excelente o más que cualquiera de las hechas en Oriente Próximo por entonces. Es difícil saber qué podría ofrecer la Grecia del siglo VIII, excepto esclavos quizá, pero desde luego se siguió un flujo comercial; y difícilmente pudo haber operado en una sola dirección, por mucho que valoremos la capacidad griega para el comercio, porque aquí se enfrentaban a sus iguales en la materia. Muchos griegos pueden haber viajado a Oriente para servir de mercenarios, pero no habrían conseguido los productos que los mercaderes y los gobernantes de la patria deseaban. Del Este llegaban obras de arte cuya influencia profunda analizaremos más tarde. Importancia más inmediata pudo haber tenido el suministro de metales: hierro y cobre, muy codiciados en Grecia, donde las ciudades-estado o los reinos veían la necesidad de incrementar la fuerza de sus ejércitos para estar a la altura de una prosperidad y una población crecientes, como de la no menos creciente envidia de cualesquiera vecinos menos afortunados. Quizá no sea casual que en Eubea aparezcan las primeras noticias de batallas de hoplitas, con ejércitos de guerreros revestidos de bronce, porque los mercaderes eubeos fueron los primeros en buscar nuevas fuentes de metales para el mundo griego. Hay pruebas de fundición de bronce en Lefkandi ya alrededor del 900 a.C. En especial, Calcis era famosa en la antigüedad como cuna de diversas innovaciones en la armadura de bronce. Su nombre, la «ciudad broncínea», sugiere una asociación anterior con la metalurgia, pero la demanda creciente puede haber exigido una búsqueda de nuevas fuentes de material. No podemos decir que los metales fueran los principales productos buscados por los eubeos, pero jugaron sin duda un papel importante en el comercio con el Este. Los primeros viajes fueron probablemente aventuras privadas casuales que abrieron un nuevo mundo a los ojos griegos, un mundo lo suficientemente rico y lo bastante trastornado como para prometer negocios rápidos y provechosos. En efecto, la nueva ruta comercial

ofrecía algo semejante a una salida o vía de escape para los orientales, al tiempo que una fuente de riqueza e inspiración para los griegos.

Cuando los eubeos llegaron por primera vez a Al Mina, la ciudad estaba probablemente bajo la soberanía de Urartu, junto con las otras ciudades de la llanura de Amq, en el Orontes inferior. La sede de este reino de Urartu estaba en la actual Armenia, pero en este período, el de su mayor grandeza, el imperio parece haberse extendido hasta las orillas del Mediterráneo. Urartu era rico en metales y un centro metalúrgico importante y original, aunque no siempre es posible distinguir con certeza los bronces urartianos de los asirios o sirios, sobre los cuales queda mucho que aprender. Por consiguiente, desde el comienzo, los griegos que visitaban Al Mina tenían acceso a ricos suministros de metal en crudo y trabajado, y el control urartiano de la costa no parecía en modo alguno inhibir un libre comercio ultramarino e incluso el establecimiento de un puesto comercial extranjero.

Naturalmente, la ciudad de Al Mina no era enteramente griega. Es probable que ya existiera allí un asentamiento de algún tipo, que sólo adquirió verdadera importancia como emporio cuando los griegos comenzaron a visitar el puerto y establecieron allí una pequeña comunidad. La cerámica no griega de Al Mina puede darnos alguna idea tanto de la antigüedad del asentamiento como de la cultura de quienes admitieron a los griegos. Esto último es más fácil de juzgar, porque la cerámica es lisa o con decoración muy simple, y no hay nada semejante al rápido desarrollo estilístico y decorativo propio de los tipos griegos. Además, a pesar de las cuidadosas excavaciones, la cronología de diversos asentamientos comparables en el Este es todavía objeto de una considerable polémica.

Un estudio reciente sobre la cerámica no griega de Al Mina muestra que ninguna de sus piezas tiene por qué ser anterior a mediados del siglo IX. La cerámica griega que se encontró junto a ella en los niveles más profundos puede fecharse razonablemente alrededor del 800 o antes, por lo cual la ocupación anterior a la llegada de los griegos puede haber sido bastante leve. A lo largo del siglo VIII, el volumen de cerámica no griega parece igualar al de la griega. Toda ella debe haberse hecho para uso cotidiano, puesto que no había un comercio organizado de cerámica griega en esta época, pero la mayor parte de los objetos menores encontrados no son griegos. Por lo mismo, la comunidad griega puede haber constituido una minoría, aunque parece haber sido causa directa de la prosperidad del puerto si no de su existencia. La mayor parte de la cerámica no griega de nuestro primer período tiene un aspecto marcadamente chipriota, pero otros tipos que eran habituales en Fenicia y Palestina del Norte están bien representados. Los chipriotas comerciaban libremente con esta costa, y parte de la población de Al Mina era probablemente chipriota y hacía allí o cerca de allí sus propias vasijas, en estilo chipriota. La importancia de estos tipos cripriotas locales se refleja en la decoración de las vasijas que, según parece, fueron hechas por los griegos en Al Mina (véase nuestro grupo 5, anteriormente).

La cerámica griega encontrada en el propio Chipre —principalmente en las ciudades costeras— tiene fuentes muy semejantes y se ha descubierto en proporciones muy similares a las halladas en Al Mina durante esos años. La diferencia principal está en el número de vasos áticos que habían llegado ya antes, alrededor del 750, y que atestiguan un breve pero intenso período de interés ateniense directo en Oriente. No se trata todavía de nada semejante a un nuevo asentamiento griego, pero los fenicios habían llegado a consolidarse en la isla.

En el 743, el rey asirio Teglatfalasar III hundió el poder urartiano en el Oeste, y para fines del siglo el gobierno asirio se había extendido sobre Siria y Cilicia, hasta Chipre por el Oeste y Palestina por el Sur. Chipre formaba lógicamente parte de cualquier imperio que abarcase el norte de Siria y Cilicia. En Al Mina, Woolley declaró que su nivel VIII contenía casi exclusivamente cerámica chipriota, pero hay muchos fragmentos griegos procedentes del lugar clasificado como nivel VIII, y aunque el elemento chipriota en Al Mina pudo ser considerable en el siglo VIII, el nivel VIII termina sin duda antes del 709, año del primer documento indicativo de una sumisión chipriota a los asirios. Pero parece inútil intentar hacer distinciones netas en la cerámica clasificada en los niveles X-VII. Cabría sospechar que fueron los chipriotas quienes condujeron a los griegos a Al Mina, y la cantidad de cerámica griega del siglo VIII encontrada en la isla muestra la medida del interés griego en el lugar. Esos objetos pudieron desde luego haber viajado vía Chipre. La dominación asiria no tuvo efectos adversos sobre el comercio griego. La cerámica griega puede fecharse por evidencia externa, y claramente sigue siendo abundante en Al Mina hasta finales del siglo VIII; lo mismo debe pensarse, obviamente, de la chipriota y los demás tipos hallados junto a ella.

Antes de considerar más detenidamente el fin de nuestro primer período en Al Mina, marcado por el abandono —aunque breve— de las casas del nivel VII, y seguido por el nuevo trazado del nivel VI, podemos pasar revista a las otras pruebas allí existentes de una presencia griega en el Oriente Próximo durante esos años.

Evidentemente, Al Mina no fue el único puerto que atrajo a los griegos (véase posteriormente, a propósito de Tell Sukas), pero su posición debe haberlo hecho más importante que ningún otro. A través de él pasó alguna cerámica griega hacia el interior y hacia el Sur, bien en manos de griegos o de comerciantes locales. Se han encontrado fragmentos en diversos lugares de la llanura de Amq, situada tras Al Mina. Las características copas con semicírculos colgantes (nuestro grupo 4, anteriormente) han sido encontradas en otros seis emplazamientos de Siria, y en dos de Palestina. Otros vasos geométricos, o fragmentos de ellos, han sido encontrados en Siria, concretamente en Hama y Catal Hüyük; en Nínive, Asiria (aunque los hallazgos no han sido publicados); en Meggido, Samaría y Tell abu Hawan, dentro de Palestina. Estos últimos incluyen vasos áticos de la primera mitad del siglo VIII (como sucede en Chipre) y eubeos o cicládicos. No hay pruebas arqueológicas de ninguna influencia profunda sobre las artes locales que pudiera ser atribuida a estos contactos casuales con las cosas griegas. Los griegos sólo tenían algo que enseñar en cerámica, y los pueblos del Oriente Próximo (excepto Chipre) no estaban muy interesados en las vasijas de decoración compleja.

Más al Sur, en Asdod, los documentos asirios nos hablan de un Iatna o Iamani que fue hecho rey por unos rebeldes. Sargón aplastó la revuelta en el 712, y Iatna huyó a Egipto y Nubia, donde fue entregado a Sargón por el rey Sabaka. Iatna pudo haber sido un chipriota (Iatanana es Chipre). Algunos han pensado que se trata de un griego de Chipre, invocando la semejanza del nombre oriental para los griegos —*yavan:* jónicos—, pero los datos arqueológicos muestran que no había ningún nuevo asentamiento griego (jonio) en Chipre por aquellas fechas. Es más probable que los asirios tuviesen la costumbre de llamar jonios a los chipriotas griegos, confundiéndolos o al menos no diferenciándolos de los isleños griegos.

Hacia el Norte, en Cilicia, las pruebas son todavía más fuertes, y se ha encontrado cerámica geométrica en diversos lugares, especialmente en Mersin, y con mayor importancia aún en Tarso; en ambos lugares aparecen las copas con semicírculos colgantes. Los yacimientos locales de hierro pueden haber sido uno de los atractivos de la zona. Tarso es otro de los lugares que habían sido colonizados durante un cierto tiempo por los griegos durante el período micénico tardío y a los que volvieron en el período geométrico, unos cuatrocientos años después. La cerámica griega de Tarso sugiere que allí pudieron haber sido admitidos algunos griegos en fechas tan tempranas como en Al Mina. Los tipos de cerámica griega y de otros lugares allí descubiertos se parecen mucho a los de Al Mina, con más locales de Cilicia. El elemento griego oriental, que parece poco importante y tardío en el primer período de Al Mina, puede haber sido algo más fuerte en Tarso.

Cilicia, junto con Siria, había caído en manos del rey asirio Sargón tras su acceso al trono en el 720. Veinticuatro años después el gobernador asirio de Cilicia se rebeló; los griegos de Tarso se alzaron en armas con él y, quizá, también los griegos de Injira (si se trata de la Anchiale griega). Senaquerib, que había llegado al trono asirio en el 705, aplastó la revuelta y destruyó la ciudad de Tarso. Esto lo sabemos por documentos asirios, y las excavaciones descubrieron fácilmente en Tarso un nivel de destrucción. Documentos posteriores aluden a una batalla naval entre asirios y jonios, que puede hacer acontecido en el curso de la campaña. Aunque la rebelión no llegara hasta Al Mina, parece probable que los asirios mirasen con poco agrado las empresas griegas o chipriotas; y como la cerámica encontrada en Al Mina sugiere que el abandono de las casas del nivel VII sucedió aproximadamente por estas fechas, me siento inclinado a asociar esta ruptura en la historia del asentamiento con los hechos que llevaron a la destrucción de Tarso en el 696.

Al Mina: segundo período, hasta el 600 a. C.

También la segunda fase de nuestra historia de los griegos en el Este está arqueológicamente bien representada en Al Mina, en los niveles VI y V. Ya se ha estudiado la historia arquitectónica del período. La continuidad en el estilo de la cerámica griega encontrada antes y después de este hiato al comienzo del siglo VII muestra que no fue muy largo. Pero surgió prácticamente una nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua, que apenas reconocía las líneas de las vías anteriores y los límites de las propiedades individuales. Los niveles VI y V de Al Mina nos llevan hasta el fin de la dominación asiria y la extensión del nuevo imperio babilonio hasta las orillas del Mediterráneo.

La cerámica griega parece representar ahora una proporción más significativa de toda la hallada, y constituye quizá su parte más importante. Esto parece indicar que los griegos empezaban a dirigir el comercio que pasaba por el puerto, más que a compartirlo con los chipriotas, y Woolley observa que aunque hay todavía cierta cantidad de cerámica chipriota en el nivel VI, baja bruscamente en el nivel V. Los fragmentos de vasos griegos nos ayudan de nuevo a identificar las casas de los griegos más relacionados con el comercio oriental, pues aunque algunos tipos griegos finos (como

el corintio) pudieron haber sido transportados por cualquier comerciante griego, es aún demasiado pronto para hablar de un comercio serio o deliberado de cerámica decorada como tal. Woolley escribe que «el *bucchero* de Lesbos era preferido por uno o dos traficantes, y uno al menos tenía... cerámica de Quíos». Estos hallazgos, si tienen alguna significación, pueden sugerir más bien la nacionalidad de los almacenistas, porque la distribución de cerámica griega decorada en Oriente Próximo durante el siglo VII presenta un cuadro más pobre, si cabe, que el del siglo VIII.

Las clases principales de cerámica de Al Mina en el siglo VII son:



Fig. 10. *Tipos de vasos del siglo* VII *encontrados en Al Mina.*

1. Imitaciones *eubeas* de copas protocorintias —nuestro anterior grupo 2—. Hay suficientes fragmentos etiquetados «niveles VI-VII» o «nivel VI», como para sugerir que este tipo pudo seguir llegando.

2. *Corintia.* Bellos aríbalos y copas protocorintios aparecen ahora en cierta cantidad. Los más antiguos pueden remontarse al primer

cuarto del siglo VII, y el flujo sigue ininterrumpidamente casi hasta el final del siglo.

3. *Atica.* Fragmentos de cántaros de almacenamiento denominados «ánforas sos» por los dibujos de sus cuellos (como en la figura 3b).

4. *Argiva* (?). Algunos raros fragmentos polícromos son semejantes a los del santuario de Hera próximo a Argos, pero también a la cerámica encontrada en la colonia *eubea* de Cumas, en Italia, e incluso a estilos habituales en la colonia siciliana de Mégara.

5. *Griega oriental.* Hay varios tipos importantes:

a) «Tazones de pájaros»: copas poco profundas de material fino, decoradas con dibujos geométricos sencillos (fig. 10a). Rodas debe haber sido un importante centro de producción, pero había en otros sitios fábricas de este tipo de piezas, populares durante largo tiempo.

b) «*Oinochoes* de pájaros» (fig. 10b): jarras relacionadas con las anteriores por su decoración, pero que no sobrevivieron mucho a la mitad del siglo VII en otros lugares. También en este caso Rodas es un centro importante, pero se hacían también en Samos, Quíos, y quizá en otros lugares. Las jarras de Al Mina son de boca redonda, sin el triple labio para escanciar, como muchas quienses y unas pocas rodias.

c) Vasos de «cabra salvaje»: diversas formas decoradas con frisos animales —a menudo de cabras— según el estilo adoptado en Grecia oriental a mediados del siglo VII. Algunas piezas, especialmente los platos llanos, son claramente rodias. Otras deben proceder de otros puntos de Grecia oriental: Quíos, Samos o Mileto. No hay ejemplos de la técnica incisa de «figuras negras» que comienza a aparecer en vasos de este tipo hacia el 600 a.C.

d) Copas: pintadas sin figuras, con bandas al nivel de las asas y el labio: las llamadas «copas jónicas», quizá rodias (fig. 10c).

e) Vasos con bandas polícromas: fundamentalmente, copas finas pintadas en negro con delgadas bandas rojas y blancas (fig. 10d). Sin duda rodias.

f) Cálices quienses (fig. 10e) y fragmentos de otros vasos con el engobe blanco característico de Quíos.

g) Woolley menciona el *bucchero* «lésbico», pero ninguno de ellos ha sido publicado; y Lesbos puede no haber sido el único lugar de Eolia donde se fabricaba el *bucchero* gris en el siglo VII.

A partir de este recuento resulta claro que la mayor parte de la cerámica griega llegada a Al Mina en el siglo VII procede de lugares de Grecia distintos de los que aprovisionaron a los griegos que

vivían allí en el siglo VIII. El interés eubeo había desaparecido prácticamente. Los años próximos al 700 pueden haber visto la última o la más decisiva de las luchas entre las dos principales ciudades eubeas, Eretría y Calcis (la llamada guerra lelantina). Probablemente ganó Eretría, y es allí, no (como hasta ahora) en Calcis, donde encontramos el tipo de vaso que todavía se llevaba a Al Mina; pero esto puede carecer de significado. Ambas ciudades se retiran de escena durante muchos años. Los habitantes de las islas Cícladas que vinieron con los eubeos no serán vistos tampoco en lo sucesivo, aunque haya fragmentos de una de las cerámicas características de esas islas a comienzos del siglo VII en Al Mina, quizá procedentes de Naxos.

En su lugar encontramos vasos corintios y griegos orientales. Las pruebas de cerámica corintia deben ser tratadas con cautela. Se trataba de piezas de la mejor calidad, que cualquier griego poseería y transportaría por su valor intrínseco, por lo cual no indican una participación activa de los comerciantes corintios en el Este. Los vasos han sido descubiertos a todo lo largo del mundo griego —y fuera de él—, y no presentan un esquema muy claro de un comercio e interés específicamente corintios. Los griegos orientales, también ellos productores activos de cerámica decorada, se complacían a veces en utilizar estas piezas, las más elegantes de todo el siglo VII griego. Pero ello apenas si puede explicar la cantidad de cerámica corintia encontrada en Al Mina, especialmente a comienzos de siglo; y si no proviene necesariamente de corintios, hemos de pensar en griegos estrechamente vinculados con Corinto. Sospecho de los eginetas, que en su patria utilizaban casi siempre vasos corintios por carecer de cerámica local de calidad. Digo «casi siempre», porque las excavaciones de Egina muestran que los vasos áticos y argivos se importaban también para uso. Son áticos, y quizá también de Argos, los únicos otros fragmentos reconocibles de cerámica griega continental en Al Mina (3 y 4 *supra*). Los hallazgos hechos en la propia Egina indican un interés por los asuntos orientales durante todo el siglo VII.

El papel principal recae ahora claramente sobre los griegos orientales. Ya habían sido vistos en Al Mina a fines del siglo VIII, y fue sobre esas rutas orientales donde los samios y los milesios encontraron a los eubeos y se mezclaron en sus rivalidades. Podemos identificar con seguridad la cerámica rodia; Quíos y Samos, como quizás Lesbos, están también representadas. Lo mismo podría suceder con Mileto, a partir de lo que sabemos de sus otras empresas en el siglo VII, pero todavía conocemos demasiado poco la cerámica milesia. Cuando sepamos más, es probable que la aportación milesia

sea reconocida a expensas de la rodia. Esto es históricamente lo más probable, y resulta interesante que la cerámica griega oriental más antigua de Naucratis, en Egipto (véase el cap. 4), se parezca mucho a la más tardía de Al Mina, y en Naucratis todo lleva a pensar en los milesios. La cerámica rodia puede haber sido utilizada y transportada por griegos orientales, tal como lo fue la corintia por los continentales. El papel de la isla en la expansión de los intereses griegos durante el siglo VII se ha exagerado quizá. Es notable la escasa cantidad de las mejores vasijas de tipo «cabra salvaje» encontradas en los cementerios de Rodas, por lo demás prolíficos.

La cerámica fechable más antigua de este segundo período principal de Al Mina es del 600 a.C., aproximadamente, y a partir de entonces las pruebas de ocupación se hacen muy leves. Hay fragmentos griegos orientales y áticos en Al Mina, y especialmente en Sabouni, la ciudad cercana asociada al puerto, correspondientes a las décadas de la mitad del siglo; pero sólo en su último cuarto aparecen de nuevo en cantidad los vasos griegos. ¿Cuál es el motivo de este hiato? A finales del siglo VII el imperio asirio cayó en poder de Babilonia, y en los primeros años del VI Nabucodonosor II extendió su imperio hasta las costas del Mediterráneo. Si el hiato en los testimonios arqueológicos de Al Mina no es totalmente ilusorio, podría quizá tener alguna relación con esta traslación del poder.

Entre los otros asentamientos orientales ocupados por griegos, Tarso revivió tras el 696 a.C. tan rápidamente como Al Mina, y, exceptuando una relativa falta de cerámica corintia, su registro arqueológico a lo largo del siglo VII se asemeja mucho al de la ciudad del norte de Siria. En Cilicia (Mersin, Sakjegözü y yacimientos menores), Siria (Catal Hüyük, Zinjirli), Babilonia y Palestina (Tell abu Hawam) hay pruebas más leves de un interés griego, aunque no de asentamientos. La cerámica, como en Al Mina, es casi en su totalidad griega oriental y corintia, como acontece con las importaciones de Chipre en el siglo VII. Las fundaciones hechas por Rodas en Faselis y Soloi, sobre la costa sur de Asia Menor, pueden fecharse a principios del siglo VII, pero no hay pruebas arqueológicas de ello, salvo que se vean en la cantidad de cerámica rodia llegada a la cercana Tarso.

Hay también algunos indicios de mercenarios griegos en el Este durante el siglo VII. En la escena de asedio de un cuenco de plata encontrado en Chipre (Amatunte), pero probablemente obra de un artesano fenicio del siglo VII, aparecen soldados vestidos como los hoplitas griegos. Desgraciadamente, los «guerreros jonios» que algunos han detectado en un relieve de Nínive son con certeza

orientales, y el fragmento de lo que podría ser un yelmo griego en una pintura de Til Barsip es una menguadísima prueba de la representación asiria de soldado griegos. En las ruinas de Karkemish, destruida por los babilonios en el 605, se encontró una espinillera y un yelmo griegos (lámina 6b) decorados con frisos concéntricos de animales y una cabeza de gorgona en el centro. Es probable que sea obra griega de mediados del siglo VII o algo posterior, y hay un ejemplo semejante, aunque de más calidad, en Olimpia. Sin embargo, es probable que el escudo fuera transportado por un griego al servicio del rey egipcio Necao, que había ocupado Karkemish, más que al de un rey asirio o babilonio.

Un lugar cercano a Asdod y al sur de Tel Aviv, Mezad Hashavyahu, es considerado por sus recientes excavadores como sede de un asentamiento de mercenarios griegos pagados por el rey egipcio Psamético I. Está fortificado, y la cerámica griega oriental allí encontrada corresponde toda ella a finales del siglo VII. Se sugiere que fue abandonada ante la invasión de Necao en el 609; pero pudiera tratarse de los griegos de Necao, expulsados por los babilonios (véase la pág. 127).

El siglo VI

Hay un lugar en la costa fenicia, Tell Sukas, donde la cantidad de cerámica griega encontrada puede indicar la existencia de otro asentamiento o puesto comercial griego. El lugar está sobre un promontorio bajo situado entre dos buenos fondeaderos, unos 80 kilómetros aproximadamente al sur de Al Mina. Era visitado por los griegos al mismo tiempo que Al Mina, en el siglo VIII, pero quizá tardaron en consolidarse allí; y el emplazamiento jamás fue exclusivamente griego. Su principal período de prosperidad comienza aproximadamente hacia el 600, y los arqueólogos detectan influencias griegas en la arquitectura de un pequeño santuario, identificado por los griegos como de Helios. Buena parte de la cerámica es griega oriental, con alguna ática, pero también hay pruebas de cerámica chipriota. El asentamiento padeció más de una destrucción en el siglo VI, pero el verdadero ocaso y la interrupción en los envíos de cerámica griega sólo se producen al comienzo del siglo V. Sin embargo, la actividad griega en la primera mitad del siglo VI debe haber sido tolerada o incluso estimulada por los babilonios, posiblemente para perjudicar a los fenicios del Sur, cuya capital, Tiro, jamás cayó en sus manos. A tal respecto existe una profunda discrepancia entre su historia y la de Al Mina, que declinó al aproximarse los babilonios y sólo revivió bajo los persas. Quizá los nuevos señores

consideraron conveniente que los griegos prosiguieran sus actividades comerciales en Tell Sukas mejor que en Al Mina, aunque los griegos volvieron al puerto más favorable tan pronto como pudieron. O puede significar que en este período había mayor interés por el comercio directo con Siria central y un interés por el comercio con los centros más remotos servidos también por Al Mina. La prosperidad relativamente superior de las ciudades fenicias de esta costa en todas las épocas no disminuye la importancia de Al Mina como único depósito dirigido y favorecido por los griegos para el comercio con fuentes situadas más allá de la franja costera.

Hay muy pocos hallazgos de cerámica griega en el Oriente Próximo, desde Cilicia a Palestina, durante unos cincuenta años después de comenzar el siglo VI —el «interregno» babilonio entre los asirios y los persas.

Los babilonios mismos emplearon mercenarios griegos. El poeta lésbico Alceo canta a su hermano Antiménidas: «Luchando al lado de los babilonios realizaste una gran hazaña y los libraste de su angustia, porque quitaste la vida a un guerrero a quien sólo le faltaba un palmo para tener de altura ocho codos reales» (es decir, dos metros y medio). Hay indicios de que sirvió en la campaña palestina. En Babilonia hay inscripciones alusivas a la presencia de «jonios», pero quizá sólo de Cilicia, así como cierta cerámica ática de mediados del siglo VI que nos recuerda los hallazgos de Tell Sukas y los fragmentos de Al Mina (Sabouni).

La supremacía babilonia duró poco, y entró en escena una nueva potencia del Este. El rey persa Ciro entró en Babilonia en el 539 y heredó su dominio sobre Siria, Fenicia y Palestina. Ya había sometido a los jonios de Grecia oriental tras su victoria sobre Creso y los lidios. Bajo el gobierno persa, el comercio griego parece haber prosperado nuevamente en Oriente Próximo, tras el retroceso sufrido con los babilonios. En Fenicia y Palestina hay algo de cerámica griega oriental y ática, fundamentalmente de la segunda mitad del siglo, pero en el Norte el puerto griego de Al Mina fue reconstruido y puesto de nuevo en marcha antes de acabar el siglo. Ahora parece ser un asentamiento enteramente griego, y su regeneración sólo puede comprenderse partiendo de un estímulo positivo a los comerciantes griegos por parte de los persas. La nueva ciudad de Al Mina (nivel IV) se construyó con un plan y un estilo bastante nuevo. Los edificios o almacenes se agrupan en grandes bloques rectangulares, y algunos se aproximan a la forma que aparece en un estadio posterior de la ciudad, en torno a un patio abierto por uno de sus lados (fig. 11). Al Mina sufriría dos cambios más de trazado, debido a incendios, pero a pesar de estos retrocesos su

prosperidad fue ininterrumpida hasta el momento de eclipsarse su importancia por la fundación de Seleucia, seis kilómetros al Norte, en el 301 a.C.

Para la identidad de los griegos que ahora dirigían Al Mina ya no podemos apoyarnos en el tipo de datos arqueológicos que nos

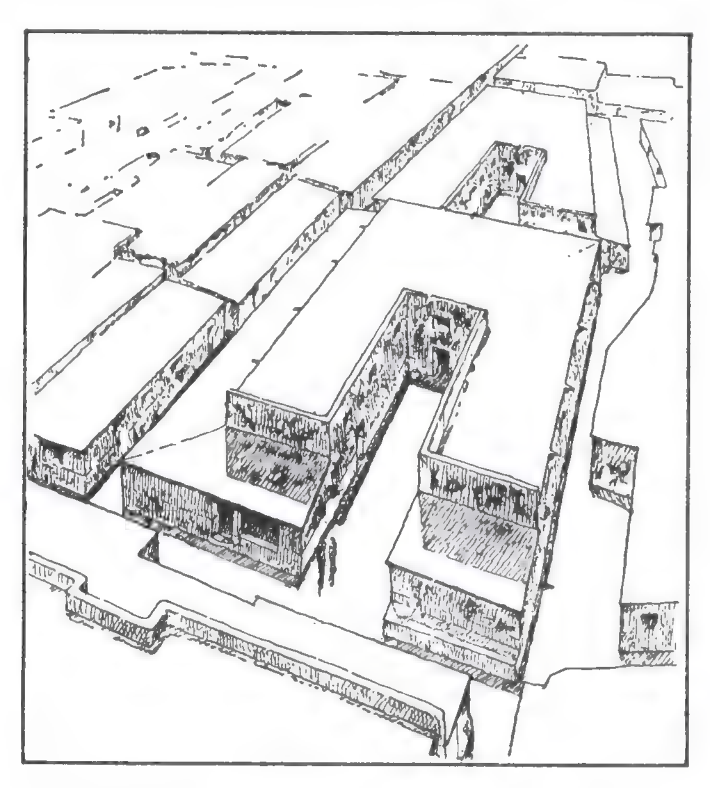


Fig. 11. *Reconstrucción de almacenes de Al Mina.*

han servido hasta aquí. La cerámica ática había ganado por esas fechas todos los mercados, y los hallazgos de vasos áticos decorados en el mundo griego o fuera de él no implican un interés activo de los atenienses más que de cualquier otro grupo de griegos. Teniendo en cuenta las relaciones de los griegos orientales, y especialmente de los jonios, con Persia, así como el testimonio análogo de Naucratis en Egipto, podemos suponer razonablemente que los

griegos orientales seguían dirigiendo la mayor parte del comercio. Desde finales del siglo VI, la cerámica griega decorada de Al Mina es en su totalidad ática, la mayor parte de ella de baja calidad y como pensada para un mercado poco exigente. Hay todavía, por supuesto, objetos chipriotas y algunas baratijas de Fenicia. Los tipos locales o indígenas siguen presentes y se ven profundamente influidos, normalmente para mejor, por la calidad de las importaciones griegas. En general, puede decirse que la mayor parte de la cerámica de calidad es griega, pero que los objetos menores corresponden más a los hallazgos hechos en cualquier otro puerto o ciudad de Oriente Próximo con amplias conexiones ultramarinas. Para estas fechas, desde luego, la cerámica ática se importaba por su valor intrínseco, y aparece con frecuencia creciente en muchos puntos del Oriente Próximo. Limitando nuestra atención exclusivamente a los años posteriores a la reanudación del comercio a través de Al Mina y antes del fin de las guerras médicas en el 479 a. C., descubrimos cerámica ática aproximadamente en media docena de lugares de Siria del Norte, siendo Karkemish el más remoto, cierta cantidad en Babilonia, y algo más en Palestina, desde Tell abu Hawan, al Norte (cerca de Haifa), hasta Tell Jemmeh en el Sur. Se trata invariablemente de piezas áticas casi producidas en masa, las más pobres y de peor estilo, correspondientes a la última fase de figuras negras. La calidad mejora algo en el siglo V. Mencionaré en particular un *objet d'art* griego, de fecha algo posterior, que había pasado a Al Mina, porque hasta ahora no ha sido publicado y tiene algún interés intrínseco. Se trata de la estatuilla fragmentaria de una esfinge sentada (actualmente en Oxford), tallada en mármol blanco de calidad (lámina 2a). La talla y el acabado son de una rara perfección. Las comparaciones con figuras semejantes de Grecia, como la esfinge de Egina o el vaso-esfinge hecho por el ceramista Sotades, sugieren una fecha alrededor del 470. Puede haber llegado a Al Mina solamente para deleitar a un agente griego residente, pero los persas ya habían desarrollado una afición por las obras de arte griegas, no obstante la pobreza de gran parte de la cerámica ática que llegaba a Al Mina.

Pocas monedas griegas se han encontrado hasta ahora en puntos del Oriente Próximo antes del 480 a.C. La mayoría son áticas o eginetas de finales del siglo VI o comienzos del V, pero un importante tesoro hallado en Ras Shamra muestra una preponderancia de emisiones tracias, y las monedas tracias son más comunes de lo que cabría esperar. El mismo fenómeno acontece con hallazgos en Egipto correspondientes a estas fechas (véase págs. 140-141). Hay también algunas monedas jónicas y chipriotas. En Persépolis se encon-

traron algunas monedas asociadas a los depósitos fundacionales de la Sala o «Apadana» de Darío (511 a.C.); hay ocho estateras lidias (de Creso), una estatera egineta de plata, una tracia y tres piezas chipriotas.

Nada más tenemos que decir sobre la suerte de los griegos en Siria y Palestina durante el siglo V, excepto en cuanto afectan a este área las relaciones griegas con los persas. Los griegos de Jonia fueron los primeros en tratar con los persas, y volveremos a ellos y a su experiencia de los reinos anatolios indígenas antes de terminar este capítulo.

La influencia oriental en Grecia

Para completar el cuadro, debemos decir algo sobre los efectos en Grecia de este activo contacto y comercio con el Oriente Próximo, al menos desde el punto de vista del arqueólogo. La parte que desempeñó el Oriente a la hora de inspirar nuevas ideas en lo religioso, literario o científico no puede ser analizada aquí. Y resumiendo la influencia a menudo superficial de los motivos orientales en el arte griego, no podemos tampoco prestar la debida atención a la contribución griega indígena, ni al modo en que los griegos tradujeron y adaptaron lo recibido para formar un arte sin paralelo en ninguna región del Oriente Próximo. El relato está, pues, abocado a una falta de equilibrio, y el lector debe tener en cuenta la constante evolución de los griegos, de sus instituciones y su arte, que el Este puede haber acelerado o condicionado, pero sin suministrar jamás el ímpetu inicial ni inspirar el genio indígena.

En consecuencia, sólo podemos hacer un recuento de los medios y motivos más probables donde el arqueólogo puede observar la influencia del Oriente sobre Grecia; una influencia estimulada en primer lugar por los propios griegos en sus visitas al Este, y no a la inversa. Hay tres aspectos del problema: los objetos importados; la influencia aparente de artistas orientales que vinieron a Grecia, trabajaron y enseñaron allí —los *demioergoi* extranjeros mencionados por Homero—, y la imitación y adaptación griega de objetos y decoraciones orientales. En alguna parte y en algún momento de la larga historia del Oriente Próximo cabe hallar analogías para cualquier motivo artístico, naturalista o abstracto. Pero las comparaciones sólo pueden hacerse con provecho si se puede demostrar una relación en el tiempo y un medio de transmisión plausibles. A veces faltan eslabones vitales, aunque la deuda parece directa y segura. Pero en todo momento debe recordarse que no fue

éste el primer contacto griego con Oriente, y que algunos motivos o formas bien pueden haber sobrevivido desde la Edad del Bronce o haber sido redescubiertos.

Las diferentes fuentes de las influencias orientales sobre Grecia son más complicadas de lo que podría sugerir la geografía de la zona. Pueden distinguirse las siguientes:

1. *Neohitita o siria del Norte.* Diversos lugares de Siria del Norte y Cilicia atestiguan un arte que parece más en deuda con los estilos hititas anatolios que con los del Este o del Sur. Sus manifestaciones mejor conocidas son los bajorrelieves, y los lugares más importantes son Karkemish, Zinjirli, Sakjegözü y Malatya. La mayor parte de las obras significativas se hicieron en el siglo VIII a.C. o antes, pero eran todavía visibles en el VII.

2. *Urartiana.* Armenia fue un centro importante y los ricos hallazgos hechos en localidades cercanas al lago Van tienen a menudo un estrecho parentesco con objetos encontrados en Grecia. Urartu controló el norte de Siria durante cierto tiempo en el siglo VIII.

3. *Asiria.* El arte de Asiria es más conocido por su escultura, especialmente sus bajorrelieves, que por sus bronces u otros objetos menores. Para los griegos una importante fuente de motivos decorativos asirios pudieron ser los tejidos, que naturalmente han desaparecido. La influencia asiria no puede ser anterior al siglo VII; de hecho, la mayor parte de ella corresponde a la mitad o a finales de ese siglo.

4. *Fenicia.* Los marfiles de emplazamientos fenicios, y los transportados como botín a Asiria, revelan una amalgama de formas egipcias y del Oriente Próximo. Los marfiles y algunos bronces son para nosotros los productos más importantes, pero los demás objetos menores reflejan la misma mezcla de motivos.

5. El arte *chipriota* refleja mucho que era más familiar sobre la tierra firme del Este, y muestra poca originalidad digna de mención. La isla estuvo en contacto continuo con los griegos durante la primera fase de la Edad del Hierro. Esto se refleja en importaciones y préstamos poco importantes. Su función principal puede haber sido la de transmisor de motivos y objetos fenicios hacia el Oeste, y hubo importantes ciudades fenicias en la isla durante el siglo IX.

Las aportaciones frigias, lidias y persas posteriores serán analizadas más tarde en este capítulo.

Inmigrantes

Las innovaciones técnicas que sugieren una instrucción realizada por artesanos inmigrantes serán mencionadas en secciones posteriores, pero hay unos pocos casos claros de artistas inmigrantes y de otros cuyo trabajo marcó un hito, aunque su influencia fuese limitada. Merecen analizarse por sí mismos: la mayor parte de ellos están en Creta.

1. El final del siglo IX vio llegar a Knossos artífices del metal especializados en la filigrana y el grano de oro, así como en la talla de piedras duras, técnicas olvidadas en Grecia desde la Edad del Bronce. Parecen haber adoptado una *tholos* (tumba) minoica desalojada como panteón familiar, y haberla consagrado al modo oriental, enterrando dos escudillas de oro debajo de la puerta. Contenían material de trabajo en forma de piezas de metal y barras, joyería de calidad en oro con motivos semicirculares, figuras humanas e incrustaciones de cristal, así como una banda de oro estampado. Este estilo aparece más tarde en joyas descubiertas en Knossos, en la gruta del Ida y en bronces decorados, un cinturón (figura 19b) y un carcaj. En el propio «panteón» y ya a finales del siglo VIII, aparecen más trabajos figurativos en oro, que podríamos relacionar también con estatuillas de bronce batido representando deidades, descubiertas en un pequeño templo de Dreros. Estos objetos parecen marcar el fin de su carrera, y sus técnicas no fueron aprendidas por otros talleres cretenses. Gran parte de estas obras tempranas se relacionan con oro de Tell Halaf en Mesopotamia, un emplazamiento arrasado por los asirios en el 808, pero el estilo general puede resultar fenicio, e incluso Chipre podría ser la fuente inmediata para Creta. Sin embargo, la bien excavada isla de Chipre ha de dar todavía muchos objetos de fecha y estilo relevantes para demostrar que esto es así.

2. Joyería en oro, básicamente similar en estilo pero no idéntica, estaba siendo hecha en el Atica durante la primera mitad del siglo VIII. Parece representar la obra de un grupo inmigrante similar, pero con una carrera más corta que el de Knossos. Ese grupo es probablemente responsable también de las bandas de oro estampado con decoración animal (véase posteriormente y figura 20a).

3. Los artesanos del metal del norte de Siria llegaron a Creta quizá tan pronto como los orfebres de Knossos, y establecieron una fuerte tradición de trabajo a martillo, que en sus comienzos es bastante oriental, aunque se vaya helenizando progresivamente. Una de las obras más antiguas, debida sin duda a una

mano oriental, pero hecha, según parece, para servir o ilustrar un culto cretense, es un tímpano de bronce (semejante a una pandereta) de la gruta del Ida en Creta (lámina 4b). Representa a un dios cabalgando sobre un toro y zarandeando a un león sobre su cabeza. A cada lado, hombres alados hacen sonar timbales. El estilo es oriental, como sucede con el dios sobre un toro y las figuras aladas, pero éstas golpean sus timbales de un modo griego y el dios lleva calzones no orientales (aunque quizá chipriotas). La pieza fue ofrendada en una gruta donde se decía que el niño Zeus estuvo escondido de su padre, y donde sus guardianes entrechocaban escudos y —sin duda— timbales (los instrumentos de su madre, Rea) para apagar el ruido de sus llantos. Al mismo estilo pertenecen algunos bronces de Olimpia y Dodona, en Grecia, y dos bellos soportes de caldero y un cuenco encontrados en tumbas etruscas. No podemos asegurar si estos últimos objetos fueron llevados allí desde Creta o si los artesanos orientales viajaron todavía más lejos. Lo primero es más probable, y algunos motivos se emparejan con otros de vasijas cretenses, como, por ejemplo, los capullos en forma de abeja. Aunque el estilo de estos objetos es completamente oriental, no se ha encontrado todavía ninguna obra de la misma escuela fuera de Grecia y Etruria.

De un estilo conexo son los grandes escudos cónicos con cabezas de animales en relieve, hechos también para la gruta del Ida (como en la lámina 3a), pero se han encontrado también en otros dos puntos de Creta, y viajaron hasta Delfos, Dodona y Mileto. Cubren el siglo VIII y la primera mitad del VII, y muestran bien la progresiva helenización de los estilos y motivos —por lo general frisos animales o grupos con monstruos—. Este tipo de escudo era conocido en Asiria y Urartu, pues lo vemos en un templo urartiano de Musasir, representado sobre un relieve asirio que muestra el saqueo de la ciudad. En el mismo taller cretense y con la misma técnica se hizo la vasija de bronce en forma de cabeza que aparece en la lámina 6a (en Oxford; el labio y el asa están restaurados en el dibujo). La concepción es griega, pero la ejecución y los detalles son orientales.

4. Durante la primera mitad del siglo VII aparecen en puntos sud-centrales de Creta (especialmente Afrati) diversos objetos de arcilla que imitan objetos del norte de Siria hechos en otros materiales: cuencos de aceite en piedra alimentados por caños con cabeza de león (una copia en arcilla, lámina 8b), calderos de bronce con asas anulares o con apliques de cabezas de grifos, del tipo por entonces habitual e imitado en bronce en otras partes de Grecia, pero no en Creta (véase más adelante), y existen algunos motivos

figurativos sobre vasijas que pueden deberse a la misma inspiración. Por consiguiente, no se trata del trabajo de artesanos inmigrantes, ni de imitación de importaciones comunes (no halladas), sino quizá de la llegada de extranjeros, que hasta cierto punto pudieron imponer su gusto a los talleres locales. Otra indicación de ello puede ser el hecho de que muchos enterramientos incineratorios de Afrati son desde ahora en adelante de un tipo característico, con urnas puestas sobre platos y cubiertas por cazuelas invertidas, sólo semejantes al tipo descubierto en el cementerio de Karkemish sobre el Eufrates, correspondiente a la Edad del Hierro. Quizá es correcto asociar con esta inmigración los datos literarios y epigráficos que atribuyen la primera codificación legal en Grecia y Creta a este período, porque las leyes escritas eran habituales en Oriente y hay muchos elementos de la griega que recuerdan al Oriente.

Con el tiempo, debería ser posible aislar las obras y la influencia de otros artesanos inmigrantes en Grecia, y habrá indicaciones de ello en los párrafos siguientes, donde estudiaremos por turno las diferentes artesanías y motivos.

Marfiles

Se han descubierto marfiles orientales en Samos, Esmirna, Eritras, Creta (fig. 12a), Rodas y Atenas, que en su mayor parte pueden haber llegado antes del 700 a.C. Siria era todavía una fuente importante de marfil en esta época, y los colmillos encontrados en Al Mina pueden reflejar el comercio de materia prima que abastecía a las muchas escuelas griegas de eboristería durante el siglo VII.

Dentro de una tumba de Atenas, que por su cerámica puede fecharse hacia el tercer cuarto del siglo VIII, se encontró un grupo de cinco figuras femeninas desnudas (la mayor, lámina 1a) que imitan claramente el tipo «Astarté» oriental, representando a la diosa de la fertilidad (fig. 12d, procedente de Nimrud). Poseen una fuerza y un sentido de la forma que revela una mano griega trabajando todavía dentro de los límites del convencionalismo geométrico, pero con un técnica aprendida de un artesano oriental, y quizá de un artesano establecido en Atenas. Esta será la más antigua de esas nuevas escuelas. En el Peloponeso otras suministraron exvotos de marfil y hueso para el templo de Artemisa Ortia en Esparta y el templo de Hera en Perachora (cerca de Corinto). Las figuritas son ahora adaptaciones más helenizadas y aparecen ciertas formas nuevas. Ciertos sellos de marfil, con el reverso esculpido en forma de animales reclinados (fig. 12b), se ase-

mejan a grupos orientales en marfil (no utilizados como sellos, sin embargo) y a algunos sellos cretenses de la Edad del Bronce.

Los sellos en forma de disco se utilizaban como pendientes o quizá sobre brazaletes. Ese tipo de objetos se encuentra también en otras partes de Grecia, desde Itaca hasta las islas del Egeo. Entre los objetos menores en hueso y marfil podemos señalar placas con incrustaciones y los broches en forma de «anteojos» que imitan

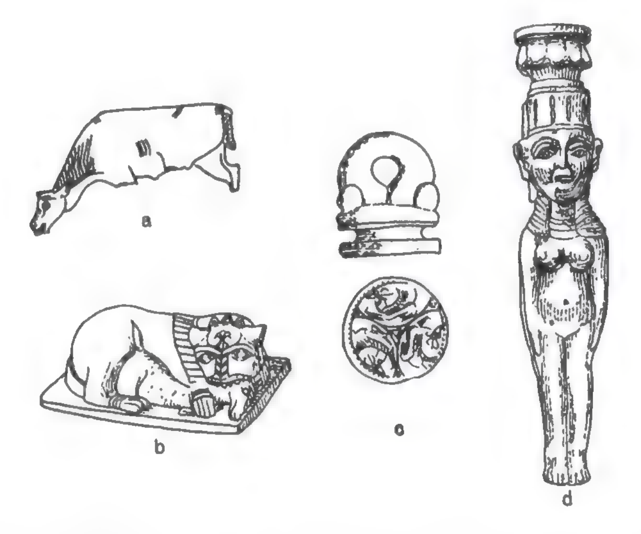


Fig. 12. a) *Marfil de la gruta del Ida, Creta.* b) *Marfil de Esparta.* c) *Sello de marfil de Efeso.* d) *Marfil de Nimrud.*

una forma en metal (fig. 67a, pág. 228). Están decorados con simples círculos hechos a compás o con trenzados más elaborados de un tipo exactamente idéntico al que encontramos sobre marfiles y placas orientales.

En Grecia oriental había otros artistas eborarios que aprendieron del Este. Entre los hallazgos menores de Efeso encontramos nuevamente los pequeños animales reclinados, y hay un sello anular de forma hitita (fig. 12c) que, sin embargo, puede no ser obra griega. La artesanía más depurada aparece en estatuillas del siglo VII o principios del VI (como en la lámina 1c). Estos objetos igualan a sus equivalentes orientales en técnica, y quizá los superan en calidad artística. Hay varios procedentes de Efeso, y unos pocos en Samos, Quíos y Esmirna. Con ellos pueden estar asociadas las

escuelas eborarias de Lidia, y quizá algunos hallazgos aislados de Grecia continental, como una bella cabeza de Perachora, cerca de Corinto (lámina 5a), otra en Corfú y el dios con un león de Delfos (lámina 1b). Este último se asemeja mucho a algunos grupos asirios de Gilgamesh en su composición, pero sólo en eso.

Bronces

El material es aquí abrumador en su variedad, pero están claras ciertas fuentes o conexiones.

Ya hemos indicado los bronces de tipo chipriota que llegaron a Creta a comienzos de la Edad del Hierro, las escuelas inmigrantes en la isla y el recipiente suelto del siglo IX en Atenas.

A partir del siglo VIII se agudiza el problema de identificar las fuentes de los bronces orientales y de la influencia oriental sobre la industria del bronce. Aunque hace pocos años el reino de Urartu era considerado como fuente principal, los peritos tienden ahora a favorecer al norte de Siria, aunque los datos referentes a los estilos de su artesanía del metal durante el período relevante sean básicamente circunstanciales. Cabe también invocar ahora influencias e importaciones de más lejos todavía, de Persia. Los objetos pueden haberse movido muy libremente en el Oriente Próximo, por comercio o conquista, y los que llegaron o influyeron sobre los griegos no obligan a deducir relaciones directas entre Grecia y su supuesto lugar de origen. Ya en el período geométrico del siglo VIII encontramos ciertos extraños ecos de la metalistería caucásica en Grecia, especialmente en pendientes de bronce calado y en algunas figuritas de pájaros sobre soportes calados también. Su fecha en el Este no es segura, ni tampoco está claro el medio de transmisión a Grecia. Tienen también conexiones igualmente oscuras con bronces de Europa central. Pero estamos ante un caso especial, y lo que principalmente nos interesa son los bronces posteriores procedentes de otras zonas.

Los apliques de los calderos de bronce, y sin duda los calderos mismos, llegaron a Grecia desde el Este en la primera mitad del siglo VII, o quizá algo antes. Algunos fueron copiados y adaptados a las pautas y al gusto griego. El tipo más conocido son los apliques de «sirena», con un torso humano surgiendo de una cola y alas de pájaro que abrazan el caldero por debajo del borde, mientras las cabezas atisban hacia dentro. Estos objetos, así como sus derivados griegos, han sido encontrados en Olimpia, Delfos, Atenas, Beocia (Ptoon), Argos, Delos, Rodas, Chipre y Etruria. En la figura 13b aparece dibujado un ejemplo procedente de Frigia (Gordion). Con esos apliques pueden asociarse también las zarpas de león en bronce para trípodes que han sido descubiertas en muchos de esos emplazamientos. Estos calderos llegaron también a Frigia, como hemos visto, pero es improbable que el motivo u objeto se introdujese inicialmente en Grecia desde esa zona. Hay versiones urartianas y asirias, pero es probable que el tipo influyente en Grecia llegase de Siria del Norte. Las figuras 13c y 13d muestran una cabeza de sirena oriental junto a una imitación griega que ha rechazado o «geometrizado» los suaves rasgos orientales.

Otra variedad tiene cabezas de toro, surgiendo de las alas y la cola o solas. Se encuentran en Olimpia, Delfos, Atenas, Amicles,

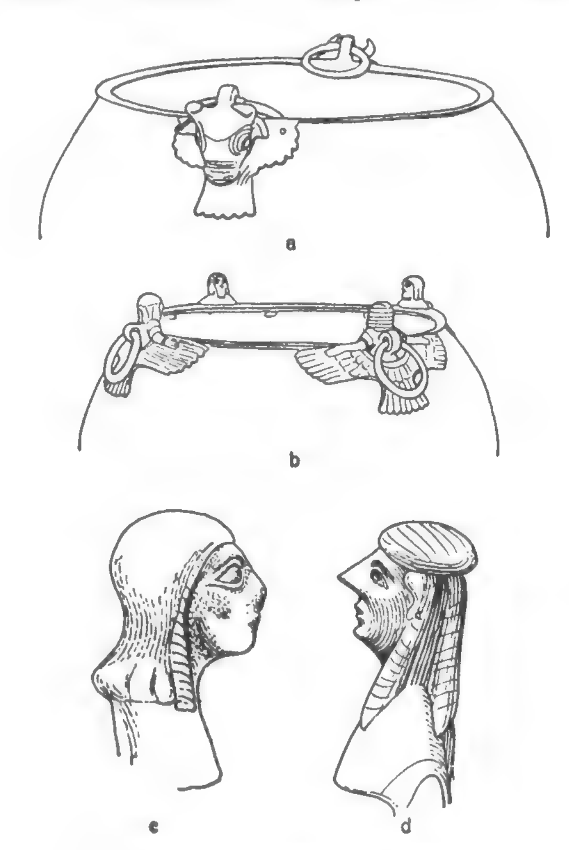


Fig. 13. a) *Caldero de bronce de Cumas.* b) *Caldero de bronce de Gordion.* c) *y* d) *Cabezas de sirenas de bronce de Olimpia.*

Argos, Rodas, Samos, Macedonia, Cumas (en Italia, fig. 13a) y Chipre. El tipo importado y copiado es probablemente sirio del Norte y no urartiano. Están peor representados los apliques de construcción similar con cabezas de grifo (fig. 14c) o cuerpos de pájaro «real», de Olimpia y Atenas.



Fig. 14. *Aplicaciones de calderos de bronce: cabezas de grifos:* a) *martillada,* b) *fundida y* c) *grifo fundido de Olimpia;* d) *toro fundido.*

Otro tipo de aplique fundido, cuyos ejemplos parecen todos importados, muestra un cuerpo de animal entero (toros, venados, cabras, leones y algunos monstruos alados) sobre láminas de apoyo adheridas al hombro de la vasija (fig. 14d). Este tipo de objetos se encuentra en Olimpia, Delfos, Creta, Atenas, Rodas, Argos, Amicles, Itaca y Macedonia.

Los apliques de caldero mejor conocidos son las cabezas y cuellos de grifo que se encuentran en muchos lugares de Grecia (pero no en Creta), Etruria y Chipre, a lo largo de los siglos VII y VI. Los más antiguos están hechos a martillo (fig. 14a), y sólo las últimas series están vaciadas (fig. 14b y fig. 65, pág. 220), como los citados anteriormente. A veces las cabezas trabajadas a martillo se encuentran sobre los mismos calderos con sirenas (Olimpia, Chipre), pero no es necesario que hayan sido puestas a la vez, y dado que ninguno de los grifos se ha encontrado más al este de Chipre (excepto uno llegado obviamente después a Persia), podría afirmarse que el tipo fue desarrollado en Grecia, posiblemente inspirado en apliques como los de la figura 14c. Había talleres que los producían para Olimpia y en Samos, y el artista griego está ya por entonces ejercitando su gusto y su originalidad a la hora de manejar esas nuevas ideas y técnicas.

Es interesante advertir que los talleres «orientalizantes» de Grecia preferían al principio batir el metal y trazar (a martillo) los detalles sobre él, mientras que los apliques orientales importados suelen estar fundidos en molde, y llevan los detalles incisos. Puede ser simplemente que el metal fuera más escaso en Grecia, pero la diferencia de técnica es real, y puede resultar significativa a la hora de determinar la fuente de los artesanos orientales en Grecia y la medida en que hubieron de adaptar modelos y técnicas orientales.

Entre las otras vasijas de bronce hemos de mencionar fiales o cuencos, algunos con una protuberancia central u ombligo (mesonfálicos). El tipo es oriental, y se ha encontrado en Frigia, Asiria y Fenicia. A Atenas, Delfos, Olimpia (lámina 3b), Delos y Creta llegaron ejemplos pintados, generalmente de tipo fenicio y probablemente del siglo VIII. Los que tenían dibujos florales simétricos fueron a menudo copiados en Grecia en bronce y arcilla. Los persas los

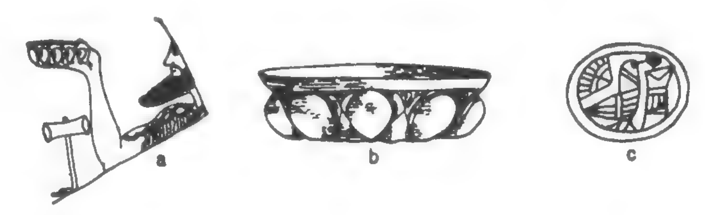


Fig. 15. a) *Fragmento ático de figuras rojas.* b) *Fiale persa de bronce.* c) *Dibujo de un sello de piedra de Creta.*



Fig. 16. a) *Relieve de bronce de Olimpia.* b) *Arnés de bronce de Mileto*

usaban todavía, y hay un tipo peculiarmente persa (fig. 15b) representado sobre un fragmento de vaso ático de finales del siglo VI (figura 15a). En Grecia esa forma se utilizaba generalmente para libaciones rituales, y en Perachora unos doscientos arrojados a un pequeño estanque sirvieron probablemente para algún rito de adivinación que proporcionaba presagios según se hundieran o flotasen. Las copas con cabeza de animal se ven sobre los relieves asirios. Llegaron ejemplos en bronce a Frigia (lámina 2c) y Samos, pero el motivo no fue copiado hasta el siglo V, y entonces imitando modelos persas. Las asas arqueadas con una perilla floral aparecen sobre bronces asirios y fueron copiadas en todo el mundo griego. Doy aquí una variante quiense, en la que el capullo central está sustituido por una cabeza barbada que aparece entre los pétalos,

como sobre un cuello de pajarita (lámina 5b). Las asas anulares de vasijas metálicas (como en la fig. 28, pág. 102) pueden tener su origen en Urartu, Asiria o Frigia. Este tipo anular, así como las asas móviles, fue imitado en arcilla en Grecia, y en Al Mina hay un original en bronce con asas móviles, indicativo de la ruta de transmisión.

Pueden indicarse algunas otras importaciones o préstamos. Hay placas de bronce del norte de Siria (fig. 16a) y parte de un incensario en Olimpia, en Samos una cabeza de maza asiria y una figurilla que pueden ser obras griegas asirianizantes. En Creta se importaron figurillas en bronce del norte de Siria, inspirando un pequeño grupo de bronces locales a finales del siglo VIII. En Samos y Rodas, como en Mileto (fig. 16b) y Eretría (en Eubea), hay jaeces con decoración en relieve que parecen peculiarmente fenicios, y fue un tipo de bocado asirio el que se adoptó en Grecia durante el siglo VII. De más al Este, de Persia y especialmente del Luristán,

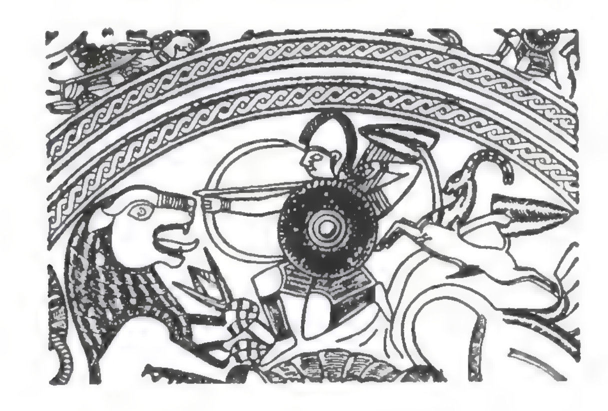


Fig. 17. *Detalle de un escudo de bronce de la gruta del Ida, Creta.*

proceden jaeces que fueron copiados en Grecia, vasijas en Samos, y un pendiente en Creta. Ninguno de esos objetos tiene una fecha segura, pero la mayoría son probablemente del siglo VII, y algunos del VIII.

Otros bronces griegos pueden reflejar tipos orientales. Algunas placas recortadas de Creta recuerdan ejemplos de Asiria por su técnica. Un tipo de yelmo con una cresta adherida junto a la corona parece anticipado en Urartu, pero la semejanza puede ser super-

ficial, y los yelmos griegos de este tipo no se asemejan a las «gorras» urartianas, sino que cubren las orejas y las mejillas. Debemos indicar, por último, que la técnica de incisión de figuras en bronce —como en el recipiente importado de la lámina 3b, o los escudos cretenses (lámina 3a, fig. 17)— inspiró probablemente la técnica incisa de figuras negras de los vasos griegos, que abrió una nueva gama de detalles con relación a los estilos geométricos de simple silueta.

Artes y objetos menores

Aquí nos vemos enfrentados a una gran mezcolanza de temas y materiales.

Los sellos griegos más antiguos de la Edad del Hierro están hechos en marfil, a mediados del siglo IX. Los sellos de piedra de

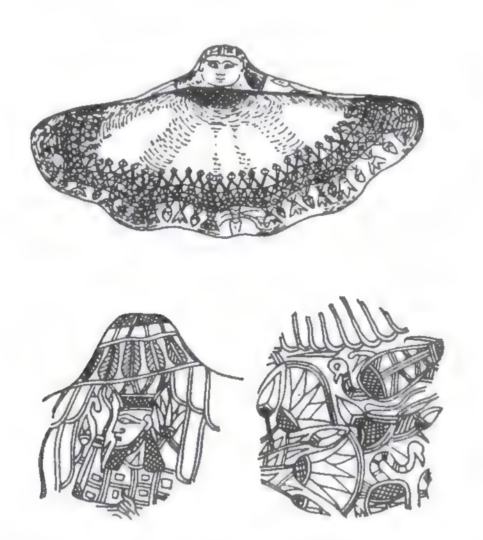


Fig. 18. *Concha de tridacna incisa y detalles.*

los siglos VIII y VII pueden estar inspirados en formas orientales, fundamentalmente sirias, pero una clase importante, la de las gemas insulares, imita las formas de la Edad del Bronce griega con figuras orientalizantes. Los sellos de marfil del siglo VII ya han sido mencionados. Hubo una considerable importación de escarabeos de fayenza procedentes del Este. Una clase especial de escarabeos de piedra hechos en Cilicia durante la segunda mitad del siglo VIII

(grupo del Intérprete de Lira) se distribuyó bien, según parece por obra de los eubeos, en Ischia y Etruria, pero llegó también a muchas ciudades griegas (a Creta, fig. 15c), y en pequeña cantidad al Oriente Próximo. Gemas más simples de cristal, de tipo fenicio, llegan a Rodas y otras partes de Grecia en la primera mitad del siglo VII. Algunos cilindros-sello asirios llegaron a Olimpia y Samos, y en Delos apareció uno que podría proceder del norte de Siria. En el segundo cuarto del siglo VI aparece una nueva fuente de influencia, probablemente a través de los fenicios de Chipre, cuando los talleres griegos comienzan a tallar escarabeos en piedras más duras, semipreciosas, partiendo una vez más de las técnicas orientales. Los anillos orientales en forma de cartucho son también copiados en oro y plata durante los siglos VII y VI.

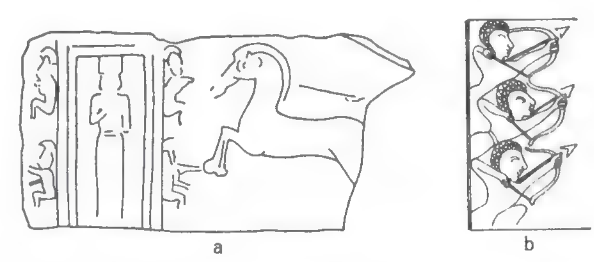


Fig. 19. a) *Relieve de piedra de cerca de La Canea, Creta.* b) *detalle de un cinturón de bronce de cerca de Knossos, Creta.*

Grandes conchas de tridacna del Mar Rojo fueron grabadas con complicados dibujos florales y animales, como suntuosos ceniceros o cucharones (fig. 18). Su distribución en el Oriente Próximo y su estilo parecen apuntar a Siria como fuente. Pueden no remontarse más allá de la segunda mitad del siglo VII. En Grecia llegaron a Egina, Esmirna, Samos, Rodas, Cos, Paros, al asentamiento griego de Naucratis y a otras ciudades egipcias con conexiones griegas, a Cirene y a dos lugares de Etruria. No suscitaron imitaciones, y a lo que más se asemejan es a las llamativas chucherías vendidas a los turistas en los bazares levantinos. En diversos emplazamientos griegos arcaicos se han encontrado huevos de avestruz, invariablemente rotos, procedentes del Este o de Africa.

En cuanto a la piedra, en Samos hay un brasero cuyo conducto representa la cabeza de un león, del tipo habitual en el norte de Siria. Los principales logros orientales en escultura de gran tamaño son bajorrelieves, normalmente dispuestos en frisos y utilizados

arquitectónicamente. Creta sigue esta práctica, y uno de los primeros ejemplos (fig. 19a), correspondiente quizá al siglo VIII todavía, muestra muchas afinidades con obras asirias: en especial la disposición de los arqueros, uno sobre otro, motivo encontrado en un bronce cretense del mismo período (un cinturón, fig. 19b). Chipre produjo muchas estatuillas vulgares en piedra blanda que fueron transportadas a lugares griegos orientales y a Delos. En Rodas y Naucratis parecen haber estimulado imitaciones locales, a veces de mejor estilo. Algunas pueden ser obra de chipriotas inmigrantes. La mayoría corresponden al final del siglo VII, pero el estilo prosigue a lo largo del VI, haciéndose cada vez más profundamente helénico —como, de hecho, sucedía con los productos chipriotas indígenas—. Aunque la principal inspiración de la escultura monumental en piedra procedía de Egipto, las cabezas esféricas características de Grecia oriental (Samos, Mileto, Rodas) están claramente influidas por modelos babilonios, que otros talleres griegos ignoraron.

Ya hemos analizado la cuestión de los orfebres inmigrantes y su trabajo. La única joyería griega orientalizante de importancia en el siglo VIII es una serie de bandas de oro estampado procedentes del Africa, al principio con figuras animales orientales (fig. 20a), posiblemente obra de artesanos inmigrantes, puesto que la técnica era practicada por los orfebres orientales de Knossos (véase anterior-



Fig. 20. a) y b) *Bandas de oro estampado de Atenas.* c) *Disco de plomo de Efeso.* d) *Disco de plata de Zinjirli.*

mente), y sólo a finales del mismo siglo con figuras geométricas griegas (fig. 20b).

Los pendientes de triple giba y con forma de baya que porta Hera en la *Ilíada* son de un tipo asirio, importado y luego copiado en Grecia. A mediados del siglo VII los artistas griegos volvieron a aprender las técnicas del granulado y la filigrana, aplicándolas a pendientes de estilo «dedálico». Dos amuletos de cristal en forma de cabeza humana han sido descubiertos en Atenas, uno de ellos en un depósito cerrado del siglo VIII. El tipo parece probablemente fenicio, pero tuvo una larga vida y aparece en emplazamientos griegos y púnicos en el Oeste y en Egipto. Las técnicas de producción de vidrio pueden haber sido introducidas en Rodas durante el siglo VI.

Algunos pequeños discos de *plomo* de Esparta y Quíos se asemejan mucho a los pendientes asirios, y también a trabajos en oro de Efeso y, mucho antes, de Micenas. Las figuritas de plomo fundido, semejantes a soldados de juguete y encontradas en gran cantidad en puntos del Peloponeso, especialmente en Esparta, están igualmente próximas a las figuras y grupos asirios en plomo, a menudo obscenos, procedentes de Assur, y a otros del norte de Siria. La conexión parece obvia, pero todas las comparaciones orientales parecen ser de finales de la Edad del Bronce, unos quinientos



Fig. 21. a) *Placa de arcilla del Oriente Próximo.* b) *Placa de arcilla de Corinto.*

años antes que las griegas. Aquí la transmisión o supervivencia de la forma debe todavía ser explicada por los orientalistas. Algo después, en el siglo VI, hay algunos medallones de plomo en Samos, Efeso y Quíos, que representan a una diosa en pie sobre el lomo de un león (fig. 20c), como a menudo sucede en Oriente, especialmente sobre un medallón muy similar de plata encontrado en Zinjirli (figura 20d).

En arcilla, las placas orientales de Astarté, que representa a la diosa desnuda de frente, con las manos en los senos (fig. 21a) o en las caderas, tuvieron una profunda influencia sobre el arte griego. Un ejemplo importado puede reconocerse en Corinto (figura 21b), y el tipo fue copiado para figuras de Afrodita, aunque los griegos pronto prefirieron vestir a la diosa, si bien reteniendo la sugestiva posición de sus brazos. Más importante fue el uso del molde, que revolucionó la producción de figuritas de arcilla y placas en relieve (lámina 2b). El molde es utilizado también para decorar vasos más toscos (los llamados *pithoi* en relieve). Desde el 700 a.C. aproximadamente se utilizan también para este propósito sellos, y dicho uso encuentra paralelos tanto en el Este (Nimrud) como en la Edad del Bronce griega. Los moldes para placas de figura entera se hicieron usuales en Grecia continental y Creta. En Grecia oriental un uso diferente del molde —sólo para las cabezas— fue inspirado por la gran cantidad de figuritas chipriotas importadas desde comienzos del siglo VII. Estas figuritas se han descubierto en muchos asentamientos griegos orientales, así como también en Egina y Delos. Los rasgos redondeados e hinchados orientales se tradujeron (como aconteció con los bronces, fig. 13c, d) a las formas más angulares y vigilantes que Grecia había desarrollado a lo largo de su arte geométrico. Pero, a pesar de todo lo que los primeros ensayos en el bajorrelieve y la estatuaria menor puedan deber al Este en técnica o composición, las proporciones y la línea de las figuras siguen siendo profudamente no orientales. Esto puede verse en manifestaciones tan tempranas como las muchachas en marfil de Atenas (lámina 1a). Un ejemplo más curioso de copia aparece en las máscaras grotescas de arcilla encontradas en Samos, Tera y Esparta, aquí en número considerable (fig. 22a), algunas de las cuales parecen modeladas sobre máscaras orientales del demonio Humbaba (como en la fig. 22b), mientras que la mayoría tiene sus paralelos más próximos en máscaras de arcilla procedentes de emplazamientos fenicios y púnicos. Las únicas vasijas orientales de arcilla que llegaron a Grecia son chipriotas y sirio-fenicias. En Creta tuvieron algún efecto superficial sobre las formas y la decoración. En Grecia oriental llegaron a Rodas (donde algunas fueron prácticamente copiadas, quizá para competir en el mercado de aceites perfumados) y Cnido, y (en las islas) Tera, Delos y Egina. Hay reflejos triviales del arte chipriota en algunos vasos áticos geométricos, y las hileras de círculos concéntricos sobre el borde de las copas eubeas (como en la fig. 9c, p. 59), pueden haber sido tomadas de modelos chipriotas (¿en Al Mina?), mientras que las vasijas chipriotas llegaron a Eretría. Varios vasos griegos de arcilla copian formas metálicas orientales, y el pie curvo para cántaros de almacenamiento puede haber sido inspirado en la misma zona.

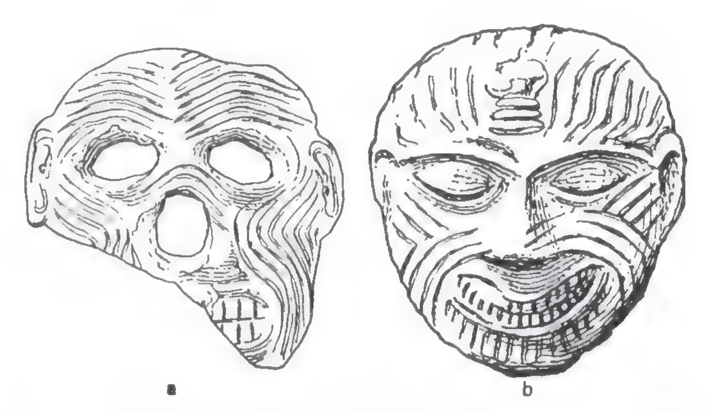


Fig. 22. a) *Máscara de arcilla de Esparta.* b) *Máscara de arcilla de Ur.*

Decoración.

A partir de los bronces y marfiles supervivientes entre los traídos por los griegos del Este podemos hacernos alguna idea de la impresión que sobre los artistas griegos tuvo la decoración oriental, pero hemos de recordar también los dibujos que debieron existir sobre tejidos o bordados, desaparecidos actualmente. Hay desde luego una gran semejanza entre las representaciones griegas arcaicas y asirias de las ropas. En Grecia el medio que más nos habla sobre cómo usaba el artista motivos orientales no es aquel en que más se emplearon en Oriente, sino la pintura de vasos. Los vasos ricamente decorados de Corinto, Creta, Atenas y Grecia oriental nos dirán mucho sobre los motivos orientales que captaron la atención griega. Pero sería equivocado descartar la posibilidad de que las obras orientales hubiesen estimulado ya los estilos figurativos griegos en el período geométrico. En los vasos áticos geométricos la tra-

ducción total al idioma estético griego sugiere que la influencia era generalizada y no un asunto de modelo y copia, cosa más característica del período posterior y del todo orientalizante.

Los figuras de animales eran singularmente comunes. Pocos griegos podían haber visto alguna vez un león. Cuando la fiera aparece por primera vez sobre vasos griegos a finales del siglo VIII, está distorsionada para ajustarla a los cánones geométricos (fig. 23a), pero pronto se copia el león neohitita de cabeza cuadrada y lengua colgante (fig. 23b), especialmente en los vasos corintios (fig. 23c). Tras la mitad del siglo VII se ve sustituido por el tipo asirio, de hocico puntiagudo, oreja doblada y espesa melena (fig. 23d: asirio; fig. 23e: corintio). En los leones y muchos otros animales del arte griego del siglo VII vemos también la extraña manera de dibujar el hombro que aparece en muchas bestias neohititas y algunas asirias. A finales del siglo VIII llegaron por primera vez gallos y gallinas al arte griego —y a las haciendas griegas—, procedentes del Este. Las esfinges y los grifos ya habían vivido en el arte griego de la Edad del Bronce, pero reaparecen con su nueva forma oriental, la esfinge a veces con un «delantal» egipcio mal entendido y una corona (convertida en yelmo), el grifo con largas orejas, protuberancias en la frente y una cresta de zarcillos que sustituye a la melena característica de los de la Edad del Bronce. Entre los otros *monstruos,* hay un león con cabeza humana adicional (fig 24a), que quizá deba algo de su construcción genérica a la criatura que se ve en bajorrelieves y otros objetos neohititas (fig. 24b). Una cirugía similar produjo la quimera griega: un león con cabeza de cabra saliéndole de la espalda y cola de serpiente (como en la lámina 20a). La cabeza y el cuello de cabra pueden haber evolucionado a partir de una simple ala, y la borla de la cola fue a menudo representada como cabeza de pájaro en Oriente. Los demonios orientales con cabeza de león, como Pazuzu, quizá ayudaron a los griegos a aplicar la máscara de león para su propio coco, la Gorgona. Otro demonio o deidad asiria y neohitita, medio hombre y medio pez (fig. 25a), sugiró los tritones griegos (fig. 25b). Entre otras bestias híbridas, el pez-cabra de Capricornio puede también derivarse de Asiria, y los caballos alados (como Pegaso) y leones alados son orientales; pero muchos deben su forma al ingenio e invención del artista indígena.

En el arte geométrico griego eran ya corrientes las composiciones con animales en frisos, pero los grupos heráldicos, que desde finales del siglo VIII se hicieron igualmente frecuentes, se derivan del arte oriental, aunque fueran bien conocidos también en la Edad del Bronce griega.

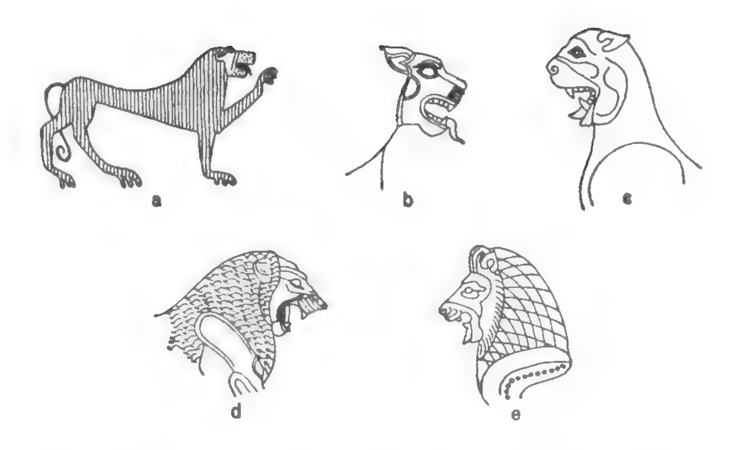


Fig. 23. *Leones griegos* (a, c, e) *y del Oriente Próximo* (b, d).

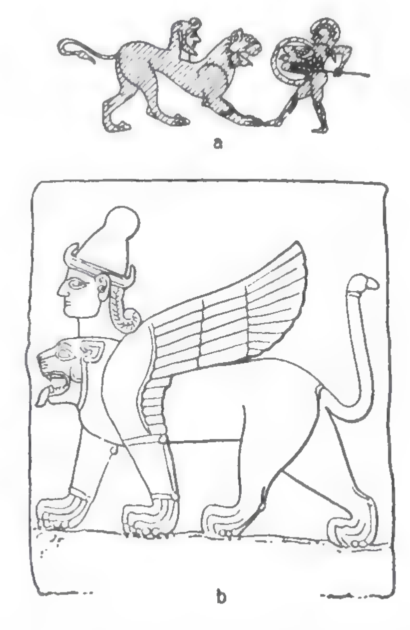


Fig. 24. a) *De un vaso protocorintio.* b) *Relieve de piedra de Karkemish.*

En la decoración con figuras humanas el estímulo del arte narrativo oriental llegó al mismo tiempo que la diseminación de los poemas homéricos, y llevó a los griegos a desarrollar un idioma individual de arte narrativo que sería todavía aceptable en Roma y en el Renacimiento, y que en menor grado sigue siéndolo hoy. Algunos grupos o escenas particulares pueden haber sido tomados directamente del Este, o adoptados ligeramente para adecuarse a las narraciones griegas. En vasos griegos de finales del siglo VIII y comienzos del VII, y también en algunos sellos, vemos caballos con



Fig. 25. a) *Relieve de piedra de Tell Halaf.* b) *De un vaso corintio.*

peces o escorpiones debajo. Estos motivos se emparentan con escenas de la glíptica y la escultura oriental. Los elementos del banquete de Asurbanipal reaparecen en escenas griegas desde el 600 a.C. aproximadamente, representando acontecimientos seculares y divinos. La costumbre de reclinarse en los banquetes pudo quizá aprenderse del Este, pero en Grecia se convirtió rápidamente en práctica doméstica normal. También la frecuente escena oriental de un fiel presentado a una deidad sentada por un sacerdote u otro dios parece reflejarse mucho más tarde en escenas griegas de Atenea presentando a Heracles ante Zeus entronizado, pero hay un gran lapso de tiempo y la semejanza puede ser fortuita. Las escenas rituales con figuras sentadas a cada lado de una mesa se asemejan a algunas escenas geométricas tardías, donde los objetos y parte del mobiliario están cambiados. Incluso el disco solar alado oriental sobre una palmera atendida por demonios parece copiado, aunque mal comprendido, en un bronce cretense de mediados del siglo VII, y hay un disco alado con su árbol en una joya melia del 600 a.C. aproximadamente. El motivo oriental de un hombre luchando con un león —como Gilgamesh— sirvió de modelo para los héroes griegos, y los héroes orientales ya habían encontrado un monstruo muy semejante a la hidra de Heracles, bandadas de pájaros como los estinfálidos, y una horripilante señora como la Medusa-Gorgona de Perseo. La diosa en pie sobre un toro aparece en un disco de bronce de estilo geométrico tardío descubierto en Tegea (Peloponeso), que debe ser explicado sobre la base de escenas orientales similares. La lista podría ampliarse fácilmente, pero muchas semejanzas —incluyendo algunas de las aquí citadas— son superficiales e incluso podrían ser imaginarias, y hasta los préstamos seguros son más adaptaciones que copias.

La decoración *floral* oriental desempeñó un papel decisivo a la hora de determinar el carácter de la ornamentación subsidiaria en el arte griego. Nada floral había sido admitido en el período geométrico. El «árbol de la vida» oriental, con ramas enroscadas en forma de volutas y a menudo una palmeta en lo alto, fue un motivo favorito, especialmente como centro de un grupo heráldico. En la figura 26a muestro el dibujo de una taza de plata procedente de Siria del norte, y en la figura 26b la libre adaptación griega del motivo sobre un vaso protocorintio del 700 a.C. aproximadamente. Se hace fácil encontrar en todas partes «árboles de la vida» orientales; el intento menos afortunado deriva del motivo oriental tanto la forma como el significado de los remates florales de las lápidas funerarias de la Grecia arcaica. Los frisos florales fueron todavía más frecuentemente copiados. El loto, antaño motivo egipcio, es el elemento singular más importante, y puede alternar con capullos, palmetas o, muy raramente, con piñas. El loto asirio en forma de abanico retiene su forma en los vasos griegos más antiguos del siglo VII, y mucho más tiempo en Grecia oriental, pero a finales del siglo VII es escuadrado en Grecia continental para hacer un friso más compacto, y en el centro se hace crecer una palmeta. La estructura del loto y del capullo también fue cambiada por los griegos, que omitieron el invariable cáliz oriental para cada uno (compárese figuras 26c y d; asirio y griego). Menos comunes son los frisos de granadas, también asirios. La ornamentación de relleno del fondo de las escenas con figuras sobre vasos se deriva en parte de motivos geométricos griegos y en parte del Este, especialmente de motivos textiles, como las rosetas.

Algunos rasgos del *mobiliario* oriental fueron copiados directamente por los griegos, como las patas de animales —especialmente zarpas de león— y las figuras que sostienen los asientos y brazos de los tronos. Otros detalles —los remates de soportes o balaustradas en forma de volutas o un racimo de hojas colgantes— fueron co-

piados de un modo distinto. Cuando los griegos orientales, movidos por el ejemplo egipcio, comenzaron a desarrollar un orden de arquitectura monumental en piedra, como nunca se había conocido en el Oriente, ampliaron y adaptaron esos motivos orientales para formar los capiteles en piedra de sus columnas eólicas y jónicas. Combinaron la concepción egipcia con motivos orientales para crear una nueva forma arquitectónica. El último producto de esta unión son las zarpas de león en mármol utilizadas como bases de antas por los arquitectos quienses (lámina 5d). Quizá los únicos préstamos arquitectónicos directos son más simplemente constructivos:

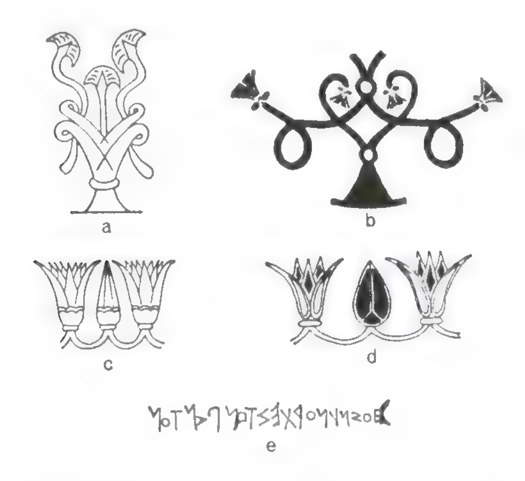


Fig. 26. *Motivos florales:* a) *de un cuenco sirio de plata;* b) *de un vaso protocorintio;* c) *de un relieve asirio de Nimrud;* d) *de un vaso griego oriental.* e) *Inscripción incisa sobre un vaso geométrico de Atenas.*

los esquemas de albañilería, el uso de abrazaderas y las escaleras «palladianas» hacia una terraza, que aparecen en un santuario de Quíos y fueron durante largo tiempo populares en Oriente.

Sería un error no mencionar aquí otro préstamo, que, aun no siendo de una forma material ni un objeto, está atestiguado en el comienzo por pruebas arqueológicas: se trata del *alfabeto*. Los griegos micénicos habían escrito sus cuentas de palacio en el torpe silabario adaptado para ellos por los minoicos a partir de su propia escritura. Cuando los palacios se derrumbaron, la necesidad de escribir desapareció y la escritura fue olvidada. Grecia careció de ella

hasta que, en la costa siria, sus comerciantes conocieron a un pueblo que no utilizaba un silabario, sino un alfabeto. Hicieron suyo este invento, adaptándolo un poco a su lengua, y admitiendo en la patria algunas preferencias regionales para ciertas formas de letras, que sólo se normalizaron al utilizarse cada vez más la escritura para asuntos interestatales. Las inscripciones semíticas parecen indicar que los griegos copiaron las formas de letras comunes a finales del siglo IX o comienzos del VIII, y exactamente esto cabía esperar a partir de nuestros conocimientos sobre los griegos en el norte de Siria. Los ejemplos más antiguos del uso griego del alfabeto aparecen grabados sobre vasijas y pintados sobre una placa de arcilla, y quizá la más antigua de las inscripciones conocidas pertenece al tercer cuarto del siglo VIII (fig. 26e). Algunas de ellas están en verso, y puede incluso haber sido este nuevo alfabeto lo que permitió a Homero componer y fijar sus grandes poemas, valiéndose para ello de la rica tradición oral de poesía que había sobrevivido a las Edades Oscuras.

La ocasión para el transporte de esas importaciones e ideas al mundo helénico fue la iniciativa griega de reanudar relaciones ultramarinas en el Este, y podemos suponer que el transporte se hizo básicamente por manos griegas, aunque en los primeros tiempos los fenicios fueron quizá bienvenidos en los puertos griegos. Sospechamos también la presencia de artesanos inmigrantes a partir del siglo IX. Para el siglo VI, poco tenía ya Oriente que enseñar a Grecia, excepto la política del poder; pero en el barrio de los ceramistas de Atenas encontramos un pintor que se firma «Escitio», otro «El lidio», un tal Fintias (nombre oriental), y a comienzos del siglo V un ceramista llamado Brigos (¿un tracio o frigio?). Quizá bastantes de los artistas de Atenas fueron siempre «metecos» (residentes extranjeros), cuyo trabajo enriqueció la fuerte tradición, ya antes acelerada con el apoyo y la inspiración de ultramar. A finales del siglo VI, cuando parte del mundo griego estaba sometida ya a un imperio oriental que todavía hemos de describir, los orientales deben haberse convertido en visitantes frecuentes y comunes de las ciudades y puertos griegos. Quizá residentes también, a juzgar por la basa de una estatua de Atenas, que a finales del siglo VI fue grabada por un cario en su lengua nativa y en griego.

Frigia y Lidia

En los siglos VIII y VII, el dominio griego sobre la costa de Asia Menor se hizo más fuerte. Las ciudades más antiguas de Eolia

y Jonia desbordaron sus murallas y los recursos naturales de la tierra, y se hicieron nuevos asentamientos, con frecuencia a expensas de la población indígena. Hemos de decir algo en primer lugar sobre esta expansión.

En el Norte, varios asentamientos nuevos son de este período y deben sus orígenes a los eolios, a los lesbios o a otras comunidades griegas establecidas mucho tiempo atrás. Troya, tras su famoso sitio y saqueo por los griegos presididos por Agamenón, revivió brevemente en el asentamiento conocido arqueológicamente con el nombre de Troya VIIbI, y fue después ocupada, quizá durante un siglo, por intrusos procedentes de Tracia o de los Balcanes superiores (Troya VIIb2). En el siglo XI el lugar fue completamente abandonado, y los signos siguientes de ocupación son hallazgos de cerámica griega encasillable genéricamente como «eolia». Estos descubrimientos muestran que la ciudad fue repoblada por los eolios en la segunda mitad del siglo VIII.

Mucho más al Sur, en el valle del río Hermos, que conduce al corazón de Lidia, existe una buena acrópolis que ha sido identificada (quizá erróneamente) como la Larisa griega. Hay un fragmento de cerámica que parece micénico, pero a comienzos de la Edad del Hierro fue ocupada por anatolios que utilizaban cerámica gris sin pintar. Algunos fragmentos griegos muestran contacto con los griegos en el siglo VIII, pero alrededor del 700 a.C. parece que los indígenas fueron expulsados y que ocuparon su lugar los eolios. Estos fortificaron el emplazamiento, y desde él podían vigilar, sino dominar, la importante ruta hacia el interior, así como la vía terrestre entre Esmirna y las ciudades costeras de Eolia. En el siglo VI la ciudad fue dotada de edificios semipalaciegos y algunas interesantes construcciones en piedra de orden «eólico».

Entre las islas, TENEDOS puede haber sido ocupada alrededor de estos años. En SAMOTRACIA existía una población indígena tracia cuando llegaron los griegos eolios, hacia el 700 a.C. La supervivencia de formas de cerámica, lengua y prácticas religiosas pregriegas muestra que los indígenas fueron absorbidos pacíficamente por los invasores griegos, y que éstos a su vez se vieron profundamente afectados por la cultura indígena. Los vasos griegos más antiguos hechos en la isla (véase anteriormente, fig. 7b) muestran una apreciación de las formas y tipos lisos anteriores, y que, de hecho, probablemente seguían fabricándose.

Las islas próximas a la costa buscaron nuevas tierras sobre el continente, en distritos conocidos entonces por sus posiciones frente a las islas-madre con el nombre de *Peraiai (Pera* = enfrente). Fue así como Methymna, en Lesbos, fundó Aso, probablemente

a finales del siglo VIII, aunque nada griego se ha encontrado allí anterior al siglo VI (véase p. 264). Hay otras fundaciones de Lesbos sobre la costa al sur de Troya, con cerámica de superficie que sugiere que fueron establecidas alrededor del 700.

La historia de LEMNOS es algo distinta. Fue una isla importante, que podía dominar el acceso al Helesponto, con buenos puertos y dos ciudades principales: Mirina y Hefaistia. Durante la Edad del Bronce estuvo estrechamente vinculada a Troya, y en la *Ilíada* se dice que los lemnios suministraron vino a los griegos que asediaban Troya. Es dudoso que existiera un verdadero asentamiento griego sobre la isla al final de la Edad del Bronce o comienzos de la del Hierro. Los datos arqueológicos se limitan a una gema micénica descubierta en una tumba tardía y a lo que podría ser un vaso protogeométrico, antes en Esmirna, pero supuestamente procedente de la isla. Al comienzo de la Edad del Hierro, se dice que los «tyrsenoi» o tirrenos de tierra firme ocuparon Lemnos. Se trataba de pueblos de la misma rama y origen de los que parecen haber navegado hacia el Oeste, donde llegaron a ser conocidos como etruscos. En el 513 a.C. los persas ocuparon la isla, que estaba todavía poblada por los «pelasgos» (nuestros tirrenos); pero Lemnos pudo haber reconquistado su independencia, porque los pelasgos gobernaban cuando el estadista y general ateniense Milcíades, establecido en el Helesponto, tomó la isla en el 500 aproximadamente. De la ocupación tirrena nos quedan pruebas en un cementerio de Hefaistia y en algunos otros hallazgos hechos sobre la isla. Nada parece obviamente anterior al siglo VIII, y la decoración pintada de la cerámica está siempre fuertemente influida por las modas eólicas griegas, aunque las formas puedan estar más cerca de modelos indígenas. Ya en el siglo VIII se importan fíbulas griegas orientales (imperdibles de bronce), y la cerámica corintia aparece a partir de mediado el siglo VII. De hecho, la cultura parece profundamente helenizada en todo salvo el lenguaje. Quizá hay un vínculo entre los orígenes anatolios de los tirrenos y los relatos sobre los orígenes de los etruscos en la famosa estela del siglo VI procedente de Kaminia, donde aparece una inscripción en letras relacionadas con las frigias y en una lengua que puede estar emparentada con la etrusca.

En Jonia continúa una expansión similar a lo largo de los siglos VIII y VII. Las islas desarrollan *peraiai* sobre la tierra firme de enfrente: Quíos sobre la península de Eritras, Samos en Micala y quizá a expensas de otros jonios (de Priene). Tierra adentro, Efeso ocupa en el siglo VII Magnesia, una importante estación sobre las rutas que siguiendo el valle del Meandro suben hacia el Norte. Pero la mayor parte de nuestros datos son en este punto

literarios. Más al Sur, la Cnido dórica ocupa zonas costeras que más tarde formarán parte de la *peraia* de Rodas. La penetración de LICIA comienza alrededor del 700, a juzgar por hallazgos recientes de cerámica griega en Xanto.

En todas estas operaciones, los griegos se interesan inmediatamente por los pueblos de las zonas costeras, más que por la potencia política fundamental del interior, Frigia, que centraba su atención en las fronteras Sur y Este. Los indígenas encontrados por los eolios en el Oeste compartían en general el tipo de cultura frigia de la «cerámica gris». Los del Sur no son arqueológicamente discernibles hasta que su cerámica, parte de la cual ha sido recuperada en años recientes en diversos yacimientos del sudoeste de Asia Menor, muestra una clara influencia de los vasos pintados griegos. En Iaso esto parece haber acontecido ya en el siglo VIII, y en Sinuri, un templo cario indígena próximo a Mílasa, se ha identificado un curioso estilo local de cerámica decorada con figuras.

Pero los griegos, especialmente los jonios, eran plenamente conscientes de los frigios, y las pruebas arqueológicas de sus relaciones son sustanciales y variadas. A partir de los documentos literarios podemos indicar de paso el matrimonio de un rey frigio, Midas, con la hija de un rey eolio de Cime, Agamenón, probablemente en el siglo VIII; y que un Midas, quizá el mismo hombre, fue el primer monarca oriental en enviar una ofrenda —concretamente un trono— al santuario griego de Delfos.

Los orígenes probables de los frigios, y su aparición en Asia Menor, probablemente se relacionan de alguna manera con el movimiento de entrada en Grecia, a principios de la Edad del Hierro, de tribus de lengua griega procedentes del Norte. En dos materias arqueológicas existen correspondencias entre los productos griegos y frigios que, según algunos, exigen una explicación más allá de las simples relaciones jonio-frigias en el siglo VIII o después. Se trata de:

1. *Cerámica.* La bella cerámica pintada frigia se distingue por algunas formas metaliformes claramente orientales y un repertorio más bien banal de ornamentación geométrica (lámina 7a). Muchos de los motivos decorativos recuerdan tanto los esquemas geométricos griegos que parece improbable una semejanza fortuita, ni siquiera la existencia de un modelo común. Hay muy poca cerámica griega en Frigia a finales del siglo VIII, y no mucha más de mediados del siglo VII en adelante. Pero no se trata de una influencia frigia sobre los estilos geométricos griegos, porque los puntos de semejanza aparecen tarde en la serie geométrica griega y quedan en

gran medida circunscritos a los griegos orientales. Sobre la relación con los tipos macedonios véase más adelante (pág. 232).

2. *Fíbulas de bronce.* El tipo distintivo de fíbula (imperdible) de Frigia tiene un arco semicircular con gruesas molduras simétricas, y a menudo una forma complicada de «cierre de seguridad» (figura 27a). Está estrechamente vinculado con formas griegas orientales (como en la fig. 27b), pero en muchos sentidos es más complejo que ellas. Sin embargo, parece difícil creer en otra procedencia distinta del mundo egeo. La elaboración de la forma griega puede deberse a la experiencia más profunda de Frigia en las artes del metal. El único molde conocido de una fíbula de tipo frigio ha sido encontrado en la Esmirna griega. La aparición de dicho tipo en una moneda griega primitiva de electro (fig. 27c) sugiere que las fíbulas de metal pueden incluso haber servido como moneda informal.

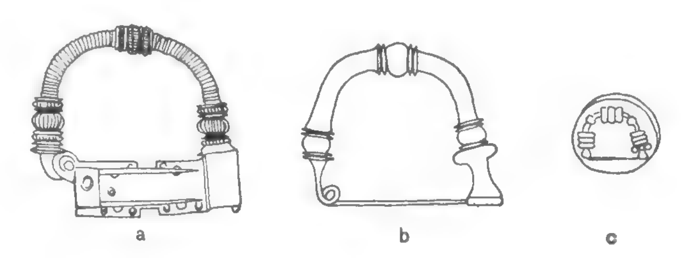


Fig. 27. *Fíbulas:* a) *frigia;* b) *griega oriental; en una moneda griega oriental.*

Aproximadamente a mediados del siglo VIII, los frigios copiaron y adaptaron a su lengua el alfabeto griego (que, por lo demás, había sido «inventado» sólo recientemente: véase anteriormente), pero en esta época las ciudades griegas de Jonia son las que parecen recibir más ideas frigias. En la metalistería es donde encontramos la influencia más profunda de la artesanía frigia. Los propios frigios importaron y utilizaron metales asirios decorativos (lámina 2c), pero no es probable que los griegos aprendieran esas técnicas a través de los frigios, como hemos visto. Los griegos de Jonia sólo pensaron en copiar o adaptar los objetos que parecen peculiares de los talleres frigios:

1. *Calderos* o *dinoi* con asas anulares colocadas en apliques en forma de carrete, en el borde (fig. 28a). Estos calderos se encuen-

tran en las tumbas reales frigias a partir del siglo VIII. Un asa anular de hierro sobre montura de bronce, descubierta en Quíos, parece ser importación frigia. Salvo dicha excepción, este tipo de recipiente no aparece en la Jonia primitiva, aunque la forma llegó a otras partes del mundo griego y fue copiada en arcilla en algunos vasos griegos orientales y cretenses, y en *buccheros* eolios de Troya y Larisa. El asa anular y el aplique en forma de carrete aparecen nuevamente en otra vasija frigia (vaése más adelante, 2), y en varios recipientes griegos de bronce, pero Frigia pudo no haber sido la única fuente de inspiración de este tipo de asa en Grecia, y en Al Mina se encuentra un tipo parecido.

2. *Platos llanos* con asas circulares en apliques en forma de carrete en el borde y bandas horizontales de refuerzo, también en forma de carrete. Los ejemplos frigios proceden de tumbas de Gordion (fig. 28b, grabado) y Ankara, y hay dos procedentes de Mag-

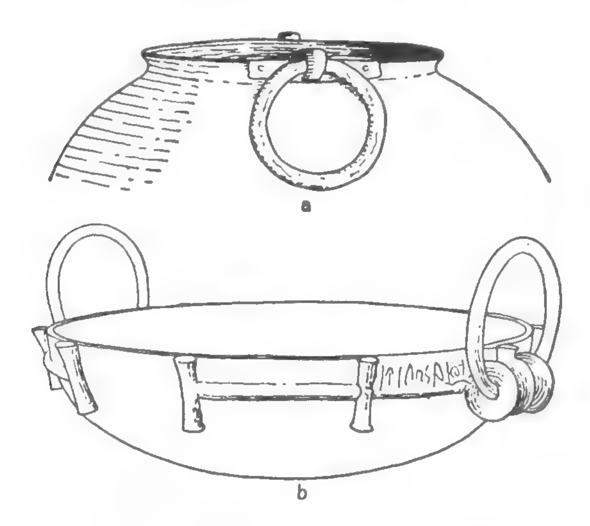


Fig. 28. *Vasijas de bronce de Gordion.*

nesia (sobre el Hermos), correspondiendo el más antiguo de ellos a finales del siglo VIII. Es exactamente este tipo de plato el que sostiene la estatuilla de marfil de una sacerdotisa descubierta en Efeso (lámina 1c), fechada en el segundo cuarto del siglo VI, y hay otro ejemplo en bronce procedente de Chipre. Dentro de Grecia se han encontrado fragmentos de recipientes semejantes en el Heraion de Argos y en Olimpia. En Frigia los platos con asas circu-

lares se imitaron en arcilla, pero sin la banda de refuerzo que constituye su rasgo más distintivo, y la misma forma se prefigura en los vasos de arcilla del siglo VII hallados en Larisa, Samos y Quíos (donde aparece sobre altos pies cónicos). Pero hay que repetir que hay en Oriente otras posibles fuentes del asa anular.

3. *Cinturones de bronce.* En el Túmulo de la Princesa de Gordion, que fue abierto por excavadores americanos en 1956, se encontraron dos cinturones de bronce. Estaban hechos de una tira continua de metal, con un gancho largo en uno de sus extremos que engranaba en uno de tres ojales abiertos en una placa separada de bronce, unida al otro extremo. Tras el gancho había un aplique en forma de fíbula fuertemente soldado el cinturón, haciendo una especie de asa que ayudaba a cerrarlo. A lo largo del cinto había una decoración grabada, que no aparece en la figura 29a. Se han descubierto fragmentos de un cinturón calado más refinado en Ankara, pero sin «asa». En el año anterior al descubrimiento de Gordion, los excavadores británicos de Quíos encontraron una serie de cinturones del mismo tipo, que se habían ofrendado a un santuario local desde finales del siglo VIII hasta el 600 a.C. aproximadamente. A partir de estos ejemplos más completos fue posible identificar partes de cinturones similares que habían sido descubiertas en otros puntos de Quíos (Fanai), en Samos, en Efeso, en Eritras y en Esmirna. Los cinturones jónicos (fig. 29b) son más elaborados en algunos aspectos que los frigios. Existe una mayor variedad en la forma de las «asas», que pueden tener terminales

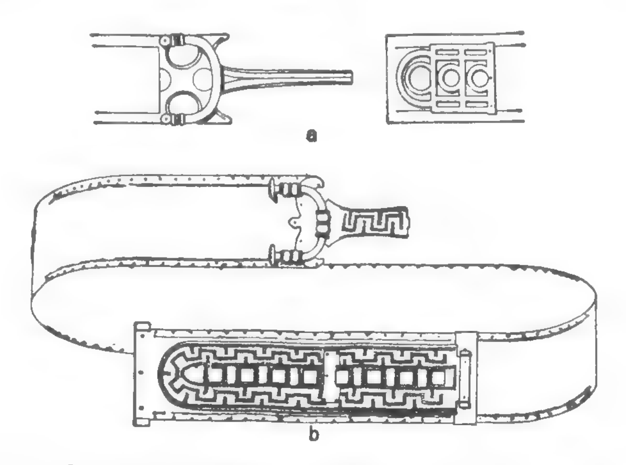


Fig. 29. *Cinturones de bronce:* a) *de Gordion;* b) *de Emporio, Quíos.*

con cabezas de animal, y es posible distinguir centros independientes de producción en Jonia. Los ganchos están hechos por separado y luego unidos al cinto, y entran en uno de los muchos agujeros de una larga lengüeta unida al otro extremo. El cinto iba probablemente forrado de tela o cuero, vuelto sobre los bordes y cosido por los agujeros abiertos al borde del bronce. Los más antiguos son quizá contemporáneos de los ejemplos frigios, pero pocas dudas puede haber de que estos últimos inspiran las versiones jónicas. En Jonia pudieron haberlos llevado mujeres, que los ofrendarían al llegar a la adolescencia o al contraer matrimonio. Eran todavía usados en el siglo VI, como lo demuestra la representación de uno de ellos que porta la alada Artemisa en un bajorrelieve griego oriental de bronce hallado en Olimpia. Los cinturones son desconocidos fuera de Jonia (pero véase la página 218, sobre posibles imitaciones occidentales).

Estos cinturones son un claro ejemplo de una forma frigia adoptada por los griegos. No parece haber sido introducida en el mundo griego a través de modelos importados, sino más bien por artesanos inmigrantes que inauguraron la moda en el siglo VIII.

Los frigios habían sido expulsados de sus provincias del sur de Anatolia por los asirios a finales del siglo VIII, y a comienzos del VII fueron arrollados en su patria por los invasores cimerios procedentes del Norte y del Este. Estos mismos cimerios, desplazados de sus hogares por los escitas, pasaron por las ciudades griegas y las saquearon. Efeso fue atacada, y se alude a «treres» tracios que parecen haber participado en esas incursiones durante el siglo VII, ocupando Antandros en la Tróada y saqueando Magnesia Se identifica a los cimerios —y a los escitas— por una forma de punta de flecha de bronce con barbas y casquillo, descubierta en varios yacimientos, pero más tarde usada también por los griegos.

Frigia perdió su posición de poder en Asia Menor, pero sus ciudades revivieron tras las incursiones cimerias y pasaron a formar parte del gran imperio lidio. Podemos detectar ahora un cambio en las relaciones con los griegos. A partir de mediados del siglo VII aparece algo de cerámica griega oriental y corintia en emplazamientos frigios, y los griegos hacen y copian los platos de bronce con asas anulares. Pero ahora son cada vez más las ideas y motivos griegos los que pasan a Frigia. La cerámica pintada admite motivos copiados directamente de vasos griegos orientales arcaicos. En diversas partes de Frigia encontramos placas de arcilla en relieve, que servían para decorar las fachadas de los edificios. El estilo e inspiración de estos revestimientos parece puramente griego, como

lo son la mayor parte de los motivos, aunque a menudo aparezcan muy distorsionados (fig. 30). También encontramos aquí por primera vez el fenómeno de motivos griegos «orientalizantes» que vuelven, traducidos, al Oriente. Los revestimientos son del siglo VI. En esos años también se importa más cerámica griega —ática y corintia en su mayoría—, y otros artículos más exóticos, como el alabastro egipcio y el ámbar del Norte, pueden haber sido llevados allí por los griegos. Un tipo de trabajo más monumental es una basa de piedra (fig. 31), de forma oriental o anatolia, decorada con motivos en relieve que, aunque orientalizantes, son

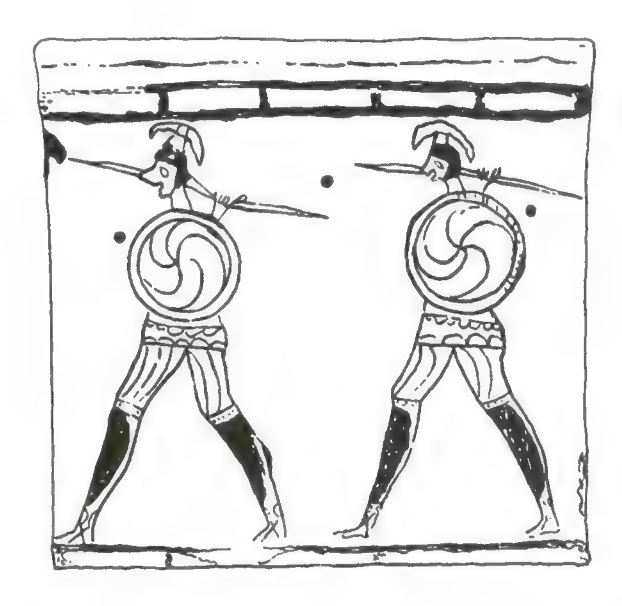


Fig. 30. *Placa de arcilla en relieve de Pazarli, Frigia.*

de trazado completamente griego. El loto y el capullo aparecen al modo griego, sin los cálices de la base presentes siempre en los ejemplos de este motivo procedentes de Asiria y otras regiones orientales. Otro dibujo de la basa se deriva claramente del capitel jónico griego. La pieza se encuentra en Ankara y su procedencia es incierta, pero probablemente corresponde a alguna de las ciudades frigias y data de finales del siglo VI. En la ciudad de Midas se encontraron los basamentos de dos estatuas de caliza que parecen

jonias de mediados del siglo VI, y la figura de un relieve rupestre cercano debe mucho a los modelos griegos.

También hay en este período pruebas aún más claras del trabajo de artistas griegos en Frigia. Se han desenterrado en Gordion frescos murales que son totalmente griegos por su estilo: jónicos o, en opinión de un experto, específicamente quienses. Es interesante observar que un motivo allí presente, la corona o aureola de pequeños prótomos de grifos que lleva una mujer, tiene su contrapartida en Quíos, pues en Emporio algunos pequeños prótomos de grifos de plomo parecen haber decorado el vértice del yelmo de una estatua votiva de Atenea a mediados del siglo VI.



Fig. 31. *Basa de piedra frigia conservada en Ankara.*

De Frigia tomaron probablemente los griegos el culto a Cibeles, la madre anatolia de los dioses. La mayor parte de las pruebas de su culto en tierras griegas es de fecha posterior, pero uno de los más antiguos monumentos a Cibeles, quizá incluso del propio siglo VI, es un modelo tallado en roca del altar de la diosa, que se encuentra también en Quíos. El decorado y la técnica recuerdan fuertemente los tronos tallados en la roca del siglo VI frigio, que servían como lugares de culto. Cibeles era singularmente popular en Grecia oriental. Los numerosos cultos a divinidades femeninas asociadas por los griegos a Hera o Artemisa pueden también deber su origen, al menos parcialmente, a cultos anatolios, quizá incluso pre-frigios. La Artemisa de Efeso constituye un ejemplo particularmente bueno, y las representaciones de la diosa o de sus doncellas en forma de abejas bien pueden reflejar un culto hitita. La diosa-abeja aperece en placas de oro de Rodas, como muestra la lámina 5c.

En el siglo VI Frigia ya no era un gran poder político, y debemos desandar algunos pasos para retomar la historia de los griegos y sus vecinos hasta mediados del siglo VII y el ascenso del reino de Lidia. Lidia pudo haber sido una provincia de Frigia, pero su corazón estaba más cerca del mar, en el valle del río Hermos, con su capital en Sardes. El lugar está dominado por la gigantesca acrópolis, pero la ciudad lidia estaba problemente a sus pies, cerca del posterior templo de Cibeles. Las excavaciones recientes prometen decirnos algo de su historia. Ya se habla de hallazgos de alguna cerámica micénica y tipos locales posteriores, pero la primera cerámica influida por modas griegas no parece anterior al siglo VIII (si llega), y los vasos griegos sólo empiezan a aparecer en el VII. Sobre la llanura circundante se alzaban los gigantescos túmulos del cementerio, dominados por la tumba de Aliates, de unos 70 metros de altura y un kilómetro de circunferencia.

Lidia prosperó —después de haberse hundido Frigia ante los cimerios— con la nueva dinastía establecida por el rey Giges. El propio Giges murió en combate contra los cimerios (en el 652), pero tanto él como sus sucesores lucharon en general con éxito contra los invasores y los tuvieron a raya, quizá con ayuda de los asirios. Giges se interesó más que los frigios por las ciudades costeras. Quizá controlara gran parte de la costa sur del Helesponto, y se nos dice que permitió a Mileto enviar colonos a Abydos, en aquella región. Sin embargo, atacó Mileto y Esmirna, y tomó Colofón. Su hijo, Ardis, continuó los ataques contra los jonios, tomo Priene y atacó nuevamente Mileto, que los lidios parecían considerar como especial amenaza. Durante su reinado los cimerios atacaron de nuevo, e incluso saquearon la ciudad baja de Sardes. Sadiates y Aliates siguieron atacando Mileto sin éxito, aunque Aliates saqueó un templo situado en Asesos, territorio milesio, tomó y saqueó Esmirna poco después del año 600 e incluso se dirigió contra Clazómenas. Sólo las islas escaparon a la furia de los lidios, pero entre ellas por lo menos Quíos pidió ayuda a los milesios. Aliantes acabó llegando a un acuerdo con Mileto.

Creso sucedió a Aliates, y continuó las hostilidades contra Jonia con un ataque contra Efeso, seguido de otros en los que parece haber forzado a la sumisión a todos los habitantes jonios continentales. También los isleños cayeron bajo su égida, aunque Heródoto dice que fue disuadido de emprender una acción naval contra ellos. Bajo Creso el reino lidio parece haber abarcado la mayor parte de la costa occidental de Asia Menor y las islas adyacentes, aunque los griegos retuvieron desde luego un grado considerable de independencia, y en Quíos una inscripción indica que se había puesto

en marcha alguna forma de constitución democrática. Por primera vez, los griegos orientales se encontraron debiendo vasallaje a un reino indígena, un reino bárbaro, a pesar de toda la helenización e ilustración de la corte de Creso. «Antes del reinado de Creso todos los griegos eran libres», afirma Heródoto, y en otro punto comenta la esclavitud de Jonia a manos de los lidios en los mismos términos que su situación posterior bajo los persas. Parece un tributo a la astucia y oportunismo griegos, y especialmente jonios, el hecho de que, pese a todo, su prosperidad general y su comercio florecieron como nunca hasta entonces.

Los datos arqueológicos de este período son ricos y variados. Por lo que respecta a los ataques lidios contra Jonia, las recientes excavaciones anglo-turcas en Esmirna han proporcionado gráficos datos sobre su método y efecto. A finales del siglo VII la ciudad disfrutaba su más grande prosperidad (véase la fig. 5, pág. 45). Sus murallas acababan de ser reconstruidas y se alzaban de adobe sobre una base de piedra, que en algunos lugares tenía dieciocho metros de espesor. Dentro de las murallas, las casas eran de planta rectangular uniforme, pero sabemos que para entonces gran parte de la población vivía fuera de ellas, sobre las laderas de la colina y en la costa, frente al compacto emplazamiento peninsular de la ciudad. Se habían puesto los cimientos de un nuevo santuario para la diosa de la ciudad, Atenea, con un patio de entrada y una rampa hasta la plataforma del templo. Se había proyectado también un templo nuevo, uno de los primeros templos monumentales en piedra del mundo griego, pero hasta entonces sólo se había construido su plataforma y tallado parte de sus elementos de sostén. Las ofrendas del santuario reflejan la opulencia de la ciudad y su importancia ultramarina; hay allí cerámica de los otros estados jonios y de Corintio, figurillas de arcilla y estatuillas de piedra de Chipre, así como marfiles y bronces orientalizantes de la mejor calidad. Esta fue la ciudad que se enfrentó al ejército del lidio Aliates.

Las excavaciones han mostrado cuán concienzudo fue el saqueo lidio de Esmirna, pera han mostrado también cómo cayó exactamente la ciudad. El punto más alto de la pequeña colina que ahora representa el emplazamiento no está formado hoy por su cumbre natural, sino por la masa de un gran terraplén de asedio que había sido alzado contra su muralla noroccidental. Esta técnica de atacar una ciudad amurallada es oriental, y probablemente era la primera vez que los griegos se enfrentaban a ella. El montículo estaba hecho de tierra y escombros de las casas exteriores a las murallas y reforzado con troncos. Alguna idea del armamento pro-

porcionan los hallazgos de puntas de flecha de bronce dentro y fuera de las murallas. Los lidios usaban puntas triangulares con tres aletas y un casquillo, tipo asociado con los escitas. Los griegos utilizaban puntas foliadas con casquillo, algunas chatas con cuatro aletas, y otras incluso de hierro. Lo concienzudo del saqueo lidio queda de manifiesto en la total demolición de todos los edificios del siglo VII, y en el hecho de que la ciudad parece haber quedado abandonada durante unos veinte años.

De los griegos que vivían en la propia Lidia sabemos poco. El reino era fabulosamente rico según los autores antiguos, y el «áureo Creso» pasó a la leyenda. Aún conocemos muy mal la cultura lidia, aunque hay muchas esperanzas puestas en las excavaciones de Sardes. Su arte parece parcialmente dependiente de los últimos estilos frigios, pero pronto se impregna de la influencia del arte griego oriental; y aunque se atribuyeron al influjo de Lidia los hábitos degenerados o afeminados aprendidos por los griegos, el «enervante» lujo debe haber sido muy griego en su apariencia, ya que no en su carácter. La poetisa Safo habla, o más bien se lamenta,

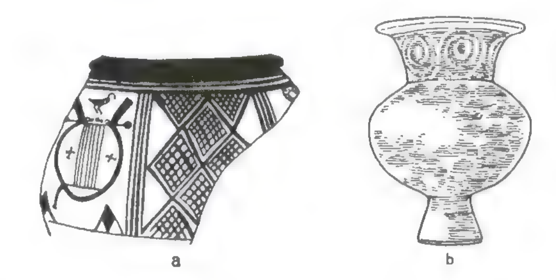


Fig. 32. a) *Fragmento de un vaso griego oriental de Esmirna.* b) *Vaso de arcilla* (lydion).

de sus muchachas que han ido a adornar la alta sociedad de la dorada Sardes, un «Hollywood» de oportunidades y riqueza; y en otros de sus poemas reconoce a Lidia como sede del lujo, de la comodidad... y de ejércitos formidables. Tanto a Lidia como a Frigia se atribuía la introducción entre los griegos de diversas novedades musicales y juegos de interior. La lira de siete cuerdas, una de las innovaciones lidias, aparece en un casco griego del siglo VII encontrado en Esmirna (figura 32a) y en un vaso de Pitane. El alfabeto lidio, como el frigio, fue adaptado del griego, probablemen-

te a mediados del siglo VII. La cerámica lidia más elaborada se distingue por el uso de una ancha banda blanca y por su decoración figurada en bajorrelieve. El contenido de la decoración parece derivado de Grecia oriental, mientras que la técnica puede deber algo a estilos anatolios muy anteriores. Los vasos más sencillos se asemejan a los griegos orientales, y algunos, con múltiples círculos y ganchos, se emparentan con el tipo de cerámica hecha y encontrada por los griegos orientales en su patria, en Cilicia y en Siria del Norte. El bello estilo de pintura de vasos llamado de la «cabra salvaje», tal como se practicaba en Rodas y Jonia, aparece también en Lidia de un modo muy provinciano, semejante al de algunas ciudades eolias. Un estilo específicamente lidio de decoración de vasos es el «veteado», con líneas ondulantes de pintura muy fluida. Este tipo se ha considerado imitación del cristal, pero quizá se asemeja más a las obras de cobre batido. Aparece especialmente en frascos de perfume (fig. 32b), que pueden haber transportado el famoso *bakkaris* lidio, y que eran a su vez conocidos con el nombre de *lydia.* Fueron transportados a Grecia, incluso a Etruria, e imitados —por lo menos la forma, originalmente egipcia— en Grecia oriental, Esparta y Etruria. Pero éste es un caso raro de influencia de la cerámica lidia en el mundo griego. Algunos marfiles finos de Sardes se aproximan a obras griegas orientalizantes, y allí también se levantaron sobre algunas tumbas lápidas con remates de palmetas, semejantes a las de Grecia oriental. De las otras artes todavía tenemos mucho que aprender, como también del grado de influencia griega sobre los artesanos locales y la posible presencia de artesanos griegos en Lidia. Veremos que las mejores ofrendas enviadas por reyes lidios a los santuarios griegos estaban hechas para ellos por artistas griegos. Podemos mencionar un hallazgo independiente, cierta joyería en oro procedente de Aidin (Tralles), en la periferia meridional del imperio lidio. Hay mucho en su técnica, y algo en sus motivos, que recuerda lo griego arcaico.

Los reyes de Lidia parecen haber cultivado las relaciones con los griegos, a pesar del duro trato infligido a los jonios. Giges fue el primer rey bárbaro en enviar ofrendas a Delfos después del frigio Midas, y concretamente envió seis recipientes de oro con un peso de treinta talentos. Aliates envió un cuenco de oro y un notable soporte de hierro, obra de un artista jonio, Glaucos de Quíos. Los lidios podían ofrecer metálico más fácilmente que obras de arte, debido a sus recursos naturales. Ofrecieron a Alceo la colosal suma de 2.000 piezas de oro para contribuir a que su partido derrocase al gobierno de Lesbos. Creso fue singularmente generoso con Delfos, y obtuvo del oráculo la ambigua respuesta de que destruiría un gran imperio» atacando Persia, sin admitir que el imperio destruido podría ser el suyo propio. Envió al santuario un león de oro sobre lingotes de oro y electro, y entre otras cosas dos grandes cuencos de oro y plata, que eran también obra de un griego jonio, Teodoro de Samos. Incluso las ciudades jonias disfrutaron en parte de su magnanimidad. En Branquidae, cerca de Mileto, se habla de ofrendas de oro comparables a las de Delfos. En Efeso se estaba construyendo un gran templo nuevo para Artemisa, en emulación del templo de Hera recién construido en Samos, pero mayor: de hecho, uno de los mayores jamás intentados por un arquitecto griego. Creso pagó muchas de sus columnas: las excavaciones hechas allí durante el siglo pasado descubrieron fragmentos de ellas con la inscripción del regalo, «ofrecida por el rey Creso...», que se encuentran actualmente en el Museo Británico. Heródoto dice también que varios sabios griegos visitaron su corte, en particular el legislador ateniense Solón, y que los jonios lucharon a su lado en su campaña contra los persas, sirviendo Tales de Mileto como ingeniero militar. Los lidios emplearon probablemente a muchos mercenarios griegos, y se ha pensado que fue Giges quien envió jonios y carios en ayuda del rey egipcio Psamético I (véase capítulo IV). En el ejército de Creso contra los persas había «egipcios» —quizá mercenarios griegos enviados por el rey egipcio— que salieron airosos de la empresa y fueron instalados por Ciro en Lidia (probablemente en Larisa y Kilene, cerca de Cime) tras la derrota de los lidios. A un nivel más doméstico-político, sabemos de matrimonios entre princesas lidias y miembros de lo que podría ser una de las casas reales de Efeso. Un padre ateniense hizo a Creso el elogio de poner su nombre a su hijo.

Los griegos estaban profundamente impresionados por la opulencia de Lidia, especialmente por su riqueza en oro. Las ofrendas hechas en Grecia por los reyes lidios eran espectaculares, brillantes y áureas. Según la leyenda, Alcmeón de Atenas había hecho la fortuna de su familia al aprovechar al máximo la oferta de Creso de darle tanto oro como pudiera transportar sobre su persona:

> Se atestó de oro las botas y por las piernas, tanto como cabía en ellas; llenó hasta arriba la parte delantera de su túnica, se espolvoreó de oro todo el cabello, se metió algo más en la boca y salió tambaleándose, apenas capaz de arrastrar un pie detrás de otro [Heródoto].

Los espartanos acudieron a Creso para comprarle oro destinado a una imagen de culto, y lo obtuvieron gratis. En realidad, fueron agasajados por el rey, que intentaba hacerse querer por los griegos. A cambio del presente, los espartanos enviaron un caldero de

bronce (del mismo tipo representado en nuestra lámina 16b), que fue interceptado por piratas de Samos. Los samios ya habían interceptado otro regalo a Lidia, 300 muchachos de Corcira enviados por Periandro de Corinto a Aliates para servir como eunucos.

Sin embargo, un efecto más profundo y saludable del oro lidio fue el comienzo de la acuñación de moneda en tierras griegas. Nuestras fuentes más importantes de información en este sentido son el depósito fundacional y otros hallazgos del templo de Artemisa en Efeso. Los hallazgos conexos muestran que las monedas fueron depositadas alrededor del 600 a.C. Todas ellas son de electro —una mezcla de oro y plata, «oro blanco»—, pero hay también algunas piezas más primitivas, simples trozos de metal, principalmente de electro, aunque algunos de plata. Ciertos trozos tienen superficies estriadas y han sido horadados a punzón, con lo cual las estrías son nítidas y pueden indicar el grado de uso. Cuando el metal está troquelado sobre un sello o estampado, tenemos algo reconocible como moneda. Lidia era claramente la fuente del electro, que, por ejemplo, podía extraerse fácilmente del río Pactolo, que atraviesa Sardes, y excavaciones hechas en esa ciudad han encontrado recientemente pruebas muy antiguas de trabajos en oro. Los trozos primitivos de metal son probablemente lidios, por tanto, y fueron hechos para garantizar el peso; o bien, como se ha sugerido, para suministrar un medio de pago rápido a los mercenarios. Las monedas de los depósitos de Efeso son todas de patrón básicamente idéntico. Alguna, con garras o cabeza de león, deben ser lidias. Una de ellas lleva una inscripción en lidio, y, junto con monedas de inscripción similar, se ha asociado con Aliates. Pero actualmente conocemos monedas de esta serie con inscripciones más completas, y la atribución ha sido puesta en duda. Ninguna fue necesariamente acuñada antes del reino de Aliates. Otras tienen emblemas distintos —cabezas de animales, etc.—, y deben ser griegas. Una cabeza de foca puede sugerir Focea (fue más tarde la divisa distintiva de sus monedas), pero no podemos atribuir con certeza ninguna de ellas a estados jonios particulares. Otras dos monedas de electro de estas fechas o algo posteriores llevan la inscripción: «Soy la divisa de Fanes» y (en una más pequeña) «de Fanes», cosa que sugiere la emisión de un comerciante privado. Heródoto parece indicar que los lidios fueron los primeros en acuñar monedas, y el material de los primeros trozos de metal sugiere que esto es lo más probable. Cuestión diferente es si los emblemas más antiguos de las monedas son las cabezas de león lidias o las cabezas de animal griegas. En la Grecia de fines del siglo VII, el arte conexo del sello grabado —en marfil o piedra— estaba por lo menos tan desarrollado como en Asia Menor. La idea de un emblema figurativo para una moneda bien puede haber sido griega. No podemos afirmar si fue aplicada primero a una acuñación lidia o griega.

Los persas

El rey Creso de Lidia desafió al imperio de los persas y medos, con el que su padre Aliates había batallado ya. Creso fue derrotado y Sardes tomada. Heródoto narra el efecto inmediato de esta derrota sobre los griegos que habían pagado tributo al rey lidio. Pidieron al rey persa Ciro el mismo trato que habían disfrutado bajo Creso, pero sólo a Mileto le fue concedido. Las otras ciudades se aprestaron a defenderse, porque el general persa Harpagón se dirigió contra ellas. Tomó todas las ciudades de tierra firme, aunque las poblaciones de Focea y Teos escaparon, estableciéndose en otra parte. También las islas se sometiron, y quizá sufrieron incluso invasión, porque en Samos el gran templo de Hera se incendió y un cementerio de la ciudad fue saqueado aproximadamente por esas fechas. Cuando Harpagón volvió su atención hacia el Sur, contra los carios, caunios y licios, se puso en camino con griegos jónicos y eolios en su ejército. Y cuando Ciro volvió a su patria se llevó con él a Creso y a varios jonios, primeros de los muchos griegos que tomarían el camino de Persia para entrar al servicio del Gran Rey.

Bajo el dominio persa, Jonia formó un departamento dentro de una provincia o satrapía cuyo centro administrativo estaba en la vieja capital lidia de Sardes. Los persas eran por lo general gobernantes tolerantes, aunque algunas veces interferían en los asuntos de los estados griegos, estableciendo «tiranos». Samos prosperó bajo Polícrates, cuyos barcos se movían libremente, y a veces como piratas, en las aguas del Mediterráneo oriental. Suministró barcos con su tripulación para servir a los persas. Pero antes de terminar el siglo los persas tuvieron que entrar en la isla a sangre y fuego por segunda vez.

En general, sin embargo, las ciudades griegas parecen haber florecido. Gran parte de su comercio estaba en lugares ya situados dentro del imperio persa o que pronto lo estarían: Al Mina y Naucratis en Egipto. Sólo cuando tomaron Lidia se hicieron conscientes los persas de los atractivos de la vida «civilizada», y los griegos sirvieron para instruirles en esas materias, como habían hecho antes con los lidios, aunque a veces se atribuyera el excesivo gusto por la buena vida característico de los jonios a los «afeminados» pode-

res orientales. Por lo menos, Heródoto dice que los persas aprendieron el vicio de la pederastia *de* los griegos.

Hay muchos relatos sobre los griegos que visitaron o residieron en la corte persa. Darío, por ejemplo, tenía un médico griego a quien estimaba muy especialmente. A nosotros nos interesan aquí ante todo los artistas que trabajaron en Persia y los datos arqueológicos sobre la influencia de los griegos en esas tierras. Una prueba documental es una inscripción del rey Darío, que subió al trono en el 522, en Susa. En ella dice: «Los ornamentos que adornan el muro fueron traídos de Jonia... Los canteros que tallaron la piedra fueron jonios y sardos» (es decir, de Sardes); y fueron carios y jonios quienes transportaron la madera desde Babilonia a Susa. También Plinio menciona a un escultor jonio, Teléfanes de Focea, que trabajó tanto para Darío como para Jerjes.

Las pruebas tangibles del gusto y el arte griego están fundamentalmente en la piedra tallada, tanto arquitectónica como escultórica. El orden jónico de arquitectura monumental en piedra, con capiteles de volutas, basas de disco y elaboradas molduras, ya había sido desarrollado en las islas y en Grecia oriental a mediados del siglo VI. Hemos tenido ocasión de observar hasta qué punto se apoyaba el aspecto de la nueva decoración arquitectónica en esquemas orientales, pero cuán poco se apoyaba en ellas la concepción. Ahora encontramos la nueva idea de órdenes arquitectónicos monumentales en piedra implantada por los griegos en los países del Este, y, con ello, el retorno a su patria de ciertos esquemas orientales que los griegos habían hecho suyos y a veces adaptado hasta el extremo de hacerlos irreconocibles.

El palacio del rey Ciro estaba en Pasargada, Persia. Cuando murió, en el 529, fue enterrado en un pequeño mausoleo en forma de templo levantado sobre una base escalonada. El monumento, con cubierta a dos vertientes, no se explica fácilmente partiendo de las formas tradicionales de enterramiento en Persia, pero nos preocupan sobre todo los detalles, más que su semejanza general con los edificios griegos. Hay la moldura llamada *cima* que corre a lo largo del borde superior de sus muros y que es de tipo totalmente griego, dentículos jónicos incipientes, y una gran roseta tallada en el vértice del hastial que recuerda las acróteras circulares de arcilla de los templos arcaicos del Peloponeso. En Pasargada hay también columnas cilíndricas de piedra —innovaciones en Oriente— que reposan sobre basas almohadilladas con acanaladuras horizontales del tipo exactamente jónico, y muchos paralelos muy próximos con obras griegas orientales en la técnica de albañilería y en la ejecución de detalles arquitectónicos como las rosetas.

Se utiliza aquí la reciente invención del albañil griego, el cincel de gancho, y las marcas de los canteros y los escultores sobre los bloques de piedra se asemejan mucho a los blasones personales de los sellos piramidales lidios (véase más adelante) del período persa. Esta es una confirmación gráfica de la inscripción de Darío, que menciona canteros jonios y sardos. Todos los albañiles de la Sardes lidia de este período son probablemente griegos, quizá empleados antaño por Creso para un templo que rivalizase con los de las ciudades jónicas.

Es también en Pasargada donde vemos por primera vez una innovación escultórica igualmente asignable a la influencia griega. Se trata de la representación semi-naturalista de los pliegues de los paños: una especie de dibujo superficial que jamás había interesado a los escultores orientales, pero que había sido objeto de experimentos por parte de los griegos desde comienzos del siglo VI. Este es el tipo de novedad que los artistas griegos empleados por los persas bien pudieron haber inspirado o ejecutado. La figura 33 muestra la forma desarrollada de los paños en Persépolis, exactamente idéntica a una moda griega algo anterior.

Darío (522-486) construyó el palacio de Susa, donde aparece la inscripción que menciona artesanos jonios. También empezó los trabajos del gran complejo de edificios en Persépolis, que marca la culminación de la arquitectura aqueménide (la casa real persa), y es la expresión más plena del influjo de artesanos griegos tanto durante el reinado de Darío como bajo sus sucesores que prosiguieron las obras. No necesitamos detenernos sobre los detalles que delatan una inspiración griega —las molduras, los motivos griegos orientalizantes (pero no orientales), las columnas estriadas—. Los capiteles, como los jónicos griegos, no son más que decoración ampliada, pero el motivo de las volutas dobles y opuestas se adecua peor a la arquitectura monumental. Lo más importante ahora es la aceptación completa de lo que ya se presentía en Pasargada, la significación de la columna como unidad decorativa y estructural. La arquitectura egipcia ya lo había descubierto, y los griegos aprendieron de ella. Hay varios motivos egipcios en la arquitectura de Persépolis, pero los persas que antes habían construido Pasargada en el mismo estilo no tenían en esa época trato muy íntimo con el propio Egipto.

Algunos objetos menores de Persépolis atestiguan también el interés por las obras de arte griegas y la presencia de artistas griegos. Sobre la peana de una colosal figura de piedra, un artista grabó ligeramente dibujos de cabezas y animales, en un estilo tan puramente griego (lámina 7c) que debe tratarse de un griego formado en

Grecia. Las comparaciones con los dibujos sobre vasos griegos de finales del siglo VI lo confirman con bastante claridad. Los propios grabados habrían sido finalmente cubiertos de pintura. En otro bloque de piedra aparece el dibujo de un Hércules, nuevamente debido a una mano griega con toda certeza. Las monedas griegas encontradas en un depósito fundacional de Persépolis ya han sido mencionadas. En su gran inscripción, Darío decía que los jonios habían hecho también la decoración de los muros de Susa; no se trata, según parece, de los famosos relieves vidriados, sino quizá



Fig. 33. *Relieve de Persépolis.*

de otros ornamentos. Desde luego, los lotos que aparecen en fragmentos procedentes de Susa son del tipo jónico más que del oriental asirio.

De vuelta a casa, los griegos orientales que ahora se encontraban dentro del imperio persa tenían que servir a veces en el ejército de

sus señores. Poco después de someterse a Ciro, los griegos fueron conducidos por el general persa Harpagón contra tribus indígenas del Sur, y los barcos de Lesbos fueron usados para tomar las islas de Lemnos e Imbros en el Norte.

En otras partes del imperio persa, pero más cerca de los propios griegos y en zonas ya permeadas por su influencia, la presencia de artistas griegos es todavía más visible. Las tumbas de Licia, algunas de las cuales pertenecen a este período, están decoradas con relieves de estilo puramente griego, aunque algo provinciano, y recientemente se ha descubierto el interior de una tumba pintado al estilo griego en Elmali (lámina 7b). Pero estas manifestaciones forman parte de la historia del arte griego en una medida tal que no merecen aquí sino una mención, y sólo algunos de los motivos parecen orientales (montones de cadáveres). A partir de mediados del siglo VI aparecen también con frecuencia cada vez mayor vasos áticos y griegos orientales en Caria y Licia. En Chipre tanto la influencia del arte griego oriental como la importación de cerámica griega crecen al tiempo, y por primera vez podemos creer ahora seriamente en nuevos asentamientos griegos sobre la isla. Los ceramistas áticos copian la forma de una vasija chipriota para este mercado («jarras de Chipre»).

Aunque el comercio prosperó al comienzo, especialmente con otras partes del imperio persa, los griegos orientales padecieron algún retroceso en sus negocios con Egipto cuando ese país cayó también ante el persa Cambises en el 525. Pero probablemente no fueron sólo consideraciones comerciales las que llevaron a los griegos a buscar una liberación del yugo persa, y ya en el 511 algunos estados griegos del límite noroeste del imperio intentaron rebelarse. También los persas estaban empezando a ambicionar la Grecia continental, donde Esparta capitaneaba la causa de sus enemigos. Ya se habían enfrentado a los ateniense en Sigeo, cerca del Helesponto (Dardanelos), y ofrecido refugio al exilado tirano ateniense Hipias. En el 499 el tirano griego de Mileto y el sátrapa persa intentaron apoderarse de la isla de Naxos; pero en el mismo año los griegos orientales se rebelaron, quemaron la capital de la satrapía persa, Sardes, y disfrutaron de una insegura libertad durante unos cinco años. El contraataque persa en el 498 contra las ciudades griegas de Chipre ha quedado bien manifiesto en las excavaciones hechas en Pafos, las cuales demuestran que la ciudad cayó ante un gran terraplén de asedio semejante al utilizado por los lidios contra Esmirna (p. 108) un siglo antes. En el 490 los generales de Darío se hicieron a la mar contra Grecia para castigar a quienes habían apoyado a los rebeldes, y en su flota había griegos jónicos y eolios.

Eretría, en Eubea, fue saqueada y sus habitantes deportados a Arderikka, cerca de Susa, en Persia, donde vivían todavía como comunidad en tiempos de Heródoto. Sobre la llanura de Maratón los persas vieron frustrarse su siguiente y principal objetivo, Atenas, y partieron de vuelta. Diez años después, sus últimas esperanzas de añadir a su imperio una satrapía griega se desmoronaron en aguas de Salamina y sobre el campo de batalla de Platea. Incluso entonces muchos griegos orientales y continentales sirvieron en la flota y el ejército de Jerjes, y el rey exilado de Esparta, Demarato, estaba entre sus asesores. Los eretrios no fueron los primeros en ser deportados. Darío ya se había llevado consigo a los hombres de Branquidae (cerca de Mileto), que habían rendido su templo a los persas y temían las represalias de los otros griegos. Los instaló en la Sogdiana, pero sus descendientes sufrieron esta traición a manos de Alejandro. Otros milesios fueron deportados y se establecieron en Ampe, sobre el golfo pérsico, cerca de la desembocadura del Tigris. Muchos griegos viajaron o fueron conducidos al Este en esos años. Darío había amenazado llevarse a las doncellas jonias hasta la Bactriana, pero acabó enviándolas a su propia corte.

Hay muchos reflejos arqueológicos de estos acontecimientos, sobre todo en la propia Grecia y especialmente en la acrópolis de Atenas, que fue saqueada por los persas. El botín de la victoria sobre los persas había de convertirse en rasgo habitual de los tesoros estatales, y podemos mencionar brevemente el memorial descubierto más recientemente (1960) de la derrota final persa: un yelmo de bronce procedente de Olimpia con la sencilla inscripción: «Los atenienses, a Zeus, habiendo(lo) tomado de los medos.» En la propia Persia hay botín de las ciudades jónicas, como el nudillo de bronce dedicado como ofrenda en un santuario cercano a Mileto (Didyma) y descubierto en Susa; el prótomo de grifo de un caldero de tipo samio, también descubierto en Susa; parte de la decoración en relieve de un recipiente espartano de bronce de finales del siglo VI, encontrado en Persépolis, y el fragmento de la decoración de bronce en relieve de un escudo, correspondiente a la primera parte del siglo VI y descubierto en Persépolis. Se dice que una crátera de otro, obra de Teodoro de Samos, estaba en el palacio real, y puede haber sido un regalo hecho al rey persa o botín procedente de Jonia o Lidia.

Es difícil decidir si las formas arquitectónicas persas tuvieron también su efecto en Grecia, pero algunos han querido verlas en el «tholos» circular del mercado ateniense, semejante a un monumental parasol oriental; en el bosque de columnas de la sala de música de Periclea (Odeion) en Atenas; e incluso en el nuevo trazado de

la propia Acrópolis. Desde luego, en los siglos V y IV seguían trabajando para los persas algunos artistas griegos, y contribuyeron en gran medida a lo que actualmente se conoce como arte aqueménide. En la Sardes persa los funcionarios utilizaban sellos de forma oriental (piramidal, fig. 34), pero algunos estaban decorados con motivos griegos o hechos por griegos. En el período clásico los talleres griegos del sur de Anatolia tallaban gemas y hacían monedas para los funcionarios o delegados persas locales. En Sardes los persas mantuvieron la vieja ceca lidia, pero con el tiempo aparece

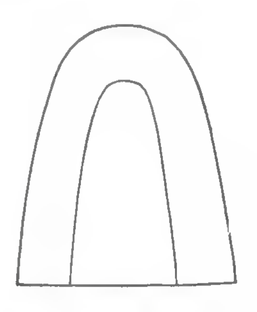




Fig. 34. *Sello de calcedonia.*

una figura persa sobre los «dáricos» de oro. Por su parte, los griegos copiaron en arcilla y metal los tipos de copas orientales con cabezas de animal, que ya encontramos en Asiria y que fueron muy populares entre los persas.

Los detalles de la historia y la arqueología de las guerras médicas y sus resultados no pueden interesarnos aquí, pero marcan un momento importante en las relaciones de Grecia con los «bárbaros». Las aventuras ultramarinas griegas les habían llevado al fin a enfrentarse con una gran potencia que se vio estimulada o aguijoneada por su presencia dentro de su territorio a dirigirse contra su país de origen. Esa potencia fue repelida, y los griegos continuaron todavía con más vigor y libertad su comercio con los países orientales y su interés en los asuntos del Este. Exactamente siglo y medio

después, Alejandro Magno consumaría la caída de ese mismo imperio, sobrepasando sus confines; sus soldados quemaron Persépolis y liberaron allí a 800 griegos, y las tierras de los hititas, los asirios y babilonios y los persas fueron colocadas bajo un imperio nuevo y griego.

BIBLIOGRAFIA

GENERAL. Dunbabin, *The Greeks and their Eastern Neighbours,* 1957; Payne, *Necrocorinthia,* 1931; J. Cook, *Greeks in Ionia and the East,* 1962; Barnett en *The Aegean and the Near East,* 1956, *Syria,* XXXIV, 1957, y *El. Or. dans la rel. grecque,* 1960; ensayos en *VIII Congr. Arch. Class.,* París, 1963. *Dädalische Kunst,* Hamburgo, 1970.

ORIENTE PROXIMO. Sobre la cerámica griega, véanse Coldstream, *Greek Geometric Pottery,* 1968; Clairmont en *Berytus,* XI, XII, 1955-7. Los libros de Penguin sobre *Iran* por Ghirshman, 1954, y *Early Anatolia* por Seton Lloyd, 1956, son buenas introducciones, como son Frankfort, *Art and Architecture of the Ancient Orient,* Pelican History of Art, 1954, y Akurgal, *Birth of Greek Art,* 1968, para Siria y Asiria. Harden, *The Phoenicians,* 1962; Moscati, *The World of the Phoenicians,* 1968. Sobre el marco histórico, Olmstead, *History of Assyria,* 1923, y *History of the Persian Empire,* 1948; *Cambridge Ancient History;* Wiseman, *Chronicles of the Chaldaean Kings,* 1956; Mühly en *Berytus,* XIX, 1970.

AL MINA. Woolley en *Journ. Hell. Stud.,* LVIII, 1938, y brevemente en *A Forgotten Kingdom,* 1953. Sobre la cerámica griega, Robertson en *Journ. Hell. Stud.,* LX, 1940, y Beazley, *ibid.,* LIX, 1939; sobre los tipos eubeos y griegos locales, Boardman, en *Brit. School Ann.,* LII, 1957, y *Anat. Stud.,* IX, 1959; sobre la cerámica local, Taylor en *Iraq,* XXI, 1959. Popham-Sackett, *Exc. Lefkandi, 1964-6,* 1968.

TARSO. Boardman en *Journ. Hell. Stud.,* LXXXV, 1965.

Tell Sukas. Riis, *Sukas,* I, 1970.

Palestina. Naveh en *Isr. Expl. Journ.,* XII, 1962 (Mezad Hashavyahu); Weinberg en *Isr. Acad. Proc.,* IV, 5, 1969.

ANATOLIA. Akurgal, *Phrygische Kunst,* 1955; Hanfmann, *Sardis und Lydien,* 1960. Los trabajos en Sardes y Gordion se reseñan anualmente en *Amer. Journ. Arch.* Esmirna, *Brit. School Ann.,* LIII-LIV, 1959-9. Samotracia, Lehmann, *Guide. Larisa am Hermos,* I-III, 1940-42. Iaso, *Annuario,* XXXIX-XLIV, 1961-66. Devambez-Haspels, *Sinuri,* II, 1959. Birmingham en *Anat. Stud.,* XI, 1961; sobre las rutas, Muscarella, *Phrgy. Fibulae from Gordion,* 1967.

PERSAS. Porada, *Art of Ancient Iran,* 1965. Sellos, Boardman en *Iran,* VIII, 1970, y *Greek Gems and Finger Rings,* 1970. Nylander, *Ionians in Pasargadae,* 1970.

METALISTERIA. Kunze, *Kretische Bronzereliefs,* 1931, y en *Olymp. Berichte;* Canciani, *Bronzi orientali e orientalizzanti,* 1970; Amandry en *Syria,* XXXV, 1958; *Ét. d'arch. class.,* I, 1955-6; Hermann en *Jahrbuch,* LXXXI, 1966 (Urartu), LXXXIII, 1968 (arnés), *Die Kessel der or. Zeit,* 1966; Brown, *Etruscan Lion,* 1960; Jantzen, *Gr. Greifenkessel,* 1955, y en *Ath. Mitt.,* LXXIII, 1958; Boardman en *Anat. Stud.,* VI, 1961 (cinturones), *Greek Emporio,* 1967, y en *Brit. School Ann.,* LXIV, 1969; Liepmann en *Jahrbuch,* LXXXIII, 1968 (cabezas de toro); Muscarella en *Met. Mus. Journ.,* I, 1968; Möbius en *Fest.*

Eilers (medallones); *Art and Technology,* M. I. T. Symposium, 1970. Samos, *Ath. Mitt.,* LXXIV, 1959; *Arch. Anz.,* 1969; Jantzen, *Samos,* VIII, 1972.

MARFILES. Barnett en *Journ. Hell. Stud.,* LXVIII, 1948, y *Nimrud Ivories,* 1957; Kunze en *Ath. Mitt.,* LV, 1930, y LXI-II, 1935-6; Freyer-Schauenburg, *Elfenbeine... sam. Heraion,* 1966.

ARQUITECTURA. Boardman en *Antiq. Journ.,* XXXIX, 1959.

ESCULTURA. Akurgal, *op. cit.;* Grace en *Amer. Journ. Arch.,* XLVI, 1942.

GEMAS. Boardman, *Island Gems,* 1963, en *Jahrbuch,* LXXXI, 1966 (con Buchner), *Archaic Greek Gems,* 1968.

VASOS. Coldstream, *op. cit.,* y en *Bull. Inst. Class. Stud.,* XVI, 1969; Buchholz, en *Jahrbuch,* LXXXIII, 1968; Hampe, *Kret Löwenschale,* 1969.

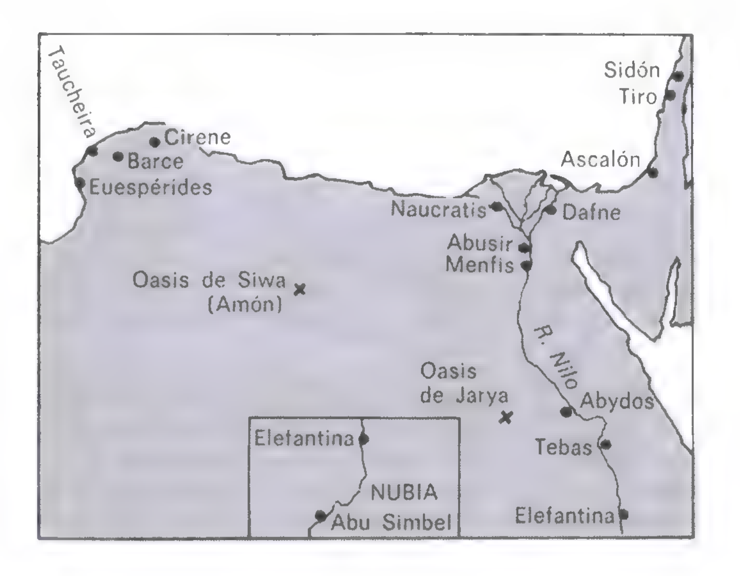
Capítulo 4

LOS GRIEGOS EN EGIPTO

En muchos estudios sobre los griegos en ultramar, especialmente en los arqueológicos, Egipto aparece emparejado con los estados del Oriente Próximo en un solo «bloque» oriental cuyos efectos sobre, y relaciones con, las civilizaciones del Egeo se tratan como parte de una sola historia. Esto sólo lleva a confusiones y complicaciones. Sean cuales fueren las relaciones iniciales de las dos grandes culturas fluviales de Mesopotamia y del Nilo, su posterior desarrollo e historia son muy distintos. También lo son los testimonios y la suerte de los griegos que viajaron hacia el Este, en dirección a Siria, o hacia el Sur, en dirección a Egipto, así como las influencias recíprocas del Este y de Egipto sobre los propios griegos. Aquí se encuentra la única fuente de confusión y error, porque una de las rutas principales desde Egipto a Grecia seguía la costa de Palestina, Fenicia y Asia Menor, y los objetos egipcios que llegaron así a Grecia pasaron probablemente por manos de los comerciantes orientales en gran parte de su camino. La influencia egipcia fue también fuerte en Fenicia, cuyo arte está profundamente impregnado por las modas egipcias, mientras que pueden encontrarse a menudo motivos egipcios incluso en los monumentos neohititas del norte de Siria mencionados en el último capítulo. Es, pues, seguro que gran parte de lo que parece egipcio en Grecia puede haberse derivado indirectamente a través de los países del Oriente Próximo, de Fenicia especialmente; pero no es menos cierto que una parte considerable de ello fue traída direc-

tamente de Egipto por los griegos, y a menudo es posible distinguir este material «puro». Pero nuestra atención principal se concentra sobre los griegos en el propio Egipto.

La única parte de la complicada historia de las relaciones greco-egipcias en la Edad del Bronce que aquí nos importa es su final. En el Oriente Próximo hemos visto cómo la diseminación de la cultura o de los pueblos micénicos sentó una pauta para los asentamientos griegos posteriores. En Egipto el carácter de los contactos con los griegos micénicos fue bastante distinto, y no tiene relación con el interés de los griegos por Egipto en siglos posteriores. Se ha hallado cerámica micénica tardía en cierta cantidad en más de una docena de lugares egipcios, Nilo arriba hasta la altura de Tebas,



y hay informes de hallazgos aislados en puntos tan meridionales como Asuán y Nubia. Los vasos son, por lo general, jarras de estribo de un tipo hecho en el Peloponeso. No atestiguan sino un animado comercio de aceite, y en ninguna parte pueden considerarse representativas de una comunidad griega estable, aunque sin duda muchos comerciantes griegos residieron en el país temporalmente.

Los «pueblos del mar», que tanto trastornaron los países del Mediterráneo oriental a finales del siglo VIII, y entre los cuales

pudieron figurar algunos griegos, fueron mantenidos lejos del territorio egipcio, con dificultades pero también con completo éxito. No obstante, a pesar de su éxito a la hora de mantener a distancia las conmociones que anunciaban los comienzos de la Edad del Hierro en el mar Egeo y el Oriente Próximo, Egipto sufrió también un largo período de relativo ocaso tras la brillantez de sus dinastías del Imperio Nuevo. Una breve reanimación a finales del siglo X llevó de nuevo un ejército egipcio a Palestina, pero en el propio Egipto se trata de años arqueológicamente estériles.

Sólo a finales del siglo VIII comienza el curso de la historia egipcia a tener un interés no sólo local. Sobre el extremo sur, en Nubia (Sudán), existía un reino floreciente que adoraba a Amón, como las grandes ciudades de Egipto, y cuyos reyes estaban emparentados con la estirpe real egipcia. El rey nubio Pianjy invadió Egipto en el 730, y quince años después se estableció la «dinastía etíope» (din. XXV). Los reyes nubios gobernaron Egipto hasta el 664, amenazados a menudo por el creciente poder de los reyes asirios, cuyas flotas de invasión eran parcialmente tripuladas por chipriotas. Fue el rey nubio Sabaka quien hizo rendirse al griego «Iamani», que había provocado una revuelta en Asdod contra los asirios en el 712. En el 671 el Bajo Egipto cayó en poder de los asirios, y los reyes nubios nunca recuperaron totalmente el control sobre el delta del Nilo. Tenemos noticias de un Egipto libre otra vez bajo Psamético I (664-10), el primer rey de la nueva dinastía (XXVI), y también ahora, por primera vez, oímos hablar de numerosos griegos en Egipto.

Hasta este momento la conciencia griega de Egipto parece haber sido leve, pero ya estaban llegando algunos objetos egipcios a Grecia, y ello indica la posibilidad de que a veces hubiera un contacto más directo. Podemos pasar revista rápidamente a esas importaciones antes de llegar a la cuestión de los griegos en Egipto, pero, desgraciadamente, de la mayoría no podemos sino atestiguar que probablemente son anteriores a mediados del siglo VII. Los objetos más antiguos —cuentas, figurillas, vasijas, escarabeos de fayenza y algunos sellos de piedra— aparecen ocasionalmente en localidades griegas desde el comienzo de la Edad del Hierro, y no representan sino importaciones casuales, quizá hechas a través del Oriente Próximo. Se encuentran en Creta, Esparta, Argos, Sunion, Atenas, Egina, Tera; en Eleusis (algunos en tumbas geométricas); en una tumba del siglo VIII en Corinto; en un contexto geométrico en la cercana Perachora; y en Grecia oriental, en Rodas y Quíos. Sin embargo, es posible que en la primera parte del siglo VII existiera algún taller productor de baratijas de fayenza muy similares

en las Rodas griega, como lo hubo, en efecto, más tarde dentro de ese mismo siglo. Algunos objetos menores fueron llevados incluso hacia Occidente, y en la colonia eubea de Pithekoussai (Ischia) y en Etruria se han encontrado un sello y un vaso de fayenza con el nombre del rey egipcio Boccoris (720-715 a.C.). Entre los hallazgos aislados de bronces egipcios, podemos mencionar una vasija de bronce (sítula) encontrada en Feras, en la Tesalia, dentro de lo que parece un contexto geométrico; un espejo de bronce procedente de Perachora y sin duda anterior al 650; una figura de Horus en Argos (el Heraion); dos mujeres de bronce y un adorno en Rodas, y una estatuilla de ibis en Mileto. Se han encontrado pequeños pendientes de bronce con forma de flor en varios lugares de Grecia oriental, y bien pueden proceder de diademas o pendientes egipcios, que a su vez inspiraron los colgantes florales o frutales de la joyería griega oriental.

Sin embargo, hay dos lugares en el mundo griego que atrajeron un tipo distinto de objetos egipcios —bronces finos— directamente y sin ningún intermediario oriental. Estos lugares son Creta y Samos. Es comprensible, porque Creta era la primera escala en la ruta marítima directa hacia Grecia, y hay buenas pruebas del



Fig. 35. *Vasija egipcia de bronce de la gruta del Ida, Creta.*

interés cretense por el norte de Africa, en Cirenaica; y las primeras noticias de un comercio con Egipto justamente después de la mitad del siglo VII mencionan a un capitán de Samos. En Creta encontramos, además de los objetos menores de fayenza, un cuenco de bronce y bellas jarras de este mismo material con asas caladas en forma de loto egipcio (fig. 35). Cinco de estas jarras se han descubierto en la gruta del Ida, dos en tumbas cercanas a Knossos, y una en Amnisos. Los hallazgos de Knossos sugieren que correspon-

den probablemente a los años anteriores a mediados del siglo VII. De hecho, otro ejemplo hallado recientemente en Lefkandi, Eubea, indica que el tipo pudo haber llegado a Grecia ya en el siglo IX. También hay placas egipcias de marfil en la gruta del Ida y en Knossos. Hay leones sentados sosteniendo un cuenco entre las patas delanteras, de fayenza, en la gruta del Ida, y en versiones cretenses de arcilla, en diversos lugares. Una de ellas, de Afrati, corresponde a mediados del siglo VII, y el tipo es egipcio, aunque fue copiado también en Palestina. En Samos gran parte de las ricas series de bronces egipcios corresponden a este período temprano, aunque no son anteriores al 700.

Nuestra primera fuente literaria sobre la presencia de los griegos en Egipto es Heródoto. En primer lugar está la mención del capitán mercante de Samos Kolaios, que se dirigía a Egipto cuando se vio desviado de su camino hacia el Oeste. El relato hace pensar que el viaje a Egipto no era nada extraordinario para él, y parece que su espectacular expedición (véase posteriormente, p. 213) se produjo aproximadamente en el 638. Aquí tenemos, pues, una indicación de visitas comerciales, casuales al menos, de los griegos orientales hacia la mitad del siglo VII.

Otro incidente no se refiere a comerciantes, sino a soldados griegos, es decir, a mercenarios. Psamético I —por darle el nombre con que se le conocía en Grecia (como haré con los demás reyes egipcios)— había sido animado por un oráculo a conseguir el apoyo de los «hombres broncíneos» para reconquistar su trono. En ese momento, piratas jonios y carios se vieron forzados a tocar las costas egipcias, a causa del mal tiempo. Llevaban armadura de bronce, bien el coselete «hoplita» griego de bronce laminado, o quizá una especie de cota de malla hecha de piezas de hierro o bronce cosidas al cuero según el modo oriental. Con su ayuda, Psamético venció, y los recompensó con dos franjas de tierra —conocidas con el nombre de Estratopeda o campamentos— a ambos lados del brazo pelusíaco del Nilo (los emplazamientos todavía no han sido identificados con seguridad). Heródoto dice que fueron bien tratados y respetados por el rey, que incluso creó una escuela de intérpretes. «Fueron los primeros extranjeros que vivieron en Egipto, y, tras establecerse allí, los griegos comenzaron un trato regular con los egipcios, por cuyo motivo poseemos conocimientos precisos de la historia egipcia desde tiempos de Psamético en adelante.» El historiador Diodoro añade que Psamético estimuló también el comercio de los griegos con Egipto. En el relato de Heródoto los carios y jonios llegan por accidente, pero es posible que fuesen enviados por el rey lidio Giges.

Bajo el reinado de Necao (610-595) no tenemos pruebas directas del uso de mercenarios griegos, pero el rey ofreció la armadura con que habían luchado en su campaña siria del 608 al Apolo de Branquidae (cerca de Mileto), y esto puede implicar una participación de soldados griegos. Más tarde, en el 605, fue derrotado en Karkemish por los babilonios. En las ruinas de Karkemish, dentro de una casa bien provista con objetos egipcios y donde hay sellos con el nombre del rey Necao, se encontró un escudo griego de bronce (véase p. 70, lámina 6b). El lugar del hallazgo sugiere que pudo haberlo llevado un soldado griego a sueldo del rey egipcio. Necao construyó también «trirremes» de guerra para el Mediterráneo y el Mar Rojo, y quizá tengamos aquí, como bajo Psamético II (véase más adelante), pruebas de una explotación de la experiencia náutica griega, porque la navegación jamás fue un punto fuerte de los egipcios.

Para algunas actividades posteriores de los mercenarios griegos en Egipto podemos ampliar considerablemente la escueta afirmación de Heródoto en el sentido de que Psamético II (595-89) hizo una expedición a Nubia. Los documentos egipcios muestran que fue una expedición considerable, hecha en el 591 a.C. contra el reino de Nubia, que amenazaba de nuevo el Bajo Egipto. Un elocuente testimonio de la parte desempeñada por mercenarios extranjeros lo proporcionan las inscripciones grabadas en las piernas de las colosales estatuas talladas en la roca de Abu Simbel (lámina 8a), unos ciento quince kilómetros Nilo arriba. Las inscripciones están hechas por soldados griegos y carios que acompañaron al rey y que, según parece, tuvieron puestos importantes en su ejército. La más larga de las inscripciones griegas dice:

> Cuando el rey Psamético llegó a Elefantina escribieron esto quienes navegaron con Psamético, hijo de Teocles, llegando tan arriba como les fue posible, hasta Kerkis. Potasimto conducía a los extranjeros y Amasis a los egipcios. Esto fue escrito por Arcón, hijo de Amoibicos, y por Pelekos, hijo de Eudamos.

No conocemos la posición del griego Psamético, pero había generales egipcios encargados de la Legión Extranjera y de los egipcios. Potasimto aparece como «general de los griegos» en monumentos egipcios. Las otras inscripciones apenas difieren de los garabatos exhibicionistas con que los soldados y otros viajeros desfiguran cualquier muro o monumento, pero algunas son importantes, porque revelan la ciudad natal de estos hombres. Tenemos a Elesibios de Teos y a Pabis de Colofón, ambos jonios, y a un tal Telefos, dorio de Ialisos, en Rodas. No es seguro que partiendo

de las formas egipcias de algunos nombres pueda afirmarse que esos individuos nacieron en Egipto, hijos quizá de los mercenarios empleados por Psamético I. En este mismo período las inscripciones egipcias hablaban de un almirante egipcio llamado Hor como «comandante de los extranjeros y griegos» (quizá chipriotas), y en la fortaleza meridional de Elefantina había griegos desde tiempos de Psamético I, así como una guarnición judía.

Volviendo al relato de Heródoto, poco más descubrimos respecto de los mercenarios griegos. El rey Apries (Wahibre; 589-570) condujo un ejército mercenario de 30.000 carios y jonios contra Amasis (Ahmés) en el 570. Los mercenarios se batieron bien, pero fueron derrotados, y Amasis se convirtió en rey (570-26). Hay una versión de este episodio sobre una estela en El Cairo. A pesar de su encuentro con los mercenarios griegos de Apries, también Amasis favoreció a los griegos, y parece haberlos usado poco después de comenzar su gobierno para repeler un ataque del rey babilonio Nabucodonosor. Contrajo matrimonio con una princesa griega de Cirene. Se dice que trasladó los campamentos de mercenarios desde Estratopeda a Menfis, para «protegerse de su propia gente», pero hay también datos arqueológicos (véase más adelante) indicativos de la existencia de un fuerte en Dafne, en la zona de Estratopeda, parcialmente ocupado por los griegos durante su reinado. Pero el más importante de los privilegios que concedió a los griegos nos lo transmite Heródoto y se refiere a Naucratis:

> Les otorgó Naucratis como base comercial para cualquiera que deseara establecerse en el país. También hizo concesiones de tierra, donde los comerciantes griegos que no desearan vivir permanentemente en Egipto podían erigir altares y santuarios. Entre estos últimos el mejor conocido y el más utilizado —y también el más grande— es el Helenion. Fue construido conjuntamente por los jonios de Quíos, Teos, Focea y Clazómenas, los dorios de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis, y los eolios de Mitilene. El santuario pertenece a estos estados, y a ellos corresponde el derecho de designar a los funcionarios encargados de la dirección del puerto [*prostatai*]. Otras ciudades reclaman su parte en el Helenion, pero sin justificación alguna; sin embargo, los eginetas construyeron un templo a Zeus por propia iniciativa, los samios otro en honor a Hera, y los milesios uno en honor a Apolo. Antiguamente, Naucratis era el único puerto de Egipto, y cualquiera que llevara un barco a alguna de las otras bocas del Nilo estaba obligado a jurar que lo había hecho por necesidad, y luego seguir hacia la desembocadura canópica; si vientos opuestos se lo impedían, debía transportar su carga en gabarras hasta Naucratis, rodeando todo el delta, cosa que muestra el exclusivo privilegio disfrutado por el puerto.

Quizá debiéramos mencionar también aquí el relato hecho por Estrabón de una incursión milesia, y el fuerte construido por los milesios en el Delta antes de fundar Naucratis, como también el

puesto egipcio de Rakotis (la posterior Alejandría), erigido para mantener a raya a los piratas griegos.

Los datos arqueológicos muestran con claridad suficiente que Naucratis fue fundada mucho antes del reinado de Amasis, pero podemos entender las palabras de Heródoto como un indicio de cierta reforma o regularización de su *status*. Pero ya es tiempo de considerar con más detalle cuando sabemos de esta gran ciudad comercial griega en el delta del Nilo.

Naucratis

El emplazamiento

La ciudad de Naucratis se encontraba sobre la orilla oriental del brazo canópico del Nilo, a unos 80 kilómetros de mar abierto y de la posterior capital helenística de Alejandría, y a sólo 15 kilómetros de Sais, la capital de los reyes de la Dinastía XXVI. Petrie descubrió el yacimiento en los túmulos de Kôm Gi'eif, a unos tres kilómetros de la aldea de el-Niqrâsh, que conserva su nombre antiguo. Excavó allí en 1884-85, y su trabajo fue continuado por los de Gardner, Griffith y, finalmente, Hogarth, en 1899 y 1903. Las excavaciones no se llevaron a cabo bajo las condiciones mejores. En gran medida, los arqueólogos cavaban alrededor o a través del trabajo de sus predecesores, y la técnica de publicación de Petrie, ya que no su técnica de excavación, deja mucho que desear en cuanto a la cerámica pintada y otros objetos menores, cuyas fechas era posible controlar mediante hallazgos hechos en otros puntos del mundo griego. Algunos intentos recientes de recomponer la estratigrafía de partes del emplazamiento han resultado infructuosos.

Gran parte de los edificios principales de la ciudad fueron excavados poco a poco de este modo, pero casi ninguna de las casas, y los cementerios del período anterior no fueron localizados. Tampoco ayuda al estudioso el modo en que los hallazgos se han repartido a lo largo de museos y colecciones privadas por todo el mundo, aunque actualmente se intenta hacer un estudio comprensivo del material.

Había dos centros de interés arqueológico en la ciudad excavada, en las zonas norte y sur. La historia de sus edificios principales ha sido muy aclarada por el difunto barón W. von Bissing, pero hay algunos problemas de identificación y fechación que quizá queden oscuros para siempre (fig. 36).

En la parte sur de la ciudad, uno de los edificios principales era una sólida estructura que Petrie tomó por una fortaleza y Von Bissing entendió como tesorería o almacén de tipo egipcio, construido quizá antes de terminar el siglo VII. Al norte de esta construcción estaba el templo griego de Afrodita, un edificio simple de dos cuartos con un altar escalonado frente a la puerta, levantado en el interior de un pequeño recinto tapiado. El templo fue re-

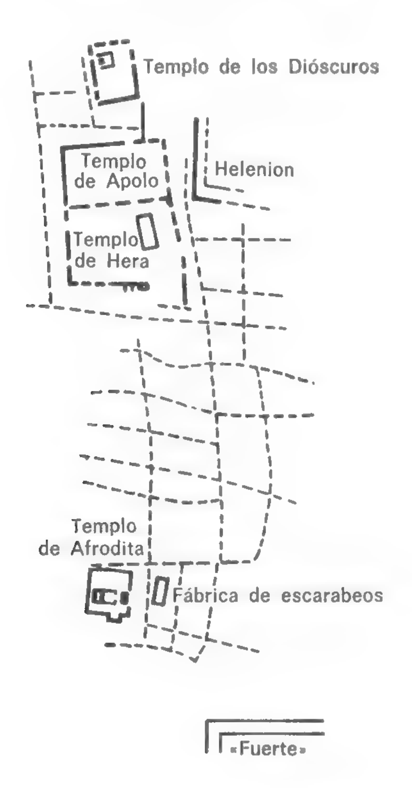


Fig. 36. *Plano esquemático de Naucratis.*

construido por lo menos dos veces, pero siempre con el mismo tamaño (14 por 8 metros, aproximadamente) y planta, y con el mismo material, adobe. Las ofrendas halladas en el templo pertenecen claramente a su período más antiguo. Entre ellas debemos señalar especialmente la masa de vasos quienses, algunos sin duda del 600 a.C., y observar que un ceramista quiense establecido en Naucratis (véase más adelante) dedicó gran parte de su tiempo a la producción de ofrendas para el santuario. Por lo demás, hay una considerable proporción de cerámica griega oriental y ática de comienzos del siglo VI en adelante, y algunos objetos de tipo chipriota. Las dedicatorias pintadas (como en la fig. 37, pág 134) o grabadas (como en la lámina 9b) sobre los vasos nos dan el nombre de la diosa. Heródoto no menciona un templo de Afrodita, pero una referencia posterior atribuida a un escritor local supone que el culto pudo haber tenido allí cierta antigüedad, y afirma que la estatua de la diosa fue traída de Chipre. Los hallazgos podrían sugerir que los quienses tuvieron algo que ver con la fundación. El altar escalonado es una construcción interesante e importante, si de hecho corresponde a los primeros años del santuario. Consiste en un tramo de cuatro escalones de unos tres metros de anchura que conducen a una plataforma lisa para los sacrificios. Este tipo tiene algunas semejanzas con los altares escalonados egipcios, y se ha sugerido que los arquitectos jonios lo adoptaron de Egipto.

Al este del templo de Afrodita había una pequeña fábrica de escarabeos de fayenza; estuvo en actividad fundamentalmente durante la primera parte del siglo VI, y tendremos ocasión de referirnos a ella más tarde.

Los templos de la parte norte de la ciudad son poco mejor conocidos que los del sur. Las inscripciones sobre fragmentos de cerámica del siglo VI atestiguan la existencia de un templo a Hera, que debe ser el de Samos, y se adivinan los perfiles de un santuario y quizá del propio templo. Cerca de él estaba el templo milesio de Apolo, dentro también de un recinto definido. Las ofrendas de cerámica muestran aquí que el culto se retrotrae a los primeros días del asentamiento. De los templos sólo conocemos fragmentos arquitectónicos, algunos preservados y otros solamente descritos. Por ejemplo, el único fragmento de un capitel de piedra visto por Petrie fue aplastado antes de que él pudiera fotografiarlo. Parecen existir varias piezas de un bello templo de piedra caliza con columnas jónicas, construido aproximadamente a mediados del siglo VI, si no antes. Una característica de las columnas era el collarino tallado con un motivo floral, como el descubierto en Samos. El templo fue sustituido por otro de mármol, con molduras semejantes, quizá al comienzo del siglo V.

Los santuarios de Hera y Apolo estaban uno junto al otro. Cerca de ellos —al norte pero dentro de una cerca separada— existía un templo más pequeño, dedicado a los Dióscuros, que se identifica por medio de las inscripciones en las ofrendas de cerámica,

algunas de ellas anteriores a mediados del siglo VI; pero el edificio no es mencionado por ningún autor antiguo.

Al este de estos tres santuarios, excavando en 1899, Hogarth descubrió otro santuario mayor que podría sin duda identificarse con el Helenion mencionado por Heródoto, fundación conjunta de varias ciudades de Grecia oriental. Una vez más, el lugar es decepcionante desde el punto de vista arquitectónico, pero las inscripciones sobre vasos nombran a diversas deidades, siendo las más significativas sencillamente «los dioses de los griegos». Ninguna cerámica votiva allí encontrada necesita ser anterior al reinado de Amasis, y bien puede suceder que el Helenion fuese fundado como resultado de la reorganización del *status* de Naucratis, mientras que los santuarios independientes —del Apolo milesio, la Hera de Samos, la Afrodita quiense (si está correctamente identificada por los hallazgos quienses) y el Zeus egineta (mencionado por Heródoto)— corresponden a los primeros años de la ciudad e indican la identidad de los principales intereses allí. Desgraciadamente, no se ha encontrado el santuario egineta. Si pudiésemos leer «dioskouron» en vez de «dios» en Heródoto, el santuario de los Dióscuros podría atribuirse a Egina, pero los dioses gemelos no tienen lugar en la isla, donde existe, sin embargo, un importante templo a Zeus Hellenios, que también aparece en Naucratis (en el Helenion).

Los hallazgos

Los hallazgos de Naucratis nos indican la fecha del primer asentamiento griego, y dan mentís a lo que en otro caso podría deducirse de Heródoto, que había sido fundada durante el reinado de Amasis. La más antigua cerámica fechable del lugar es, como de costumbre, corintia: un fragmento del período «transicional», hecho alrededor del 630-20, y algo más de «primer corintio», correspondiente a los últimos años del siglo VII y primeros del VI. Puesto que se trataba en gran medida de una empresa de Grecia oriental, cabría esperar que la cerámica más antigua fuese griega oriental y, de hecho, hay mucha que sin duda corresponde todavía al final del siglo VII. Pero en el estado actual de nuestros conocimientos sobre la cronología de los vasos, no podemos decir cuán tempranas podrían ser las piezas más antiguas, y nos quedamos con las corintias como único testimonio seguro. Esto sugiere que ya había griegos en Naucratis hacia el 620, pero es igualmente compatible con el punto de vista de que estaban allí unos veinte años antes. Sin embargo, debe observarse que Von Bissing apoya una fecha posterior para la fundación —el reinado

de Psamético II (595-89)— debido a la falta de escarabeos en Naucratis con el nombre de cualquier rey egipcio anterior. La evidencia positiva de la cerámica, que indica un asentamiento griego sustancial antes del 600, parece pesar más que este argumento *ex silentio,* pero caben todavía algunos ajustes.

Sería satisfactorio poder asignar los tipos de cerámica descubiertos en Naucratis a los diversos estados griegos que sabemos tuvieron negocios allí. Esto puede hacerse en una medida limitada. Heródoto dice que estaban representadas entre los jonios Quíos, Teos, Focea y Clazómenas; entre los dorios, Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis; y entre los eolios, Mitilene (Lesbos). Estas ciudades compartían el Helenion, pero estaban además los santuarios construidos por los eginetas, los samios y los milesios. Heródoto habla de la época de Amasis, pero es probable que la mayoría o la totalidad de esas ciudades estuviesen actuando en Naucratis desde los primeros días de su historia griega.

La mayor parte de los vasos y fragmentos conservados por los excavadores son objetos votivos bellamente decorados y procedentes de los santuarios. La cerámica griega oriental puede ser considerada en primer lugar:

1. Buena parte de ella, incluyendo piezas fechables a finales del siglo VII, es *rodia* de origen o de tipo rodio. Parece haber sido de uso general en todos los estados dóricos de Grecia oriental, y es también probable que Mileto utilizara o quizá produjese cerámica del mismo tipo: el problema de la cerámica milesia en este período ya lo encontramos al describir Al Mina. Los vasos «rodios» se usaban también en las ciudades más norteñas de Grecia oriental, pero muchas de ellas producían sus propios vasos en un estilo que para nosotros es aún difícil de distinguir del rodio, o en un estilo peculiarmente local que por fortuna podemos distinguir entre los hallazgos de Naucratis. De este tipo son las piezas de Quíos, Samos, Clazómenas y Lesbos.

2. La cerámica *quiense* se distingue fácilmente por sus formas más populares (especialmente el cáliz y el *kantharos*), por el fino engobe blanco de los vasos y por un estilo peculiar de dibujo. Se descubrió tanta cerámica quiense en Naucratis, antes de encontrarse en la isla de Quíos, que el tipo fue llamado durante mucho tiempo naucratita. Esto proporciona una indicación bastante falsa de la patria de los vasos y su estilo, pero el nombre no es enteramente erróneo, como veremos. Los vasos quienses más antiguos de Naucratis pertenecen todavía al siglo VII; esto lo sabemos por las formas arcaicas de algunos cálices y por la decoración. Algunos de los vasos más espectaculares de Naucratis son de este tipo (lámina 9b), que,

si bien nunca compitió seriamente en los mercados de cerámica del mundo griego, era apreciado bien lejos de su patria natal, como en Etruria. Entre los vasos quienses de Naucratis hay algunas clases que todavía no se han encontrado en la propia Quíos, y es legítimo preguntarse si no habrán sido hechos en Naucratis por ceramistas quienses. Se trata exclusivamente de objetos votivos, que podrían haberse hecho con bastante facilidad para el rico mercado local, aunque fuese con arcilla importada y traída como lastre en los barcos de trigo. Los objetos más característicos son cálices finos decorados en un estilo polícromo que recuerda más los murales egipcios que ninguna decoración griega de vasos contemporánea (segundo cuarto del siglo VI). Algo anteriores son otros cálices finos con escenas de animales, ejecutadas también con un vivo sentido del color. Algo después, a mediados del siglo, hay un sinnúmero de copitas finas (fundamentalmente *kantharoi*) completamente lisas si exceptuamos la dedicatoria pintada, que debe haber sido encargada por el cliente *antes* de hacerse la vasija (fig. 37). Los únicos lugares



Fig. 37. *Taza votiva quiense de Naucratis (reconstrucción).*

fuera de Naucratis donde se han encontrado piezas de este tipo son Cirene, Egina (donde hay la dedicatoria de un hombre que hizo ofrendas similares en Naucratis) y Atenas (una pieza). Debemos recordar que Cirene, en el norte de Africa, debe haber estado en estrecho contacto con Naucratis, y que Egina fue la única potencia griega no oriental con intereses en Naucratis. La existencia probable de una cerámica griega en Naucratis recuerda la obra de los griegos en Al Mina más de un siglo antes, pero en circunstancias similares. Algunos otros fragmentos que pueden reconocerse como

quienses corresponden a la segunda mitad del siglo VI, aunque su decoración está muy influida por las modas áticas. Antes de abandonar Quíos podemos indicar también la presencia en Naucratis de cántaros de vino quienses, siendo los más antiguos de comienzos del siglo VI.

3. Cerámica *samia*. La cerámica samia de los primeros años de Naucratis no puede todavía ser identificada con certeza. De mediados del siglo VI es un pequeño grupo de copas de figuras negras, excepcionalmente finas, que probablemente fueron hechas en Samos. Algunas copas lisas de una sola asa y dedicadas a Hera (su templo era una fundación samia) pueden proceder de la isla; se dice que algunas fueron pintadas antes de cocerse las vasijas y que, por lo mismo, fueron hechas de encargo. Es posible que estas piezas, como las naucratitas-quienses, fuesen fabricadas en Egipto, pero sólo mencionan a la diosa, no al donante, y podrían igualmente proceder de un taller samio que proveyera al Heraion en la patria.

4. Samos ha sido también considerada por algunos como una de las fuentes de los vasos de *Fikelura*. Se trata de vasos grandes por lo general, ánforas e hidrias, decorados en un estilo que debe mucho a Rodas y algo a la escuela samia de figuras negras. Florecieron durante la mitad y el tercer cuarto del siglo VI, y aunque el estilo probablemente pervivió hasta finales de siglo, su última fase no está representada en Naucratis. El estilo puede haberse originado en Samos, con fábricas filiales establecidas después en Rodas. El nombre es el de un cementerio de Rodas.

5. Se ha atribuido a la ciudad jónica septentrional de Clazómenas una importante escuela de pintores de vasos de figuras negras. Estos vasos están bien representados en Naucratis, y datan del tercer cuarto del siglo VI. El estilo parece común en la parte continental del norte de Jonia, y algunos de los vasos clazomenenses de Naucratis, o al menos los que parecen relacionados con lo «clazomenense» de diversos modos —y hay unos cuantos— podrían proceder de ciudades como Focea y Teos, que según Heródoto comerciaban en Naucratis.

6. Los vasos más típicos de Eolia, y especialmente de *Lesbos,* son los *buccheros* lisos de color gris pálido. Hay varias piezas en Naucratis, ninguna fechable con precisión, aunque la mayoría no son desde luego posteriores al siglo VI.

Nos quedan otras tres grandes clases de cerámica griega descubierta en Naucratis, que no fueron hechas en ninguna de las ciudades nombradas por Heródoto. Se trata de:

7. Vasos *espartanos*. Hay cierta cantidad de vasos finos de figuras negras, por lo general copas, de un estilo atribuido actual-

mente a Esparta. Todos ellos son de la primera mitad del siglo VI, y los más antiguos corresponden a su comienzo. Son intrínsecamente valiosos, y en el mercado etrusco, por ejemplo, podían competir con los productos corintios y áticos. Su número en Naucratis es notable, pero el hecho de que su otro gran mercado exterior fuese Samos quizá explique en parte su popularidad. Por lo demás, pueden reflejar un interés espartano en otra parte del norte de Africa donde se encuentran, a saber: Cirenaica (donde algunos pensaron antaño que se fabricaron).

8. Vasos *corintios*. Los primeros, de finales del siglo VII, ya han sido mencionados. Siguen llegando hasta mediado el siglo VI, aunque no en cantidad.

9. Vasos *áticos*. Los más antiguos de Naucratis son del 620 a.C. aproximadamente. En el siglo VI aparecen en número notable, y su calidad es óptima. Tanto la cantidad como la calidad se mantienen hasta el 525, cuando se produce un brusco descenso. Las importaciones se reanudan de nuevo a principios del siglo V. También del siglo VI son algunos cántaros de almacenamiento áticos, más sencillos (como en la fig. 36, pág. 130).

Los vasos corintios y áticos requieren una explicación. Unos y otros eran objetos finos que en este período se transportaban por su valor intrínseco como cerámica decorativa; y las monedas corintias y áticas descubiertas en Naucratis pueden sugerir un interés fuerte, aunque indirecto, en el comercio de allí por parte de las respectivas ciudades. Pero hay un estado en la lista de Heródoto cuya presencia arqueológica en Naucratis no ha sido verificada todavía: Egina. Ya hemos tenido ocasión de observar que Egina carecía de cerámica pintada propia, pero que utilizó la corintia durante el siglo VII y comienzos del VI. Añádase ahora que ya en el siglo VII Egina estaba empezando a utilizar los mejores vasos áticos, y tendremos quizá una explicación de la presencia de numerosos vasos áticos en Naucratis algo antes de aparecer en cantidad comparable en cualquier otro mercado ultramarino.

Hay otras clases de hallazgos a mencionar, que quizá arrojen alguna luz sobre el comercio de Naucratis y la identidad de los comerciantes que vivían en la ciudad o la visitaban. Hay algunas estatuillas de piedra, de caliza, y unas pocas de alabastro o mármol, que son claramente de tipo chipriota. Las más antiguas y mejores son sin duda alguna de origen no chipriota, producidas por artistas griegos orientales inspirados en los productos generalmente monótonos pero numerosos de los talleres chipriotas. El material de algunas —alabastro— sugiere que sus autores trabajaban quizá en la propia Naucratis. Pero junto a ellas hay muchas estatuillas en

piedra y arcilla de origen chipriota con seguridad. Por lo general, no son tan antiguas, y no implican un elemento chipriota muy importante entre las clases mercantiles de Naucratis. De hecho, todas pueden fecharse por los años en que la isla estuvo en poder de los egipcios, durante el segundo y tercer cuarto del siglo VI. Algunas otras estatuillas de piedra, figuras ecuestres y mujeres reclinadas sobre almohadones, están ejecutadas en un tosco estilo egipcianizante y parecen en gran medida relacionadas con algún culto local.

Petrie encontró en la parte sur de la ciudad un taller de fabricación de escarabeos de fayenza, que estuvo en activo durante parte del siglo VI. Ello nos enfrenta a una importante clase de objetos —distinguidos por su material más que por su forma—, y plantea algunas cuestiones importantes sobre las relaciones greco-egipcias en el mundo del arte (si merecen este nombre) durante los siglos VI y VII. Primero es preciso aclarar que lo que el arqueólogo llama fayenza no tiene nada que ver con los celebrados productos de la Faenza renacentista. La fayenza antigua tiene una composición arenosa y está cubierta por un grueso vidriado. Se había usado durante largo tiempo en Egipto para cuentas y diversas bagatelas decorativas, y en el período que nos interesa se empleaba ante todo para escarabeos, pequeños pendientes con figuras, cuentas y vasijas en miniatura. Tales objetos menores viajaron mucho por el mundo antiguo, y algo antes de mediado el siglo VII se estableció una fábrica de ellos en Rodas, posiblemente por iniciativa egipcia, pero para servir a los mercados griegos. Algunos de estos productos tienen un aspecto marcadamente egipcio: pequeñas vasijas en forma de mujer o de un mono sujetando una maceta, frascos planos circulares y cuencos con dibujos figurativos, colgantes en forma de gatos, de muchachas desnudas o de algunas deidades egipcias secundarias. Otros son tipos más plenamente griegos: flautistas y tañedores de lira. Estos pequeños colgantes con figuras (fig. 38), con su vidriado blanquecino y su leve color adicional, son quizá los objetos más comunes y característicos. Aparecen desde luego en Rodas, pero también en la mayor parte de los demás emplazamientos griegos orientales, así como en muchos otros de tierra firme y del Occidente. La mayoría corresponden todavía a los últimos años del siglo VII, pero la fábrica en Rodas floreció hasta el VI, produciendo frascos esféricos y complicados vasos de figura en formas ya familiares en arcilla. Un ejemplo excepcional, un frasco en forma de la cabeza del dios fluvial Aqueloo (lámina 12a) llegó hasta Nubia, en el corazón de Egipto. Algo egipcio o negroide en sus rasgos plantea un problema de orígenes, pero otros frascos semejantes tienen un aspecto puramente griego. Hay algunos frascos de fayenza que llevan

los nombres de reyes egipcios, y que podrían también ser rodios, aunque generalmente no se les considera tales. Uno, en París, con la forma puramente griega de una cabeza con yelmo, se decía procedente de Corinto, y lleva el nombre de un rey (Psamético I, o posiblemente Apries). Los otros son aríbalos que están a medio camino entre la forma griega de frascos de perfume y los *kohl*




Fig. 38. *Pendientes de fayenza de Emporio, Quíos.*

de maquillaje egipcios; pueden ser egipcios más que rodios, pero presentan una distribución interesante: dos en Egipto, dos en Rodas, uno en Chipre, Ibiza, las islas Lípari (lámina 12b, en Oxford) y la colonia milesia de Panticapea en el sur de Rusia. Sus cartuchos, no todos fácilmente legibles, mencionan reyes desde Psamético I hasta Amasis.

Esta producción de fayenza egipcianizante en suelo griego se vio amenazada a comienzos del siglo VI por las fábricas de Naucratis, quizá en manos de egipcios pero que sin duda alguna producía para los mercados griegos. Los escarabeos eran populares —la antigua forma egipcia de sello, con el dorso tallado como el escarabajo sagrado—, pero había otros sellos en forma de cabeza humana o de carnero, y se han encontrado cientos de pequeños moldes de arcilla para estos amuletos de la suerte (pues apenas eran otra cosa) en la mencionada fábrica. La lámina 12c muestra moldes para el reverso de esos sellos. Las divisas suelen ser toscos lemas jeroglíficos o nombres. Otros productos naucratitas del siglo VI son los vasos de erizo y las estatuillas. Su ejecución es más pobre que la de la fayenza rodia; se fabricaban en masa, pero viajaron mucho por el mundo griego. Un ejemplar mejor, un «frasco de Año Nuevo»,

llegó a Assur, en Asiria. Naturalmente, estos objetos están bien representados entre los hallazgos de Naucratis, y probablemente estuvieron haciéndose a lo largo de casi todo el siglo VI. No destacan por sus cualidades artísticas, y su distribución fue demasiado amplia para decirnos mucho en concreto sobre el comercio, pero son más densos allí donde cabría esperarlo, en Grecia oriental, Egina, los mercados occidentales (Etruria incluida) visitados por los griegos orientales, e incluso las colonias griegas orientales del Mar Negro. Constituyen un reflejo interesante del oportunismo comercial de una ciudad cuya función primaria era servir a título de depósito y no como ciudad fabril.

Entre los otros objetos, hay algunos escarabeos que se han considerado productos de un taller local, dedicado también a surtir a los mercados griegos, y hay pruebas de un taller productor de vasijas de alabastro. Se encontraron cinco fragmentos de concha de tridacna grabada, así como algunos lisos. Ya hemos encontrado (figura 18, pág. 86) estos productos orientales del siglo VII y comienzos del VI, especialmente populares en Grecia oriental. En Egipto sólo aparecen en puntos frecuentados por los griegos: Naucratis, y un fragmento en Dafne y otro en Menfis. Otro objeto oriental es un gastado cilindro-sello asirio que —ya con varios siglos de edad— fue llevado a Naucratis, sin duda como amuleto; y Petrie también menciona un cilindro (¿sello?) de marfil donde aparecen un hombre, cabras y un árbol.

Comercio y vida

Considerar el comercio griego a través de Naucratis implica considerar el comercio griego con el resto de Egipto, y los hallazgos de otros puntos. Para el asentamiento efectivo en Egipto de los griegos hemos de pensar primero en las comunidades de mercenarios, pero la historia de Kolaios y los hallazgos de bronces egipcios en algunas partes de Grecia (en especial Creta y Samos) muestran también los comienzos del interés comercial, que los asentamientos salvaguardaron y desarrollaron. Sólo puede haber existido un producto fundamental buscado por los griegos: el trigo; aunque también sacaron quizá papiros y lino. Las ciudades de Grecia oriental crecieron rápidamente durante el siglo VII, pero su expansión en la patria era contenida por sus vecinos griegos y por la presión de Frigia y, después, de Lidia. Se intentaron las dos soluciones más obvias. Parte del exceso de población se dispersó hacia las nuevas colonias, fundadas por lo general con vistas a su valor como puestos comerciales. Para los que quedaban atrás y no podían mantenerse

fácilmente a partir de los recursos locales, o para aquellos cuya economía empezaba a especializarse —como sucedía en Quíos, donde se producía vino y aceite más que cereales— se buscaron fuentes extranjeras de trigo: algunas en el Mar Negro (véase el capítulo 6), otras en Egipto. Egina entra aquí en escena como patria de los mercaderes transportistas que abastecían a la Grecia central, donde la situación económica era semejante.

El pago por el trigo parece haberse hecho de diversos modos. Se cambiaba desde luego por aceite de oliva, y pueden identificarse algunos cántaros de almacenamiento áticos. También se transportó sin duda vino en cantidad. Hay cierta variedad de cántaros del siglo VI en Naucratis y Dafne, entre los cuales los que mejor se reconocen son los quienses. Uno de ellos fue reutilizado en Dafne y sellado con cartuchos del rey Amasis (fig. 39). El poeta griego oriental Hiponacte utiliza la palabra egipcia para vino, pero ello no implica la existencia de ningún tráfico de vuelta.

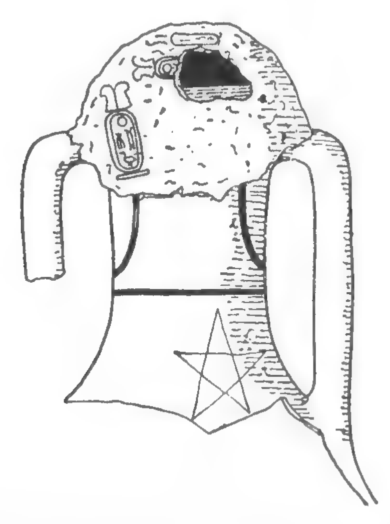


Fig. 39. *Cántaro de vino quiense con sellos de Dafne.*

Lo más valioso de cuanto llevaban los griegos a Egipto era la plata. El país carecía de moneda propia, y le interesaba el metal precioso en cuanto tal, pero los griegos lo llevaban, lógicamente, en forma de moneda. Incluso en el período arcaico, que es el que aquí nos interesa (hasta antes del 480 aproximadamente), se han

encontrado un número notable de tesoros de plata en Egipto, incluyendo tanto monedas como simples piezas de metal sin acuñar. Las fuentes de las monedas pueden indicar qué estados transportaron la plata, o al menos la fuente de la plata transportada por los mercaderes. Corresponden bien a lo que cabría esperar de la pauta comercial imperante en Naucratis. Predomina Egina, con Atenas (que para finales de siglo estaba acuñando plata en cierta cantidad para la exportación) y Corinto. Entre los estados griegos orientales encontramos a Mileto y Quíos, pero están también representados Samos, Focea y Teos: todos ellos estados cuyo interés en Naucratis atestigua Heródoto. Sin embargo, una circunstancia notable es la elevadísima proporción de monedas de plata acuñadas en el norte de Grecia, en Tracia y Macedonia. Era una zona argentífera importante, y las monedas allí acuñadas podían fácilmente transportarlas, más o menos como metal en bruto, otras ciudades que comerciaban en el norte de Grecia y necesitaban metálico para pagar en lugares como Egipto o el Oriente (véase las págs. 73 y s.), más que para hacerlo circular en la patria. Corinto tenía intereses en el norte de Grecia, pero también había allí ciudades jónicas y eolias, y se ha afirmado que algunos de los griegos orientales, faltos de fuentes de plata en sus lugares de origen, dependían de sus contactos con Tracia para su suministro del metal.

Es mucho más difícil saber exactamente cómo estaba organizado el comercio a través de Naucratis. Los datos arqueológicos nos hablan de los santuarios, no de los almacenes, y algunos han supuesto que cada ciudad con intereses allí no sólo tenía su propio templo, sino su propio barrio comercial. Los grandes santuarios independientes fundados por los samios, los milesios y, al parecer, los quienses y los eginetas, pueden remontarse a los primeros años de la ciudad, pero la variedad de orígenes de los exvotos y sus donantes muestra claramente que no había centros de culto «nacionalistas» separados, sino que eran de uso general para toda la comunidad griega. En el Helenion, quizá construido durante el reinado de Amasis, había un mayor espacio reservado para otros santuarios, algunos de ellos fundados sin duda por estados con comercio allí, y otros por la comunidad griega. Con todo, Naucratis no era enteramente una ciudad griega normal con sus propios «ciudadanos». No se parecía en nada a las colonias de Italia y Sicilia. Debía su existencia al favor (e interés) continuado del rey egipcio, y las ciudades griegas que comerciaban allí —las mismas, según parece, que ya habían estado durante largo tiempo trabajando hombro con hombro en Al Mina— se cuidaban indudablemente de que su monopolio del comercio egipcio no fuese usurpado. Esto implica a su vez un cierto

acuerdo entre ellas, pero no necesariamente entre las distintas metrópolis; más bien entre las clases comerciantes residentes en la propia Naucratis. Sin duda entre esas clases residentes se elegían los *prostatai* mencionados por Heródoto, los funcionarios que regían el puerto, pese a que el historiador parece indicar que los enviaban allí las metrópolis. Es también seguro que no sólo los fundadores del Helenion, sino también los patrocinadores de los otros santuarios independientes, tenían parte en la ordenación de la vida de la ciudad, comercial y no comercial. Los *prostatai* pueden haber actuado como magistrados de la ciudad y como «cónsules» para sus conciudadanos y para los mercaderes que venían de las metrópolis.

La vida de esta grande y rica comunidad griega, admitida en un país que durante largo tiempo había desconfiado de los extranjeros y que, de hecho, todavía prefería limitar estrictamente sus actividades y emplazamientos, debe haber sido muy extraña y variada. No se parecía en nada a lo que los griegos habían encontrado en otras partes. No era como una colonia, una ciudad independiente y autosuficiente que hubiese llegado a un arreglo con la población local; tampoco era un simple puesto comercial como Al Mina, en cuyo primer período puede no haber existido ninguna vida cívica griega propiamente organizada, con santuarios pretenciosos y cosas semejantes. Naucratis atrajo a los comerciantes más ambiciosos de Grecia central, y a los colegas eginetas que negociaban con Grecia central. Atrajo a poetas, artistas, estadistas e historiadores, y en tiempos de peligro quizá se convirtió en lugar de refugio para profesionales de Grecia oriental, que allí podían ejercer de nuevo su profesión. Sobre todo, abrió los ojos griegos a las obras de una gran civilización, más impresionantes aún entonces en sus «antigüedades» que en sus artes y artesanías contemporáneas. Incluso los productos egipcios de esos años son fuertemente «arcaizantes». Más adelante veremos algo de cómo se vieron influidos los griegos por lo que veían. De momento, en la propia Naucratis, podemos reconstruir con ayuda de los historiadores y de la arqueología un poco de la vida de la ciudad.

Parece probable que existiese ya una ciudad o aldea egipcia en el lugar cuando llegaron los primeros griegos. En cualquier caso, es lo previsible. Su nombre antiguo pudo haber sido olvidado porque los egipcios conocían la ciudad como Piemro, que es lo que se ha llamado una «traducción erudita» del griego, aunque también podría ser cierto lo contrario. Desde luego, junto a los griegos vivieron siempre algunos egipcios. Había probablemente un barrio indígena, y la población trabajadora bien pudo ser egipcia, pero los míseros cimientos de las casas de adobe excavadas en el lugar

inundado nada valioso pueden decirnos sobre los hogares de griegos o egipcios.

Las dedicatorias grabadas sobre los vasos hallados en los santuarios nos dicen algo sobre los fieles. Aristófanes, por ejemplo, encargó a mediados del siglo VI varias copas de cerámica quiense para ofrendarlas a Afrodita, y llevó otras en un viaje comercial a Egina, para ofrecerlas allí en el templo de Afaya. Un tal Roikos ofrendó una complicada copa doble a Afrodita en el segundo cuarto del siglo, y puede tratarse del arquitecto samio que en esos años estaba proyectando el que en su día fue el mayor de todos los templos griegos, el templo de Hera en Samos. Ya hemos tenido ocasión de comentar algunos rasgos arquitectónicos samios en Naucratis. El Fanes que ofreció una copa pudiera ser el mercenario del rey Amasis nativo de Halicarnaso que desertó pasándose a los persas, según el relato de Heródoto. Mucho después, pero ignorada a la ligera salvo por los completamente escépticos, aparece la copa ática ofrecida por cierto Heródoto por las mismas fechas que la visita del gran historiador a Egipto. Muchas de las otras ofrendas sólo nos proporcionan nombres, a veces revelando también el lugar de origen del donante. Varias proceden de mujeres. Una tal Doris ofreció un amuleto amoroso a Afrodita. Naucratis tenía cierta reputación por la belleza y la virtud fácil de sus mujeres. La famosa Rodopis fue llevada allí por un alcahuete samio, Caraxus, y un comerciante de vinos que negociaba con Naucratis y hermano de la gran poetisa lesbia Safo compró su libertad. Rodopis se quedó en Egipto e hizo una pequeña fortuna, de la cual ofrendó al Apolo de Delfos un décimo en forma de espetones de hierro, una forma temprana de dinero. Parte de la base inscrita que llevaba su dedicatoria se ha encontrado allí en años recientes: «Por alguna razón u otra, Naucratis debe ser un buen lugar para bellas prostitutas», dice Heródoto, y llega hasta mencionar a la famosa Arquedique, cuyo nombre leemos en la dedicatoria de otro vaso encontrado en la ciudad. Un visitante más sobrio y distinguido fue, durante el siglo VI, el legislador ateniense Solón, que vino en viaje de negocios y turismo; otros fueron el poeta Alceo y el filósofo Tales.

Esos años anteriores a la invasión persa (525) deben haber sido los del apogeo de Naucratis. La ciudad reconquistó la prosperidad más tarde, pero un Egipto sometido a los persas, los altibajos de la política griega y una conciencia cívica creciente se combinaron para empañar el brillo de su vida cosmopolita —casi la diferencia entre el Shangai de antes y después de la segunda guerra mundial—. Cuando Alejandro Magno tomó Egipto, la ciudad fue eclipsada por su nueva capital, Alejandría; pero todavía existían allí fá-

bricas florecientes durante el período romano, y fue el lugar de nacimiento de Ateneo, el famoso hombre de letras.

Otros griegos en Egipto

Nos quedan por considerar otros lugares de Egipto donde vivieron griegos, o donde penetraron objetos griegos. Entre ellos, el más importante en nuestro período es DAFNE, Tell Defenneh. El emplazamiento está entre el borde oriental de la zona cultivada del Delta y el actual canal de Suez, sobre la ruta principal hacia el Este, a Palestina y Siria. Fue excavado por Petrie en 1886. La mayor de sus estructuras, de planta más o menos cuadrada, fue construida por Psamético I. Petrie la tomó, razonablemente, por un fuerte. Se asemeja mucho al edificio grande del barrio sur de Naucratis, hecho aproximadamente por las mismas fechas. Se ha afirmado que se trata de tesorerías o almacenes más que de construcciones militares, y en su conjunto los hallazgos confirman esta hipótesis. Sin embargo, pocas dudas caben sobre la importancia de primer orden de la ciudad como fortaleza y puesto fronterizo, y Heródoto dice que durante el reinado de Psamético había soldados estacionados en la Dafne pelusiana en prevención de árabes y sirios. Bajo el reinado del rey Apries, Dafne concedió asilo a algunos judíos, entre ellos al profeta Jeremías, expulsado de Judá por los babilonios —«y entraron en la tierra de Egipto, pues desoyeron la voz del Señor; y entraron hasta Tafnis» (es decir, Dafne) [Jeremías, 43, 7]. Las ruinas de la fortaleza siguen, en efecto, llamándose «Kasr el Bint el Yehudi»: palacio de la hija del judío.

Los testimonios más antiguos de la presencia de griegos en Dafne son fragmentos de cerámica griega oriental, algunos de finales del siglo VII. Apenas basta esto para probar la presencia de contingentes griegos sustanciales, ni siquiera de tropa alguna. La masa de cerámica griega del lugar pertenece a los años del reinado de Amasis (570-26), y esto habla por sí solo contra la identificación del lugar con el «campamento» de Estratopeda concedido a los griegos por Psamético I y evacuado por Amasis. La cerámica se encontró en diversas partes del lugar, pero había una concentración particular en dos cuartos situados al sudeste del «fuerte», que han sido llamados «una especie de bodega o despensa del mayordomo», posiblemente para el rancho de oficiales. La cantidad de cerámica es, naturalmente, muy inferior a la de Naucratis, pero hay algunas diferencias significativas dentro de las clases representadas:

1. *Rodia.* Sólo los trozos más antiguos, porque los vasos característicamente rodios de «cabra salvaje» ya no siguieron haciéndose después de los primeros años del reinado de Amasis. Pero también:

2. Vasos de *Fikelura.* Como en Naucratis (véase la pág. 135). De origen rodio o samio (o de ambos). Y:

3. *Sítulas.* Dafne es la fuente principal de estas peculiares vasijas. Su forma abolsada (lámina 10a) se ha considerado derivada de vasijas egipcias de bronce, y algunos motivos de su decoración —como el halcón sentado sobre la cesta Neb en un fragmento— son puramente egipcios. Los jeroglíficos del halcón y la cesta son parte de un título real. En Rodas se ha encontrado una media docena de vasijas de este tipo genérico, pero parece probable que la mayor parte de las de Dafne fueran hechas por ceramistas griegos, probablemente rodios, que trabajaban en Egipto. Y es de suponer que trabajasen en, o cerca de, Dafne, porque ninguna se encontró en Naucratis.

Los dos grupos siguientes son con mucho los más representados:

4. Vasos *clazomenenses* de figuras negras, como en Naucratis. Aquí hay de nuevo la posibilidad de que algunos sean obra de un pintor griego establecido en Egipto, porque casi todos los vasos de uno de los artistas clazomenenses, el llamado Pintor de Petrie, se han encontrado en Dafne; el resto procede de Naúcratis.

5. Vasos y cántaros de almacenamiento *áticos* de figuras negras. Son tan comunes como los clazomenenses.

La comparación con los hallazgos de Naucratis muestra una notable falta de cerámica quiense-naucratita (se informa de un fragmento encontrado allí cerca, pero hay cántaros de vino quienses procedentes del fuerte) y espartana, y una falta menos notable de corintia y lesbia, mientras que en Naucratis no hay sítulas. Las diferencias tienden más a reflejar las oportunidades del mercado que alguna diferencia importante en los orígenes o gustos de los clientes griegos.

Entre los hallazgos menores podemos señalar las armas de hierro y cotas de malla, de hierro también. Se encontró un fragmento de concha de tridacna labrada, semejante a los de Naucratis: un objeto oriental, traído por un griego a Egipto, incluso a Dafne, quizá antes del 600. Se encontraron toscas figurillas en piedra como las de Naucratis, pero sólo dos o tres escarabeos procedentes de la fábrica de allí.

Los hallazgos griegos del lugar se interrumpen hacia el 525 a.C., sin duda como resultado directo de la invasión persa bajo Cambises.

En otros puntos del Delta hay hallazgos diseminados de cerámica griega del siglo VI. Pasando hacia el Sur llegamos a MENFIS, donde fueron trasladados los campamentos de mercenarios griegos por Amasis, según Heródoto. Pero hay aquí trozos de cerámica griega —corintia y griega oriental—, así como los fragmentos de concha de tridacna ya mencionados, tan antiguos como cualquiera de los hallazgos de Naucratis. A lo largo del siglo VI llega a Menfis cerámica griega, principalmente tipos griegos orientales semejantes a los de Naucratis —rodios, de Fikelura, clazomenenses—, y ciertamente debe haber existido allí un campamento mercenario durante el reinado de Amasis. Había también allí mercenarios carios, y hay estelas del siglo VI, con relieves de estilo griego, dedicadas a ellos. Desde el 500 aproximadamente los vasos áticos de figuras negras sustituyen a los griegos orientales, que ya no se fabrican. Los hallazgos se han hecho en la propia Menfis —en el Palacio de Apries y el templo de Ptah— y en los cementerios de Abusir y Saqqara. Un hallazgo aislado es el de una estatuilla egipcia de bronce ofrecida como objeto votivo por un griego en el siglo VI y grabada en griego y egipcio, y hay otros bronces «de Egipto» que llevan dedicatorias griegas. De Abusir procede un monumento único, hallado en el templo mortuorio de Sahure, que quizá pertenezca a nuestro período. Es una plancha de piedra caliza (lámina 9a), aparentemente una losa sepulcral, que muestra en bajorrelieve la escena de la *prothesis* o exposición del cadáver. La escena, los gestos y el mobiliario son enteramente griegos, aunque en la ejecución de las figuras hay mucho de egipcio; y el disco solar alado egipcio y el úreo grabados encima, aunque se encuentren frecuentemente en estelas egipcias, carecen aquí de especial relevancia. A un lado de la escena, una inscripción mal conservada en griego da el nombre del muerto, al parecer un milesio. Debe ser la obra de un artista griego local, ya muy influido por las formas y técnicas egipcias.

Procede de Saqqara una figura ushabti de fayenza (fig. 40) del tipo de las que normalmente se colocaban en las tumbas egipcias para servir de servidores del muerto en el otro mundo. Pero ésta tiene una cabeza griega arcaica tardía, hecha quizá especialmente para el enterramiento de un griego que había aceptado algunas ideas egipcias sobre la otra vida. También de Menfis debemos mencionar una estatua femenina de piedra caliza, que superficialmente se asemeja a cualquier doncella griega oriental de la última parte del

siglo VI, pero con algunos rasgos indudablemente egipcios; hay también un interesante precinto de arcilla que lleva cartuchos del rey Amasis y la impresión de un sello griego arcaico que representa un tritón; y la montura de bronce de una estatuilla, grabada en egipcio y en griego, siendo esta última inscripción una dedicatoria al «Zeus tebano», es decir, al Amón egipcio. En Abydos los griegos escribieron sus nombres sobre lo que consideraban templo del héroe Memnón (en realidad, el templo funerario de Seti I).

De nuevo al Sur, en la Tebas egipcia y en los grandes santuarios de Luxor y Karnak, encontramos más cerámica griega —corintia y griega oriental— de los dos primeros tercios del siglo VI. Un vaso de Karnak, algunos de cuyos fragmentos se encuentran en

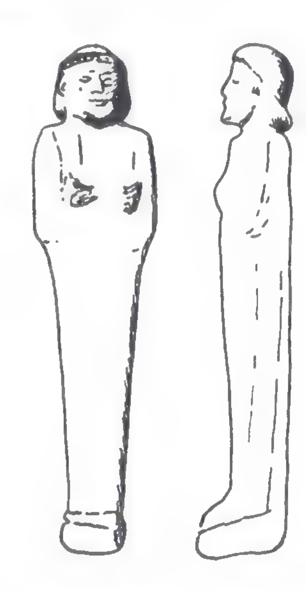


Fig. 40. *Figura ushabti de fayenza de Saqqara.*

Oxford, reviste especial interés. Muestra el barco sagrado del dios griego Dionisos llevado a hombros y acompañado por unos hombres, algunos vestidos como sátiros, que son los ayudantes del dios (fig. 41a). Llevan faldellines con rabo, blanden falos y tocan la flauta. En Atenas había procesiones como éstas, en las que el barco iba sobre ruedas, y en Grecia oriental, concretamente en Esmirna, el barco era llevado a hombros. Pero eran también bien conocidas

en Egipto, y en particular en Karnak y Luxor, donde cada año se celebraba el gran festival Opet, durante el cual se llevaba a hombros el barco del dios Amón (fig. 41). Se hacían procesiones semejantes en el oasis de Siwa, en el desierto libio, donde existía un santuario de Amón muy respetado por los griegos y a menudo visitado por ellos, que lo conocían con el nombre de «Zeus Amón». Aquí, la

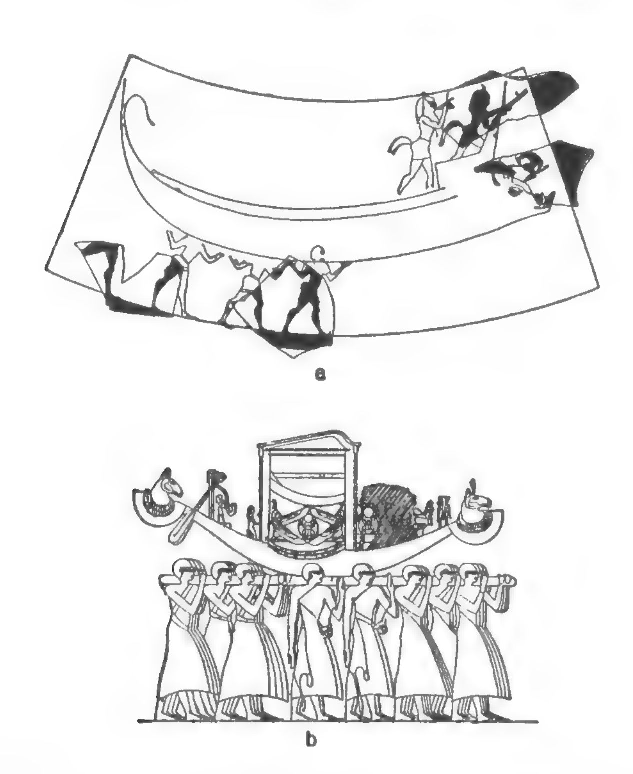


Fig. 41. a)*Fragmento de un vaso griego oriental de Karnak*. b) *Relieve de Luxor*.

imagen del dios ofrecía oráculos dirigiendo el barco. No parece accidental que la única representación griega de esta escena se encuentre en Karnak, y bien puede suceder que fuese ofrendada deliberadamente allí por ser tan apropiada. Puede haber sido incluso pintada en Egipto, porque se relaciona con algunas otras vasijas que ya hemos mencionado y que están en este caso. El otro lado del

vaso muestra una escena de viñedo con perros, como en la pintura de una tumba levemente posterior del oasis de Siwa. El éxito de esas cerámicas griegas en Egipto es una notable expresión de las florecientes comunidades griegas del país, porque es dudoso que los egipcios estuvieran interesados por la cerámica en el siglo VI, y la mayor parte de la cerámica griega que llega a Egipto parece destinada a mesas griegas. En Naucratis hemos visto talleres que producían exvotos para los templos griegos locales; y las sítulas de Dafne, el vaso de Karnak y algunos otros objetos de parentesco dudoso reflejan quizá el trabajo de artistas griegos refugiados, expulsados de sus hogares de Jonia por los ataques persas durante la década del 540. Podemos incluso añadir otro vaso de Karnak, en el que un sátiro conduce a un gigantesco carnero. El carnero era la forma animal sagrada del dios Amón; pero, si la elección de escena fue en este caso deliberada, no podemos aplaudir el tacto del donante.

Más allá de Tebas se ha encontrado cerámica griega en Edfú (rodia, del 600 aproximadamente), y mucho más al Sur, en Sanam (Nubia), el frasco rodio de fayenza de la lámina 12a. Esto es todo cuanto hasta ahora puede decirse de los hallazgos griegos del siglo VI en Egipto. Después del 500 se reanudó la importación de vasos griegos, para entonces todos ellos áticos; pero estos objetos nos sacan ya de nuestro período. Sólo mencionaré un hallazgo de fecha posterior, por su extraordinaria calidad: el *rhyton* o vaso de figura en forma de amazona, descubierto en la distante Meroe de Nubia (lámina 13b). Se hizo en Atenas a medidados del siglo V, y ahora se encuentra en Boston.

¿Y qué hay de los carios, que sirvieron junto a los griegos, y de los griegos chipriotas en Egipto? Los carios se revelan por sus inscripciones, por lo general toscamente escritas sobre la roca o sobre piezas de cerámica. Las más significativas son las que acompañan a las inscripciones griegas sobre las figuras talladas en la roca de Abu Simbel, obra de mercenarios de la expedición a Nubia del 591. Y hay también inscripciones carias en la propia Nubia, donde pudo haber existido una guarnición. Por lo que respeta a los chipriotas, ya hemos tenido ocasión de indicar su presencia en Naucratis. Se ha encontrado cerámica chipriota de un tipo del siglo VI en Dafne y Menfis, y en Sanam, Nubia; e inscripciones chipriotas en Giza, Abydos, Karnak y Buhen en Nubia, por nombrar sólo las más importantes.

Los egipcios nunca miraron con buenos ojos a los extranjeros, y dice mucho de la perseverancia de los griegos y de sus cualidades de lucha, apreciadas por los reyes, el hecho de haber estado establecidos durante tanto tiempo y con tanto éxito en el país. Los

egipcios, según cuenta Heródoto, se cuidaban de evitar las costumbres griegas, y parecían más bien despreciarlas:

> Ningún egipcio, hombre o mujer, besa a un griego, ni utiliza un cuchillo, un espetón o un caldero griego, ni come siquiera la carne de un toro reconocidamente sano, si ha sido cortada con un cuchillo griego.

Y la cabeza de un animal sacrificado era cortada, maldecida, y, «si por acaso hay comerciantes griegos en el mercado, se les vende; si no, se tira al río». Se ha considerado «un hecho grotesco que los griegos fuesen indispensables a los reyes egipcios, y al mismo tiempo las gentes más odiadas en el país». Cuando Heródoto escribía, estaba describiendo la actitud de un país en su máxima depresión, bajo el dominio persa, mientras Grecia estaba en el cénit de su período clásico. Egipto sería próspera otra vez, pero únicamente como miembro del imperio griego fundado por Alejandro Magno.

Los persas en Egipto

Cambises, rey de Persia, se dirigió contra Egipto en el 525 a.C. En su ejército había griegos jonios y eolios, así como chipriotas, súbditos del imperio que se extendía ya hasta las islas griegas de Asia Menor. En Egipto se enfrentaron a los mercenarios jonios y carios del faraón, uno de los cuales, Fanes de Halicarnaso, había desertado ya a los persas, cosa que motivó una horrible venganza de sus compañeros contra sus hijos. El ejército egipcio fue derrotado, y en Menfis el heraldo persa que exigió la rendición lo hizo desde un barco griego, de Lesbos. A continuación, los griegos del ejército persa tuvieron que unirse a expediciones abortivas contra el oasis de Siwa (santuario de Zeus Amón) y Nubia, antes de ser licenciados y devueltos a sus hogares.

Los datos arqueológicos muestran los efectos de la invasión persa sobre los griegos de Egipto. El fuerte de Dafne fue abandonado. La importación de cerámica griega en Naucratis y el resto de Egipto cesó prácticamente. Sin embargo, el retroceso no duró mucho, y hacia el 500 empezó a llegar de nuevo cerámica ática a Naucratis y otros lugares, así como monedas áticas de plata. Esto no significa necesariamente que los griegos orientales dejasen de ser los comerciantes con Egipto, porque sólo tras las guerras médicas se tomó Atenas un interés directo y serio por Egipto como proveedor de trigo.

De los propios persas observamos, por ejemplo, impresiones de bellas gemas aqueménides en Menfis, y en muchos puntos armaduras de hierro y bronce, aunque algunas de ellas puedan atribuirse a los mercenarios jonios y carios. Y de Menfis procede una estela funeraria con otra escena de *prothesis,* semejante a la de la lámina 9a pero menos egipcia en su ejecución, que claramente conmemora un enterramiento persa. Pero la arqueología del Egipto persa, incluso la de los griegos que vivieron en él, no nos interesa aquí.

Objetos egipcios y su influencia en Grecia

Los griegos volvieron a conocer Egipto casi dos siglos después de haber reinaugurado sus relaciones con los países del Oriente Próximo. La impresión producida por la civilización del valle del Nilo no fue menos intensa que la causada por el Oriente, pero para entonces los griegos habían madurado en la fase «orientalizante» de su arte y su cultura, y ejercitaban una discriminación todavía mayor respecto a los motivos o ideas extranjeros que admitían o adoptaban. Aun así, el ejemplo de Egipto les llevó a experimentar en dos nuevos campos hasta entonces ignorados por los pueblos del Egeo, y que sin embargo estaban llamados a producir las obras más características de la Grecia clásica: la escultura monumental y la arquitectura en piedra.

Pese a la parte desempeñada por los mercenarios griegos en Egipto a partir de finales del siglo VII, hasta el reinado de Amasis no encontramos a un rey egipcio que se tome un verdadero interés por los griegos de la metrópoli. Antes de él, el faraón Necao había ofrendado su armadura en un templo milesio, probablemente para agradecer los servicios de sus griegos, y el hermano de un tirano de Corinto, Periandro, puso a su hijo el nombre del rey egipcio Psamético. Ese nombre puede aparecer incluso antes, grabado sobre una copa de mediados del siglo VII en Atenas. Amasis fue todavía más generoso con las ciudades griegas: lo leemos en sus ofrendas en Cirene, Rodas (Lindos) y Samos, en un regalo a Esparta compuesto por un coselete o cinturón de lienzo decorado con figuras, que los samios interceptaron como de costumbre. El tirano de Samos, Polícrates, parece haber mantenido una alianza con Amasis durante cierto tiempo, y la benevolencia del rey egipcio para con Cirene se expresó mediante una alianza y su matrimonio con una princesa cirenaica. Quizá más notable fue su contribución a la construcción de un nuevo templo de Apolo en Delfos.

En cuanto a la importación efectiva de objetos egipcios a Grecia tras la fundación de Naucratis —ya hemos mencionado importaciones anteriores—, poseemos una masa de objetos menores probablemente manufacturados en Naucratis, que por lo mismo son en parte griegos más que exclusivamente egipcios. Los escarabeos y sellos de fayenza de Naucratis se encuentran en grandes cantidades en muchos lugares de Grecia oriental. También abundan en Grecia central, especialmente en Egina, Sunion (en ruta hacia Atenas) y Perachora (cerca de Corinto), y fueron llevados a las colonias occidentales y Etruria. En general, la distribución sigue la pauta marcada por las ciudades con importantes intereses comerciales en Naucratis. A los pequeños objetos de fayenza deberíamos quizá añadir los frascos de cristal y recipientes de alabastro que se estaban haciendo populares en Grecia, y de los cuales sabemos que existía una fábrica en Naucratis. Mayor interés particular tiene la figurita egipcia de basalto llevada a Rodas por un griego a mediados del siglo VI y ofrecida por él tras haber escrito sobre ella su nombre en griego. La forma típica de alabastrón en piedra fue pronto copiada en arcilla por los ceramistas griegos orientales y atenienses.

Cuando se trata de hablar de la *influencia* egipcia más que de los objetos, las pruebas materiales no son menos decisivas En asuntos no materiales la influencia de Egipto fue leve, o en cualquier caso difícil de precisar. La influencia religiosa fue despreciable, a pesar de todas las afirmaciones de Heródoto, aunque hubo ciertamente préstamos en mitos y representaciones míticas, como veremos, y las procesiones dionisíacas con barcos llevados a hombros o sobre ruedas son ciertamente muy semejantes a las procesiones egipcias (véase anteriormente, pág. 148). Las parodias animales de acciones heroicas religiosas —como la «epopeya» griega de la Batalla de los Ratones y las Ranas— eran conocidas hacía mucho tiempo en Egipto. También en geometría y medicina los griegos pudieron encontrar algo nuevo. Pero en arquitectura y escultura encontraron desde luego muchas cosas capaces de impresionarles y llevarles a otras nuevas, y estos campos pueden ser investigados por el arqueólogo.

Hasta que visitaron Egipto no vieron los griegos edificios colosales construidos exclusivamente en piedra, con molduras de piedra y columnas con capiteles y basas elaboradamente tallados. En su patria estaban acostumbrados al adobe y la madera, y a estilos menos pretenciosos de albañilería. En Oriente Próximo el ladrillo era también el material principal, las columnas nunca eran de piedra y se les concedía relativamente poca importancia, y las molduras y capiteles de piedra eran prácticamente desconocidos. Ya a finales del siglo VII los arquitectos griegos empezaron a emular el estilo egip-

cio, aunque no para imitarlo en detalle, sino para adaptarlo a sus formas arquitectónicas tradicionales. En Grecia continental, el resultado fue el orden dórico de arquiteceura. En él los capiteles de las columnas se asemejan a cojines redondos, y su forma parece deber tanto a los antiguos capiteles micénicos griegos como a los egipcios. Los detalles de la parte superior eran ante todo una traducción de la madera en piedra, pero una moldura, el caveto, fue tomada directamente de Egipto, y empleada también en la parte superior de las lápidas funerarias en Atenas. En Grecia oriental se despertó un idéntico interés por los templos hechos enteramente de piedra, pero aquí las formas decorativas elegidas para las partes —capiteles, bases, remates— se derivaron del repertorio que el artista tenía de formas orientalizantes, no egipcias, y muchas de ellas aparentemente empleadas alguna vez en Oriente, a una escala menor y en materiales diferentes, para el mobiliario. Tras alguna experimentación, el estilo jónico quedó formado en el segundo cuarto del siglo VI, sin nada egipcio más que el principio o idea rectora que inspiró sus estadios iniciales. De hecho, la única forma arquitectó-

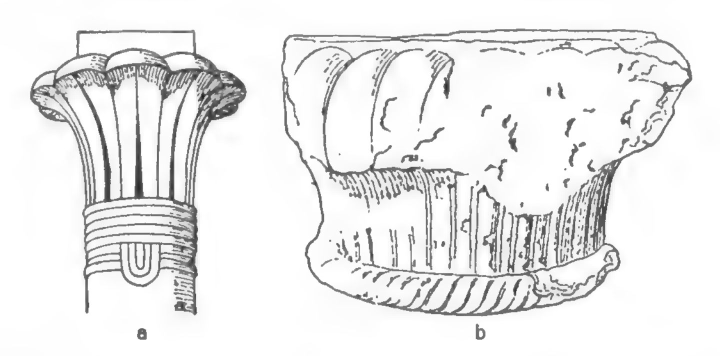


Fig. 42. a) *Capitel palmiforme egipcio.* b) *Capitel palmiforme de Afrati, Creta.*

nica que pudo haber sido tomada directamente de Egipto, el capitel palmiforme (fig. 42a), fue poco usado. Sólo existe un ejemplo del siglo VII en Creta (fig. 42b), y luego otros, griegos orientales, del siglo VI y posteriores. Sobre el posible origen egipcio del altar escalonado jónico véase anteriormente la página 131.

Aproximadamente en la época de los primeros experimentos de arquitectura monumental en piedra, o un poco antes, comenzaron los griegos a hacer una escultura monumental en piedra. La inspiración vino otra vez de Egipto, donde era corriente la estatuaria

colosal en piedra. Hasta entonces, los griegos sólo habían hecho figuras pequeñas, en piedra blanda y en el estilo orientalizante o «dedálico». Ahora explotaron sus reservas de bello mármol blanco e hicieron figuras de tamaño natural o incluso mayores. Algunas, como la ofrendada por Nicandro en Delos, se mantenían todavía dentro de la vieja forma, pero en el nuevo material y a la nueva escala. Otras, las grandes estatuas de jóvenes desnudos o *kouroi*, estaban mucho más cerca de los modelos egipcios. Pero el artista griego, al aceptar una nueva idea o una nueva técnica, de nuevo se negaba a copiar ciegamente. Las figuras egipcias más semejantes a los *kouroi* se yerguen sobre los talones, con la pierna de atrás y

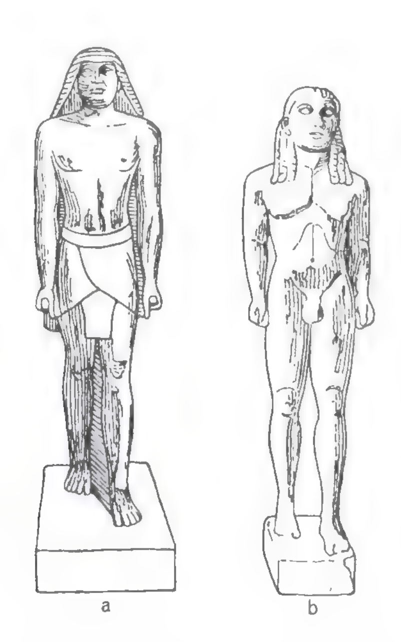


Fig. 43. a) *Figura egipcia de piedra.* b) Kouros *griego de Delfos.*

la espina dorsal rectas y a menudo apoyadas en un pilar, y están vestidas (fig. 43a). Los *kouroi* se apoyan con firmeza sobre los dos pies y dan una sensación de movimiento inminente, y están desnudos (fig. 43b). Aprietan los puños, como los egipcios. Desde el comienzo son estudios de la forma humana artísticamente más bellos y más sensibles (aunque menos precisos) que cualquier obra egipcia,

aunque algunos observan incluso en el detalle el nuevo canon de proporciones desarrollado por los artistas egipcios. Los griegos rompieron pronto con ese canon, pero hay un recuerdo de su uso en Grecia en el relato de Diodoro sobre los dos hijos de Roikos de Samos (véase pág. 143), que hicieron las dos mitades de una estatua de Apolo en lugares diferentes, pero las acoplaron después perfectamente porque habían observado cánones de proporción similares a los egipcios. Otro ejemplo de los cambios introducidos por los escultores griegos es el grupo de escribas de mármol de la acrópolis de Atenas, enteramente griegos en su ejecución y vestuario, pero bastante egipcios en cuanto al tema. En una generación, los

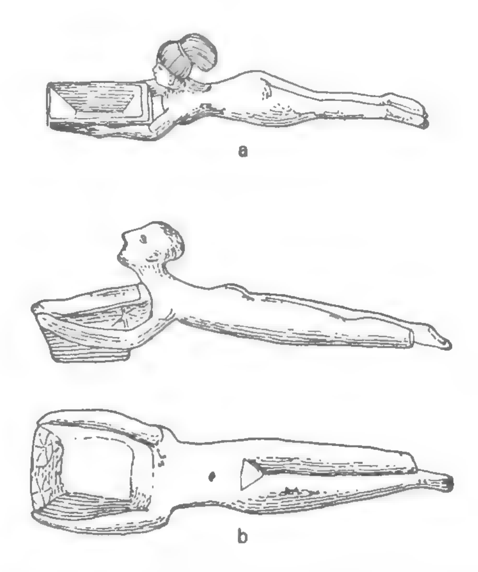


Fig. 44. a) *Cuchara de tocador de fayenza de Sanam, Nubia;* b) *copia en arcilla del mismo tipo de Rodas.*

griegos habían dado sentido y vida nuevos a una forma artística que en Egipto había permanecido estéril durante siglos.

Manteniéndose por el momento dentro de los objetos tridimensionales, podemos señalar ciertas formas o concepciones particulares del arte griego del siglo VI que parecen deber algo a Egipto.

La gran avenida de leones de mármol de la isla sagrada de Delos debe ciertamente haber sido inspirada por avenidas egipcias de leones, esfinges o carneros, y cerca de Mileto un camino proce-

sional flanqueado por figuras sentadas monumentales parece haber sido concebido con un espíritu muy similar. El propio Heródoto comparó el redondo lago sagrado dispuesto ante los leones de Delos con los lagos sagrados egipcios. En los objetos menores parecen haberse copiado algunas formas egipcias favoritas: la nadadora desnuda como asa de un platillo es copiada en arcilla en la Rodas del siglo VI (fig. 44). También la muchacha que sirve de mango a un espejo de bronce (fig. 45a) se convierte en un motivo

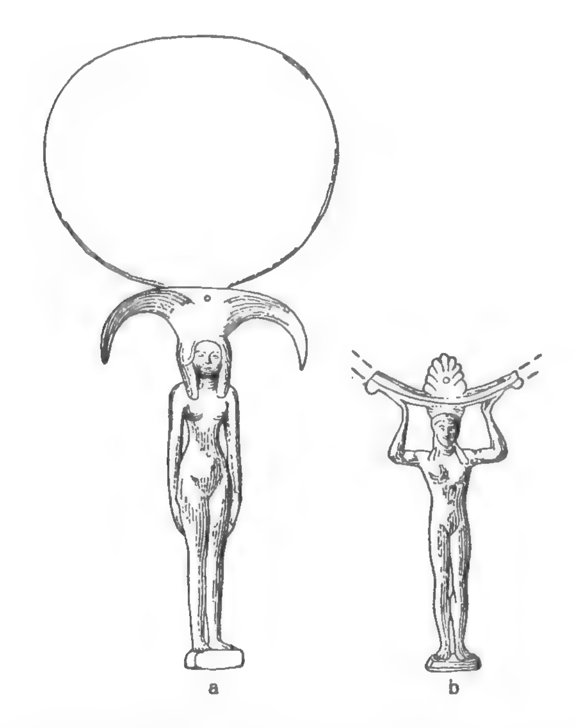


Fig. 45. a) *Espejo de bronce egipcio de El Cairo.* b) *Espejo de bronce griego de cerca de Odessa.*

muy común dentro del arte griego (fig. 45b) a partir de mediados del siglo VI, y aparece en Esparta por primera vez. Algunos de esos motivos se transmitieron quizá a través del Oriente Próximo, pero no todos, y desde luego no los escogidos en el siglo VI. El origen último de todos ellos es claramente egipcio. Las representa-

ciones de leones en el arte griego ya han ocupado nuestra atención por su relación con tipos orientales, pero en el siglo VI los broncistas espartanos adoptaron un tipo de león característicamente egipcio, que aparece en las asas de vasijas de bronce. Otros rasgos leoninos egipcios, no derivados del Oriente Próximo, aparecen en estatuas y estatuillas griegas orientales de piedra y en algunas obras griegas continentales de finales del siglo VII y el siglo VI.

El número de rasgos egipcios en el arte espartano del siglo VI que ya hemos observado —y habrá todavía más— puede deberse a sus estrechas relaciones con Cirene en el norte de Africa, pero debemos recordar también el regalo de Amasis, sus vasos en Naucratis, y el hecho de que al menos durante cierto tiempo Esparta parece haber mantenido buenas relaciones con la pro-egipcia Samos.

Los pequeños artefactos de fayenza —vasijas y estatuillas— hechos en Rodas y probablemente en otros lugares, reflejan naturalmente muchos motivos del país donde se aprendió esa técnica. Las figuras grotescas del dios Bes, primo lejano del sátiro griego,

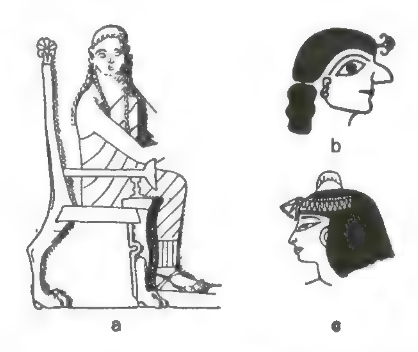


Fig. 46. a) *De un relieve espartano de piedra.* b) *De un vaso ático de hacia el 650.* c) *De una pintura egipcia.*

son quizá los objetos más típicos. Las figuras en arcilla de obesos enanos recuerdan al Ptah egipcio. También en Rodas se encuentran algunas estatuillas de piedra caliza semejantes a las de Naucratis, pero de figuras sentadas con cabeza de carnero: el Amón egipcio.

Algunas formas nuevas de mobiliario de madera que se hacen populares en Grecia durante el siglo VI parecen copiar muy detalladamente modelos egipcios, y sin duda las piezas originales fueron importadas también. Los mejores ejemplos son los tronos con patas

de animales (no sólo pezuñas) como los que aparecen en relieves votivos espartanos (fig. 46a), vasijas y otros objetos. El tema de estos relieves espartanos —el héroe y su consorte recibiendo ofrendas— recuerda mucho los relieves egipcios.





Fig. 48. a) *De un vaso ático de figuras negras.* b) *De una pintura egipcia.*

Aunque resulte extraño, parece que la pintura mural egipcia tuvo un efecto tan profundo sobre los artistas y visitantes griegos como la escultura y la arquitectura. Aquí había una decoración de un tipo prácticamente desconocido para ellos, y desde luego infrecuente en Oriente Próximo. Los mejores ejemplos de pintura egipcia que poseemos pertenecen al Imperio Nuevo, unos 500 años antes de la fundación de Naucratis, pero era tal el conservadurismo

del arte egipcio en técnica y temas, que no es insensato recurrir a ellos para hacerse una idea de lo que vieron nuestros griegos, ya que son tan escasos los ejemplos conservados de pinturas del siglo VII y VI en Egipto. Estas grandes pinturas ejercieron su efecto de tres modos: por su color, por su estilo y por su tema. También es posible que el efecto se dejase sentir ya a mediados del siglo VII, tan pronto como tenemos pruebas de visitas regulares de los griegos a Egipto. Ya en algunos vasos corintios y, especialmente, áticos e insulares, encontramos intentos de policromía y de disponer anchas masas de color dentro de perfiles pintados a la manera egipcia. Todavía antes puede existir algún reflejo de un motivo egipcio en las pequeñas palmetas que les salen de la frente a algunas figuras de vasos áticos (fig. 46b) y de las islas, semejantes a las cintas egipcias en forma de loto (fig. 46c).

En cuanto al estilo, el efecto fue más sutil. Al artista griego sólo le interesaba la representación de hombres, dioses y animales, no la del marco natural de sus escenas o del paisaje. Cuando un árbol o una viña son admitidos, se disponen como pueden en el fondo o alrededor de las figuras. En Egipto las proporciones naturales se

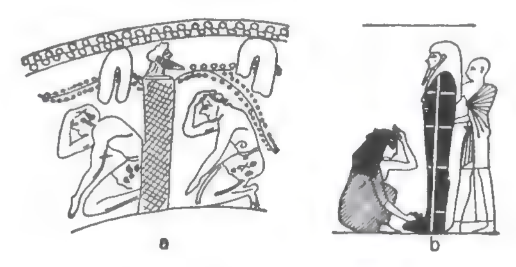


Fig. 47. *De un vaso ático de figuras negras conservado en Florencia (Vaso François).*

cumplen con más frecuencia, y en algunos vasos griegos del siglo VI se observa el mismo principio, en vivo contraste con el tratamiento griego normal. Podemos mencionar la copa griega oriental con un hombre danzando entre dos árboles; la escena de viñedo sobre el vaso de Karnak, cuya procedencia y temas egipcios ya hemos analizado; una vendimia sobre una placa votiva; una recolección de aceitunas; y una bandada de pájaros que vuelan ante Heracles como podían haberlo hecho ante un noble egipcio en una de sus partidas de caza por el Nilo.

También se copian o adoptan algunas escenas individuales. Sobre una copa espartana (lámina 10b), el rey griego de Cirene supervisa el pesado y empaquetado de lana en una escena muy próxima a las representaciones egipcias de un mayoral vigilando el pesado y embalado de mercancías. En un vaso hecho por un griego oriental en Etruria (una hidra «ceretana»; lamina 11), el héroe griego Heracles lucha contra una banda de acobardados egipcios, servidores del rey Busiris, que pretendía mantener su palabra de sacrificar a



Fig. 49. *De un vaso ático de figuras negras, obra de Exekias (Londres).*

todos cuantos extranjeros pasaran por su camino. Heracles agarra y pisotea a sus enemigos como los faraones cuyos éxitos personales contra hordas de adversarios se celebraban en muchas pinturas y bajorrelieves. El marco norteafricano de ambas escenas —sobre la copa y la hidria— refuerza las actitudes egipcianizantes.

Otras escenas o figuras están más inspiradas por un contacto con Egipto que copiadas. De esa índole son las de la batalla de los pigmeos y las grullas, conocida también por Homero. Una versión famosa, la que aparece en el vaso François, pintado alrededor del 570, muestra a los pigmeos atacando a las grullas con bastones y cabalgando contra ellas sobre cabras (fig. 47). Una extraña escena de un vaso ático muestra a tres hombres rindiendo pleitesía a lo que parece ser una momia (fig. 48a). Su gesto, que no volvemos a encontrar en obras griegas, es puramente egipcio (fig. 48b) y apropiado para escenas de duelo. La «momia» se parece algo a una herma griega (un pilar con cabeza de Hermes), pero no del todo:

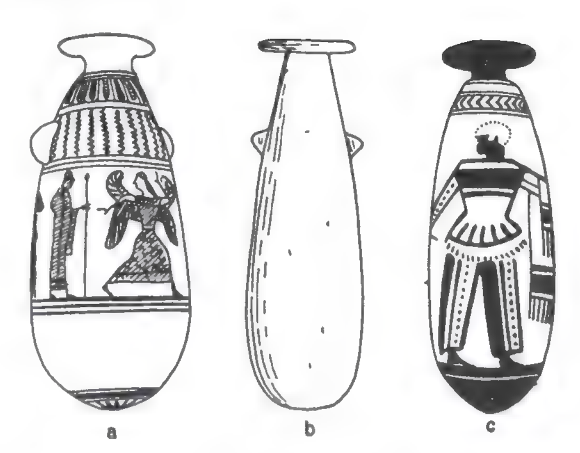


Fig. 50. a) *Alabastrón de arcilla conservado en Atenas, obra de Amasis.* b) *Alabastrón egipcio de piedra.* c) *Alabastrón ático de arcilla.*

carece de los muñones de brazo o falo (propios de las hermas), y en su lugar presenta un dibujo en zig-zag que recuerda el vendaje de una momia. Aunque hay testimonios literarios de culto a las hermas, quizá sea más sencillo ver aquí la copia griega de una escena egipcia corriente, más que tomar la obra como versión única de una escena griega. Por supuesto, estas escenas egipcias aisladas no reflejan ninguna conciencia o influencia más profunda de prácticas o creencias egipcias.

Los negros aparecen ahora más a menudo en el arte griego (lámina 13a; sin duda muchos griegos los tomaron por egipcios), y lo mismo acontece con los monos; incluso aparece un camello. Los seguidores etíopes de Memnón en Troya aparecen en los vasos como negros. El gran pintor ático de vasos Exekias menciona a dos, Amasis (fig. 49) y Amasos; cabría pensar que es por el rey egipcio, pero hubo también un Amasis pintor de vasos en Atenas, colega y rival del propio Exekias. Quizá tenía la piel oscura y había nacido en Egipto, y de ahí su nombre extranjero (aunque helenizado). En una ciudad como Naucratis pudo haber visto las obras de los ceramistas griegos orientales y continentales, y quizá allí informó su estilo de esas características casi exóticas que hacen tan atractivos sus vasos. Debemos observar también que fue él quien, en una de sus piezas más antiguas que se conservan (fig. 50a), introdujo en Atenas la versión en arcilla del alabastrón egipcio de piedra (figura 50b). Hay algunos alabastrones de arcilla algo posteriores,

hechos en Atenas, que delatan la historia de su forma por las figuras de negros pintadas en ellos (fig. 50c).

Las otras escenas copiadas que hemos mencionado deben también haber sido inspiradas por artistas que habían visitado Egipto, pues no podían transmitirse fácilmente en ningún objeto egipcio transportable. Los griegos, y los artistas, son viajeros inveterados. Tanto más lo serían, pues, los artistas griegos; y en la antigüedad no menos que actualmente.

Los griegos en Libia y Cirenaica

Los griegos se asentaron en Cirenaica al mismo tiempo que en Egipto; pero, si bien los de Naucratis eran mercaderes, los de Cirene eran agricultores. Una severa sequía en la patria les había llevado a buscar nuevos hogares en ultramar. El camino les fue facilitado por mercaderes que habían visitado ya antes el norte de Africa, y el establecimiento de colonias allí tenía un considerable valor comercial. Pero la atracción básica era la tierra fértil de la meseta y la costa cirenaica, área cuyo clima y posición geográfica la constituían en una prolongación lógica de cualquier civilización egea. Creta no está más lejos de Cirene que de Atenas.

El relato de Heródoto sobre la colonización de Cirene presenta datos interesantes sobre el modo en que se formaban esas comunidades, con arreglo a un proceso no siempre voluntario (un varón adulto por familia escogido por sorteo, en este caso), pero el marco constitucional para el envío de colonos nos interesa menos que sus razones materiales y sus resultados.

Los colonizadores venían de Tera, una pequeña isla relativamente estéril formada por el labio del cráter de un gran volcán. Fue ocupada por los griegos dóricos, y yace al sur del grupo principal de las Cícladas, en dirección a Creta. La isla había gozado de cierta prosperidad a finales del siglo VIII y en el siglo VII, cosa demostrada por las excavaciones hechas en ella, pero nunca pudo mantener una gran población. Poco después de mediado el siglo VII, la expedición de los teranos navegó hacia el norte de Africa guiada por un cretense hasta la isla de Platea —que quizá había servido ya durante cierto tiempo como punto comercial de contacto con las tribus de tierra adentro, y que sigue siendo un lugar favorito de los pescadores griegos de esponjas—. Allí los teranos establecieron una residencia temporal, pues se nos dice que el capitán samio Kolaios lo incluyó en su famoso viaje. Heródoto dice que dos años después los teranos se desplazaron a Aziris, un punto situado sobre

tierra firme frente a Platea, «lugar encantador con el río a un lado y rodeado de hermosos valles». El lugar, actualmente desolado y batido por el viento, ha podido ser localizado, y ha dado cerámica de su breve período de ocupación. Seis años más tarde, esto es, aproximadamente en el 630 a.C., los libios indígenas persuadieron a los griegos de que se desplazasen hacia un lugar mejor del interior, y les mostraron Cirene, una colina bien provista de agua y fácil de defender, con buenos terrenos de cultivo sobre la elevada meseta. Los hombres tomaron mujeres indígenas como esposas, y en tiempos de Heródoto las mujeres del lugar continuaban observando restricciones indígenas en relación con la ingestión de ciertas carnes.

La ciudad prosperó, y en el siglo VI invitó a nuevos colonos del Peloponeso y de las islas dóricas. En los años anteriores a la mitad del siglo, algunos disidentes fundaron Barce, al oeste de la meseta. Para las fechas de fundación de las colonias de la costa, desde Apolonia, el puerto de Cirene, a Euespérides (Benghazi) en el Oeste, hemos de recurrir a datos arqueológicos (véase más adelante). La prosperidad de los recién llegados alarmó a los libios indígenas, que invitaron a los egipcios a ayudarles a luchar contra los griegos. Apries mandó un ejército en el 570, pero fue duramente derrotado. Su sucesor Amasis fue más diplomático: se casó con una princesa cirenaica y envió ofrendas a la ciudad. Posteriores problemas dinásticos en la familia real de Cirene provocaron otras nupcias con los libios, en las que los griegos ya no salieron tan bien parados. Cuando los persas tomaron Egipto en el 525, las poblaciones de Cirene y Barce se sometieron y enviaron presentes. Disidencias ulteriores llevaron a la intervención del gobernador persa en Egipto, que tomó Barce y penetró hasta Euespérides antes de retirarse, acosado por los libios. Los hombres de Barce fueron llevados como esclavos a la Bactriana (la actual frontera entre Afganistán y Rusia) y se establecieron en una ciudad que recibió el nombre de su antigua patria, donde aún vivían en los tiempos de Heródoto. Desde el 515, aproximadamente, Cirene formó parte del imperio persa; pero los datos arqueológicos muestran que disfrutó de prosperidad aún mayor, porque a esos años pueden atribuirse las mejores esculturas y tumbas, los templos más gigantescos y, probablemente, sus primeras monedas.

Los datos materiales sobre las primeras ciudades griegas de Cirenaica son más bien fragmentarios, pero las excavaciones italianas en Cirene y las británicas recientes en Euespérides y Taucheira pueden decirnos algo.

La ciudad antigua de Cirene estaba en las alturas que dominan el manantial sagrado llamado por los griegos Fuente de Apolo.

Frente a ella, y, por lo mismo, fuera de cualquier circuito amurallado, se delimitó una zona de santuario. El edificio más antiguo que podemos reconocer, quizá de comienzos del siglo VI, es un templo muy sencillo de planta cuadrada, de unos 8,5 metros de lado, con dos columnas interiores. Las ofrendas del siglo VI encontradas en él incluyen algunas joyas y bronces finos, así como cerámica decorada. Junto a él, más cerca de la fuente, se alzaba el templo de Apolo. En su forma más antigua, era un bello edificio dórico de mediados del siglo VI o anterior, que medía aproximadamente 16 por 30 metros. Fue reconstruido sobre los mismos cimientos en el siglo IV. El primer templo situado sobre las alturas, aunque fuera de la ciudad antigua todavía, es el de Zeus: Zeus Amón, como un cumplido al respetado oráculo del desierto libio, que los griegos parecen haber casi adoptado. Era un inmenso edificio dórico, de unos 69 por 30 metros, construido antes de terminar el siglo VI. En tiempos posteriores contenía una copia en mármol del famoso Zeus de Fidias en Olimpia. En realidad, hacia el 500 a.C. Cirene estaba tan bien dotada de grandes templos como cualquiera de las ciudades griegas más importantes, y podía claramente competir con ellas en opulencia.

Entre las tumbas antiguas, las más importantes —prescindiendo de la probable tumba del fundador, que se convirtió en lugar de culto— están talladas en la roca, con fachadas arquitectónicas de dos o más columnas. Las más antiguas pueden datar del último cuarto del siglo VI. El tipo no es griego, pero esas fachadas de tumbas son frecuentes en Oriente, y es posible que su uso se introdujera entre los griegos de Cirene tras su sumisión a los persas, aunque parece que los gobernadores persas de Egipto se tomaron poco interés directo por los asuntos de la ciudad.

Las esculturas de los santuarios y de la ciudad están al mismo nivel de calidad de la arquitectura. Hay varias figuras de mediados del siglo VI o inmediatamente anteriores que delatan un fuerte estilo griego insular, en algunas claramente samio: una bella esfinge como ofrenda en una columna, y otras figuras, *kouroi* y *korai* de finales del siglo VI y comienzos del V, más próximas por su estilo al arte del Peloponeso dórico.

La escasa cerámica de Cirene refleja la historia de la ciudad y sus relaciones ultramarinas. La pieza más antigua que se supone procedente de Cirene es una copa del siglo VIII que se conserva en Berlín, hecha en Atenas o quizá en Esparta; pero es difícil creer en esa procedencia, y no ha podido hallarse ningún otro objeto tan antiguo en excavaciones controladas. Otros hallazgos mejor verificados muestran que el Peloponeso está bien representado, y que

Grecia oriental lo está algo menos. Las piezas más antiguas, correspondientes a finales del siglo VII, proceden de Corinto y Rodas, y en el siglo VI hay cerámica de Atenas, de Esparta —que parece haberse interesado mucho por Cirenaica— y varios fragmentos quienses, uno de ellos del tipo fino que sospechamos se hacía en Naucratis. Un fragmento de concha de tridacna incisa puede haber llegado del Este hacia el 600.

Cirene comenzó a acuñar su propia moneda en el último cuarto del siglo VI, según el patrón utilizado por Atenas, Corinto y Samos. Una de sus divisas era la planta de silfion (lámina 12b). Se trata de una especie vegetal salvaje que resistió todos los intentos de trasplante y sólo florecía en Cirenaica. Desapareció completamente, quizá por mal cultivo, al comienzo del período romano. Su hoja podía comerse como repollo y su raíz ponerse en vinagreta, pero un mayor valor residía en la savia, apreciada como medicina o como sazonador. Debe haber constituido una exportación importante, y contribuido en bastante medida a la prosperidad de los griegos de Cirenaica; pero no se trataba ciertamente de la única exportación de una tierra rica en trigo, frutales y caballos.



Fig. 51. *De un vaso ático de figuras rojas, obra de Eufronio.*

Trabajos recientes nos han enseñando mucho más sobre las otras ciudades griegas de Cirenaica. Además de Barce, cuyas circunstancias fundacionales en el siglo VI son atestiguadas por Heródoto y donde no se ha encontrado nada anterior a mediados del siglo V, sabemos hoy con certeza que las ciudades costeras fueron ocupadas muy poco después de la propia Cirene, bastante antes del 600 desde luego, con la posible excepción de Euespérides, donde

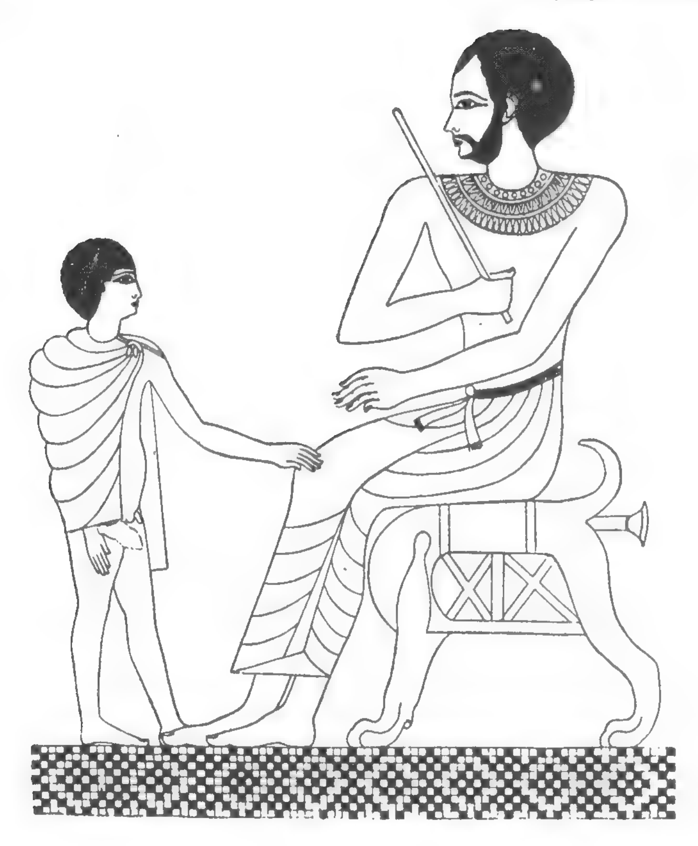


Fig. 52. *Pintura de una tumba de Siwa.*

la cerámica más antigua data de comienzos del siglo VI. En Apolonia, y en la ciudad rebautizada más tarde con el nombre de Ptolemais, hay fragmentos de cerámica. En Tucheira, actualmente Tocra, las excavaciones inglesas recientes han explorado el rico depósito votivo de un santuario de Deméter y Coré que debe remontarse a la fundación de la ciudad durante la década del 620. Los tipos de cerámica allí encontrados son instructivos. Desde los primeros tiempos dominan los rodios y corintios. En el siglo VI, las fuentes reflejan especiales intereses dóricos en la ciudad —Corinto, Esparta, Creta y Melos—, o bien la popularidad de tipos «internacionales» como los áticos y quienses. La única pieza de joyería encontrada tiene una única contrapartida en Tera, de donde habían partido los coloniza-

dores de Cirene, pero existe también una pieza de arnés europeo. La producción local se limitaba a terracotas y exvotos lisos. El número de vasos sencillos importados, de unas pocas formas concretas, y la falta de otras formas esperadas quizá reflejan la conducta del comercio de cerámica al por mayor y su efecto sobre un mercado que tendía a ser el último punto de una singladura comercial.

Los indígenas libios, tribus nómadas, son arqueológicamente desconocidos, o por lo menos inaccesibles, y su cultura —pintada con colores tan vivos por Heródoto— no tuvo influencia material sobre los griegos que se habían establecido junto a ellos El héroe griego Heracles encontró, según la leyenda, a un gigante libio, Anteo, y luchó con él. Una bella pintura de un vaso ático poco anterior al 500 (fig. 51) representa a Anteo de la manera en que suelen aparecer los libios en el arte egipcio; forma un vivo contraste con el civilizado y pulido Heracles.

Puede detectarse cierto grado de influencia «indígena» en la adoración a Zeus Amón en Cirene. El culto se derivaba del famoso santuario de Amón en el oasis de Siwa, cuyo oráculo llegó a compartir la reputación de que gozaban los de Dodona y Delfos en Grecia. La cabeza de Zeus, con los cuernos de carnero de Amón, aparece en monedas de Cirene (lámina 12d). El santuario se encontraba en Siwa, en el desierto libio. Una de las mejores tumbas de allí corresponde probablemente al siglo V y puede ser la tumba de un griego que adoptó el nombre de Si-Amun, «hombre de Amón», puesto que aparece con su hijo en las pinturas de la tumba con una postura egipcia pero con barba y estando la túnica del hijo representada según el modo griego (fig. 52). Algunos otros rasgos decorativos de la tumba parecen también inspirados por el espíritu griego. Hay una breve mención de Heródoto a otro oasis donde vivían algunos samios en el 525; probablemente se trata del oasis de Jarya. Lo habían llamado la Isla de los Bienaventurados, y probablemente eran mercenarios veteranos que se habían dedicado a una vida tranquila: constituye sin duda una de las remotas comunidades griegas más infrecuentes y atractivas de este período.

BIBLIOGRAFIA

No existe una historia arqueológica manejable de Egipto en estos años, pero el marco político está bien resumido en el libro de Drioton y Vandier *L'Égypt,* 1952-69, y con más detalle en Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens,* 1953. Austin, *Greece and Egypt in the Archaic Age,* 1970.

NAUCRATIS. Petrie, *Naukratis,* I, 1886; Gardner, *Naukratis,* II, 1888; Hogarth, *Brit. School Ann.,* V, 1898-9, *Journ. Hell. Stud.,* XXV, 1905; *Brit.*

Mus. Cat. Sculpture, I: I; R. M. Cook, *Journ. Hell. Stud.,* LVII, 1937; von Bissing, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXXIX, 1951.

DAFNE: Petrie, *Tanis,* II, 1888; R. M. Cook, *Corpus Vas. Ant. Brit. Mus.,* VIII.

CIRENE. Chamoux, *Cyrène sous la monarchie des Battiades,* 1953; sobre las tumbas, Cassels, *Pap. Brit. School Rome,* XXIII, 1955; Paribeni, *Cat. delle sculture di Cirene,* 1959; Stucchi, *Cirene, 1957-66,* 1967; *Libya Antiqua,* III-IV, 1966-1967.

TAUCHEIRA. Boardman y Hayes, *Exc. at Tocra,* I, 1966; II, 1973.

CIRENAICA, otras ciudades. Boardman en *Brit. School Ann.,* LXI, 1966.

ZEUS AMON. Fakhry en *Ann. du Service,* XL, 1940, y *Siwa Oasis,* 1944; Parke, *Oracles of Zeus,* 1967.

Sobre la fayenza greco-egipcia. von Bissing, *Zeit und Herkunft,* 1941; vasos griegos en Egipto: Boardman, *Journ. Hell. Stud.,* LXXVIII, 1958, *Brit. School Ann.,* LI, 1956. Un estudio útil, aunque ya anticuado, de la influencia egipcia en Grecia es *Der Anteil der äg. Kunst,* 1912, de von Bissing. Sobre los hallazgos egipcios en Grecia: Pendlebury, *Aegyptiaca,* 1930; Porter y Moss, *Topographical Bibliography,* VII, 1951; Boardman, *Cretan. Coll. Oxford,* 1961; Samos, *Ath. Mitt.,* LXVIII, 1953, *Arch. Anz.,* 1965, Freyer-Schauenburg, *Elfenbeine,* 1966; *Perachora,* I y II, 1940 y 1961.

Capítulo 5

ITALIA, SICILIA Y EL OCCIDENTE

La colonización griega sobre las orillas del Mediterráneo occidental está bien documentada y constituye una parte esencial de cualquier historia del mundo griego. El poder creciente de Roma tuvo que tratar inicialmente con los griegos occidentales, y por eso se debe a ellos en gran parte la continuidad y transmisión de la cultura griega desde Roma al mundo occidental posterior.

Las ciudades griegas en Occidente eran prósperas, *nouveaux riches;* sus templos eran bastante mayores que los de la patria, su arte bastante más florido. Desde Grecia, artistas y filósofos podían ser fácilmente atraídos con comisiones o viajes docentes, y su trabajo no siempre quedaba perjudicado por ello. Y en tiempos más recientes esas ciudades han sido más accesibles para los arqueólogos, cuya experiencia sobre otros emplazamientos italianos les había llevado a captar fuentes de trabajos arquitectónicos o escultóricos importantes. Pero la arqueología de los primeros años de las colonias ha solido tomarse por lo general poco en cuenta, salvo allí donde los cementerios arcaicos prometían ofrecer vasos griegos tan bellos como los existentes en tumbas etruscas.

Los datos de los historiadores antiguos sobre la fundación y primera historia de las colonias están bien expuestos en otros trabajos, y éste no es lugar para ofrecer un recuento de su política interna y sus guerras. Nuestro principal interés aquí es la historia física de las colonias en sus primeros tiempos, sus relaciones con las poblaciones indígenas y con rivales como los fenicios, y las ca-

racterísticas de las artes que derivaron de la Grecia natal y desarrollaron luego independientemente. Es en estos asuntos donde el arqueólogo puede intentar suplir las lagunas de la información literaria, y para algunos problemas —de relaciones con otros pueblos e incluso fechas relativas de fundaciones— sus datos pueden a veces reclamar prioridad; recordando, por supuesto, cuánto depende



todavía su cronología de las fechas proporcionadas por los historiadores antiguos para algunas fundaciones coloniales (véase pág. 23, anteriormente). Allí donde aparecen fechas exactas dentro de este capítulo, debe entenderse que proceden de escritores antiguos. Pero primero hemos de decir algo acerca de los colonizadores —quiénes eran, de dónde vinieron y por qué fueron donde fueron.

Los colonizadores

No es infrecuente hoy leer que el comercio no jugó un papel muy importante en la historia griega arcaica en general ni en la fundación de las colonias en particular; que para esto último fueron motivos más apremiantes el hambre de tierra y el exceso de población. Ya hemos dedicado dos capítulos de este libro a examinar ampliamente las empresas mercantiles ultramarinas de los griegos, en el Este y en Egipto, y sería pueril pretender que las consideraciones comerciales no suministraron parte de los motivos determinantes a la hora de fundar muchas colonias, y el principal motivo en unas pocas. Desde luego, cualquier conocimiento sobre posibles lugares para el desarrollo colonial procedía de informes de mercaderes que ya habían explorado las orillas del Mediterráneo occidental. Hay pruebas de su actividad en los vasos eubeos precoloniales descubiertos en Etruria (en Veii) y Campania (en Capua).

Las colonias más antiguas de Occidente fueron fundadas por los eubeos, no en la buena tierra de labor más cercana, sino en una posición que permitía oportunidades inmediatas para el comercio con Etruria, y se apoyaban en fundaciones que salvaguardaban el paso hacia ellas a través de los estrechos de Messina. Pueden incluso haber hecho alguna exploración preliminar en el sur de Francia y norte de Africa, como veremos. Como en el Oriente, los bienes más buscados eran metales: hierro, cobre y (de fuentes más remotas, que abastecían a Etruria) estaño. Y como en el Este, los estados griegos que inauguraron esos emplazamientos comerciales fueron las ciudades eubeas de Eretría y Calcis, con la diferencia de que aquí nuestros datos para su identificación son tanto literarios como arqueológicos. Mucho después se fundó Marsella, primariamente como puerto para comerciar con la Galia, sobre la ruta del estaño desde el Norte; y una vez que esas rutas quedaron cerradas, tomaron su lugar nuevas ciudades sobre la margen norte del Adriático.

Sin embargo, para la mayoría de las colonias, la elección era más sencillamente estratégica y económica. En primer lugar, encontrar una posición defendible: acrópolis escarpada, península e isla cercana a tierra firme, y este último tipo de emplazamiento es el que sin duda había sido ya buscado por los mercaderes que trataban con los indígenas. En segundo lugar, asegurarse de tener a mano buena tierra cultivable para mantener a una comunidad creciente. No existían muchos lugares semejantes, y la mayor parte de ellos estaban ya ocupados, por lo cual había que desalojar a la población indígena, bien por medio de la diplomacia o por la

fuerza; muy pronto griegos chocaron contra griegos, y las querellas entre ciudades que forman la pauta de la historia griega antigua crecieron tan vivaces y viciosas en las nuevas fundaciones como habían crecido en casa, y sólo pudieron olvidarse (y eso sólo en algunos casos) frente a un enemigo común: los persas en Oriente, los cartagineses en Occidente.

De las ciudades que enviaron las colonias, aquellas que tenían un interés comercial, como las eubeas, actuaron por los mismos motivos que una generación antes las habían llevado a los mercados de Oriente Próximo. Las otras fueron aquellas cuyo crecimiento de población había desbordado todos los recursos agrícolas, y que no estaban preparadas para enfrentarse a la crisis atacando a sus vecinos, como los espartanos, o modificando radicalmente su economía mediante la exportación, como hicieron los atenienses y quienses. No fueron sólo las grandes ciudades quienes hubieron de despachar parte de su población a ganarse la vida en ultramar, pero por lo general eran ellas quienes poseían los recursos y transportes para montar una expedición semejante, en la que probablemente tomaban parte familias de ciudades más pequeñas. Pero no siempre emigraban familias enteras, ni siempre era su movimiento voluntario. Los teranos que fueron a Cirenaica eran hombres escogidos al azar, uno por cada familia, y marcharon en contra de su voluntad. Esas partidas, compuestas a veces sólo por unas pocas docenas de hombres, encontraban esposas entre los indígenas. Los espartanos enviados para fundar Tarento eran hijos ilegítimos, nacidos en un tiempo de guerra en que los espartanos habían jurado no volver sino victoriosos; pero habían acabado escuchando las quejas de sus mujeres y habían enviado a algunos jóvenes a la patria en un compasivo permiso. Los niños, una vez crecidos, empezaron a sufrir su falta de derechos, fomentaron la rebelión y fueron despachados para fundar una colonia. En otra fuente leemos cómo un partido disidente dentro de una ciudad elige (o es obligado a) emigrar. Hubo razones más trágicas, como la de los foceos, que partieron en busca de una nueva patria cuando su ciudad fue destruida por los persas. Al llegar a esas nuevas patrias, los colonizadores eran políticamente independientes de su ciudad madre, y formaban nuevas ciudades-estado por propio derecho; pero se mantenían todavía vínculos de sangre, religión y, podemos estar seguros, de comercio.

Las ciudades colonizadoras suelen estar claramente definidas en los testimonios históricos y a partir de sus instituciones. Los datos arqueológicos para los primeros años de las colonias reflejan a menudo tanto su fuente como la identidad de sus nuevos amigos.

Sin embargo, hemos de señalar primero la ubicuidad de la cerámica corintia. La propia Corinto sólo intervino en la fundación de Siracusa en el 733, pero la popularidad de su cerámica era tal que era transportada y usada por muchas otras ciudades, como ya hemos observado en capítulos anteriores. De hecho, entre los colonizadores, las ciudades aqueas no tenían otra cerámica de calidad, y esto puede ser cierto también de los megarenses. La cerámica de los eubeos, primeros en establecerse en Occidente, se reconoce en su colonia más antigua, Pithekoussai, y su estilo puede seguirse en Cumas y en vasos griegos antiguos hechos para Etruria. Pero tras el siglo VIII decrece el interés activo de los eubeos en el Oeste, y su cerámica ya no puede reconocerse allí, aunque sus colonias crecieron con vigor. Rodas fue la primera entre los griegos orientales en enviar una colonia al Occidente, pero la cerámica griega oriental se encuentra en muchas otras de las primeras colonias. Esto es un indicio de intereses comerciales más que de cooperación en los asentamientos. Hay cántaros de vino quienses del siglo VI en Siracusa, Mylae y Marsella, y la cerámica más fina de la isla aparece en Tarento, Selinunte, Gela, Catania, Marsella y Etruria. Los vasos de *Fikelura* (de Rodas o Samos, véase pág. 135) se encuentran en Siracusa y Gela. Y hay muchos bellos vasos griegos orientales, quizá no todos rodios, en otros emplazamientos a partir de mediado el siglo VII. También hay numerosos vasos con bandas y más sencillos procedentes de centros griegos orientales no identificados, entre ellos probablemente Focea, que se transportaron en profusión y que a menudo se imitaron localmente, como en la Galia. Creta se unió a Rodas para la fundación de Gela, pero existe poca cerámica cretense en Occidente, y algunas identificaciones antiguas de frascos cretenses deben ser revisadas en favor de los eubeos. Los mercados occidentales, griegos y etruscos, fueron los terrenos de prueba para las cualidades de venta de los vasos de figuras negras más ambiciosos del siglo VI. Aquí los tipos áticos parecen haber desplazado a los corintios, pero siempre hubo un pequeño mercado para las copas espartanas de mayor calidad. Este comercio de cerámica de calidad nada nos dice sobre nuevos establecimientos ni sobre la identidad de los comerciantes, pero la demanda de los consumidores tuvo ciertos efectos interesantes sobre la producción, como veremos.

Antes de volver sobre las ciudades individuales podemos considerar brevemente los contactos griegos anteriores en esta parte del Mediterráneo. Hay pruebas de un vivo interés cretense y micénico en las islas Lípari y en partes de Sicilia —especialmente el Sudeste— desde el 1600 a.C. aproximadamente hasta finales de la Edad del Bronce. En las islas al menos parecen haber existido pe-

queños puestos comerciales. En la propia Italia hubo sin duda un asentamiento en Tarento, no exactamente en el lugar de la colonia posterior, sino en Scoglio del Tonno, situada en frente (fig. 57, página 188). Floreció aproximadamente desde el 1400 hasta el 1200 a.C., y por el estilo de los vasos micénicos allí encontrados parece probable que fuese utilizado como puesto comercial por los rodios. Se han hecho otros hallazgos micénicos menos importantes en Italia, especialmente en la isla de Ischia, donde más tarde se fundaría la ciudad de Pithekoussai, en Etruria y en Malta. Aunque los ecos de la civilización micénica pueden captarse en zonas tan distantes como España o incluso Inglaterra, no se trata de conexiones directas con el mundo egeo. El recuerdo de los griegos en Italia y Sicilia sobrevivió de manera muy confusa en algunos mitos, y especialmente en los relatos de las andanzas de Odiseo, pero la pérdida de contactos tras el 1200 a.C. fue casi completa, y los viajes griegos posteriores a Occidente no parecen condicionados o guiados por la experiencia de sus predecesores micénicos tanto como lo fueron en Oriente, donde la ruptura fue incompleta o de una duración más breve.

Las ciudades griegas en Italia y Sicilia

En esta sección se analizarán los hallazgos más antiguos en las colonias principales y se seguirá su registro arqueológico hasta comienzos del siglo v. Lo haremos de modo esquemático, porque su historia se convierte pronto en algo unido a la Grecia continental más que en un relato de colonias sobre suelo extraño. De hecho, para los historiadores posteriores, las ciudades del sur de Italia fueron conocidas colectivamente con el nombre de Magna Grecia, término extendido por algunos hasta incluir Sicilia.

Rompemos aquí el estricto orden cronológico de fundación para mantener unidos a grupos importantes de colonias o colonizadores.

El cuadro es el siguiente:

Eubeos en Italia central.	Pithekoussai, Cumas.
Eubeos en Sicilia oriental.	Naxos, Leontinos, Catania.
Eubeos en los estrechos.	Zancle, Mylae, Regio.
Dorios en Sicilia.	Siracusa, Mégara Hiblea.
Rodios y cretenses en Sicilia.	Gela.

Aqueos en el sur de Italia.	Sybaris, Crotona, Caulonia, Metaponte, Posidonia.
Espartanos y otros en el sur de Italia.	Tarento, Siris, Locri.
Expansión de Siracusa.	Acrae, Casmenae, Camarina.
Colonias en Sicilia occidental.	Selinunte, Acragas, Hímera.
Las últimas fundaciones.	Lípari, Velia.

PHITHEKOUSSAI (Ischia). Una tradición antigua dice que Pithekoussai fue fundada por los eubeos de Eretría y Calcis antes de establecerse en Cumas sobre la tierra firme de enfrente, y esa tradición ha sido legitimada por las excavaciones recientes. La ciudad,

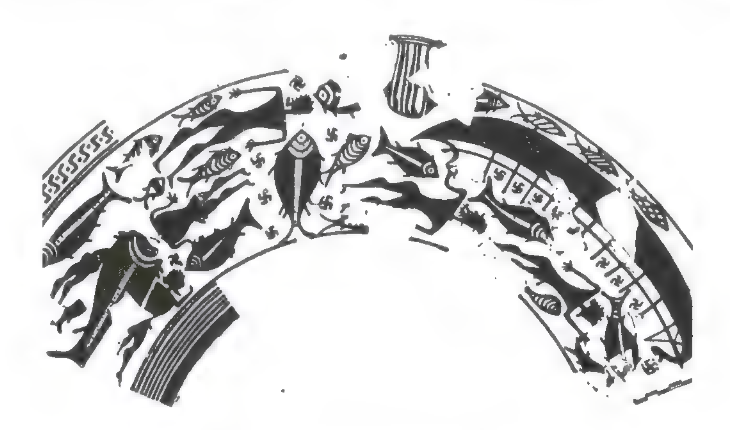


Fig. 53. *Naufragio en un vaso de Pithekoussai.*

situada en Monte di Vico, al norte de la isla de Ischia, necesita todavía una exploración en regla, pero ya ha dado cerámica del siglo VIII y terracotas arquitectónicas de un templo del siglo VI; y parece haber habido otro asentamiento primitivo en Castiglione, más al Este, donde habían llegado algunos vasos griegos micénicos mucho antes. Las excavaciones más concienzudas se han hecho en el cementerio situado al sudeste de Monte di Vico. Las tumbas contienen por lo general enterramientos crematorios, y están cubiertas con una piedra baja o túmulos de tierra. La cerámica más antigua es, sin duda, de los años anteriores a la mitad del siglo VIII. Hay una cantidad considerable de piezas corintias, pero también algunas eubeas, especialmente imitaciones de cerámica corintia del tipo descubierto en Al Mina, la ciudad comercial de los eubeos en

el Este (véase p. 60, grupo 2). Las piezas locales son de un estilo que podemos reconocer como eubeo, e incluyen la infrecuente escena geométrica tardía de un naufragio (fig. 53), que quizá nos hable de un incidente en el viaje hacia el Oeste (*hay* tiburones en el Mediterráneo). Hay cerámica cretense y griega oriental en las tumbas más antiguas, incluida una copa grabada con un desafío a la famosa copa de Néstor cantada por Homero. Su texto dice: «Néstor tenía ciertamente una copa que merecía ser bebida, pero quien beba de la mía arderá inmediatamente en deseo de la bien coronada Afrodita.» Reflejos más interesantes de los intereses eubeos en el otro extremo del Mediterráneo son los sellos cilicios y de fayenza y los escarabeos egipcios, que también aparecen en las tumbas del siglo VIII.

Estrabón dice que los eretrios y calcidios de Pithekoussai se pelearon, y que estos últimos abandonaron la colonia, lo cual constituye un eco de la amarga rivalidad que se desató durante el siglo VIII entre las metrópolis de Eubea. Añade que los colonizadores dejaron la isla tras una erupción volcánica y algunos terremotos; y por lo menos Castiglione, donde se ha hallado cierta cerámica geométrica, parece haber padecido cataclismos. Se supone que en la isla existieron minas de oro.

Es absurdo suponer que Pithekoussai fue colonizada simplemente por sus ventajas agrícolas. El suelo de esta isla volcánica sólo sirve para el cultivo de la vid, y su actual población creciente se debe al turismo; pero los eubeos no fueron para hacer vino ni para construir hoteles. Su interés para el comercio de metales se revela en pruebas muy antiguas de trabajo del hierro encontradas en el propio Monte di Vico, y en una antigua pero efímera extensión de la colonia hacia el interior, más allá del cementerio. El hierro no pudo haber sido extraído en Ischia, y su análisis sugiere que provino de Elba. Sin embargo, pronto hubo necesidad de buscar un emplazamiento menos defensivo y más cómodo.

CUMAS se encuentra sobre la costa situada frente a Ischia, unos veinte kilómetros al oeste de Nápoles. Hay allí una buena acrópolis, una región pantanosa tierra adentro, y una playa segura más que un puerto abrigado. Fue primariamente una fundación de los calcidios. Al norte de la ciudad estaba el cementerio más antiguo, y gran parte del mismo ha sido excavado. Pueden identificarse numerosas tumbas indígenas pre-griegas, provistas de cerámica lisa y bronces de tipos italianos. En algunas de ellas hay copas griegas y objetos egipcios de fayenza que deben haber venido de Pithekoussai, y representan el contacto entre los griegos recién llegados y los indígenas antes de existir una ciudad griega en Cumas.

La cerámica más antigua de las tumbas enteramente griegas es posterior a las primeras muestras encontradas en Pithekoussai. Debe fecharse probablemente poco antes del 750 a.C., pero desgraciadamente no hay fecha plausible para la fundación en ningún historiador antiguo. La cerámica es fundamentalmente corintia, pero la hay de estilos eubeos y locales, probablemente derivados de Pithekoussai, y algunos vasos cretenses. Hay un bello vaso cicládico de mediados del siglo VII, pero en conjunto se pueden reconocer pocas otras importaciones hasta llegar la masa de cerámica corintia, que es más abundante aproximadamente desde el 600 y que después va siendo desplazada por los bellos vasos áticos de figuras negras, ya a finales del siglo VI. Con ellos vinieron unos pocos vasos espartanos. Hay muy pocas piezas griegas orientales hasta el siglo VI, y aun entonces se trata sobre todo de frascos de perfume. A medida que crecía el comercio con Etruria, llegaron cada vez más objetos etruscos (cerámica, bronces, joyería); pero las relaciones artísticas de las colonias eubeas con Etruria se analizarán mejor más adelante.

Un hallazgo hecho en Cumas, o supuestamente de allí, merece especial atención. Se trata de un caldero de bronce con apliques en forma de cabezas de toro, actualmente en Copenhague (fig. 13a, página 81). Es una muestra típica de los bronces orientales que llegaron al mundo griego antes y después del 700 a.C. (véase p. 80), y su aparición en la Cumas eubea subraya la parte de Eubea dentro del comercio occidental; o también podría aducirse en apoyo de una tradición antigua, según la cual Cumas (Kymai) derivó su nombre de la Cime eolia en Asia Menor, que tenía fácil acceso a Frigia, donde eran conocidos los calderos con cabezas de toro. En vista del flujo de objetos sirios y fenicios a Pithekoussai y Cumas, y más allá, hasta Etruria, la primera explicación del caldero es probablemente la correcta.

NAXOS. Según Tucídides, la primera fundación griega en Sicilia fue hecha por los calcidios en Naxos en el año 734 a.C. El lugar era el primer punto de recalada en Sicilia para los barcos que bordeaban la «punta» de Italia desde el Este. El emplazamiento estaba sobre un cabo, al sur de Taormina, convertido prácticamente en una península por el curso de agua situado al Sur, y disfrutaba el uso de un valle pequeño pero fértil tierra adentro, que resultó ser especialmente favorable para el cultivo de la vid. En excavaciones recientes de la ciudad ha aparecido cerámica de sus primeros tiempos, así como unas murallas fortificadas del siglo VI. Hay signos claros de que el asentamiento griego desplazó a una aldea indígena anterior situada en el mismo lugar. La ciudad nunca tuvo

una importancia primordial en Sicilia, pero en sus primeros años sirvió como base para la fundación de otras dos colonias en Leontinos y Catania.

LEONTINOS. Seis años después de fundarse Naxos, los calcidios de allí emprendieron la fundación de otra colonia en Leontinos. La ciudad estaba ocupada por sículos indígenas, a quienes expulsaron, circunstancia atestiguada por Tucídides y por la fecha terminal del cementerio indígena. Se encontraba sobre el lado más lejano de la rica llanura recorrida por el río Symaitos, pero a más de diez kilómetros del mar, por lo cual era fundamentalmente una comunidad agrícola. Excavaciones recientes han mostrado que el primer asentamiento estuvo sobre la colina de San Mauro, y que existía allí un circuito fortificado construido a mediados del siglo VII. La cerámica más antigua descubierta hasta ahora es corintia, pero también están representados ciertos tipos eubeos, así como otros locales con decoración figurativa. Sobre el 600, o poco después, las murallas fueron ampliadas para incluir una segunda colina, Metapiccola, donde se han encontrado los cimientos de un templo del siglo VI. Hasta el presente no se han descubierto tumbas anteriores a mediados del siglo VI. De excavaciones antiguas en el cementerio procede un soberbio recipiente de bronce cuyos apliques representan cabezas de carnero. Hay huellas de la aldea sícula indígena bajo la ciudad griega de San Mauro, y hubo otra en Metapiccola.

CATANIA. El control calcidio sobre la rica llanura del Symaitos se estableció mediante la fundación de Catania, sobre su lado norte, poco después de fundarse Leontinos en el Sur. Los colonizadores vinieron de Naxos. Al contrario que Leontinos, Catania estaba situada sobre la costa, y tenía un buen puerto. Las erupciones del Etna y el flujo de lava han hecho irreconocible la ciudad antigua, pero se ha excavado un cementerio indígena pre-griego, y más recientemente ha sido recuperada una notable colección de cerámica votiva del lugar donde debió encontrarse la antigua acrópolis. Ninguna de las piezas es anterior al 600 aproximadamente, pero junto a la esperada cerámica corintia, ática y «calcidia» existe gran cantidad de quiense, algunos tipos griegos orientales y buenos vasos espartanos.

Con simultaneidad al establecimiento de esos puntos sobre la costa oriental de Sicilia, los eubeos trataron de asegurarse el control de los accesos a sus colonias anteriores de Pithekoussai y Cumas. A tal fin fundaron Zancle y Regio, una a cada lado de los estrechos que separan Italia y Sicilia.

ZANCLE (más tarde Messina) fue fundada quizá muy poco después de Naxos por colonizadores de Cumas (que tenían especial interés en un libre paso por los estrechos) y de Calcis. Los primeros colonizadores parecen haber sido «piratas» de Cumas, cosa que en cierta medida refleja las técnicas comerciales de los griegos en Occidente. Zancle se encuentra justamente al sur del punto más angosto de los estrechos, pero posee un soberbio puerto natural cuya forma de hoz dio quizá a la ciudad su nombre. La ciudad más antigua parece haber estado casi toda al sur del puerto, pero los hallazgos están desperdigados y no son muy informativos. En la punta de la mole natural que rodea el puerto parece haber habido un santuario, y allí es donde se ha encontrado la cerámica más antigua, piezas corintias e imitaciones (¿eubeas?) de finales del siglo VIII. En los siglos VII y VI hay el acostumbrado despliegue de vasos corintios y áticos, y muy pocos de Grecia oriental.

La fuerza de Zancle radicaba en su posición sobre los estrechos y en su puerto. No tenía prácticamente recursos agrícolas, y se vio obligada a establecer una dependencia que proveyera a sus necesidades. Esta dependencia fue Mylae.

MYLAE (Milazzo). Treinta kilómetros al oeste de Zancle, en la costa norte de Sicilia y frente a las islas Lípari, hay una pequeña llanura costera tras una larga península rocosa. Mylae fue fundada al pie de esta península por colonizadores de Zancle, que expulsaron a los indígenas. Excavaciones recientes pueden decirnos más sobre Mylae de cuanto podemos esperar saber de su ciudad-madre. La cerámica griega fechable más antigua es, por supuesto, corintia, y puede compararse con la más antigua de Siracusa; en consecuencia, la fundación puede ser anterior a la sugerida por fuentes antiguas (716 a.C.) y más próxima a la de Zancle, como cabría esperar. Hay noticias de cierta cantidad de cerámica «cicládica» de finales del siglo VIII y del VII (probablemente eubea o de tipo eubeo). A finales del siglo VII y en el VI hay mucha más cerámica griega oriental, entre la que figuran piezas de bandas lisas y cántaros de vino quienses. Aquí, y en otros cementerios coloniales eubeos, se practicaba la cremación más libremente que en las colonias de otras ciudades, y esto parece reflejar la práctica eubea natal.

REGIO. Los calcidios de Zancle invitaron a los mesenios del Peloponeso a unirse a ellos en la fundación de Regio. Estaba unos quince kilómetros al sur de Zancle, al otro lado de los estrechos, y el lugar fue elegido (como en el caso de Zancle) por su posición estratégica controlando el paso. La fecha de su fundación no puede haber sido muy posterior a la de Zancle. La ciudad antigua está bajo la moderna Reggio, y nuestro conocimiento de ella se deriva

sobre todo de hallazgos ocasionales y excavaciones esporádicas. Casi nada se sabe de sus primeros años, excepto su localización general al sur del puerto actual. Un vaso antiguo, del 700 a.C. aproximadamente, se asemeja a las imitaciones eubeas y cicládicas de los corintios. Hay algunos vasos corintios de finales del siglo VII en adelante, y en el VI hay una creciente importación de piezas áticas y griegas orientales, con algunas espartanas y muchas «calcídicas», a las cuales volveremos (p. 189). La cerámica griega de tipo eubeo encontrada en aldeas indígenas más al Este, cerca de la



Fig. 54. *Plano esquemático de Siracusa.*

colonia posterior de Locri, puede representar la extensión de los intereses eubeos a este lado de los estrechos, que se vio frenada al fundarse Locri.

SIRACUSA (fig. 54). La más rica entre las ciudades griegas de Sicilia fue Siracusa. Fue fundada por los corintios, sólo un año después de que los eubeos se instalaran en Naxos, según Tucídides. Naxos poseía el puerto más adecuado para hacerse a la mar desde el este de esta costa de Sicilia, pero el de Siracusa era mejor. La semejanza entre ciertos toponímicos en Calcis y Siracusa ha llevado a suponer que los eubeos estuvieron interesados en Siracusa antes que los corintios. Esta tesis podría apoyarse en la presencia de vasos eubeos del siglo VIII en la ciudad indígena de Castelluccio, situada cerca de allí, y parte de la cerámica más antigua procedente de la propia Siracusa muestra afinidades con los tipos de las islas

griegas y de Eubea. Pero podemos recordar también la tradición que dice que Arquias, el jefe de los colonizadores corintios, tomó algunos griegos en ruta, en Cefirion, en la «punta» de Italia. La misma tradición dice que eran dorios, pero los datos arqueológicos indican que por entonces había eubeos cerca del promontorio de Cefirion (junto a Locri, véase anteriormente).

La profunda bahía de Siracusa estaba parcialmente cerrada por la isla Ortigia (isla de la Codorniz), casi unida a tierra firme por su lado norte. Había una aldea sícula sobre la isla, que fue reemplazada por la nueva ciudad griega. Esta ciudad fue durante mucho tiempo el corazón de la colonia, porque siendo fácilmente defendible poseía puertos al Norte y al Sur y un buen suministro de agua, el manantial de Aretusa. Hubo allí un santuario de Atenea, quizá de los primeros construidos por los nuevos ocupantes. Nada sabemos del templo hasta comienzos del siglo VI, cuando hay pruebas de elaborados revestimientos de arcilla que adornaban el edificio de ladrillos y madera. A finales del siglo su altar fue reconstruido en forma más barroca, con alguna decoración jónica. La forma dórica del templo del siglo V se conserva todavía en gran medida en los cimientos de la catedral posterior. Otro templo dórico más antiguo de Ortigia estaba dedicado a Apolo. Es de mediados del siglo VI y mide 25,6 por 55,3 metros, con la planta alargada y los pórticos profundos que se observan en otras partes de Sicilia. Un hallazgo notable de años recientes han sido los restos de un enorme (aproximadamente 56 metros de largo), aunque inconcluso templo jónico de finales del siglo VI, claramente inspirado en los templos colosales de Efeso y Samos, a los cuales se asemejaba en muchos aspectos.

Más adelante, dentro del mismo siglo, la isla de Ortigia fue unida al litoral por una calzada, pero los hallazgos de cerámica prueban que incluso en los primeros años de la colonia las laderas situadas bajo los picos de las alturas de Epipolae estaban ocupadas. Allí se alzó el posterior mercado (ágora), pero entre los edificios antiguos sólo se han excavado parte de algunas casas del siglo VI. Más al Sur, y un poco tierra adentro desde la gran bahía, se encontraba el templo de Zeus Olímpico. Su forma del siglo VII sólo es conocida por sus revestimientos de arcilla. En su forma dórica de piedra se asemeja mucho al templo de Apolo en Ortigia, pero tiene unos siete metros más de longitud y es posiblemente algo anterior.

Los primeros cementerios se encontraban al oeste y norte de la parte de la ciudad que miraba al interior; el más antiguo (Fusco) estaba al Oeste. El uso de sarcófagos de piedra refleja una práctica

usual en Corinto. La cerámica griega más antigua —del cementerio, de debajo del templo de Atenea y de la ciudad— es corintia, y este tipo sigue siendo en lo sucesivo el más popular, como es lógico. Incluso los vasos áticos del siglo VI, que conquistaron casi todos los demás mercados, son relativamente escasos. Quizá por ello otros tipos griegos se encuentran mejor representados. Los vasos griegos orientales llegan aproximadamente desde el 700 en adelante; algunos son identificables como rodios, y en el siglo VI hay unos pocos ejemplares quienses y de Fikelura. Dos fragmentos muy antiguos son más curiosos que importantes; uno corresponde a mediados del siglo VIII y es cicládico; el otro, algo posterior, es una de las pocas piezas áticas que viajaron en fecha tan temprana



Fig. 55. *Vaso del cementerio de Fusco, Siracusa.*

hacia Occidente. Algunos vasos locales decorados de la primera mitad del siglo VII se deben, según parece, a un pintor argivo emigrante de gusto bastante ecléctico. Las referencias literarias a un interés o un culto argivo en Siracusa han desorientado a veces a los historiadores. Entre los hallazgos menores podemos señalar algunos marfiles —fíbulas, un bajorrelieve y un sello— muy semejantes a los encontrados en el Peloponeso, pero casi desconocidos en las demás colonias occidentales; también hay lámparas cicládicas de piedra. El cuadro arqueológico general muestra un incremento constante de la prosperidad a lo largo de los siglos VII y VI, con ambiciosos programas de construcción de templos. En el siglo V la ciudad se convertiría en una de las grandes potencias, no sólo del Occidente sino de todo el mundo griego.

Megara Hiblea. No se estableció fácilmente la única colonia megarense en Sicilia. El primer asentamiento se hizo sobre la costa oriental, en Trotilon. Los colonizadores fueron invitados a desplazarse a la Leontinos calcídica, situada cerca de allí, pero fueron más tarde expulsados y se dirigieron hacia la península rocosa de Tapso. Tras permanecer unos pocos meses allí, el rey sículo local les invitó a ocupar un punto de la costa, inevitablemente dominado por la ciudad mayor de Siracusa, situada unos quince kilómetros más al Sur. Tucídides dice que Mégara Hiblea fue fundada seis años después que Siracusa. Se han aducido argumentos arqueológicos para invertir este orden, pero las dificultades de los megarenses para establecerse, y su hogar final en un lugar pobre tan cercano al soberbio puerto de Siracusa hablan quizá más claramente que los complejos argumentos derivados de unos pocos vasos de tipos más bien dispares. Es incluso posible que parte de la cerámica en cuestión, el tipo Tapso, no sea corintia, sino megarense en sus orígenes. Recibe su nombre de las piezas descubiertas en una tumba de finales del siglo VIII en Tapso, que bien podría ser la de Lamis, el jefe megarense que murió allí. No hay ningún otro objeto griego en el lugar.

La ciudad de Mégara Hiblea se encontraba sobre una pequeña meseta junto al mar, donde no existía puerto natural, pero sí un fondeadero adecuadamente protegido. Las excavaciones francesas recientes nos han dicho mucho más sobre la historia inicial del lugar que las exploraciones esporádicas anteriores. Desde luego no había una población indígena allí cuando los griegos se establecieron por primera vez. La ciudad, y no el cementerio, contiene la cerámica más antigua, que es corintia. Desde el 650 aproximadamente aparecen vasos griegos orientales y etruscos, y en el siglo VI los hay áticos y uno o dos espartanos. Algunos vasos locales de mediados del siglo VII muestran un estilo colorista que debe algo a Corinto, posiblemente algo a Mégara también, y parece haber existido una escuela floreciente durante buena parte de dicho siglo. En la ciudad se han excavado algunas casas antiguas, y existen huellas de templos de los siglos VII y VI, uno de ellos dórico con bellos revestimientos de arcilla y otro de estructura más simple con simples paredes de piedra. Hay en la misma zona depósitos de ofrendas que se remontan al 700 a.C. aproximadamente. La ciudad se trazó sobre un plan regular, dejando amplio espacio para el ágora, ya desde una fecha muy antigua. La parte sur de la ciudad posterior se dice que no fue ocupada antes del 650, aunque es la más cercana al fondeadero. No se han descubierto tumbas anteriores al 650. El cementerio parece haber estado singularmente bien pro-

visto de esculturas funerarias, entre ellas un *kouros* colocado en un pequeño altar dórico, con molduras muy elaboradas, y un producto infrecuente de una escuela local que data aproximadamente del 550 (lámina 14b). En el 483 la ciudad fue destruida por Siracusa, y no hay otros hallazgos hasta que volvió a ser ocupada en el siglo IV a.C.

GELA. La última de las grandes fundaciones dorias en Sicilia fue un esfuerzo conjunto de rodios y cretenses. Tucídides la fecha en el 688. El viejo problema de si la Gela antigua se encuentra en el actual puerto de Licata está aún sin resolver, pero sólo se ha explorado adecuadamente el emplazamiento de la Gela moderna. La ciudad ocupaba aquí una colina baja junto al mar, al oeste de la desembocadura del río Gelas, sobre la costa sur de la isla, y dominaba una rica llanura costera. Una aldea indígena que existía en la colina fue desplazada, pero la primera ciudad griega no ocupaba toda la gran extensión de la ciudad clásica. Puede no haber sido más que una ciudadela amurallada con santuarios extramuros, hacia el Este. El templo primitivo más notable es el de Atenea, que estaba decorado con una bella serie de revestimientos de arcilla pintada. Un santuario más pequeño, de Deméter, se alzaba al otro lado del río y fue fundado antes de terminar el siglo VII. Se ha descubierto cerámica en los depósitos del templo y en las tumbas. Son bastante comunes las piezas griegas orientales —especialmente de Rodas, con algunas de Quíos—, así como la acostumbrada sucesión de vasos corintios y áticos; y el cofundador, Creta, está representado por unas pocas piezas antiguas. Hubo una escuela local de cerámica decorada con figuras a mediados del siglo VII, comparable a las de Siracusa y Mégara Hiblea. El carácter rodio de la colonia sigue siendo manifiesto durante el siglo VI, con numerosas importaciones y una gran semejanza en las costumbres funerarias: inhumación en cántaros de almacenamiento, etc. La extensión de los contactos de Gela con los indígenas (sicanos) ha quedado fehacientemente demostrada por excavaciones recientes en diversos puntos del interior; por ejemplo, en Butera, a veinticinco kilómetros, donde hay tumbas indígenas de mediados del siglo VII con varios vasos griegos. El período de mayor prosperidad de Gela fue el de finales del siglo VI y comienzos del V. Está marcado por una considerable actividad constructora y una gran variedad de los mejores bronces, vasos y otras importaciones de Grecia.

Las colonias eubeas y corintias habían establecido puntos comerciales cerca de Etruria, y más tarde acabaron dominando los estrechos de Messina y controlando la mejor tierra de labranza de Sicilia oriental. La siguiente serie de colonias, enviadas por los

aqueos del noroeste del Peloponeso, se fundaron en el «empeine» de Italia y en la costa occidental al sur de Cumas, en posiciones que podían explotar rutas terrestres entre los mares Jónico y Tirreno, eludiendo los estrechos de Messina. Estas colonias son Sybaris, Crotona, Metaponte y, al Oeste, Posidonia (Paestum). En la misma región, Esparta fundó Tarento; Colofón (de Jonia) fundó Siris, y Locris (en Grecia central) fundó Locri.

SYBARIS fue elegida por la llanura inmensamente rica que dominaba, más que por su conveniente posición sobre la ruta costera de Este a Oeste y su proximidad por tierra a las orillas del mar Tirreno. Era especialmente conocida por la opulencia de sus trigales y la calidad de su vino. Su fundación se fecha en las fuentes literarias hacia el 720 a.C. El tamaño y la riqueza de la ciudad, así como la vida de derroche de sus ciudadanos, llegaron a ser proverbiales (de ahí nuestro «sibarita»). Y no menos famosa fue su destrucción total a manos de Crotona en el 510 a.C., cuando las aguas del río Cratis fueron desviadas para hacer inhabitable el lugar. La ciudad antigua es casi inaccesible, porque se encuentra bajo un profundo depósito aluvial. Aunque las excavaciones no han revelado hasta ahora nada de su antigua gloria, se está haciendo un intento por recuperar algo de su registro arqueológico. Ninguno de los hallazgos ocasionales ha sido anterior al siglo VI. En un punto cercano, Francavilla, hubo un pequeño asentamiento griego que gradualmente helenizó una aldea indígena hasta sufrir la misma suerte de Sybaris, y actualmente está bien atestiguada la penetración griega en otros puntos de Lucania, incluso antes del siglo VI.

Sybaris dominaba rutas hacia la costa por el Oeste y hacia las ciudades de Scidrus (no localizada), Sirinus y Laus, que acogieron refugiados del desastre del 510. Se dice que sirvió como depósito principal para el comercio milesio con los etruscos, y cuando Sybaris cayó, Mileto declaró un duelo público.

CROTONA fue fundada poco después de Sybaris. También dominaba una buena zona de labranza, no tan extensa como la de su rival, pero también tenía un pequeño puerto doble junto al promontorio donde se alzaba la ciudadela. Poco se conoce de ella arqueológicamente, pero ha sido excavado un importante templo de Hera Lacinia que se levantaba sobre otro promontorio, situado unos diez kilómetros al Sudoeste. La estructura principal data del siglo V, pero los hallazgos más antiguos incluyen la figurita de una diosa que se sujeta los senos, de finales del siglo VII.

El territorio de Crotona se extendía fundamentalmente hacia el Sudeste. Su fundación subsidiaria más importante estaba en *Caulonia,* que nos es mejor conocida por las excavaciones, por lo menos

en el período de su mayor prosperidad, el siglo v. Algunos fragmentos de cerámica antigua del siglo VII sugieren una fecha temprana de fundación, pero tras ellos no se ha encontrado casi nada anterior a algunas tumbas de mediados de siglo VI. El emplazamiento comprendía colinas bajas junto a una playa abierta y recta, sin verdadero puerto.

METAPONTE se encuentra unos cincuenta kilómetros al sur de Tarento. No tenía puerto propiamente dicho, pero sí buena tierra de labranza, y se encontraba al término de una ruta occidental hacia Posidonia. El templo de Apolo Likeios de la ciudad ha sido parcialmente excavado, encontrándose en él figuritas votivas que quizá se remonten al 700 a.C.; también se han descubierto recientemente cementerios de esa fecha y posteriores. Tres kilómetros más al Norte, sobre una colina baja donde había existido una aldea indígena, se construyó un santuario de Hera. El templo dórico, de hacia el 500 a.C., medía aproximadamente 16,1 por 33,5 metros. Hay todavía quince de sus columnas en pie, conocidas como «Mesas de los Paladines», Tavole Paladine.

POSIDONIA (Paestum). La fundación de Posidonia sobre la costa occidental de Italia, unos ochenta kilómetros al sudoeste de Cumas, fue el primer desafío al monopolio comercial con Etruria de las colonias eubeas. La ciudad puede haber sido fundada desde Sybaris. Hay buenas rutas terrestres hacia el Sur, que pueden seguirse a través de yacimientos como el de Sala Consilina, donde se han hecho muchos hallazgos griegos del siglo VI.

Hay dos emplazamientos, ambos excavados parcialmente, de los cuales podemos considerar en primer lugar el más pequeño, que parece ser el más antiguo. Se encuentra cerca de la desembocadura del río Sele, y comprende un santuario donde se han excavado varios templos y tesoros. Para la historia anterior del lugar contamos con alguna cerámica corintia de finales del siglo VII, que nos acerca a su fecha fundacional. El templo principal, a la Hera argiva, era un edificio dórico poco anterior al 500 a.C. Parte de su decoración escultórica (metopas en relieve) ha sido encontrada (lámina 14a). Justamente al Norte hay un «tesoro», construido quizá por algún otro estado griego occidental en honor de la diosa, del cual se conserva una rica serie de metopas en relieve con diversas escenas mitológicas, que datan de mediados del siglo VI. Otras esculturas arquitectónicas deben atribuirse a otros edificios arcaicos, todavía no identificados con seguridad.

El emplazamiento de la ciudad estaba unos trece kilómetros al Sudoeste, sobre una pequeña meseta bastante próxima al mar. Hay indicios de murallas del siglo VI, y los hallazgos más antiguos corresponden a finales del VII. No se ha descubierto cementerio alguno anterior al siglo VI. Pero la mayor gloria de la ciudad reside en sus tres grandes templos dóricos, que todavía se mantienen en pie bien conservados y que durante tantos años han excitado la imaginación de visitantes y artistas. Los templos se encontraban al oeste de la avenida principal norte-sur de la ciudad. Al Sur están la llamada Basílica (mediados del siglo VI, lámina 18a) y el templo de Hera (mediados del siglo V), y al Norte el llamado templo de Ceres (finales del siglo VI), que probablemente sería mejor considerar como dedicado a la diosa Atenea. Junto a este último están los restos de un templo más pequeño, erigido a principios del siglo VI. Hace pocos años se ha hecho el interesante hallazgo de una pequeña cámara de piedra, al sur del templo de Atenea, de la cual sólo aparece el tejado sobre el nivel del suelo (fig. 56). Tiene la forma de una tumba, con un banco central con espetones, jarros de bronce llenos de miel a lo largo de las paredes y un vaso ático pintado en un rincón; pero no hay cuerpo. La rodeaba

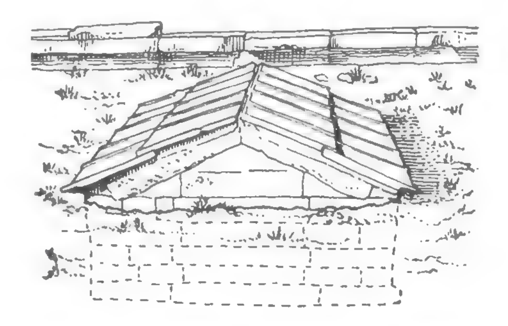


Fig. 56. *Cenotafio subterráneo de Posidonia.*

un pequeño recinto cerrado, y es muy probablemente el cenotafio de un ciudadano distinguido o de un fundador. El edificio puede fecharse por los vasos que contiene hacia el 520 a.C. En la zona del cementerio la historia de la rica serie de tumbas clásicas pintadas ha podido retrotraerse hasta nuestro período gracias al descubrimiento reciente de una tumba cuyo interior está pintado en un estilo casi puramente griego (lámina 15a).

Hay muchos lugares y cementerios indígenas, quizá oenotrienses. En los emplazamientos gemelos de Palinuro y Molpa, situados sobre un promontorio a unos 55 kilómetros al sur de Posidonia, indígenas y griegos convivieron quizá desde el 550 a.C., aproxima-

damente, a juzgar por hallazgos en excavaciones alrededor de los muros y en las tumbas.

TARENTO (fig. 57). Ya hemos tenido ocasión de hablar de los colonizadores enviados por Esparta a Tarento (p. 172). Las fuentes literarias llevan a fechar la colonia en la última década del siglo VIII, pero la tumba más antigua descubierta en el cementerio de la ciudad contiene vasos corintios que parecen algo anteriores. Sin embargo, el emplazamiento yapigio indígena de Scoglio del Tonno, frente a la ciudad griega, parece haber estado en contacto intermitente con Grecia desde tiempos micénicos hasta los primeros años de la colonia, y en el siglo VII las ciudades indígenas del interior estaban recibiendo vasos griegos. Más cerca de Tarento, varias pequeñas aldeas fueron ocupadas por los griegos. Entre ellas podemos mencionar Satyrium, justo al este de Tarento, donde también se ha encontrado cerámica micénica, y donde se dice que se establecieron primero los fundadores de Tarento, desplazando a los indígenas.

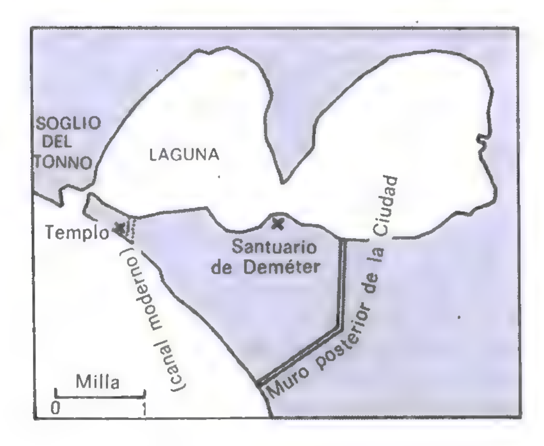


Fig. 57. *Plano esquemático de Tarento.*

La ciudad griega de Tarento se encuentra debajo de la moderna Taranto, sobre un buen emplazamiento peninsular que abarca una gran laguna, el Mare Piccolo. Su puerto es el mejor de Italia meridional, y domina buenos trigales. Poco se conoce de los edificios arcaicos, excepto partes de un gran templo dórico del siglo VI, pero el arte y la opulencia de la ciudad están bien atestiguados por hallazgos ocasionales de ofrendas y por el contenido de las tumbas.

Sus conexiones con la metrópoli se reflejan en los bellos vasos espartanos descubiertos en tumbas del siglo VI. También hay una pequeña cantidad de cerámica griega oriental e insular, quiense incluida, así como los vasos corintios y áticos de costumbre. El origen espartano de la ciudad se revela de varios modos, especialmente por los cultos y por la práctica de enterramientos dentro de las murallas, al menos desde el siglo V en adelante. Las cámaras funerarias tarentinas, que comienzan en el período arcaico, son las más barrocas de las tumbas griegas occidentales antiguas.

SIRIS se supone fundada por colonizadores procedentes de Colofón, en Jonia, que habían sido expulsados de sus hogares por los lidios. Esto debe haber acontecido poco antes del 650 a.C. Era una colonia jónica aislada sobre una costa que dominaban los colonizadores dorios. Sin embargo, prosperó durante cierto tiempo, y sin duda compartió el comercio por tierra en el Oeste hasta la costa del mar Tirreno. Apenas queda algo de la ciudad antigua, excepto una pesa de telar del siglo VI con la inscripción «pertenezco a Isodike» (escrita en jónico). A mediados del siglo, la ciudad fue destruida por sus vecinos no jónicos de Metaponte, Sybaris y Crotona.

LOCRI fue fundada por Locris, estado de Grecia central, en el 673 (según Eusebio). Las aldeas sículas cercanas (especialmente en Canale) ya habían estado en estrecho contacto con los griegos, puesto que se han encontrado varios vasos griegos en ellas, algunos aparentemente hechos por ceramistas griegos en la propia localidad. Una tradición pretende que los griegos dorios de esta zona fueron recogidos en camino por la expedición que fundó Siracusa (véase p. 181), pero a juzgar por la cerámica encontrada en las ciudades indígenas esos griegos parecen más bien isleños o eubeos, quienes en todas partes parecen también haberse llevado mejor con los sículos que los corintios. Las piezas son de finales del siglo VIII y comienzos del VII. Cuando Locri fue colonizada se decretó la expulsión de los indígenas. Conocemos sobre todo la ciudad y sus templos en el siglo V, pero se informa de hallazgos de cerámica correspondientes a sus primeros años, y hay tumbas a partir de mediados del siglo VI. La ciudad carece de puerto natural, pero pudo servir como último punto de recalada en Italia para los viajes a Sicilia.

Locri estableció algunas colonias propias, especialmente en Medma, Hiponio y Metauro, en los puntos terminales de las rutas que cruzaban la «punta» de Italia hacia el mar Tirreno. Los hallazgos más antiguos de MEDMA, procedentes de tumbas y depósitos votivos, nos retrotraen casi al comienzo del siglo VI, por lo cual la fundación pudo incluso haber acontecido en el siglo VII. En ME-

TAURO las tumbas datan ciertamente de mediados del siglo VII. Las tumbas de una aldea sícula cercana a Hiponio (en Torre Galli) contienen cerámica corintia desde finales del siglo VII hasta finales del siglo VI; y los contactos (y quizá ocupación) griegos provocaron un cambio en las costumbres funerarias, de la inhumación a la cremación.

El siglo VII vio la consolidación de las colonias griegas más antiguas de Sicilia, así como su expansión en la isla mediante nuevas fundaciones. Siracusa confirmó su control del Sudeste fundando Acrae, Casmenae y Camarina. Mégara Hiblea fue más lejos hacia el Oeste, hasta Selinunte. Otros desplazamientos hasta el Oeste fueron los de Zancle en Hímera, y Gela en Acragas. Con la fundación de Acragas en el 580 la colonización griega de Sicilia estaba virtualmente terminada.

Entre las ciudades de Siracusa, ACRAE se encontraba en una posición estratégica del interior, a la vista de Siracusa. Había sido una importante ciudad sícula antes de que los griegos se estableciesen allí en el 633 (fecha de Tucídides). La cerámica procedente de las tumbas no parece remontarse en ningún caso a mediados del siglo VII. Dentro de la ciudad había un templo dórico de finales del VI, y algunos otros restos arquitectónicos de un estilo jónico que puede ser observado durante el mismo período en Siracusa, especialmente la decoración de un altar.

Un poco más al interior, en Monte Casale, se fundó una ciudad fortificada. Las excavaciones no se han publicado, pero parece que la cerámica más antigua es de finales del siglo VII y que han sido desenterradas una antigua muralla de fortificación, casas arcaicas, tumbas y un santuario. Esta ciudad es quizá la mejor de las candidatas para CASMENAE (fundada, según se dice, en el 643). MORGANTINA, en Sicilia central, fue colonizada inicialmente por los griegos en el siglo VI, y su acrópolis amurallada se levantó durante algunos años junto a una ciudad indígena que al final acabó eclipsándose.

HELORA, sobre la costa al sur de Siracusa, no ha dado nada anterior al siglo VI. Era fundamentalmente una comunidad agrícola. CAMARINA, la ciudad más occidental de Siracusa, se encontraba sobre la costa, a unos treinta kilómetros de Gela por el Sudeste. Fue fundada en el 598, y las tumbas del nordeste y los exvotos de un templo de la ciudad pertenecen a sus primeros años. En el 552 la ciudad se unió a los sículos en una rebelión contra Siracusa, y fue derrotada y destruida, pero su supervivencia como ciudad está probada por las muchas tumbas con cerámica de finales del siglo VI. Carecía de puerto natural, y la costa aquí y a lo largo de

buena parte de Sicilia meridional está marcada por una sucesión de montículos arenosos y dunas.

SELINUNTE. Las ruinas de Selinunte son las más impresionantes de todas las ciudades griegas de Sicilia. El lugar no es un emplazamiento natural muy bueno, pero tiene puerto y domina una buena tierra cultivable. Había un núcleo indígena cerca de allí, en el área ocupada por uno de los primeros cementerios griegos. La acrópolis amurallada se encontraba sobre una colina baja junto al mar, y la ciudad se extendía al norte de ella. Hay pruebas de un trazado urbanístico regular ya en el siglo VI. Dentro de la ciudad hay cuatro grandes templos dóricos. Los templos de Selinunte desafían una fácil identificación por deidades, y son conocidos por letras, para las cuales operan dos series diferentes. El templo C es de mediados del siglo VI, el templo D algo posterior, y los templos A y O corresponden a mediados del siglo V. También hay huellas de templos anteriores que se remontan a finales del siglo VII.

Fuera de las murallas existían otros santuarios. Al otro lado de un arroyo, hacia el Oeste, se alzaba el de Deméter Maloforos (portadora de manzanas), adorada con el mismo nombre en la ciudad madre de Mégara. El templo en sí era una simple sala, pero el conjunto debe haber sido uno de los primeros trazados por los colonizadores. Existía un culto asociado a Zeus Meiliquios, a quien se dedicaban estelas sencillas coronadas por dos cabezas humanas esculpidas. Son objetos extraños (fig. 58), y su inspiración puede ser indígena, o incluso púnica, pero las inscripciones que llevan son griegas. Al Norte hay otro pequeño templo arcaico y un altar, ambos descubiertos en años recientes. Al este de la ciudad hay otros tres templos dóricos. El templo E (R) data del siglo V, pero tanto el F (S) como el G (T) (de Apolo) fueron comenzados en el último cuarto del siglo VI. Este último era un edificio colosal que medía 50,1 por 110,1 metros, tamaño sólo superado en el templo de Zeus en Acragas, algo posterior, y en los templos jónicos anteriores de Grecia oriental.

No menos impresionante que el lugar mismo son los hallazgos de arquitectura, escultura y cerámica, que representan el mejor arte colonial griego de Sicilia. Para los primeros años de la colonia nuestros datos proceden de tumbas y del santuario de Deméter Maloforos. La fechación de la cerámica corintia de finales del siglo VII se ha apoyado durante largo tiempo en los primeros hallazgos hechos aquí y en la fecha de fundación dada por Tucídides, el 627 a.C. Recientemente se han publicado algunos vasos corintios del santuario y de un estilo anterior, pero todavía no está

claro si ello implica la necesidad de aceptar una tradición antigua distinta, que fecha la fundación en el 650, ni tampoco que deba revisarse a fondo la cronología establecida para los vasos. Esto último es difícil, puesto que la serie está ahora mejor establecida gracias a otros puntos fijos. La mayor parte de la cerámica primitiva de Selinunte es corintia, y fue sustituida por cerámica ática en el segundo cuarto del siglo VI, pero hay también bastantes



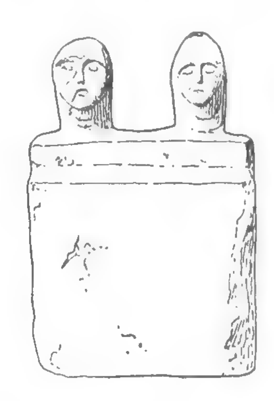


Fig. 58. *Estelas de piedra de Selinunte.*

piezas griegas orientales (rodias y algunas quienses) de la primera mitad del siglo, unas pocas espartanas, y un vaso «orientalizante», infrecuente y grande, que corresponde a finales del siglo VII y fue pintado en Sicilia por un artista emigrante venido de alguna de las islas griegas.

Selinunte toma su nombre del perejil salvaje (*selinos* en griego) que allí crecía, y que aparecía como divisa en las monedas de la ciudad (lámina 19b).

ACRAGAS (Agrigento) fue fundada en el 580 por Gela y por los colonos rodios de allí, con refuerzos de la metrópoli, más que por los cretenses. Se encuentra unos sesenta kilómetros al oeste de Gela, y la zona sin duda había sido visitada a menudo antes de fundarse la ciudad. Puede incluso haber existido un asentamiento, ya que se informa de cerámica de finales del siglo VII y principios del VI en un cementerio situado entre la ciudad y el mar (Montelusa), y existe un altar con fuente de Perséfone fuera de las murallas (San Biagio) que también pudo haber sido utilizado por los griegos antes del 580. Pudo haber también un desastre, a juzgar por un enterramiento en masa a finales del siglo VII,

y es obvio que una aldea sicana indígena fue desplazada. La escarpada acrópolis se encuentra a más de tres kilómetros del mar, pero la ciudad, que se extiende por una ladera escalonada hacia el Sur, quedó también incluida dentro del reciento amurallado antes de terminar el siglo VI. Toda el área cercada comprende aproximadamente cuatro kilómetros cuadrados, extravagante muestra de planificación para una colonia reciente.

Los templos de la gran terraza que se encontraba dentro del límite sur de la ciudad corresponden en su mayoría al siglo V, pero el mayor de ellos, dedicado a Zeus Olympios, fue comenzado a finales del siglo VI. Su tamaño rivalizaba con el del gran Templo G (T) de Selinunte, cuya construcción ya había comenzado cuando se pusieron los cimientos del templo de Acragas, casi tres metros más ancho. Pero la planta y la construcción son bastante distintos, y un rasgo único es el uso de figuras gigantescas (telamones) como soportes estructurales para los muros externos de pantalla. Había templos más pequeños de finales del siglo VI cerca del templo de Zeus y del templo de los Dióscuros, y otro de la segunda mitad del siglo, situado también sobre la terraza sur (Villa Aurea). El templo de Atenea en la acrópolis es del 500 a.C. aproximadamente. Se han desenterrado también algunas casas arcaicas en la parte sur de la ciudad.

Dejando aparte la inevitable serie de cerámica corintia y ática en el siglo VI, hay también bastantes piezas de Rodas, fundamentalmente figuritas de arcilla y vasos en forma de figura. Existen algunas pruebas arqueológicas de una extensión de los intereses griegos en la rica tierra de Acragas durante el siglo VI. Es la época del famoso tirano Falaris, y del toro de bronce donde asaba a sus oponentes. Pero el apogeo de la ciudad no se alcanzó hasta el siglo V, cuando eclipsó totalmente a su metrópoli, Gela.

HIMERA. La expansión hacia el Oeste a lo largo de la costa norte de Sicilia quedó para las colonias calcídicas de los estrechos, y entre ellas Zancle había establecido una colonia en Hímera ya en el 649 a.C. Era un lugar fácilmente defendible, aunque no excesivamente dotado en recursos naturales —esto es, ni en tierra, ni en puerto—. Pero podía haber sido un puesto útil para el comercio occidental, y había de ser un reto para los fenicios de la parte oeste de la isla. Vio la derrota de los cartagineses en el 480, y fue arrasada por ellos en el 408. El lugar ha dado alguna cerámica de finales del siglo VII, cuando se construyó el primero de un pequeño complejo de templos, pero las excavaciones se han dedicado principalmente al templo construido para conmemorar la victoria del 480.

LÍPARI. Las islas Lípari habían sido visitadas por griegos micénicos, y con toda certeza atrajeron de nuevo la atención griega tan pronto como se fundaron las nuevas colonias. Un signo temprano de interés es el aríbalo de fayenza (p. 138, lámina 12b). En la misma colección privada que este vaso y también, según se ha dicho, procedentes de Lípari, había cuatro figuras *ushapti* de fayenza egipcia. Su estilo es tardío y no fácilmente fechable, pero parece como si un egipcio, o un griego venido de Egipto, hubiese querido que su tumba estuviese bien provista de los objetos habituales en aquel país. Pero cuando los griegos llegaron a Lípari la acrópolis había estado sin ocupar durante unos veinte años, como demuestran los hallazgos. Se estableció una colonia en la década del 570, por cnidios y rodios que, dirigidos por Pentathlos, acababan de fracasar en su intento de establecerse en Sicilia occidental, concretamente en Lilibeo, ante la resistencia de los fenicios. En excavaciones recientes hechas en la acrópolis y los cementerios de Lípari ha aparecido cerámica de los primeros años de la colonia, principalmente corintia y griega oriental.

VELIA (Hyele). La última de las colonias del sur de Italia fue fundada aproximadamente en el 535 por los foceos, cuyas desgraciadas andanzas tras la destrucción de su ciudad por los persas merecerán nuestra atención más adelante. Posidonio está unos cuarenta kilómetros al norte de Velia, y la ciudad mayor parece haber favorecido una empresa que poco podía amenazar a su poder. El pequeño emplazamiento fortificado sobre una colina ha sido ya explorado, y ha dado cerámica de los primeros años. Las desembocaduras de los ríos que vertían sus aguas a ambos lados de la ciudad ofrecían sendos puertos.

Griegos e indígenas en Sicilia e Italia

La tradición griega sobre los nativos sicilianos era muy simple. Estos, los sículos, habían invadido la isla desde Italia en algún momento del siglo XI, y habían expulsado a los sicanos que encontraron hacia el centro y el Sur. El relato arqueológico es algo distinto, porque, si hubo invasiones, poco impacto causaron sobre una cultura que en lo principal tenía más en común con el Egeo griego que con Italia. La única población italiana de esta zona está representada por los «ausonianos», que vivían en las islas Lípari y en Sicilia, en Milazzo-Mylae quizá, hasta la llegada de los griegos al Occidente. En los años trastornados del comienzo de la Edad del Hierro, los sículos se agruparon, con fines de protección, en grandes comunidades. Una de las mayores se encontraba en Pantálica (al oeste de Siracusa), quizá la antigua Hybla, sede del rey Hyblon con quien trataron los griegos. Cuando éstos llegaron, la cultura sícula se había limitado quizá a admitir cerámica pintada junto a los tipos lisos con incisiones. Tenían cierta habilidad para trabajar el bronce, y enterraban a los muertos en cámaras cortadas en la roca, muy numerosas en las laderas cercanas a todas las ciudades sículas. Casi todos los lugares escogidos por los griegos para sus colonias habían sido ocupados por sículos, y en todos los casos estos últimos parecen haber sido expulsados. Hyblon fue lo suficientemente amistoso con los megarenses como para mostrarles una patria, pero su capital no sobrevivió durante mucho tiempo. Y cuando, en los siglos VII y VI, las colonias em-

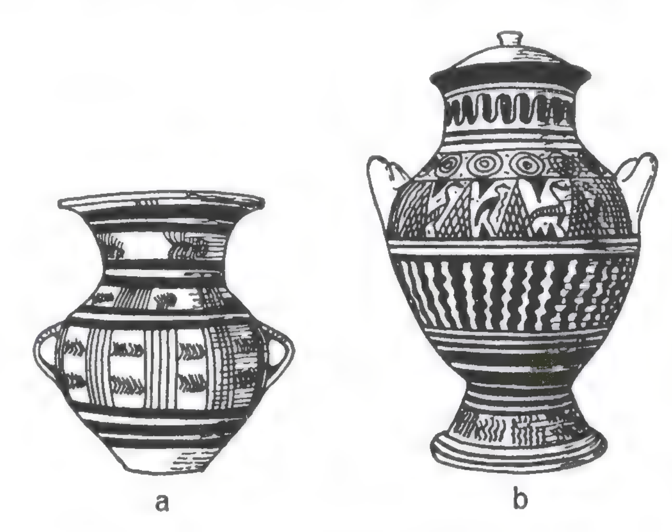


Fig. 59. a) *Vaso de Leontinos.* b) *Vaso de Vulci.*

pezaron a expansionarse haciendo nuevas fundaciones, siempre fue a expensas de las comunidades sículas.

El impacto de las ideas y la cultura griega fue inmediato. Encontramos vasos griegos en muchos emplazamientos sículos cercanos a las primeras colonias, y también a menudo vasos que son indígenas por su forma pero griegos por su decoración (fig. 59a). Allí donde ésta es figurativa, parece desde luego como si hubiera sido pintada especialmente por griegos para sus vecinos sículos. Los indígenas también aprendieron de los griegos a hacer figuri-

tas de bronce y arcilla, en las que se revela una interesante mezcla de estilos, y su trabajo del bronce en particular fue estimulado y fomentado por los griegos. Adoptaron una forma del alfabeto calcidio. Otra cosa es saber si debemos admitir la posibilidad de que familias griegas viviesen en las aldeas sículas, pero es cosa probable en un lugar. Se trata de Grammichele, al oeste de Leontinos. Los pueblos allí situados recibían mercancías griegas desde el momento mismo de fundarse las colonias sobre la costa, pero desde el 600 en adelante tenemos algunas pruebas de santuarios y tumbas de un tipo enteramente griego, como también de tumbas indígenas que a veces contienen vasos griegos. Por consiguiente, pudo haber existido aquí una pequeña comunidad griega admitida entre los sículos.

En cualquier caso, está claro que, en la mayoría de los sitios, griegos y sículos se entendieron bastante bien, aunque sólo dentro de la relación de amo y esclavo (había una esclava sícula en la Itaca de Homero). Los indígenas sopesaban su nueva prosperidad, traída por los griegos, a cambio de los lugares y la tierra que habían perdido frente a ellos, y en general estaban satisfechos —o, al menos, tenían mala memoria—. A mediados del siglo v hubo un movimiento nacionalista sículo, pero para entonces los indígenas habían sido casi completamente helenizados.

Cabría esperar alguna influencia indígena en el ámbito de la religión o las costumbres sobre los recién llegados griegos, con los cuales deben haberse producido matrimonios mixtos. Se ha sugerido que la ubicación de algunos de los santuarios extramuros de las colonias griegas estaba dictada por lugares de culto indígena preexistentes, pero si es así no pasó de ello, porque los dioses fueron siempre griegos y nada cedieron en atributos o función a las creencias nativas. Una importante concesión a los usos sículos fue la adopción en algunas ciudades de pesos para sus monedas que se ajustaban a los patrones tanto griegos como indígenas. Oímos hablar de un Sikelos y un Sikanos que trabajaban en el barrio de los ceramistas de Atenas al final del siglo VI, pero estos individuos no fueron necesariamente esclavos sicilianos. En Occidente los griegos nada tenían que aprender, y sí mucho que enseñar.

En Sicilia central, los griegos de Gela y Acragas hubieron de tratar con los sicanos, menos conocidos arqueológicamente pero más beligerantes que los sículos según las fuentes literarias. En el curso de los siglos VII y VI parecen haber sido destruidos o tomados varios poblados indígenas de esta zona.

En Italia del Sur la historia es muy semejante, pero el carácter arqueológico de los indígenas hallados por los griegos —yapigios, enotrios, etc.— está menos claramente definido. No obstante, aquí también penetraron rápidamente las mercancías y las ideas griegas. Cerca de Locri, como en Sicilia, había griegos decorando vasijas para los nativos alrededor del 700 a.C. Sólo en Apulia (el «tacón» por encima de Tarento sobrevivió durante largo tiempo como estilo independiente y floreciente la tradición de formas indígenas, aliada a dibujos geométricos griegos. Las rutas a través del «empeine» de Italia meridional son particularmente ricas en hallazgos griegos —sobre todo las vasijas de bronce de tipo espartano, del siglo VI—, que atraían la atención de los indígenas antes de poder llegar hasta las colonias griegas de la costa occidental y desde allí quizá a Etruria. En Torre Galli, cerca de Hiponio, parece como si hubiera habido griegos en la aldea indígena, y esto aconteció probablemente mucho más a menudo de lo que pueden llevarnos a suponer los datos arqueológicos. En la ciudad situada junto al santuario de Apolo Alaios, sobre el promontorio de Crimissa entre Sybaris y Crotona, quizá existió otra comunidad mixta. El santuario fue utilizado por griegos en el siglo VII, y se construyó allí un templo dórico, quizá antes de terminar el siglo VI.

Más al Norte, en Cumas y Posidonia, los indígenas hallados por los griegos pertenecían mucho más estrechamente a las culturas apeninas de Italia central. También aquí los productos y la influencia griega penetraron rápidamente. Nápoles (Parténope) ya había sido colonizada por rodios hacia el 650, a juzgar por los hallazgos publicados; y antes de terminar el siglo VI hubo otros asentamientos en Puteoli (fundada por samios refugiados en el 531) y Pompeya, donde había un pequeño templo dórico y llegó cerámica griega desde el 550. En Roma hay cerámica eubea y corintia dentro de los cincuenta años siguientes a la fecha legendaria de su fundación por Rómulo en el 754-3. Las importaciones continuaron, y a principios del siglo V artistas griegos decoraron allí el templo de Ceres; pero en esta zona, y hacia el Norte, en Etruria, la influencia y la llegada de los griegos determinaron cambios profundos que será mejor estudiar por separado, más adelante en este mismo capítulo.

El arte de las colonias griegas occidentales

Ya se han mencionado en las observaciones sobre cada ciudad las principales importaciones de las colonias occidentales, y basta aquí con resumir el tema. Desde el comienzo hubo una gran demanda de cerámica corintia, aunque pueden detectarse estilos eubeos en los primeros tiempos de las colonias eubeas. Para mediados del siglo VI los vasos áticos sustituyeron a los corintios. Pero fue una

victoria de los artistas, más que de los mercaderes, y la colonia corintia de Siracusa resistió el cambio de moda durante cierto tiempo. Los vasos griegos orientales viajaron muy lejos, aunque en pequeña cantidad salvo en cuanto respecta a la fundación rodia de Gela, donde la popularidad continuada de tipos todavía más sencillos sugiere un suministro continuo desde la metrópoli. Creta sólo está representada en los primeros años de las colonias eubeas, y en su propia fundación conjunta de Gela. Los vasos espartanos llegan en gran cantidad a la espartana Tarento, y hay unos pocos en otros emplazamientos. Los marfiles del tipo descubierto en los santuarios del Peloponeso aparecen también en la Siracusa corintia, y Corinto puede haber traído los vasos espartanos más triviales que se encuentran en Sicilia. Etruria poco podía ofrecer por vía de arte, pero unos pocos vasos llegaron a las ciudades griegas, especialmente las situadas cerca, en Campania y Selinunte, que siempre estaban dispuestas a confraternizar con los bárbaros. En otros materiales, existen en Selinunte y Siracusa bellas lámparas de piedra de finales del siglo VII y principios del VI, procedentes de las islas griegas, y algunas piezas de estatuaria arcaica en mármol. A partir de comienzos del siglo VII, las colonias sicilianas recibieron baratijas y vasos para perfume de fayenza. Objetos posteriores de fayenza pueden proceder de Rodas, Egipto (Naucratis) o Fenicia. Entre las verdaderas importaciones orientales hay sellos del Oriente Próximo traídos por los eubeos a sus primeras colonias en Occidente, y mucho después algunos vasos de alabastro.

Los primeros asentamientos griegos en el Oeste necesitaban ser autosuficientes. Allí donde podían, se hacían sus propias vasijas en estilos semejantes a los de la patria, y su arquitectura y otras obra de arte copiaban formas recordadas o traídas por sus artistas. Prácticamente no se trataba de adaptar esas formas griegas al uso indígena, aunque era necesario hacer algunas concesiones a los distintos materiales disponibles. No obstante, las colonias más florecientes llegaron a desarrollar estilos y gustos individuales con independencia entre sí y respecto a la metrópoli. Entre los nuevos colonizadores procedentes de Grecia había artistas, y el flujo de importaciones les mantenía en contacto con las modas griegas. En esta medida, el arte colonial es una simple extensión del arte griego, y podría haber evolucionado como lo hizo en cualquier otra parte del mundo antiguo donde no hubiera un arte indígena de calidad suficiente como para invitar a la imitación. Mencionaré aquí solamente los productos del Occidente griego que delatan cierta originalidad de gusto e independencia respecto de las formas entonces corrientes en las metrópolis griegas.

La mayor parte de la cerámica fina decorada que utilizaban los griegos occidentales era importada, pero hay también algunas pruebas de escuelas locales. Las vasijas funerarias (cráteras como las de la fig. 53, p. 175) de Pithekoussai son productos locales de artistas eubeos, y en Cumas, durante la primera parte del siglo VII, algunos ceramistas locales produjeron copias muy buenas de vasos corintios, imitando la arcilla pálida mediante el uso de un delgado engobe cremoso. En Sicilia se trabajaba un poco para los indígenas, pero hacia mediados del siglo VII, más antes que después, se experimentó con un estilo «orientalizante» de silueta. En Siracusa la inspiración parece argiva, pero hay estilos conexos en Gela y Leontinos, así como un distinguido estilo polícromo en Mégara Hiblea. La famosa crátera firmada por Aristonothos, que llegó a Caere, en Etruria, puede ser de la misma familia. Muestra una batalla naval, y a Odiseo con sus compañeros cegando a Polifemo (Cíclope). Estas escuelas no tienen sucesores a finales del siglo VII. En el VI, sólo merecen una mención marginal las imitaciones aisladas de figuras negras, pero hubo un importante taller que floreció durante la segunda mitad del siglo. Este taller produjo las vasijas «calcidias» (como en la lámina 16a), llamadas así por el estilo de las letras de sus inscripciones. Su pintura delata la influencia de Corinto, Atenas y, en parte, de Grecia oriental; pero los artistas no eran meros copistas, y produjeron un tipo que en sus mejores ejemplares rivaliza con los mejores vasos áticos en finura y composición, y que quizá los supera en el efecto decorativo general. Los hallazgos están distribuidos casi a partes iguales entre Etruria y Regio (la colonia calcídica), y existen unos pocos en otras ciudades griegas occidentales, pero sólo en Esmirna dentro de la Grecia egea. Su calidad está muy por encima de cuanto hicieran los griegos en Etruria, y tienta a suponer que los primeros pintores de la escuela aprendieron su arte en Grecia, quizá en Calcis, aunque poco hay allí o en otros puntos de Eubea que sugiera que pudiese ser la cuna de tan excelentes artistas. Es probable que trabajasen en el propio Regio. Tras ellos no hay nada digno de mención hasta que los pintores áticos inmigrantes establecieron talleres de vasos de figuras rojas en Italia meridional, a mediados del siglo V.

En su arquitectura, los griegos occidentales —la mayoría de origen peloponésico— preferían el orden dórico. Los templos muestran a menudo en sus detalles un considerable retraso respecto de sus modelos de Grecia continental, pero había también arquitectos ambiciosos y originales en Occidente. Con todo, algunos de los rasgos más infrecuentes del dórico occidental deben atribuirse a la influencia de formas decorativas jónicas: la elaboración del colla-

rino en algunos capiteles, las acróteras, las balaustradas sobre los altares, las columnas enteras de Posidonia. Puede ser que las plantas «bifrontes» de los grandes templos de Siracusa y Selinunte deban algo a los templos jónicos anteriores de Samos y Efeso, y desde luego el templo jónico inconcluso de Siracusa se inspiraba en ellos. La mayor parte de los edificios occidentales primitivos y muchos de los posteriores se distinguen especialmente por los revestimientos de arcilla pintada que recubrían o protegían las partes en madera del tejado y los hastiales. Los modelos de dichos revestimientos son corintios, pero en Sicilia se elaboró el tipo de una manera que no se encuentra en Grecia y que puede considerarse enteramente siciliana en su desarrollo, si no en su invención.

Los griegos occidentales carecían de buen mármol para sus esculturas, y tenían que usar las piedras locales más toscas, o volverse más a menudo hacia las grandes obras en arcilla. Las escasas estatuas arcaicas de mármol descubiertas en Sicilia y en puntos de Italia meridional fueron todas importaciones del Peloponeso, Atenas y Grecia oriental. En Sicilia hubo una escuela antigua, alrededor del 600 a.C., que hacía esculturas en el estilo griego arcaico «dedálico», utilizando piedra caliza blanda. Pero los mayores logros se hicieron en la escultura arquitectónica, y los relieves-metopas del Heraion junto al Sele (Posidonia, cf. lámina 14a) y Selinunte narran la historia de la escultura occidental desde comienzos del siglo VI. Su estilo tiene mucho en común con ciertos ejemplos del Peloponeso, pero por lo general los artistas fueron lentos en admitir el rápido desarrollo que caracteriza al siglo VI en la propia Grecia, y quizá eran conscientemente arcaizantes. Hay una ocasional «soltura» de estilo y un toque de realismo que marca también su trabajo como provinciano, aunque nada inferior por ello. Hay algunas escuelas locales menores que trabajaban dentro de un estilo más primitivo, como la que produjo la notable diosa amamantando gemelos descubierta en Mégara Hiblea (lámina 14b). Son quizá algo anteriores dentro del siglo VI las tres figuras descubiertas en un pequeño altar-fuente al este de Acragas (en Montechiaro), uno de los pocos ejemplos conservados de estatuaria en madera del período arcaico.

Para las obras menores en arcilla (figurillas y otros objetos votivos), los modelos más frecuentemente copiados son también corintios, pero pronto aparecen escuelas y tipos locales distintivos. Los pequeños altares de arcilla con relieves en los lados (lámina 18b) representan un tipo desarrollado por completo en Occidente y casi desconocido en la propia Grecia. En Gela hubo una moda de féretros de arcilla con molduras arquitectónicas jónicas en relieve. Durante las últimas décadas del siglo VI se admite más influencia griega oriental, y hay algunas obras notables, especialmente en Italia meridional, mientras que en Tarento hubo una escuela importante de coroplastas cuyo trabajo más antiguo dentro de un estilo enteramente individual nos retrotrae casi hasta el 600 a.C.

Hubo una producción limitada de bronces en Occidente. A finales del siglo VI se fundaron talleres en Italia meridional, aunque las recientes pretensiones en favor de las ciudades calcidias parecen de algún modo exageradas. En particular, Locri y Tarento parecen haber fabricado vasijas finas de bronce y espejos con apliques de figuras, y se han hecho uno o dos buenos hallazgos en Sicilia. De Grumento, cerca de Metaponte, procede una figura ecuestre de bronce (lámina 18c) —actualmente en el Museo Británico— que sin duda se hizo en alguna parte de Occidente antes del 550 a.C. Pero todo el problema de la identificación de escuelas locales de broncistas se complica por la presencia de importaciones, en su mayor parte del Peloponeso, y por nuestra falta de conocimientos sobre Sybaris, que probablemente fue un importante centro artístico en su momento.

Nada sabemos de nombres de artistas en Sicilia e Italia meridional. Uno que trabajó efectivamente en Occidente es el escultor Pitágoras, que vino de Samos poco después del 500 a.C. Las costosas ofrendas hechas en los santuarios griegos por los tiranos y reyes occidentales son obra de artesanos griegos en su tierra natal. El santuario de Zeus en Olimpia era el lugar obvio para las ofrendas de Occidente. Sobre la terraza de los tesoros —los pequeños edificios en forma de altar dedicados por los estados griegos— la mitad de los edificios eran ofrendas de colonias occidentales: Gela, Metaponte, Sybaris, Selinunte, Siracusa. La mayor parte de ellos se construyeron en el siglo VI, y el primero, correspondiente a Gela, está decorado con elaborados revestimientos de arcilla al estilo siciliano. Valdría la pena considerar si el tesoro «megarense» no fue originalmente una ofrenda de la Mégara siciliana, adoptado por la metrópoli tras la destrucción de la colonia. Sin duda, la colonia era mucho más rica que la metrópoli cuando el tesoro fue construido y decorado con esculturas y revestimientos en los que los expertos han detectado rasgos sicilianos.

La moneda

Algunas colonias empezaron a hacer su propia moneda de plata a mediados del siglo VI, y otras siguieron pronto su ejemplo. La plata pudo haberse obtenido de España —de hecho, dos de las

primeras ciudades en acuñar (Hímera y Selinunte) están bien situadas para el comercio occidental— o de Grecia. Las monedas griegas solían reacuñarlas en las cecas coloniales. La elección de patrones de peso venía determinada por el uso habitual y por la conveniencia del comercio, pero las fuentes de algunos patrones en uso distan mucho de estar claras todavía, y por lo que respecta a las fechas de las monedas suele haber pocos puntos de apoyo fuera de su estilo.

Las colonias eubeas utilizaban un patrón ligero que podía relacionarse fácilmente con otros patrones griegos y con los usados en Etruria y, según parece, por los síulos. Las divisas suelen tener algún significado. En Hímera («día», alba), un gallo; en Naxos (vinatera), la cabeza de Dionisos y uvas; en Zancle, un delfín jugando en su puerto en forma de hoz (lámina 19b). Siracusa tardó en acuñar (alrededor del 520), lo mismo que tardó en abrir su mercado a otros vasos fuera de los corintios. Eligió el patrón ático, que podía fácilmente ajustarse al uso síulo indígena, como había hecho Selinunte para sus monedas que llevaban el emblema alusivo de una hoja de perejil (lámina 19b).

Las ciudades aqueas de Italia meridional empezaron a acuñar según el patrón corintio a partir de mediado el siglo VI. Eligieron, o inventaron, un tipo infrecuente de moneda, en el que la divisa que aparece en relieve en el anverso se repite invertida en el reverso, en entalle y a menudo simplificada. Este estilo no se encuentra en la propia Grecia, pero en Occidente Regio, Zancle y también Tarento lo adoptaron para algunas emisiones. Hay bellos ejemplos de Metaponte, con una espiga como divisa (lámina 19c); y hay un reflejo interesante de la sumisión de Sybaris a Crotona tras el 510 en las monedas que llevan las divisas de ambas ciudades (el trípode de Crotona y el toro de Sybaris). El mismo estilo de moneda se acuñó en Posidonia, pero aquí siguiendo el patrón «fenicio», que también se encuentra en Cumas y parece haber sido extendido allí y en el sur de Francia por griegos orientales.

Los griegos y los etruscos

El problema de los orígenes de los etruscos ha tenido en jaque a los expertos desde hace varias generaciones, y es probable que siga haciéndolo durante muchos años. Por fortuna, no es preciso abordarlo aquí, pero hay que aclarar que el relato subsiguiente de la Etruria primitiva no es el único posible, aunque está bien fundamentado por varios estudios recientes. Dicho en pocas palabras, parece ser que al comienzo de la Edad del Hierro, quizá hacia el

1000 a.C., se estableció en Etruria un pueblo inmigrante venido de la costa occidental de Asia Menor, puesto en marcha tanto por los trastornos que marcaron el fin de la Edad del Bronce egea (a los cuales pudo haber contribuido) como por otras dificultades. Allí encontró tierra de labor adecuada y recursos minerales. Su lengua no era del tipo «ario» indoeuropeo, pero su cultura se vio muy afectada por la de Italia a finales de la Edad del Bronce; admitió rasgos de las culturas de Europa central, y sólo raras veces —como en las costumbres funerarias— siguió fiel a su remoto hogar oriental. Aproximadamente por las mismas fechas se estableció en Roma y en las colinas Albanas otro pueblo venido del Este, pero de una rama diferente. Los romanos y latinos (como en Preneste) compartieron la cultura de Etruria en esos años; sus registros arqueológicos e históricos se suelen presentar unidos, quizá equivocadamente.

Antes de terminar el siglo VIII, la cultura etrusca se vio totalmente transformada por la intrusión de objetos y técnicas «orientalizantes». Para algunos, este parece ser el momento en que los inmigrantes del Este se establecieron en Etruria, pero los nuevos rasgos «orientalizantes» no se derivan de ningún centro oriental único, y comparten la misma gama y variedad de los ragos orientalizantes aceptados por Grecia algo antes y que ya analizamos en el capítulo 3. Aparte de esas nuevas formas orientales, observamos también bastantes geométricas griegas. Su fuente es fácil de adivinar, porque las primeras colonias griegas en Occidente se habían situado deliberadamente en una posición singularmente favorable para el comercio con Etruria, en Pithekoussai y Cumas. Etruria admitió a la vez lo oriental y lo griego, y vale la pena preguntarse si no tomaría ambas cosas de una misma fuente. Los griegos de Pithekoussai y Cumas eran eubeos, el mismo pueblo que había abierto el Oriente al mundo griego casi un siglo antes. Los etruscos eran un pueblo rico, pero artísticamente inmaduro y empobrecido, por lo cual se convirtieron en consumidores bien dispuestos y receptivos para cualquier cosa exótica que los eubeos pudiesen traerles: en pequeña medida las formas del arte geométrico griego, y en gran medida las maravillas del Oriente, el oro, la joyería y los bronces.

Si esto es cierto, la fase orientalizante de la civilización etrusca se debe en gran parte al comercio con los griegos. En efecto, se vieron expuestos a las mismas formas y técnicas artísticas nuevas del mundo oriental que se habían presentado a los griegos. La diferencia entre las reacciones de ambos pueblos es una medida de sus diferencias de talento y originalidad. Los griegos eligieron, adaptaron y asimilaron hasta producir una cultura material enteramente griega, a pesar de toda la inspiración superficial suministrada por

el Oriente. Los etruscos aceptaron todo cuanto se les ofreció, sin discriminación. Copiaron —o pagaron a griegos o quizá a orientales inmigrantes para que copiasen—, con escasa comprensión de las formas y temas utilizados como modelos. Hicieron trabajar su oro en extravagantes pastiches de joyería oriental, y dieron a los griegos el metal que querían a cambio de poco más que las cuentas brillantes con las que se supone que los mercaderes suelen deslumbrar a los indígenas. El resultado fue el «arte etrusco»: esa ostentosa mezcla de gusto griego, oriental y bárbaro que todavía puede impresionar o inspirar a quienes no consiguen comprender los logros más controlados del arte griego.

No podemos determinar qué parte pudieron haber desempeñado los comerciantes orientales en la importación de objetos orientales a Etruria, pero es probable que haya sido leve una vez establecidos los griegos en Cumas, y sólo tras la fundación de Cumas comienza realmente la fase orientalizante de Etruria.

Es imposible evaluar aquí todo el efecto del arte oriental en Etruria, pero hay algunas cosas que pueden ilustrar la parte desempeñada por los griegos como intermediarios. Los sellos del Oriente Próximo de finales del siglo VIII pueden seguirse a través de Pithekoussai hasta Etruria. Otro tanto sucede a través de Cumas con los calderos de bronce de tipo oriental, con apliques en forma de cabeza de toro o sirena. Otros bronces orientalizantes, calderos y un cuenco de Etruria (en Preneste y Capena) proceden de un taller oriental que parece haber estado establecido en Grecia durante cierto tiempo, probablemente en Creta (véase pp. 76 ss.). Hallamos vasijas cretenses en las tumbas primitivas de las colonias eubeas, tanto en Pithekoussai como en Cumas, y pudo haber algún tráfico de vuelta sobre la base de pequeños bronces etruscos o itálicos llevados a Creta durante estos años. En una tumba de Cumas hay un caldero más sencillo, del tipo de los excelentes bronces de Etruria.

Sin embargo, nos interesan más directamente: 1) las importaciones griegas de Etruria; 2) los datos sobre griegos que trabajaban y vivían en Etruria, y 3) la influencia de modelos griegos, más que orientales, sobre el arte etrusco.

1. Ya hemos señalado las escasas vasijas que demuestran un comercio precolonial. Una vez fundadas las colonias eubeas, tanto los vasos eubeos como los corintios se abrieron paso hasta Etruria. Los vasos corintios siguen llegando a lo largo del siglo VII, junto con un número creciente de griegos orientales. El siglo VI presencia el comercio más intenso, cuando los finos vasos áticos van ganando gradualmente el mercado a los corintios. Pero los vasos áticos no eran transportados por atenienses, ni tampoco los corintios fueron

transportados necesariamente por barcos corintios. Las marcas de los comerciantes escritas en las bases de las piezas delatan manos jonias, y gran parte del transporte lo hicieron probablemente foceos, quienses u otros del Egeo oriental. De hecho, no se llevó mucha cerámica griega oriental fina a Etruria —sólo algunos objetos quienses y rodios de finales del siglo VII y del siglo VI—, aunque más tarde se harían populares los frascos en forma de figura. Entre los otros vasos, sólo merecen mención la moda de copas espartanas a lo largo del segundo y tercer cuarto del siglo VI, así como el gusto por los vasos «calcidios» (véase p. 199) en su segunda mitad, y



Fig. 60. *Anfora y* kyathos *nicosténicos de Atenas.*

(transportados por sus contenidos) los cántaros de vino quienses y áticos de aceite. Los ceramistas griegos observaron cuidadosamente el gusto etrusco. Antes de mediado el siglo VI, corintios y atenienses se unieron, con gran deleite etrusco, para hacer relatos coloristas sobre sus cráteras (recipientes para mezclar vino) y las llamadas ánforas tirrenas respectivamente. Las inscripciones que aparecen bajo las figuras de estas últimas no siempre tienen sentido, pero no

era probable que el comprador etrusco lo notara. Después de mediado el siglo VI, cuando los vasos áticos habían conquistado el mercado, el ceramista Nicóstenes empezó a producir algunas formas de vasos (un *amphora* y cazillos o *kyathoi*: fig. 60) familiares para los etruscos en el *bucchero* indígena liso, pero decoradas con las figuras áticas de costumbre. Este tipo de inventiva aseguraba un mercado activo. Puede suceder también que vasos con escenas particulares fueran seleccionados para este mercado occidental; por ejemplo, las que muestran a Eneas rescatando a Anquises de Troya, tema de relevancia occidental.

2. En cuanto a los testimonios de griegos que trabajaban y vivían efectivamente en Etruria hay incluso una indicación literaria, en Plinio. Un tal Demarato, noble corintio, emigró a mediados del siglo VII, en un momento de crisis política en su patria, y se estableció en Etruria, en Tarquinia, donde contrajo matrimonio con una dama local y mantuvo su próspero negocio. Trajo con él a un pintor y tres modeladores de arcilla, que introdujeron la nueva técnica de la estatuaria en arcilla en Etruria.

El trabajo o la influencia griega aparecen ante todo en la cerámica. Hay en Etruria vasos geométricos de finales del siglo VIII y comienzos del VII cuya forma y decoración siguen siendo griegas, aunque desde luego no son importadas de Grecia ni necesariamente de las colonias griegas. Ejemplos importantes son las cráteras usuales de Vulci (fig. 59b, p. 195) y Bisenzio, que parecen ser obra de artistas eubeos establecidos en Etruria. Otros vasos pintados de formas locales no griegas quizá fueron también hechos por griegos, pero se hace difícil establecer aquí la separación. Los pintores etruscos deben haber adoptado rápidamente las técnicas y los esquemas decorativos, y durante más de cien años todos los vasos pintados en Etruria son probablemente obra de artistas locales.

Tras la mitad del siglo VI, la «diáspora» jónica llevó a muchos artistas griegos orientales a la búsqueda de nuevos hogares. Algunos fueron a Etruria y abrieron talleres para abastecer a un mercado cuyo gusto por la cerámica artísticamente decorada estaba ya muy desarrollado; y fue éste también, sin duda alguna, el período más activo del comercio griego oriental a través de Sybaris. Pintores de figuras negras de la escuela «clazomenense» produjeron en Etruria dos series de vasos que admiten algunos motivos locales y mucha influencia de los estilos áticos populares. Son las ánforas llamadas del «grupo de Northampton», de la década del 530, y los «*dinoi* campanienses» que las siguen. La producción de los mismos artistas, o por lo menos de artistas de las mismas escuelas, puede seguirse en Grecia oriental y en Egipto (véase pp. 148 y s.), y fue llevada hasta las ciudades griegas del Mar Negro. Aproximadamente de esta fecha es otro grupo de vasos, todos ellos con idéntica forma, hechos ciertamente en Caere: las «hidrias ceretanas» (como en la lámina 11). Su pintor tenía un vivo sentido del humor y un gusto para el empleo efectivo de colores dentro de una técnica que era básicamente de blanco y negro. Los elementos de su estilo son jónicos y corintios, pero lo más impresionante es su individualidad. No tuvo seguidores. La propia Caere parece haber sido tan concienzudamente adoptada por los griegos (para ellos Agylla) que era parcialmente una ciudad griega, y monopolizó la importación de las ánforas especiales de Nicóstenes.

Otro campo donde podemos sospechar el trabajo de artistas griegos es la pintura de tumbas. Algunos de los frescos que decoran las paredes de las tumbas etruscas parecen de estilo enteramente griego (lámina 15b), y el pintor de vasos «ceretano» puede incluso haber trabajado también en este medio. No hay material comparable en la propia Grecia, donde no se construían cámaras funerarias de este tipo, pero actualmente disponemos de puntos de comparación en las pinturas ejecutadas por artistas griegos orientales en Frigia y Licia (lámina 7b) y en la nueva tumba de Posidonia (lámina 15a).

3. La influencia de los artistas y el arte griego sobre los productos etruscos se observa con bastante facilidad. Los estilos eubeos, corintio geométrico y orientalizante primitivo, que se popularizaron tras la fundación de las primeras colonias griegas, fueron servilmente copiados por los artistas indígenas, que se sentían especialmente atraídos por el sencillo «motivo de metopa» realizable en masa con pincel múltiple.

Todos los estilos corintios fueron imitados en las vasijas «italo-corintias», que pueden seguirse por lo menos hasta mediados del siglo VI. Se copia la forma de las vasijas, así como todos los elementos de decoración abstracta y figurada, con uno o dos motivos más sugeridos por los bronces y marfiles orientales importados. La mezcla de motivos y la disposición de la decoración rara vez llega a la altura de la corintia. Los animales suelen ser caricaturas de sus modelos y se comportan de un modo no griego, con cuerpos desmembrados en las bocas. A lo largo del mismo período, Etruria desarrolló su propia cerámica negra lisa *(bucchero)*, admitiendo las formas griegas y la decoración impresa o moldeada de estilo griego y oriental.

A medida que los vasos áticos fueron sustituyendo a los corintios en los mercados, fueron a su vez copiados de modo relativamente pobre. Una clase, la mal llamada «póntica», admite más color y variedad. Puede haber sido inventada por griegos, pero más tarde

fue desarrollada por artistas etruscos influidos por los estilos áticos, jónicos y corintios tardíos. Y en el siglo v incluso la técnica de figuras rojas fue imitada, pintando primero las figuras en rojo en vez de dejarlas silueteadas en el fondo de arcilla de la pieza.

En la pintura funeraria los etruscos siguieron pronto las pautas griegas (véase anteriomente), distorsionando a menudo las proporciones o comprendiendo mal los temas, pero dotando a veces a sus obras de un vivo sentido del movimiento o de una amarga visión de la otra vida.

En cuanto al bronce, desarrollaron varios tipos —como acontece con las fíbulas— que fueron introducidos por los griegos, pero que no llegaron a hacerse tan populares en la propia Grecia. Su metalistería era de alta calidad, y dependía en grado variable de los modelos griegos para la forma de las vasijas (aunque algunas son fenicias o indígenas) o los apliques plásticos, generalmente inspirados en bronces del Peloponeso, a menudo espartanos.

Se dice que los compañeros de Demarato introdujeron en Etruria el modelado de arcilla, técnica que se convirtió pronto en una artesanía en que los etruscos se aproximaron a la habilidad de los griegos. La practicaban más, porque no tenían, o al menos no explotaban, canteras de mármol blanco fino para estatuaria como el que usaban los griegos. Por último, hay de observar que los etruscos aprendieron su alfabeto de los calcidios, y que el abecedario etrusco más antiguo está grabado sobre una pizarra marfil que imita una forma oriental.

A cambio, los etruscos nada tenían que ofrecer salvo materias primas. Algunas vasijas llegaron hasta las ciudades coloniales del Oeste, y unas pocas copas de *bucchero* se llevaron a título de curiosidad a la propia Grecia alrededor del 600. En el primer período de colonización un eretrio trajo de regreso a su patria un cinturón. En la acrópolis de Atenas se encontró un trípode de bronce del 500 aproximadamente, venido del taller de Vulci; hay coladores de bronce en Olimpia y Lindos (Rodas) y un aplique de bronce en Dedona. Olimpia es quizá el lugar más obvio para buscar cosas etruscas, y Pausanias dice que un rey etrusco fue el primer bárbaro en hacer allí una ofrenda. En Olimpia se encontró parte de una diadema de plata de mediados del siglo VII que parece ciertamente etrusca, así como fragmentos de escudos de bronce que pudieran serlo también. Las fíbulas de los tipos más populares en Italia no son necesariamente ofrendas importadas, o por lo menos no lo son en su totalidad. Incluso en el siglo v algunos objetos artísticamente valiosos llegaban a Grecia desde Etruria, por azar y no por vía de comercio.

A pesar de estas pruebas de dependencia cultural, las relaciones políticas entre griegos y etruscos empeoraron a partir de mediados del siglo VI. Los etruscos habían adquirido una considerable flota, y en el 540 se unieron a los cartagineses para expulsar a los foceos de los mares en Alalia. En el 524 atacaron Cumas, pero fueron derrotados; y cuando tuvieron que enfrentarse con la alianza latina contra ellos, descubrieron que había griegos en las filas de sus enemigos. La flota etrusca dominaba las aguas situadas al norte de los estrechos de Messina, y sólo las rutas de tierra firme conducentes a la Campania continuaban en manos griegas. Poco después del 500 el flujo de mercancías griegas a Etruria empezó a reducirse, pero para entonces los artistas formados en Grecia o griegos de Etruria podían proveer a todas las necesidades, y en cualquier caso pronto recuperarían los griegos el control de todos los mares.

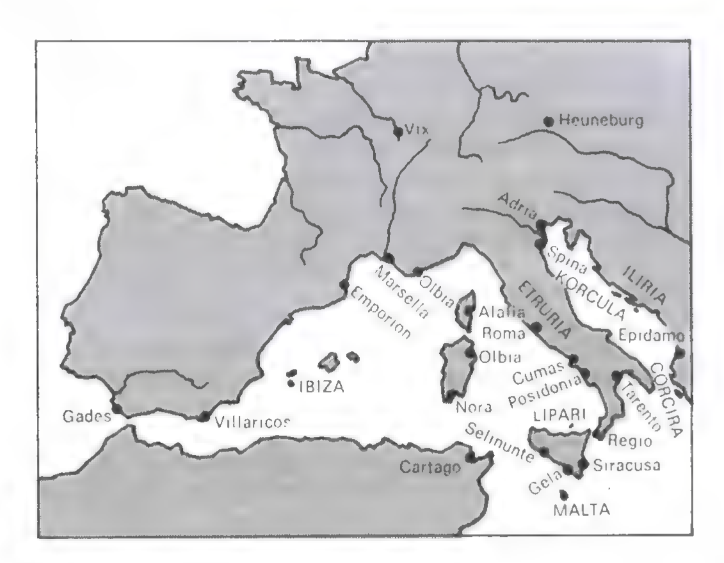
Los griegos y los fenicios

Los historiadores griegos antiguos creían que los fenicios habían precedido a los griegos en el comercio y la colonización del Mediterráneo occidental, y Tucídides dice que habían estado usando promontorios y pequeñas islas de la costa de Sicilia para comerciar con los indígenas hasta que la llegada de los griegos les empujó al extremo occidental de la isla. Pero los datos arqueológicos (de hecho, basta ver en un mapa las posiciones relativas de las ciudades griegas y fenicias) prueban que esto no era cierto. No hay nada en los lugares indígenas de Sicilia que sugiera comercio con los fenicios. Los primeros objetos extranjeros son griegos, y con ellos vinieron algunas de las baratijas orientales que los griegos utilizaban o distribuían.

Aunque pudo haber existido cierta actividad fenicia en el Oeste cuando los griegos empezaron a operar allí, no puede haber sido muy eficaz. Parece, ciertamente, que no hubo comunidades comerciales organizadas comparables a las primeras colonias griegas. Pero los fenicios tenían o adquirieron indudablemente algún interés por el comercio occidental, y decidieron salvaguardar y promover esos intereses mediante fundaciones coloniales al estilo de las griegas. Una atracción importante para los comerciantes del Mediterráneo oriental era el suministro de metal del Oeste, especialmente de estaño. La principal fuente de estaño era probablemente Inglaterra, incluso en tiempos bastante antiguos. Naturalmente, el comercio no era el único motivo de la colonización, pero si los fenicios sólo hubieran estado interesados en la tierra, poco sentido habrían te-

nido sus esfuerzos por desbancar a los griegos de las rutas importantes, al tiempo que despreciaban extensiones más próximas de buena tierra de labranza, como Cirenaica.

El estaño llegaba al Mediterráneo por dos caminos: *a)* por tierra firme a través de Francia, desde donde podía ser suministrada a los centros metalúrgicos de Etruria. Esta ruta fue la que primero interceptaron los griegos a través de las fundaciones eubeas de Pithekoussai y Cumas, salvaguardada por sus colonias en los estrechos de Messina, y más tarde explotada desde colonias en el sur de Francia. La otra ruta del estaño, *b)*, iba por mar hasta el sur de España, donde había otros importantes recursos minerales a conquistar, especialmente plata. Una vez en poder de los griegos las rutas comerciales a través de Etruria, bastante antes de terminar el siglo VIII, sólo quedó abierta la vía española, que los fenicios trataron de asegurarse fundando Cartago en el norte de Africa, ocupando el litoral occidental de Sicilia (que los griegos todavía no habían tocado) y estableciendo puestos en Cerdeña, las Baleares y la propia España.



Es probable que también los griegos hayan tenido interés en la ruta de España, pero los fenicios se anticiparon. Hay nombres de lugares en la zona de Cartago que tienen un marcado signo eubeo: una isla llamada Eubea, las islas Naxianas y Pithekoussai; estos últimos dos nombres son, como sabemos, de las primeras colonias eubeas en Sicilia e Italia respectivamente. Y también hay una indicación en el Antiguo Testamento de que Cartago estuvo en tiempos dentro de la esfera jónica *(Yavan)*. Quizá las excavaciones expliquen un día estos datos. La colonia fenicia más antigua parece haber estado en Utica, al noroeste de Cartago, pero los hallazgos locales no parecen apreciablemente anteriores. La propia Cartago fue asolada hasta sus cimientos por los romanos en el 146, pero ha dejado bastantes muestras interesantes para el arqueólogo. Los primeros depósitos fechables allí encontrados son vasos ocultos en el santuario de Tanit, que probablemente es uno de los primeros edificios. Muchas de las piezas son griegas de finales del siglo VIII, bien corintias o imitaciones de corintias como las hechas por los eubeos. En estas tempranas fechas, un depósito semejante de vasos griegos podría sugerir algún interés griego directo en la zona. Y son al menos difíciles de explicar aquí, en los primeros años de una colonia fenicia rival. Algunos vasos desperdigados en los cementerios de Cartago pueden ser todavía más antiguos, pero los primeros objetos fenicios de Cartago sólo pueden fecharse por su contexto con cosas griegas. Hasta ahora parece improbable que la ciudad fuese ocupada antes de la última parte del siglo VIII, esto es, después de las primeras fundaciones griegas en Sicilia e Italia meridional. Puede ser significativo también que algunos de los vasos más antiguos de Cartago estén decorados con pincel múltiple, técnica que sólo podía haber sido tomada de los griegos.

En Sicilia occidental los fenicios establecieron ciudades en Motya, Solus y Panormo (Palermo). Sólo Motya ofrece algo fenicio o griego evidentemente anterior al siglo VII. Durante este siglo las ciudades griegas de Sicilia se expandieron hacia el Oeste, con fundaciones en Hímera y Selinunte, en las fronteras del territorio fenicio, pero éstos disfrutaron de la cooperación con los nativos elimianos y retuvieron el control sobre esta parte de la isla.

Cabe suponer que las otras fundaciones fenicias del Mediterráneo occidental pertenecen también a este período. En Malta se ha descubierto una tumba que contiene dos vasos griegos —uno corintio y otro rodio de comienzos del siglo VII— junto con un soporte de lámpara chipriota, de bronce, y vasijas fenicias. En Cerdeña, concretamente en Nora, el primer dato puede ser una inscripción fenicia sobre piedra local, pero las comparaciones de Fenicia la fechan hacia el siglo IX, mientras la posibilidad de localismos en el alfabeto la sitúa unos tres siglos después. El primer vaso fechable encontrado en la isla es eubeo, de finales del siglo VIII. Los jonios pensaron más de una vez en emigrar a Cerdeña, cuando estaban sometidos a la presión de Persia, y no está nada claro si eran los

griegos o los fenicios los predominantes allí a comienzos del siglo VI. Olbia, en el Norte, puede haber sido un asentamiento griego, pero no ha dado nada anterior al siglo V. En las Baleares, Ibiza se dice haber sido fundada en el 654, pero tampoco hay aquí ningún hallazgo fechable con anterioridad al 600 a.C., y los primeros descubrimientos son griegos en gran parte. Se suponía que las islas habían sido colonizadas por los rodios en alguna época.

En el sur de España hay algunas pruebas de un puesto comercial fenicio en Sexi, lugar situado a unos 160 kilómetros al oeste

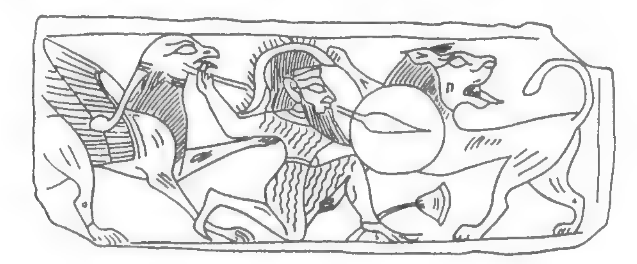


Fig. 61. *Placa de marfil de Carmona.*

de Villaricos. El pequeño cementerio fenicio, bien provisto de vasijas egipcias de alabastro más antiguas, que deben haber sido el objeto de lujo de los mercaderes, puede fecharse por sus vasos griegos hacia el 700.

Algunos marfiles fenicios o púnicos procedentes de lugares situados por el Guadalquivir arriba son del siglo VII, a juzgar por hallazgos del mismo tipo en Samos y por el hecho de que una de las figuras representadas lleva un yelmo de tipo griego que no se inventó hasta el 700 aproximadamente (fig. 61). Las jarras de bronce de forma fenicia encontradas en la misma zona aparecen también en Etruria, pero no son anteriores a mediados del siglo VII. De esta misma fecha puede ser la joyería fenicia de oro de Aliseda. Pero éstos eran los tiempos del «severo comerciante tirio» empujado hacia el Oeste por los «joviales griegos, los jóvenes y alegres señores de las olas», hasta

allí donde, bajando brumosos acantilados, entre sábanas de espuma, tímidos compradores, venían los morenos iberos; y en la playa deshacía sus embalados fardos

—aunque Arnold situaba el encuentro de tirios y griegos en el Egeo.

Está todavía sin determinar la prioridad de los intereses griegos o fenicios en el sur de España porque, frente a los del puesto fenicio de Sexi, hay hallazgos de cerámica griega del 700 aproximadamente y posteriores en el valle de Vélez, y los poetas griegos de esos años conocían las Hespérides y el Atlántico. El samio Kolaios, desviado bastante de su ruta a Egipto hacia el 638 a.C., atravesó los estrechos de Gibraltar («columnas de Heracles» para los griegos), visitó Tartessos (en la bahía de Cádiz) y regresó con una tal carga de plata que parecía haber descubierto un mercado nuevo, o al

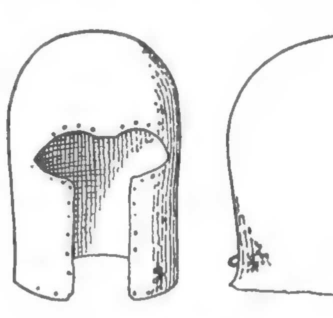


Fig. 62. *Yelmo de bronce de Jerez.*

menos no visitado en mucho tiempo o «inviolado», como dice Heródoto. Ya antes había ofrendas de «bronce tartesio» en Olimpia (648). Los focenses continuaron el comercio, estimulados por el rey indígena. En la década del 540 se vieron reforzados por sus conciudadanos, que habían sido expulsados de sus hogares por los persas y fueron a establecerse en Alalia, Córcega, fundada desde Marsella en el 565 aproximadamente. A juzgar por esta colonización en Marsella en el 600 y, más tarde, en Córcega (y quizá Cerdeña), los foceos evitaron la ruta norteafricana hacia el Oeste. En el sur de España hay varios indicios de comercio griego: un yelmo corintio en Jerez, hecho a principios del siglo VII (fig. 62), y otro del siglo VI procedente de Huelva; un prótomo de grifo en bronce de un caldero griego oriental de principios del siglo VI, y otras vasijas de bronce. La ruta puede seguirse a través de los bronces y cerámica del siglo VI en las Baleares; en los vasos corintios y áticos de comienzos del siglo VI descubiertos en Villaricos, lugar situado sobre la costa y a medio camino entre las Baleares y Gibraltar, y en la vasija de bronce (cuello y asa, fig. 63) encontrada en el distrito de Granada, que es griega oriental y puede fecharse alrededor del 600 o algo después. En las otras ciudades foceas de esta

costa, Hemeroscopion y Mainake, no se ha descubierto nada anterior al siglo v, y la localización de la primera de estas ciudades en la península de Ifach no es totalmente segura.

En el 540 los foceos provocaron una batalla naval con los cartagineses y etruscos, y aunque vencieron, sus pérdidas fueron tales que les obligaron a abandonar su colonia de Alalia. Desde allí se desplazaron a una nueva patria en Velia (véase la pág. 194). La lucha por el dominio de los mares occidentales continuó durante algunos años. Hay noticias de una victoria de los foceos de Marsella, y de un tratado entre Cartago y los etruscos que delimitaba sus esferas de interés. Para el 500, el comercio griego con Tartessos había terminado, y la colonia fenicia de Gades (Cádiz) marca el momento en que Cartago lo heredó.

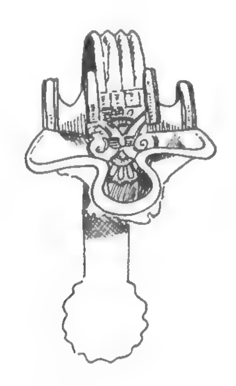


Fig. 63. *Asa y pico de una vasija de bronce de Granada.*

El choque entre griegos y fenicios había comenzado ya antes, en el siglo VI. En la década del 570 los rodios y los cnidios intentaron establecer una colonia en Lilibeo, un promontorio que dominaba la ciudad fenicia de Motya en Sicilia occidental, pero fueron expulsados y pasaron a Lípari. Más tarde, las ciudades fenicias e indígenas se helenizaron parcialmente, admitiendo más mercancías griegas, y en Segesta se construyeron templos arcaicos de orden dórico en un recinto sobre las ruinas de una aldea indígena. Parece que hubo un choque con Selinunte, pero la ciudad consideró por lo general conveniente mantenerse en buenas relaciones con sus vecinos, fenicios o indígenas. A continuación viene la batalla naval de los foceos en Alalia (540) y la subsiguiente pérdida griega de Córcega a los etruscos, y de Cerdeña a los cartagineses. Quedó cerrado el paso occidental directo a España, y Tartessos acabó siendo destruida. Fue entonces cuando un espartano, Dorieo, emprendió en el 514 la fundación de una colonia en Libia, en Kinyps, sobre la costa entre Cirene y Cartago, pero fue expulsado por los cartagineses e indígenas tras algo más de dos años. Los fragmentos de cerámica griega encontrados en Sabratha y Leptis Magna no indican una colonia griega, porque en la propia Cartago estaban llegando siempre objetos griegos fuese cual fuese el clima político. Dorieo pasó a Sicilia occidental, donde fundó otra ciudad en Heraclea (probablemente Trapani) junto al monte Erix, en territorio fenicio. Aquí fue acosado otra vez por fenicios e indígenas, y sucumbió. Algunos de sus seguidores escaparon, estableciéndose en Minoa, entre Selinunte y Acragas.

A principios del siglo v, Gelón, tirano de Gela, quiso vengar la muerte de Dorieo y abrir Africa al comercio griego. Poco conocemos de sus primeras campañas, pero en el 480 llegaron a su punto culminante. Había fortalecido su posición obligando a la mayor parte de los habitantes de Gela, Camarina y Mégara Hiblea a asentarse en Siracusa, que convirtió en su nueva capital. Sus rivales de Regio e Hímera invitaron a los cartagineses a enviar un contingente a Sicilia para derrocarle. Según parece, Selinunte se alió con sus vecinos fenicios. Llegó el contingente bajo el mando de Amílcar, acampó en Hímera y fue completamente derrotado por el ejército de Gelón. Se dice que en el mismo día en que Gelón liberó a Sicilia de la amenaza cartaginesa, la flota griega expulsó definitivamente a los persas derrotándolos en Salamina, y los griegos orientales y occidentales se salvaron de los bárbaros. La batalla de Sicilia fue conmemorada con nuevos templos —pagados con las indemnizaciones cartaginesas—, uno de los cuales se alzó en Hímera. Y Gelón acuñó unas monedas conmemorativas que se suelen identificar con un tipo (lámina 19a) que se sitúa entre los mejores ejemplos del arte numismático griego. En Delfos él y sus hermanos ofrendaron Victorias y trípodes de oro «por haber vencido a los bárbaros y extendido la amistosa mano de la libertad a todos los griegos».

Los griegos en Francia y el norte de España

Pasando a través de Francia existía una ruta hacia las islas británicas del estaño distinta a la que conducía al sur de España. En

la ruta meridional, los comerciantes griegos orientales —principalmente foceos, según parece— tenían que hacer frente a la competencia de los fenicios, y ni siquiera sus bases insulares de Córcega, Cerdeña y las Baleares eran seguras. Pero mientras Etruria fue amistosa pudieron mantener una línea costera segura hacia Francia y hacia la otra ruta del estaño donde los fenicios no operaban, o por lo menos no operaban con fuerza. Según su costumbre en otras zonas, salvaguardaron su comercio fundando colonias. Pero no fueron los primeros griegos en visitar esta costa.

Se han hecho hallazgos ocasionales de cerámica griega del siglo VII en el sur de Francia. Indican quizá comercio, pero desde luego no colonización, y desgraciadamente no podemos estar seguros de sus supuestas procedencias. Bien puede suceder que esta primera exploración tan al Norte fuese llevada a cabo por eubeos procedentes de Pithekoussai y Cumas; de hecho, esto es lo que cabría esperar, aunque dejasen para otros colegas griegos orientales la exploración más concienzuda de la zona. Parte de la cerámica primitiva atribuida a lugares del sur de Francia parece de tipo eubeo.

Sin duda, el punto más crucial se encontraba en la desembocadura del Ródano. Aquí, en las aldeas indígenas de Saint-Blaise y La Couronne, se ha encontrado cerámica griega de finales del siglo VII. Las piezas fechables más antiguas son corintias, pero la mayor parte es griega oriental, con algún ejemplar ático que llegó después de mediado el siglo VI, en Saint-Blaise. La comunidad griega creció aquí rápidamente, y pudo haber acabado tomando el lugar, aunque carezcamos de su nombre antiguo. Tampoco está claro qué griegos llegaron aquí primero en el siglo VII. Hay algunos testimonios literarios que indican una colonización rodia antes de la fundación de Marsella, probablemente en esta región y desde luego más allá a lo largo de la costa, en Rhode, en el norte de España. Desgraciadamente, no hay datos arqueológicos para precisar la fecha de fundación de Rhode. Algunas vasijas de bronce que pasaron por aquí hacia el 600 e inmediatamente después han sido llamadas rodias, pero su carácter griego oriental podría indicar igualmente algún otro centro como Samos, famoso por sus bronces, o incluso Focea, que es todavía una especie de incógnita en este período. En cualquier caso, bien pudiera haber sucedido que todos esos bronces llegasen después de haber fundado Marsella los foceos. Desde luego, los foceos fueron el pueblo más activo en estos alrededores después del 600, y una de esas mismas vasijas de bronce se ha descubierto en otro mercado foceo, al sur de España (fig. 63).

Los foceos fundaron Massalia (Marsella) al este de la desembocadura del Ródano, hacia el 600 a.C. La ciudad moderna ha estorbado las excavaciones, pero las oportunidades disponibles se han aprovechado bien, y los resultados —tratados con cautela— son de lo más revelador. La ciudad griega se encontraba sobre la colina situada al norte del Puerto Viejo. Se han hecho allí hallazgos como en Fort St. Jean (que ocupa el lado norte de la entrada al puerto) a comienzos de este siglo; y las demoliciones de la última guerra permitieron hacer excavaciones poco después cerca del malecón del Puerto Viejo, al este de Fort St. Jean.

Los hallazgos muestran que la ciudad recibió una notable variedad de importaciones de Grecia a lo largo del siglo VI. Además de las piezas corintias y áticas habituales, hay algunos ejemplares espartanos, etruscos y «calcidios». Hay mucha cerámica griega oriental, como cabría esperar, aunque poca sea rodia con seguridad. Se encontraron bellos vasos quienses, así como cántaros de vino de la isla. Los otros tipos son peculiares pero no fácilmente localizables. Hay vasos decorados con bandas de un tipo que se copió mucho localmente, y existe la cerámica del *bucchero* gris pálido. Este tipo es corriente en los estados septentrionales de Grecia oriental, y probablemente con razón se considera foceo por importación o copia cuando se le encuentra en Occidente. Es abundante en Marsella, y aparece siempre allí donde hay otra cerámica griega sobre la costa francesa. Son indicios de la prosperidad de Marsella a finales del siglo VI su acuñación relativamente prolífica y el hermoso tesoro de mármol construido por la ciudad en Delfos. Los capiteles palmiformes de las columnas de su pórtico son de un tipo encontrado antes en Focea.

Emporion, la actual Ampurias, es una fundación filial de Marsella en el norte de España. Está muy alejada de la ruta terrestre del estaño, y aunque puede haber servido para explotar los recursos metalíferos de los Pirineos, parece más acertado considerarla como un hito en la exploración focea del litoral. Un autor romano tardío, Avieno, escribió una geografía poética que parece basada en parte sobre el relato de un viaje desde Marsella, vía Gibraltar, hasta Irlanda e Inglaterra. Ciertos detalles, especialmente la falta de mención de Emporion, sugieren que puede remontarse a un relato de viajes foceos antes de ser fundada la ciudad. La propia Emporion parece haber sido establecida poco después de Marsella o incluso simultáneamente. Hay cerámica corintia y griega oriental desde comienzos del siglo VI en adelante, y ática también, más tarde. El primer asentamiento estaba en una pequeña isla situada frente a un aldea indígena, pero parece que los griegos tenían su cemen-

terio en el interior. Estrabón dice que cuando se fundó el centro griego sobre la costa estaba junto a la aldea indígena pero separado de ella, pero que más tarde se fundieron. Las excavaciones hechas en la ciudad han demostrado que había allí griegos en el último cuarto del siglo VI, y han dicho mucho sobre su historia posterior, pero los detalles topográficos correspondientes a los primeros años de la colonia griega distan mucho de estar claros todavía.

La fundación de Marsella fue un importante hito en la historia de los pueblos galos. Su cultura era una rama de la cultura «Hallstatt» de la Edad del Hierro, que se extendía por gran parte de Europa central, y en Occidente al menos fue la primera vez que entró en estrecho contacto con los griegos. Hay algunos efectos observables para el arqueólogo, además de simples importaciones. Uno es la producción local de vasos pintados libremente con pincel múltiple (fig. 64a, procedente de Ensérune). Esta técnica sólo pudo haber sido aprendida de los griegos, y en el siglo VI comenzó en el sur de Francia y el norte de España. Puede suceder, también, que el nuevo tipo de hebilla de cinturón de bronce (fig. 64b y c) que se hizo popular en esa misma zona por estas fechas deba algo a los cinturones de bronce que ya hemos visto en Frigia y Jonia (fig. 29, p. 103), quizá introducidos en el Oeste por los foceos. Algunos ejemplos de este tipo occidental llegaron hasta Grecia (Olimpia, Corcira).

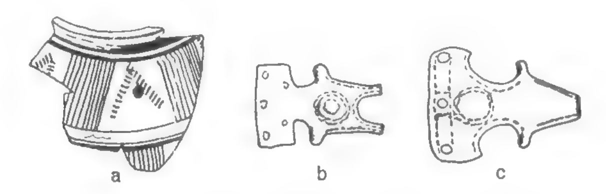


Fig. 64. a) *Fragmento de un vaso de Ensérune.* b) *y* c) *Hebillas de cinturón de Cayla.*

El historiador romano Justino dice que «los galos aprendieron de los griegos un modo de vida más civilizado y abandonaron sus maneras bárbaras. Comenzaron a arar sus campos y a amurallar sus ciudades. Incluso se acostumbraron a vivir con arreglo a la ley más que a la fuerza de las armas, a cultivar la vid y el olivo. Su progreso, en costumbres y riqueza, fue tan brillante que parecía como si la Galia se hubiera convertido en parte de Grecia, en vez de haber colonizado Grecia la Galia».

Podemos estar todavía agradecidos por la introducción griega de la vid e incluso del olivo en el sur de Francia. Marsella se convirtió pronto en una activa exportadora de sus propios productos, y aunque el cántaro quiense y ático se importó a veces durante el siglo VI, la colonia no tardó en hacer sus propios recipientes para vino y aceite y desarrollar un comercio intenso con los indígenas. El primer vino que se bebió en Borgoña fue vino griego procedente de Marsella. Con los cántaros de vino viajaba la cerámica griega, fundamentalmente ática y griega oriental de la segunda mitad del siglo VI. Naturalmente, la mayor concentración de tales hallazgos está próxima a la costa de Marsella y en la desembocadura del Ródano, como en Arlés, pero hay también muchos en diversos lugares del Languedoc, al norte y sur de Narbona, especialmente en Ensérune, donde debe haber existido un asentamiento griego. Al este de Marsella, y al oeste de Toulon, un nuevo lugar (Mt. Garou) proporciona un cuadro estratificado de la arqueología de la región, con un asentamiento Hallstatt indígena seguido de un nivel mixto de principios del siglo VI que contiene cerámica etrusca, griega y fenicia, predominando a partir de entonces las piezas griegas. Aparece un esquema similar en lugares del interior, como Le Pègue.

Tierra adentro, a lo largo de las rutas del estaño y en dirección a las ciudades «Halstatt» celtas más ricas, el volumen de hallazgos griegos es menor, pero más espectacular. No obstante, hay un lugar con suficiente cerámica griega como para sugerir que jugó parte importante en el comercio de Marsella. Se trata de la ciudad de Mt. Lassois, que domina el Sena y está situada a un poco más de 160 kilómetros de París en dirección sudeste. Está en el punto crucial donde el río ya no resulta fácilmente navegable y donde había que descargar las mercancías para expedirlas hacia el Sur en dirección al Saona, al Ródano y Marsella, o hacia las ciudades indígenas del Este, o por los pasos suizos a Italia septentrional. Algunos han mantenido que los hallazgos griegos en Francia central y oriental llegaron por esta última ruta, pero en el siglo VI la ruta de Marsella está garantizada por la cerámica masaliota y focense descubierta en Mt. Lassois, mientras que el fuerte interés griego por Italia septentrional y el valle del Po se produjo más tarde.

En 1953 se excavó el túmulo funerario de una princesa en Vix, el cementerio de Mt. Lassois, y allí aparecieron objetos cuyo mérito artístico rivaliza con su importancia histórica. Entre las ofrendas figura la crátera griega de bronce (lámina 16b) más grande y bella que se conoce; su cuello está decorado en relieve con guerreros y carros (lámina 17), sus asas con gorgonas, y todas sus molduras están exquisitamente fundidas y engastadas. Junto con su tapa,

que es un plato en cuyo centro hay una soberbia estatuilla de mujer (lámina 17) a manera de asa, tiene un metro y 64 centímetros de altura. La crátera es probablemente obra espartana, pero junto a ella había tres vasijas etruscas de bronce y dos copas áticas de arcilla, una de ellas de la década del 520, que fecha el enterramiento hacia finales del siglo VI, así como otros bronces, ornamentos y joyería, incluida la diadema de oro encontrada en la cabeza de la joven.

Noventa años antes de descubrirse el tesoro de Vix se había excavado otro túmulo tres kilómetros más allá, encontrándose una vasija griega de bronce de un tipo muy distinto. Se trata de un caldero con cuatro prótomos de grifos bajo el borde, junto con un soporte de trípode (fig. 65). Ya hemos analizado (p. 80) los calderos orientalizantes de este tipo. Este es un ejemplo tardío de la primera mitad del siglo VI, y se ha pensado que fue hecho en Occidente, en Cumas; pero puede proceder de alguna otra ciudad griega occidental, o incluso de Grecia oriental, como tantos otros. Un grifo de otro caldero semejante se descubrió en el Loira, cerca de Angers. Esto nos lleva más hacia el Oeste, hacia otra de las posibles rutas del estaño desde el Canal de la Mancha y Bretaña, que pasaba a lo largo del Loira hasta el Ródano. Y estos mismos calderos pueden seguirse todavía más lejos, hasta Suecia, donde ha aparecido uno cerca de Estocolmo, desde luego sin los grifos, pero con signos claros de dónde los había tenido.



Fig. 65. *Caldero y trípode de bronce de cerca de Mt. Lassois.*

Muy al este de Mt. Lassois, en Alemania meridional, la diseminación de mercancías griegas en el siglo VI está marcada por otros vasos griegos orentales y por una pequeña cantidad de cerámica ática. Un hallazgo notable es la vasija espartana de bronce (lámina 19d), hecha alrededor del 600 a.C., procedente de Grächwyl, en Suiza. En Asperg, cerca de Stuttgart, hay un enterramiento Hallstatt de principios del siglo VI que recuerda a Mt. Lassois por contener un soporte de trípode (como el de la fig. 65) y esfinges griegas de marfil con rostros de ámbar, procedentes de Italia. El lugar más importante excavado hasta ahora donde puede observarse influencia y mercancías griegas es la ciudad fortificada de Heuneburg, que domina el Danubio suabo al sudoeste de Munich. Aquí apareció alguna cerámica griega de finales del siglo VI, pero más notable es la posibilidad de que la construcción de sus murallas fortificadas en este período fuese inspirada o incluso copiada de la costumbre griega. Parte del circuito amurallado está construido en el estilo local de cascotes y madera, pero hay un largo tramo hecho de adobe sobre un zócalo de piedra, con bastiones rectangulares que se proyectan a intervalos regulares. Tanto el trazado como la construcción son extraños para la Europa central en esta época, pero muy corrientes en lugares griegos arcaicos. Es tentador suponer que los caudillos locales, que tanto apreciaban las obras de arte griegas, se sentirían también inclinados a solicitar la asistencia técnica de los griegos.

Alrededor del 500 a.C. los acontecimientos en Europa central tomaron un giro que tendría una profunda influencia sobre el comercio griego a través de Marsella. Para el arqueólogo europeo, se trata de la transición entre las culturas de Hallstatt y La Tène. Sobre el terreno, este cambio está representado por el abandono de las ciudades fortificadas de Hallstatt y por una traslación general del centro de riqueza y poder hacia el Este y el Norte. La ciudad de Mt. Lassois fue abandonada. Marsella perdió su almacén allí, y se detuvo el comercio por el Ródano. En Marsella la transición está marcada por un rápido descenso en las importaciones de cerámica de calidad, cosa que indica con certeza un descenso de la prosperidad. Tierra adentro, los bronces y la cerámica importada ya no son griegos, sino etruscos. Las nuevas rutas hacia el Sur llevaban a través de los Alpes y Suiza hasta Italia septentrional. En una sola generación los griegos occidentales habían perdido el control de las rutas que atravesaban el estrecho de Gibraltar y Francia, pero sus ciudades eran ricas y estaban bien consolidadas, con fuerza suficiente para resistir a los cartagineses y etruscos, y ya otros griegos se habían desplazado por el Adriático arriba para acercarse a las

nuevas rutas al norte de Italia. Hablaremos de ellos en el próximo capítulo.

BIBLIOGRAFIA

SICILIA y el SUR DE ITALIA. Dunbabin, en *The Western Greeks*, 1948, hace un relato excelente de la historia primitiva y la arqueología de las colonias griegas. *La Colonisation grecque*, de Bérard, 1957, cubre exhaustivamente los datos literarios, y con su primera edición (1941) apareció una útil bibliografía de lugares. Brea, *Sicily before the Greeks*, 1957; Taylor, *Mycenaean Pottery in Italy*, 1958.

Rhégion et Zancle de Vallet, 1958, es una monografía reciente. *Sicile grecque* de De Miré es un inteligente libro de ilustraciones.

Hay informes sobre nuevos descubrimientos y lugares en *Archaeological Reports, Amer. Journ. Arch., Boll. d'Arte, Not. degli Scavi, Arch. Anz.*, y en las revistas locales *Kokalos* (sobre Sicilia) y *Atti e Memorie, Magna Grecia;* sobre las excavaciones francesas (*Megara Hyblaea*), en *Mél. d'arch. et d'hist.* Guido, *Sicily*, 1967, y *Southern Italy*, 1972.

ESPAÑA y los FENICIOS. García y Bellido, *Hispania Graeca*, 1948; Carpenter, *The Greeks in Spain*, 1925, y en *Amer. Journ. Arch.*, LXII, 1958; Harden, *The Phoenicians*, 1962; Moscati, *The World of the Phoenicians*, 1968; Culican en *Abr-Nahran*, 1959-60, y *Levant*, II, 1970. Es poco todavía lo publicado sobre el Cartago primitivo, pero véanse Cintas, *La Céramique punique* y *Man. d'arch. punique*, I, 1970; Warmington, *Carthage*, 1960. Sobre testimonios literarios sobre los griegos en la zona de Cartago, Treidler en *Historia*, VIII, 1959.

FRANCIA. Villard en *La Céramique grecque de Marseille*, 1960, pasa revista a los hallazgos griegos y etruscos en Francia y las rutas del estaño. En *Gallia* y en periódicos locales se informa de los nuevos hallazgos. Joffroy, *Le Trésor de Vix*, 1954. Benoit, *Rech. sur l'hellénisation du Midi*, 1965. Hawkes en *VIII Congr. Arch. Class.* sobre los celtas. Sandars, *Prehistoric Art in Europe*, 1968.

ETRURIA: Hay muchos libros sobre el arte etrusco; los más útiles son Riis, *Etruscan Art*, 1953, y, por las ilustraciones, Mühlestein, *Die Kunst der Etrusker*, 1929; Pallottino, *Etruscan Painting*, 1952. Son buenas obras generales Pallottino, *The Etruscans*, 1955, y Banti, *Die Welt der Etrusker*, 1960. Estudios recientes sobre los orígenes, Hawkes, en *Stud. Etr.*, XXVII, 1959, y Hencken, *Tarquinia and Etruscan Origins*, 1968. Strong, *The Early Etruscans*, 1968. Brown, en *The Etruscan Lion*, 1960, analiza las relaciones con los griegos y el Este. Beazley, *Etruscan Vase-painting*, 1947. Sobre cosas etruscas en Grecia, véanse Karo, en *Arch. Eph.*, 1937, y Kunze en *Stud. pres. to D. M. Robinson*, I, 1951.

ARTE GRIEGO OCCIDENTAL: Richter, *Ancient Italy*, 1955, da un útil resumen, como también Dunbabin, *op. cit.* La escultura y la arquitectura se estudian en los manuales sobre Grecia. Sobre los vasos locales véase Cook, *Greek Painted Pottery*. Jantzen, *Bronzewerkstätten*, 1938. Langlotz, *The Art of Magna Graeciá*, 1965.

Addenda a la pág. 211

Si es correcta una nueva lectura de la inscripción de Nora, prueba que la colonización fenicia de Cerdeña no es posterior a principios del siglo VIII (Cross, *Bull. Amer. Sch. Or. Res.*, CCVIII).

Capítulo 6
EL NORTE Y EL MAR NEGRO

Este capítulo nos llevará desde el valle del Po a las orillas del Mar Negro. Se trata de un amplio campo, donde la historia de cada una de las zonas está íntimamente ligada a la de sus vecinas; pero, por conveniencia, he adoptado el esquema siguiente. Primero, el avance de los griegos por el Adriático hasta el norte de Italia; después, su obra colonizadora a lo largo de las costas macedonia y tracia. Ambos movimientos los llevaron a tomar contacto con los nativos de Iliria y de Tracia, y esta situación puede ser considerada junto con los problemas de las anteriores relaciones griegas con el Norte. Con el acceso al Mar Negro, la colonización de sus riberas y las relaciones con los escitas, cerramos el círculo para volver a Asia Menor, escenario de las migraciones griegas en la Edad del Hierro, que vimos en el capítulo 2.

Los griegos en el Adriático

La primera colonia griega en el Adriático estuvo en la isla de Corcira (Corfú), y fue fundada, no tan con vistas a una ulterior explotación de los mares situados al Norte, como a título de puerto de escala de las rutas hacia el Oeste. Esto lo demuestra en parte el origen de los colonizadores: primero los eretrios, procedentes de Eubea, que, junto con Calcis, habían enviado los primeros colonos a Italia y Sicilia; y después, en el 733, los corintios, que expulsaron

a los eretrios y por entonces se disponían a fundar Siracusa en Sicilia.

La ciudad principal de Corcira mira hacia el continente y controla los angostos estrechos costeros. Se trata de un buen emplazamiento peninsular, que encierra un buen puerto. No hay nada que revele, hasta el momento, la ocupación eretria, pero pueden seguirse las vicisitudes del asentamiento corintio. Hay algo de cerámica corintia de los primeros años de la ciudad, y posterior, del siglo VII, pero los descubrimientos más importantes son arquitectónicos, del siglo VI. Figura entre ellos el templo de Artemisa, de principios del siglo VI, que nos ofrece el primer ejemplo casi completo de escultura de frontones en el arte griego. No muy lejos de allí, en lo que actualmente es el parque de Villa Monrepos, hay otro templo dórico de fecha algo posterior, y en el extremo sur de la península había un segundo santuario de Artemisa que ha proporcionado algunas arcillas votivas del siglo VII que representan a la diosa con su león. El cementerio antiguo estaba al norte de la ciudad y es conocido por dos monumentos del 600 aproximadamente: uno es un bello león de piedra procedente de una sepultura, y el otro es la tumba de un tal Menécrates, que fue cónsul de Corcira en una ciudad locria del continente, y murió en el mar. Se trata de una estructura circular de piedra de unos cinco metros de diámetro por cerca de dos metros de altura.

La historia temprana de Corcira indica que la colonia fue pronto muy independiente respecto de su fundadora, Corinto, y, en ocasiones, declaradamente hostil. A pesar de ello, su arte está siempre completamente dentro de la tradición corintia.

Aunque Corcira jugó al principio un papel muy importante en las rutas del Oeste, fue, naturalmente, la primera en explorar las costas más lejanas del propio Adriático, mientras Corinto se concentraba en consolidar su posición sobre los accesos septentrionales al golfo de Corinto. Parece que los eubeos habían establecido ya colonias en el continente y en Oricum, más al Norte, y ya en las fronteras de Iliria. De estos asentamientos no tenemos más información que algunas alusiones perdidas en autores antiguos.

En el 627 Corcira fundó EPIDAMNO (la romana Dyrrhachium y actual Durazzo) en la costa, unos 240 kilómetros más al Norte. No sabemos cómo reaccionaron los ilirios ante esta intrusión, pero, al parecer, tardó algún tiempo en poderse desarrollar el comercio. Las minas de plata de Iliria debieron constituir uno de los atractivos de la zona para los griegos.

No sabemos nada de la primera ciudad de Epidamno, pero su fundación fue pronto seguida de otra, en esta ocasión hecha por

Corinto, en Apolonia, sobre la costa y hacia el Sur. La escasa cerámica encontrada —corintia y rodia— indica que los griegos ya estaban allí alrededor del 600 a.C. Hay también una bella pieza de escultura en relieve de estilo griego arcaico tardío. La colina en la que se alzaba la ciudad antigua está, en la actualidad, separada de la costa por ocho kilómetros de lagunas y marismas.

El siguiente movimiento importante por la costa iliria fue de nuevo patrocinado por los corcirios, que ayudaron a sus aliados de Grecia oriental, los cnidios, a establecerse en «Corcira Negra» (Korcula), una isla del archipiélago dálmata. Esto debió suceder a principios del siglo VI, y las islas adyacentes también fueron ocupadas más tarde por los griegos. Aparte de un vaso corintio de principios del siglo VI encontrado en Korcula, y otro posterior de la isla de Issa, nada sabemos arqueológicamente de las primeras ciudades.

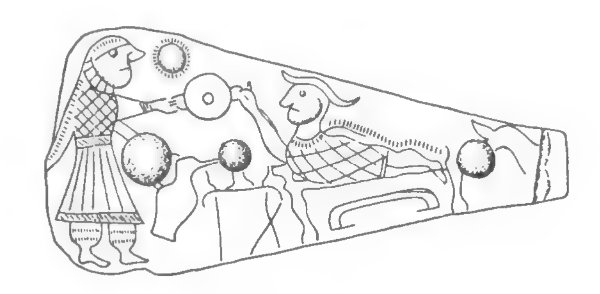


Fig. 66. *Placa de bronce de Carceri, Este.*

Al otro lado del Adriático aparece cerámica corintia en varios lugares de Apulia y Mesapia, sobre la extremidad del «tacón» de Italia, procedente de los griegos de Tarento, pero nada hace suponer el establecimiento de colonias. Hay incluso una o dos piezas del siglo VII, en Bari y Bríndisi, que pudieron llegar vía Tarento; cabe evocar la historia de Falanto, que condujo a los colonos a Tarento y, expulsado por sus conciudadanos, buscó refugio entre los nativos de Brentesion (Bríndisi).

Para el 600 había ya una ruta directa desde Grecia por la zona superior del Adriático, y sus efectos pueden verse en los bronces del «arte de las sítulas» de los Alpes orientales y de Este, en el valle del Po. Estos bronces ofrecen una fascinante mezcla de los estilos griego y etrusco, adaptados a la representación de la vida local. La influencia duraría largo tiempo, y en un bronce de principios

del siglo v (fig. 66) nuestro rústico italiano del Norte se ha subido a un diván, como cualquier griego, para celebrar un banquete. Pero por entonces había ya otra razón del interés griego por esta vía de acceso a Europa, y está mejor atestiguada sobre el terreno. El último capítulo ha señalado ya la importancia de esta zona en los años posteriores al ocaso de la ruta del estaño a través de Francia y Marsella. Cuando Heródoto dice que los foceos fueron los primeros en explorar el Adriático, es tentador asociar este dato con su fundación de Marsella y su interés continuado por las rutas del Norte, pero hay muy pocas pruebas arqueológicas de ello, y sólo aparecen unas pocas vasijas griegas orientales del siglo VI en las ciudades del Adriático.

La zona comprendida entre el Po y Ancona estaba ocupada por enetianos, umbros y picenos, que ya en el siglo VI habían admitido en sus culturas algunas influencias orientalizantes, recibidas de segunda mano por vía de Etruria. Durante ese siglo la expansión etrusca hacia el Sur empezó a ser contenida por los griegos, y los etruscos pusieron sus ojos en el Nordeste. Allí fue fundado un grupo de ciudades etruscas con centro en Felsina (Bolonia). El atractivo era probablemente doble: excelentes campos de labor, y las rutas del Norte vía Suiza y los Alpes.

A mediados del siglo VI empezaba a llegar alguna cerámica corintia a las nuevas ciudades etruscas, y, antes todavía, un esclavo llamado Omrikos, probablemente un umbro, fue llevado a Corinto y citado en una vasija (luego exportada a Caere, en Etruria). En la segunda mitad del mismo siglo tanto Felsina como otros lugares comenzaron a recibir vasos áticos en cantidad, y al norte del delta del Po la ciudad de Adria servía como importante almacén para el comercio griego con los enetianos. Tanto en las ciudades de Etruria como en Felsina y Adria pudieron vivir algunos griegos, pero en una de las nuevas ciudades hubo sin duda griegos junto a los etruscos, y en número suficiente para poder decir los propios griegos que se trataba de una ciudad suya, aunque no esté nada claro si originariamente fue una fundación etrusca o griega. Se trata de la ciudad de SPINA, situada en el brazo sur del delta del Po, no lejos de Ravena. Las tierras cenagosas del delta ofrecen pocas esperanzas, arqueológicamente hablando, pero los cementerios de Spina han resultado ser quizá la mayor fuente individual de vasos áticos de valor, tanto en el mundo griego como fuera de él. De 1932 a 1935, y de nuevo a partir de 1954, los trabajos de drenaje han puesto al descubierto una gran parte del cementerio antiguo de la ciudad, con grupos de vasos y otras ofrendas intactas en el espeso cieno. En 1958 el cómputo total de tumbas se aproximaba a 3.000,

y los trabajos continúan. Los vasos más antiguos son del 520 a.C. aproximadamente, algo más antiguos que algunos procedentes de las otras ciudades que hemos mencionado. Casi todos los vasos importados son áticos, y muchos son de la mejor calidad. Hay en ellos inscripciones grabadas tanto en griego como en etrusco. Actualmente es posible reconstruir también en parte la propia ciudad, que parece haber sido algo semejante a una Venecia antigua, con calles-canales.

Hemos de pensar que se trataba de una colonia comercial griega establecida en una ciudad fundada recientemente por etruscos, o quizá de una fundación enteramente griega que hubiera admitido familias etruscas de las ciudades vecinas. Los griegos, como los etruscos, fueron atraídos por las tierras ricas en cereales del valle del Po y por las rutas del Norte. Sobre el origen de los griegos de Spina nada dicen las fuentes literarias. La mayor parte de la cerámica de calidad importada es ática, que es precisamente lo que cabría esperar en esa época. Al menos, no hay cerámica italiana meridional en los años posteriores, lo cual significa que no hubo una extensión de las actividades de las anteriores colonias griegas de Occidente. Sin embargo, hay algunos indicios de que los atenienses tuvieron, de hecho, un interés directo por Spina, al menos en fechas posteriores, dentro ya del siglo v, porque allí encontramos lequitos de fondo blanco, un tipo especial de vaso funerario que se hacía para los cementerios de Atenas y para la comunidad ateniense de Eretría, en Eubea. En muy pocos lugares han sido hallados ejemplares semejantes, y de este hecho puede deducirse la presencia de familias atenienses, ya que estos vasos nunca formaron parte de la corriente general del comercio de cerámica decorada. Uno llegó a Palestina y otro a Licia; dos fueron encontrados en una tumba —sin duda de un ateniense— en Yugoslavia (Demir Kapija), y hay ejemplares sueltos de poca calidad en unas cuantas localidades griegas, como Delos. Algunos se han encontrado en Spina, lo que probablemente significa la presencia de familias atenienses allí.

Los griegos en la costa macedonia y Tracia

Nuestros testimonios sobre las colonias griegas de las riberas septentrionales del Egeo son fundamentalmente literarios. Las primeras fueron fundadas en el siglo VIII por los eubeos, a quienes de nuevo encontramos como primeros griegos en una nueva zona de colonización. Pero aquí, a diferencia de Siria o Italia, el objetivo era simplemente la tierra, y, en un principio, el interés por el comer-

cio debió ser muy escaso. En este sentido, el desplazamiento era obvio para los isleños; se trataba de llegar, cruzando el país de los tesalios (con quienes mantenían relaciones de amistad) a las primeras tierras disponibles no griegas, aunque ya parcialmente helenizadas, como veremos. Calcis fue aquí la colonizadora más activa, y el promontorio de la Calcídica, que se proyecta hacia el Egeo como una grotesca mano de tres dedos, tomó de ella su nombre. Hubo aquí varias colonias calcidias, entre las que destaca Torona. Las ciudades eretrias estaban en su mayoría sobre el «dedo» occidental de la calcídica, especialmente en Mende y Scione. Los eretrios que fueron expulsados de Corcira por los corintios en el 733 acabaron fundando Metone, en la orilla occidental del golfo de Salónica. Hacia la mitad del siglo VII, la isla de Andros fue ayudada por las ciudades calcidias a fundar nuevas ciudades en el este de la Calcídica. La única intrusión en esta zona dominada por eubeos e isleños fue la fundación corintia de Potidea, hacia el 600 a.C.

En el Este la costa fue ocupada por otros griegos. En primer lugar por los parios, que ocuparon la isla de Tasos en el 680, y de allí pasaron a fundar diversas ciudades en el continente, entre ellas Neápolis (Cavalla) y Oisime. Tuvieron ciertas dificultades con los indígenas tracios, y el poeta pario Arquíloco cantó algo de estos encuentros. Llegaron también griegos orientales: quienses a Maroneia, eolios a Aenus (que se encontraba situada al final de una importante ruta terrestre hacia el Mar Negro), y de Clazómenas a Abdera. Esta última tuvo una corta existencia, pues los griegos fueron pronto expulsados por los tracios; pero la ciudad fue ocupada de nuevo poco después de mediado el siglo VI por otros griegos orientales procedentes de Teos, que huían ante el avance de los persas.

También al Este se encontraba el Quersoneso tracio, una lengua de tierra que flanquea el Helesponto (los Dardanelos). Las únicas fundaciones milesias en esta costa de Tracia son dos colonias griegas (Cardia y Limnae) que miran hacia el Oeste. Las otras estaban pensadas por su posición estratégica sobre los estrechos, y pueden estudiarse mejor más adelante, al dar cuenta del acceso griego al Mar Negro.

Consideremos brevemente los atractivos físicos de la costa tracia antes de pasar revista al escaso material arqueológico. No hay buenos puertos y sólo algunos fondeaderos adecuados. Las ciudades están situadas obedeciendo más a un punto de vista defensivo, agrícola y cara a las comunicaciones hacia el interior que mirando hacia el mar. Las llanuras costeras son fértiles aunque pantanosas, y hasta época reciente eran un foco de malaria. Las ricas reservas

de madera de la Calcídica y el interior serían muy explotadas más adelante y pudieron constituir un atractivo temprano para los griegos, cuyo suelo natal estaba siendo rápidamente desforestado y no podía ya satisfacer la demanda para la construcción de barcos y la arquitectura. La excelencia de los caballos tracios había sido apreciada por los griegos desde tiempos muy antiguos. La vid fue introducida con notable éxito, especialmente en Torona, Mende, Maroneia y, sobre todo, en Tasos. Los recursos minerales de la región quizá no fueran plenamente valorados por los primeros colonos. Se extraía plata y oro alrededor del monte Pangeo, frente a Tasos. El tirano ateniense Pisístrato poseía minas allí, de las que procedía gran parte de su fortuna, y él mismo permaneció algunos años en el Norte, mientras recuperaba el favor de Atenas. Más tarde, el rey de los persas permitió a Histieo de Mileto fundar la ciudad de Mírcino sobre el Estrimón, y disfrutar las rentas de las minas de plata y la madera de aquella zona. De la propia isla de Tasos dice Heródoto que los fenicios en parte la revolvieron de arriba a abajo buscando oro, pero sigue siendo un misterio cuándo sucedió esto y la localización de las minas. Las minas del continente fueron en principio explotadas por los indígenas tracios, pero los griegos se apropiaron de ellas más tarde. Estas riquezas argentíferas fomentaron una intensa actividad de acuñación en muchas de las ciudades griegas, y ya hemos visto cómo los estados de Grecia oriental parecen haber utilizado la plata procedente de esta zona en su comercio con el Oriente Próximo y Egipto.

Las ciudades más relacionadas con el comercio de vinos escogieron motivos dionisíacos para ilustrar sus monedas. Las de Torona tenían una simple jarra de vino, las de Mende un asno junto a una vid. En las monedas de Tasos aparece el animado grupo de un sátiro raptando a una ninfa. En las primeras monedas la ninfa opone una resistencia simbólica (lámina 20b), pero más tarde, en el siglo V, se deja llevar tranquilamente. En una única moneda, hoy en Londres y procedente de una ciudad todavía no identificada de la costa, aparece la encantadora escena de dos ninfas portando una jarra de vino. A Abdera, los teanos llevaron consigo el símbolo de su ciudad, un grifo, para sus monedas. Potidea representaba a su patrono Poseidón (que era también el patrono de su metrópoli, Corinto) sobre un caballo. Algunas de las colonias eubeas copiaron los tipos de Eubea, sobre todo la vaca y el ternero, y el mismo motivo aparece en algunas de las emisiones hechas por príncipes nativos helenizados. Tasos pudo haber sido una de las primeras ciudades del Norte en acuñar monedas, pero muchas otras tuvieron también emisiones propias antes de finalizar el siglo VI. Por lo

que respecta a la arqueología de las propias ciudades griegas, sabemos muy poco acerca de sus primeros años. Abdera ha dado algo de cerámica griega oriental de finales del siglo VII y ática de más tarde, y un lugar cercano a Anfípolis (quizá el poblado tracio de Nueve Caminos) recibió mucha cerámica griega desde fechas no posteriores. Sólo Tasos ha sido objeto de excavación sistemática, por los franceses. La ciudad está situada al nordeste de la isla, en el punto más próximo al continente, y posee una bella acrópolis, así como un puerto. Es probable que fuera fundada desde Paros hacia el 680 a.C., en tiempos del padre del poeta Arquíloco. Allí se ha encontrado una inscripción en memoria de uno de los héroes fundadores, Glauco, que data de alrededor del 600 a.C. La primera cerámica que puede fecharse es corintia y rodia, nunca muy anterior a mediados del siglo VII, pero a partir de entonces ambos tipos están pobremente representados en la isla. En su lugar aparece gran cantidad de cerámica de mediados del siglo VII a principios del VI, procedente de los islas Cícladas. Un bello ejemplar es el plato que muestra a Belerofonte montado sobre Pegaso y luchando contra la Quimera (lámina 20a). La metrópoli de Tasos, Paros, usaba por entonces la cerámica «melia», y ese gusto se refleja en su colonia. En el siglo VI hay algo más de cerámica griega oriental, especialmente quiense de la primera mitad del siglo, y parece que hubo pintores de vasos quienses trabajando en la isla. Los vasos áticos llegaron a partir del 580, pero los corintios escasearon siempre en Grecia septentrional. En general, la cerámica refleja los contactos de la isla: con Paros, su fundadora; con los estados griegos orientales, que también habían fundado colonias en la costa tracia, y con Atenas, que en aquella época tenía otros intereses en el Norte, como veremos. También la trayectoria escultórica de Paros se refleja en Tasos, desde la colosal figura marmórea inacabada de un hombre llevando un carnero, del 600 a.C. aproximadamente, hasta los hermosos relieves que unos cien años más tarde flanquearon la puerta de la ciudad. Una singularidad arquitectónica de este período es el uso de torsos esculpidos de caballos alados como elementos de sostén, recurso que se encuentra también en Quíos.

En la ciudad tasia de Neápolis, situada frente a la isla en el continente, los hallazgos de cerámica han sido muy semejantes: piezas «melias», quienses y áticas, y unas pocas rodias y corintias. La más antigua es del 600 aproximadamente, y hay hallazgos comparables, aunque quizá no tan antiguos, procedentes de otro lugar unos ocho kilómetros más al Oeste (Kalamitsa). El hallazgo más notable de Neápolis, en un emplazamiento casi cubierto por la moderna Cavalla, son los restos de un bello templo jónico. Este templo se sale un poco de nuestro período, ya que data del siglo V, después de que las huestes persas hubieron atravesado el norte de Grecia, pero es digno de mención por la originalidad de su estilo, que vuelve a aparecer en un capitel jónico hallado cerca de Salónica, procedente de lo que pudo ser la ciudad antigua de Aineia. En la zona de Salónica hay algunos vasos corintios, los primeros quizá de alrededor del 650 a.C., pero la mayoría de los hallazgos griegos en esta región que podríamos asociar con el nuevo movimiento colonizador desde Eubea no son anteriores al 600 a.C. Queda aún mucho que descubrir sobre estas ciudades cuando se hagan excavaciones debidamente controladas.

Según los datos de que disponemos, y que no parecen dar una imagen demasiado errónea, el centro artístico de las ciudades griegas del Norte estuvo durante el siglo VI en Tasos y sus ciudades del continente. Aun en este caso difícilmente podría hablarse de una escuela artística colonial autónoma, dada la estrecha dependencia que muestran todos sus productos respecto de las modas establecidas en las islas griegas y en Jonia. Pero en los años que siguieron a las guerras médicas el más celebrado de los pintores griegos fue un nativo de Tasos, Polignoto.

Ilirios, macedonios y tracios

Las excavaciones realizadas en lo que actualmente es Albania, Yugoslavia y Bulgaria nos han dicho mucho sobre los vecinos septentrionales de los griegos durante la Edad del Hierro, complementando los escasos y a menudo fantasiosos testimonios de los autores antiguos. Pero aún queda mucho que aprender, y si a veces el carácter de la civilización de estos pueblos está bastante claro, no sucede lo mismo con sus relaciones con la de la propia Grecia, ni siquiera en el mero aspecto cronológico.

Una de las dificultades, y no precisamente la menor, es el problema de dónde trazar la línea que a lo largo de diferentes períodos separó a griegos y no griegos en los Balcanes. En las épocas anteriores al pasaporte, esta cuestión no era, probablemente, de gran importancia. Los ilirios y los tracios, por lo menos, podían ser tratados como bárbaros cien por cien. Los macedonios constituían un caso fronterizo, pero la familia real macedonia tenía que invocar un árbol genealógico en gran parte mítico para mostrar su relación con la vieja familia real de Argos; y a Alejandro Magno no le resultó fácil justificar sus ambiciones como adalid de los griegos frente al Oriente bárbaro.

Fue desde el Norte desde donde los dorios invadieron Grecia durante o después de las convulsiones que señalaron la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro en el siglo XII. Cabría esperar una secuencia clara de testimonios arqueológicos de su llegada, o de sus lugares de procedencia, pero, o bien no existe tal secuencia, o, lo que es más probable, todavía no ha sido descubierta. Se supone que algunas formas de cerámica y alfarería sencilla incisa de la Grecia protogeométrica proceden del Norte, y parece probable que el coselete hecho íntegramente de bronce fuera reintroducido en Grecia desde la misma dirección. Mientras la cronología europea (Hallstatt) sea tan incierta, es arriesgado deducir conclusiones generales a partir de las semejanzas entre hallazgos de Grecia y Europa. También en siglos posteriores aparecen muchos objetos que vinculan las culturas de Iliria y Macedonia con la de Grecia, a pesar de que su fecha y su significación no siempre son fáciles de determinar.

Macedonia parece haber formado parte de la cultura griega a principios de la Edad del Hierro, pero en opinión de muchos autores algunos objetos procedentes de esta zona parecen mostrar más bien una relación estrecha con el Norte; por ejemplo, las llamadas fíbulas «de anteojos» (fig. 67a). Se trata de unos broches con pasador hechos de alambre enrollado en espiral formando una ese. Son frecuentes en Macedonia, pero también aparecen en Grecia, especialmente en Esparta. Los motivos en espiral eran conocidos hacía largo tiempo, tanto en Europa central como en el mundo egeo, si bien en Grecia, una vez pasada la Edad del Bronce, no figuran en el repertorio de modelos del pintor de vasos hasta bien entrado el siglo VIII. Pero la fíbula en sí parece haber sido invención del Egeo, y no hay indicios claros de que las fíbulas espirales del Norte sean las primeras. Las existentes en Grecia durante el siglo VII son imitaciones en hueso y marfil, pero esto no significa que la forma original en bronce fuese extranjera. En esta cuestión como en otras, es posible que una forma o variante griega se hiciera más popular —y, así, sea mejor conocida por nosotros— en las fronteras del mundo griego. Un ejemplo paralelo son los llamados yelmos ilirios, tipo muy popular en Iliria a partir del siglo VI, pero, según se ha demostrado, inventado hacia el 700 a.C. en Grecia, donde su popularidad fue pronto eclipsada por la de otros tipos. Otros bronces del Norte, como las cuentas en espiral, están en un caso semejante. La cerámica de Macedonia (fig. 67c y d) está pintada en un estilo geométrico que recuerda obras griegas del siglo VIII, pero se acerca mucho más a las vasijas de Frigia en Asia Menor, tanto de este período como anteriores, a juzgar por nuestros datos.

Esto nos lleva al problema de las fuentes de los frigios, y de las referencias a ellos en el área traco-macedonia. Este «puente» tendido entre Europa y Asia presenció tal trasiego y mezcla de pueblos, que los datos arqueológicos de esta zona se cuentan entre los más difíciles de interpretar.

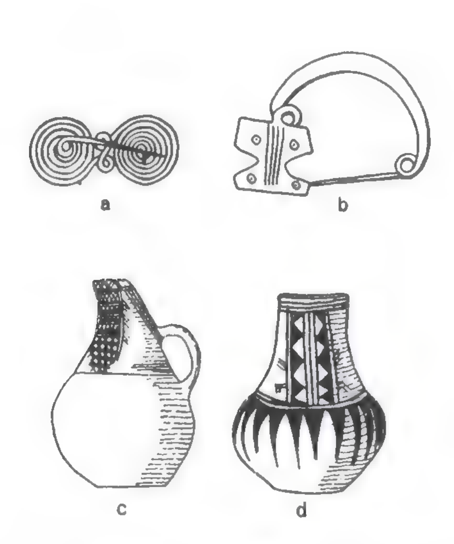


Fig. 67. a) *Fíbula «de anteojos» de bronce.* b) *Fíbula «iliria» de bronce de Emporio, Quíos.* c) *y* d) *Vasos de Macedonia.*

Iliria no es mucho más sencilla. Aquí aparece de nuevo un tipo de fíbula distintivo, aparentemente de los siglos VIII a VII, que se encuentra también en el norte de Grecia, y del que un ejemplar llegó hasta Quíos (figura 67b). También en este caso podría tratarse de un producto bárbaro modelado sobre un tipo griego que tuvo menos éxito en su lugar de origen.

Quizá era a través de Iliria como recibían los griegos sus suministros de ámbar desde el Báltico en el siglo VIII y después: parte hacia el Sur, a lo largo de la costa hasta el Peloponeso, y parte vía Macedonia y las colonias griegas hasta Grecia oriental y las islas. Por esta ruta se decía que los hiperbóreos habían enviado a Delos sus misteriosos presentes (quizá ámbar) envueltos en paja. Hay gran cantidad de cuentas de ámbar en Grecia oriental, pero en general los griegos no se mostraron excesivamente atraídos por este ma-

terial, y raramente lo grabaron con la atención que se le dedicó en Italia.

Los griegos que llegaban a los umbrales de estos vecinos bárbaros o semibárbaros encontraban acogida variable. Con los ilirios tuvieron escasas relaciones, estando como estaban más interesados por el comercio costero por el Adriático arriba. Algunos objetos griegos del siglo VI viajaron desde la costa hacia los valles del interior, y el comercio fue haciéndose más intenso con el paso del tiempo. Una tumba arcaica tardía de Novi Pazar está suntuosa-



Fig. 68. *Placa incisa de ámbar de Novi Pazar.*

mente provista de bellas vasijas griegas de bronce, con objetos de oro y piezas de ámbar grabado, algunas quizá de artesanía local, otras griegas, posiblemente del sur de Italia, como la placa de la figura 68. En Jerezine se encontró un inusitado relieve en piedra que hace pensar en influencias muy indirectas del arte arcaico griego.

Más al Sur, cerca del lago Ohrid, de Macedonia, y en un lugar que debió ser tan fácilmente accesible desde las ciudades griegas del Adriático como desde las de la costa macedónica, encontramos ricos yacimientos de *objets d'art* griegos que rivalizan o incluso superan a los de la gran tumba de Vix en Francia, ya mencionados en el capítulo anterior. A Trebeniste llegaban ya productos griegos en el siglo VII, pero en la segunda mitad del VI aparecen en las tumbas indígenas una serie de soberbias vasijas griegas de bronce,

claramente pertenecientes en su mayor parte a la misma escuela o taller que produjo la gran crátera de Vix. Con ellas llegó algo de cerámica griega pintada y algunas figurillas áticas y griegas orientales, pero el resto del mobiliario delata prácticas funerarias no griegas, aunque es posible que algunos de los objetos, tales como las máscaras de oro, fueran hechos especialmente por griegos para clientes de esta región. Otros poblados nativos de aquí y de más al Este, en Tracia, han suministrado tesoros igualmente ricos de metalistería griega, pero de fecha más tardía: Duvanlij, al norte de Plovdiv (Bulgaria), es uno de ellos. Aquí los hallazgos griegos

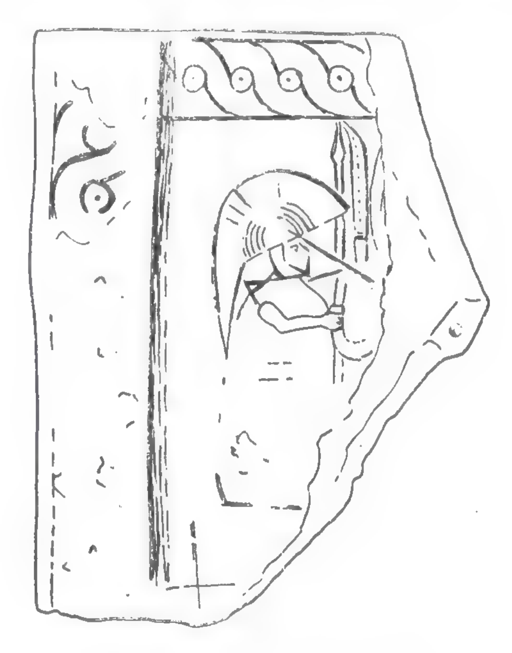


Fig. 69. *Estela de piedra de Jerezine.*

más antiguos pertenecen a la primera mitad del siglo V e incluyen cerámica ática, figurillas griegas orientales y un cántaro de vino de Quíos. En Pesnopoj hay más vasos, un yelmo y un ataúd de arcilla con decoración en relieve de tipo griego, todo ello aparentemente del siglo VI. De nuevo hacia el Oeste hay una tumba de fecha posterior en Demir Kapija —primera fortaleza natural sobre el río Vardar— que merece ser mencionada: contenía cerámica ática de

finales del siglo v, como la encontrada en otras tumbas, pero que en este caso comprendía dos lequitos sobre fondo blanco del tipo que ya comentamos a propósito de Spina. Aquí pueden también indicar la presencia de una familia ateniense.

Los tracios habían demostrado ser los más hostiles a las nuevas colonias griegas, pese a su prontitud en dejar en manos griegas las minas y a su disposición a la compra de objetos griegos en años posteriores. Por su parte, los griegos los tomaron en escasa consideración, excepto como combatientes, y se llevaron muchos a Grecia como esclavos. Las amas tracias parecen haber sido bastante soli-



Fig. 70. *Mujeres tracias en vasos áticos de figuras rojas sobre fondo blanco.*

citadas. Podemos reconocerlas en los vasos áticos por los tatuajes de sus brazos, piernas y cuellos. Las figuras 70a y b muestran a una mujer tracia (atacando a Orfeo) y a una esclava tracia (atendiendo a Heracles).

El Mar Negro y sus accesos

En un principio, el Mar Negro fue para los griegos el «Mar Inhóspito»; pero cuando lo hicieron suyo fue el «Hospitalario» Euxino. Las primeras fundaciones griegas en los accesos al Mar Negro no tenían necesariamente como meta una ulterior exploración de sus costas, pero condujeron inevitablemente a ello. El acceso propiamente dicho pasa por la Propóntide, que es como un ancho ves-

tíbulo con largos y estrechos corredores en cada extremo: hacia el Egeo, a través del Helesponto (los Dardanelos), y hacia el Mar Negro por Bizancio (Constantinopla) a través del Bósforo. Vientos y corrientes hacían difícil la entrada en el Mar Negro, aunque no fuera en modo alguno imposible ni siquiera para las embarcaciones más antiguas, y el paso a través de los angostos estrechos podía ser controlado en gran medida por las ciudades fundadas a lo largo de ellos.

Nuestros datos sobre la colonización griega aquí y en las orillas del propio Mar Negro no son, desgraciadamente, de la calidad de los disponibles para Italia y Sicilia, a pesar de que la mayoría de estas fundaciones son posteriores a las del Oeste. Los documentos literarios nos proporcionan nombres, pero raramente alguna fecha de la que podernos fiar. El material arqueológico es tristemente incompleto; es mejor quizá para las ciudades del sur de Rusia, pero faltan aún muchas pruebas de la expansión y la influencia griega



del tipo de las que están apareciendo abundantemente en los muchos yacimientos excavados de Italia y Sicilia. Nuestras fuentes más importantes son las excavaciones rusas de finales del último siglo y principios del actual, así como las hechas en Rusia, Rumania y, en menor grado, en Turquía durante los últimos veinticinco años.

En estas circunstancias, lo mejor será resumir brevemente cuanto sabemos sobre el conjunto de la colonización griega en esta zona.

reservando para una sección aparte la mención de las ciudades griegas mejor exploradas.

El número creciente de estudiosos que hoy sostienen que las orillas del Mar Negro eran ya visitadas, e incluso colonizadas, por los griegos en el siglo VIII a.C., no se arredra ante el hecho de que las numerosas excavaciones no hayan producido todavía pruebas al respecto. El material más antiguo procedente de la Propóntide se supone data de principios del siglo VII, y en las ciudades del Mar Negro no hay nada anterior a finales del mismo siglo. Los testimonios literarios, que no son de la mejor calidad, sitúan la fundación de Sinope y Trapezunte (filial de Sinope), en la orilla sur del Mar Negro, y la de Cízico en la Propóntide, a mediados del siglo VIII. En tiempos de Heródoto corrían leyendas sobre un mago llamado Aristeas, que a principios del siglo VII había visitado las costas septentrionales del Mar Negro; y en los autores antiguos hay también indicaciones de que, cuando menos, existían noticias sobre el Mar Negro a finales del siglo VIII. En particular, la historia del viaje de los argonautas implica algún conocimiento de esas regiones, aunque los detalles geográficos pudieron haberse añadido a la leyenda en fechas bastante posteriores. Por supuesto, esto no implica que hubiera griegos viviendo allí hacia el 700 a.C., pero tampoco hay buenas razones para poner en duda que marinos y mercaderes de la Grecia oriental hubieran hecho viajes ocasionales al interior del Mar Negro durante esta época, aunque no se trata de un punto histórico de gran importancia. Sólo después del año 700 poseemos ciertos testimonios de un interés muy activo por parte de los griegos orientales en cualquier tipo de comercio ultramarino o en fundar colonias en cualquier otra zona.

Un argumento utilizado en favor de las tempranas fundaciones de Sinope y Trapezunte es que eran puntos de recalada para un «paso del Nordeste», por el que los bronces orientales procedentes de la región de Urartu-Armenia entrarían en el mundo griego. En otras palabras, que hay aquí otra fuente de las influencias «orientalizantes» sobre Grecia que habría que añadir a las ya analizadas en el capítulo 3. Esto es siempre posible, pero no deja de ser una hipótesis innecesaria. Hoy está demostrada la existencia de una ruta terrestre de estos bronces hasta Frigia, partiendo de los hallazgos hechos en Gordion. Y el tipo de objetos orientalizantes que se supone entraron por esta ruta tuvo más impacto en Grecia continental y en Creta que en Mileto u otras partes del Asia Menor griega.

Se afirmaba que Sinope y Trapezunte fueron fundadas por los milesios, y los milesios son los primeros que encontramos explotando otras partes de estas remotas costas. El motivo de su avance

a lo largo de la costa sur del Mar Negro pudo haber sido en parte la búsqueda de tierras, pero parecen haber viajado muy lejos a tal efecto, y la medida de su colonización —si fue totalmente provocada por el hambre de tierra —indica un prodigioso crecimiento de población o una serie de desastrosos fracasos agrícolas. Aunque estas colonias no sirvieran necesariamente para el paso de bronces orientales hacia el Egeo, estaban ciertamente bien situadas para incrementar el comercio de metales con las ricas zonas mineras del norte de Asia Menor, Armenia y el Cáucaso. Sin embargo, parece haber alguna conexión entre la metalistería caucasiana y algunas piezas de la griega geométrica, y algunos bronces caucasianos llegaron hasta Samos.

En la Propóntide los milesios fundaron Parion, justo al este del extremo interior del Helesponto. A ello les ayudaron otros jonios: de Eritras y parios, que quizá por entonces habían ocupado Tasos. Cízico, situada en la ribera sur de la Propóntide, fue fundada por los milesios sólo como comunidad agrícola. En el propio Helesponto, contaban con Abydos y varias ciudades menores. Fue el rey lidio Giges quien les permitió establecerse en Abydos, cosa que debió suceder antes de mediado el siglo VII, y es probable que algunas de las otras fundaciones milesias en la Propóntide pertenezcan a esa época. La historia de Abydos es interesante. Quizá no habría que buscar asentamientos griegos en las fronteras del imperio frigio hasta que éste cayó ante los cimerios a principios del siglo VII, para ser sucedido por los lidios, que a veces mantendrían relaciones amistosas con los griegos, o, al menos, con algunos de ellos. Ya hemos visto cómo los eolios se habían establecido en el continente frente a Lesbos y por el norte hasta la altura de Troya, que fue repoblada antes del 700 a.C. Esta costa ya era suya a principios del siglo VII, y más tarde seguirían presionando hacia el interior del Helesponto, hasta la plaza fortificada de Sesto, en el Quersoneso tracio. Cuando llegaron los milesios, tuvieron que correrse más hacia el Este, a lo largo de rutas que podían ya serles familiares o no. Otra importante empresa jonia en el Helesponto, quizá de estas mismas fechas, fue el asentamiento de los foceos en Lampsaco, donde se dice que fueron invitados por el rey indígena a compartir sus tierras a cambio de la ayuda prestada por el rey foceo. El mismo relato afirma también que los nativos se hicieron recelosos, pero los griegos aseguraron su derecho al lugar por la fuerza de las armas. Hacia el año 600 llegaron los samios a Perinto y a otros lugares de las costas septentrionales, menos hospitalarias, de la Propóntide.

Hasta aquí hemos visto las colonias griegas orientales más importantes de la Propóntide, pero los griegos orientales no fueron los únicos en establecerse allí. Mégara, la ciudad de Grecia central al norte de Corinto, que ya había fundado una colonia en Sicilia durante el siglo VIII, se interesó también por esta zona. Se atribuyen fechas muy antiguas a las colonias megarenses en el Nordeste, pero es opinión general que su objetivo era la tierra más que el comercio y, ciertamente, no mostraron prisa en ocupar puntos de importancia estratégica o comercial como Bizancio. Sus ciudades estaban en el Bósforo, la parte más lejana de la Propóntide, lo cual por sí solo podría indicar que los griegos orientales se les habían adelantado a la hora de ocupar los lugares más próximos. Los megarenses ocuparon Astaco y Calcedonia en la costa asiática de la Propóntide, Selimbria en la costa norte y, por último, el emplazamiento capital de Bizancio (Constantinopla) en el extremo interior del Bósforo. Incluso allí, su primer objetivo fue al parecer la tierra, aunque difícilmente podían dejar de apreciar su valor estratégico. El año 660 aparece como fecha de esta fundación, pero nada se ha encontrado allí anterior a finales del siglo VII, y no parece realmente necesario pensar en ninguna colonización megarense en esta zona en fechas tan tempranas como el 700.

El esquema general de colonización a lo largo de las costas de Tracia y Asia Menor no nos lleva a suponer que la colonización griega de la Propóntide comenzara antes del siglo VII. Los datos arqueológicos son extremadamente escasos, y lo más antiguo que cabe aducir es cerámica de la primera mitad del siglo VII en Dascylium, tierra adentro desde Cízico, y corintia, poco anterior al 600, en Bizancio. Se ha sugerido que la historia de que el lidio Giges permitiera a los milesios establecerse en Abydos no significa sino que situó allí un puesto de mercenarios griegos. Dascylium toma su nombre del padre de Giges, y podría ser que la cerámica primitiva encontrada delatase una empresa lidia similar más que una colonia enteramente griega. Si así fuera, no podría servir como dato para fechar las fundaciones de la costa.

Ello no nos impediría aceptar fechas realmente antiguas para las primeras colonias del propio Mar Negro, las milesias Sinope y Trapezunte. Sus emplazamientos deben haber sido escogidos con vistas al comercio tanto como a la tierra, y el mismo motivo había alentado la ubicación relativamente apartada de las primeras colonias en Italia por los eubeos. El testimonio de los autores antiguos implica fechas anteriores a mediados del siglo VIII para ambas ciudades milesias. Sinope, al menos, se suponía había sido fundada por segunda vez después de la invasión y ocupación cimeria (véase la

página 104), de modo que su primera ocupación por los griegos habría que fecharla en torno al 700. Hasta el momento no se ha encontrado allí nada anterior al 600. Apenas hay nada griego anterior procedente de otros lugares del Mar Negro, por lo cual quizá sea más sensato no pensar en colonización griega de esas costas con anterioridad a las fundaciones griegas de la Propóntide. Y pudiera suceder que todas las ciudades del Mar Negro fueran construidas después de las primeras de la Propóntide.

Los milesios cubrieron las orillas del Mar Negro con sus colonias. Por mencionar sólo las más conocidas o mejor exploradas, añadieron Amiso a Sinope y Trapezunte en la costa sur. En la extremidad oriental estaba Fasis, que daba acceso inmediato a la riqueza minera y agrícola del Cáucaso. Al Oeste estaban Apolonia y Odessos, Tomis e Istros cerca de la desembocadura del Danubio, Tiras en la del Dniéster, y Olbia y una ciudad isleña (Berezan) en la del Dniéper-Bug. En Crimea y los accesos al mar de Azov estaban Panticapea y sus ciudades filiales. La cercana Fanagoria fue fundada por los teanos en torno al 540, y leemos que los foceos se asociaron con los milesios en algunas de sus fundaciones. A partir de los testimonios arqueológicos puede inferirse que también los quienses fueron bien recibidos en las ciudades fundadas por sus aliados, los milesios. Al menos se encuentra cerámica quiense en muchas de ellas a lo largo de la primera mitad del siglo VI (e incluso un poco más tarde), sobre todo en Olbia, Berezan e Istros. Más aún, los únicos rastros de arquitectura jónica primitiva en Olbia y Panticapea pertenecen a un estilo muy vinculado a la escuela de Quíos.

Los megarenses fueron bastante menos aventurados en el Mar Negro; no se alejaron mucho de sus colonias en el Bósforo y, de hecho, no emprendieron ninguna colonización hasta el siglo VI. Al Este estaba Heraclea, y al Norte Mesembria y Callatis (fundada desde Heraclea). En el siglo V llegaron a la extremidad sur de Crimea y fundaron Quersoneso, donde cultivaron la vid con cierto éxito.

El carácter general de los testimonios arqueológicos procedentes de estas ciudades griegas es bastante simple. De sus emplazamientos y su historia arquitectónica nos ocuparemos en breve. Su cerámica debería reflejar los orígenes de sus ciudadanos y de sus visitantes más asiduos. Poco sabemos acerca de la cerámica milesia o megarense. Hay gran cantidad de cerámica griega oriental, del tipo que convencionalmente llamamos «rodio», y que probablemente fue llevada y usada por los milesios, si no hecha por ellos mismos. Ya hemos mencionado la cantidad de cerámica quiense hallada en las

ciudades milesias. También merece la pena señalar que muchos de los cántaros de vino primitivos encontrados en yacimientos del Mar Negro son quienses. Los tipos predominantes en la segunda mitad del siglo VI son todavía greco-orientales, y dondequiera que aparecen rastros de los griegos hay vasos de Fikelura, de Clazómenas (o semejantes de figuras negras) y otros más sencillos. No podían faltar algunos ejemplares corintios desde los primeros tiempos, y a finales del siglo VI los vasos áticos se hacen más comunes. Habían empezado a llegar en el segundo cuarto del siglo a muchos de los lugares, tan pronto como se hicieron populares en la propia Grecia oriental. Al final de este capítulo tendremos algo que decir sobre las actividades atenienses en el Helesponto y los accesos al Mar Negro. Un vaso eretrio hallado en Olbia, del 550 a.C. aproximadamente, y tres vasos beocios que se afirma (quizá con razón) proceden de Olbia y Berezan constituyen importaciones inesperadas.

Las colonias megarenses son tan tardías que de ellas sólo cabe esperar vasos de calidad hechos en Atenas. Las ciudades megarenses son las peor exploradas en sus niveles más antiguos, por lo que no estamos en condiciones de confirmarlo.

A la vista de lo ya dicho sobre posibles fechas de las fundaciones griegas en la zona del Mar Negro, es interesante observar que la mayoría de los hallazgos griegos fechables más antiguos no proceden de las propias colonias, sino a veces de lugares alejados del interior. Así, hay vasijas griegas orientales del 625 aproximadamente en un lugar cercano a Panticapea; en Nemirov, a 300 kilómetros remontando el río Bug, y en Krivoroshie, entre los ríos Donets y Don, a 400 kilómetros del mar. En este último punto apareció la parte superior de un vaso griego oriental en forma de cabeza de carnero, y hay otro, de más lejos y algo más tardío, con una cabeza de toro (lámina 21b). Estos hallazgos, o al menos los procedentes de puntos que nunca fueron griegos, muy bien pueden indicar una exploración precolonizadora, aunque no necesariamente un comercio o una presencia de griegos en los lugares más remotos donde llegaron sus mercancías.

Los atractivos materiales de esta región pueden ser reseñados someramente. La buena tierra agrícola que existe en diversas partes de las orillas de la Propóntide y en las márgenes septentrional y occidental del Mar Negro garantizaba un adecuado suministro de grano para las nuevas ciudades griegas y significaba también una rica fuente de comercio con las zonas del Egeo faltas de trigo. Aquí y allá los griegos fueron capaces de introducir la vid, y había buenas reservas de madera excelente para barcos y construcción en las orillas meridionales del Mar Negro, como en Tracia. En sus aguas

y ríos había pesca abundante, y creció allí un floreciente mercado de atún seco o en salmuera, y de otros pescados de las orillas septentrional y occidental. Un notable hallazgo de las excavaciones de Tiritaca fueron veinticuatro depósitos para hacer la salmuera, con huesos y escamas del «arenque Kerch» en los fondos. Sobre el río Dniéper (Borístenes), Heródoto escribe:

> Posee los mejores y más abundantes pastos, y con mucho las más ricas reservas de las mejores clases de peces y la más excelente de las aguas de mesa, limpia y clara, cuando son turbias las de los otros ríos próximos; en ningún lado crecen mejores mieses que a lo largo de sus riberas y donde no hay grano, la hierba es la más lujuriante del mundo. Se forma una ilimitada reserva de sal por procesos naturales en la desembocadura del río, que produce también un pez muy grande sin espinas, bueno para el escabeche y conocido localmente como *antakaios,* y muchas otras cosas excelentes.

La búsqueda de metales impulsó probablemente las fundaciones a lo largo de las orillas meridionales del Mar Negro y en el Este, donde podían explotarse los recursos del Cáucaso y Armenia. Los cálibes eran los tradicionales abastecedores de hierro del mundo griego, y generalmente se pensaba que vivían en el norte de Asia Menor, suministrando a los griegos el material en bruto a través de Amiso, ciudad de la costa. Había oro en Fasis, y quizá se explotaron otras fuentes más lejanas.

Poco sabemos de las relaciones con los indígenas de estas costas. Ya hemos mencionado las dificultades con los tracios, las relaciones de los griegos orientales con Frigia y Lidia, cuyos imperios se extendían por la costa sur del Mar Negro. Al hablar en la próxima sección de la arqueología de las ciudades griegas, habrá ocasión de señalar algunas pruebas de contactos con los vecinos bárbaros, que generalmente hubieron de ser desplazados o «persuadidos» de evacuar sus lugares antes de asentarse los griegos; pero una característica de varias fundaciones en la costa oeste es la proximidad de túmulos funerarios habitualmente identificados, aunque quizá no siempre con razón, como de nobles tracios interesados. En algunos de estos enterramientos los cuerpos estaban encogidos, cosa que no era una práctica griega en este período. Hay también unos pocos enterramientos con el cuerpo encogido en los cementerios griegos, quizá de residentes extranjeros. Los datos arqueológicos más interesantes sobre relaciones con los indígenas corresponden a las de los griegos con los escitas, pero esto merece consideración aparte más adelante en este capítulo. Otros indígenas de la costa del Mar Negro, como los mencionados por Heródoto, se relacionan en diversos grados con los tracios, los escitas o los cimerios. De los taurios de Crimea, Heródoto decía que sacrificaban a «todo marino

náufrago, y cualquier griego que fuese capturado en sus costas». Los pueblos del oeste del Mar Negro participaban de la cultura Hallstatt europea, pero arqueológicamente carecen de interés, y muy raramente han sido identificadas sus toscas piezas de cerámica o bronce en los emplazamientos griegos.

Las ciudades griegas

Hay unas pocas ciudades de la Propóntide que pueden ser tratadas brevemente antes de pasar a las fundaciones en el Mar Negro. Estas últimas las estudiaremos siguiendo la costa en el sentido de las manillas del reloj. El Helesponto y el Quersoneso tracio serán tratados al final de este capítulo.

Cízico estaba situada en una amplia isla frente a la orilla sur de la Propóntide, mirando al continente a través de un estrecho canal que, en la actualidad, está unido a tierra por una ancha y baja faja arenosa. Las edificaciones posteriores clausuran o han destruido cualquier dato sustancial referente a la primera ciudad, pero se ha encontrado cerámica de finales del siglo VII. Hay también interesantes testimonios de escultura y arquitectura arcaica: un capitel y relieves que incluyen un friso con carros. Hace poco se ha descubierto parte de una basa cilíndrica con mujeres danzantes en relieve. Estas obras datan de la época en que la costa estaba bajo el dominio del rey persa. La ciudad tenía acceso a las minas de oro del continente, que utilizó desde fines del siglo VI para una importante emisión de monedas. Las monedas muestran siempre un atún, cosa que sugiere otra fuente de riqueza de la ciudad.

Tierra adentro desde Cízico, a unos 30 kilómetros y sobre la orilla más lejana del lago Manyas, se encuentra el emplazamiento de Dascylium. Llegó a ser sede del gobernador persa más tarde, pero las excavaciones llevadas a efecto descubrieron cerámica del siglo VII, con algunas piezas de la primera mitad del siglo. Se ha pensado que esto indica también una fecha más antigua para las fundaciones griegas en la costa, pero el nombre lidio de la ciudad puede indicar que los primeros griegos fueron llevados allí por otros motivos, quizá como mercenarios al servicio de Lidia. De Dorilea (la moderna Eski-Shehir), más hacia el interior, procede una estela jonia del tipo usual, fechable hacia el 520, pero con decoración en relieve (fig. 71). Sin embargo, no podemos asegurar si estaba dedicada a un griego, a un frigio o a un persa. Otra estela «greco-persa» procedente de esta zona muestra esa combinación de estilos ya observada en un capítulo precedente.

En la costa norte de la Propóntide, la colonia samia de Perinto ha dado algo de escultura arcaica tardía de estilo griego oriental y una losa sepulcral grabada de tipo samio. Más cerca del Bósforo y en la costa sur está Calcedonia. En una de sus tumbas, perteneciente a la segunda mitad del siglo VI, se ha encontrado cerámica corintia sobre todo, como podría esperarse de una ciudad megarense. También de un lugar cercano procede una extraña losa del 550 a. C. aproximadamente, que representa algo similar a una



Fig. 71. *Estela de piedra de Dorilea.*

escena mortuoria con una inscripción en carecteres jonios (no megarenses), y una pequeña «koré» de mármol. Estos hallazgos desperdigados de escultura poco o nada dicen de las ciudades, tanto más cuanto que se trata generalmente de hallazgos accidentales, o procedentes de edificaciones posteriores, en cuyo interior habían sido colocadas. Falta aún el testimonio de excavaciones más rigurosas.

Poco mejor es el cuadro que ofrece la que llegaría a ser la mayor de las ciudades de la Propóntide, Bizancio. Aquí la antigua acrópolis se encuentra en el extremo oriental de la ciudad de Constantinopla, detrás de Hagia Sophia, dominando el Cuerno de

Oro y el Bósforo. Bizancio ha sido poco explorada, pero en las excavaciones hechas en el Gran Patio del Palacio del Serrallo se ha encontrado cerámica corintia de finales del siglo VII. Una vez más, hay buenas esperanzas de que las excavaciones descubran datos más precisos.

Dentro del Mar Negro veremos en primer lugar las ciudades situadas dentro de las fronteras de la actual Bulgaria.

La ciudad milesia de APOLONIA, situada junto a la moderna Sozopol, es la primera de las ciudades griegas importantes en esta costa. Hay una península con una isla costera (St. Kiriak) justamente al Norte, que pudo haber sido el centro de la ciudad más antigua. Sin embargo, los primeros hallazgos fueron hechos en la bahía de Sozopol. La mayoría son vasos griegos orientales de hasta el 600 a.C., aproximadamente, junto con cerámica corintia y ática posterior. Del siglo V hay varias piezas escultóricas interesantes, la más antigua una figura masculina hecha en estilo griego oriental hacia el 500. Más tarde, el famoso escultor Calamis hizo para la ciudad un Apolo colosal, que aparece en sus monedas. No parece haber habido en este lugar asentamiento indígena anterior a los griegos. La ciudad tenía fácil acceso a buenas tierras de labor y bosques madereros, además de sus pesquerías

La ciudad megarense de MESEMBRIA, actualmente Nesebur, fue una fundación posterior. Posee un buen emplazamiento peninsular, del tipo frecuentemente escogido por los colonizadores griegos, con un excelente puerto al Sur. Había sido primero ocupado por indígenas tracios, y de los primeros griegos sólo tenemos noticias de cerámica del siglo VI. Su historia arqueológica posterior es mejor conocida.

ODESSOS, de nuevo al Norte, está en la moderna Varna. El emplazamiento se encuentra en una alta plataforma que mira hacia la cara norte de una bahía bien protegida. Se ha dicho que Odessos fue fundada poco antes del 560, y su vasija fechable más antigua es una copa corintia de esos años. Pero hasta ahora los hallazgos han sido extremadamente escasos.

El Danubio formaba una barrera natural entre el Norte y los Balcanes, y también un canal natural para el paso de mercancías y pueblos. Discurre hacia el Mar Negro desde el oeste a lo largo de la actual frontera búlgaro-rumana, pero, a poco más de 80 kilómetros de la costa, gira hacia el Norte durante unos 150 kilómetros siguiendo paralelo a la costa, antes de girar de nuevo para caer en el mar desde un ancho y pantanoso delta. Queda así un rectángulo de tierra cortado por el río al Norte y al Oeste, por el mar al Este, y por una hilera de colinas (actualmente la frontera búlgara) al Sur. Se trata de

la fértil Dobrudja, cuyas llanuras deben haber atraído tanto a los primeros griegos en llegar como las mercancías transportadas por el Danubio. Las mejores posiciones para acceder a ambas cosas no están en el pantanoso delta, sino en cualquier lugar hacia el Sur, donde había fácil acceso por tierra al brazo principal del río.

Probablemente, el punto idóneo era TOMIS, el actual puerto de Constanza, con un promontorio que protege una bahía orientada hacia el Sur. De hecho, la ciudad moderna cubre la antigua, pero los hallazgos recientes incluyen cierto número de cántaros de vino quienses de la primera mitad del siglo V, y bien podría suceder que Tomis deba contarse junto a las demás fundaciones milesias del siglo VI en esta costa.

La primera colonia griega de esta zona se encuentra en ISTROS (Histria, fig. 72), a mitad de camino entre Tomis y el delta del Danubio. Se han realizado excavaciones desde 1914, y el trabajo más reciente, por arqueólogos rumanos, indica que quizá podamos encontrar allí el cuadro más completo disponible sobre las primeras colonias del Mar Negro. En la actualidad, el emplazamiento está en la extremidad de unas tierras salinas y parcialmente cenagosas, y hacia el mar el acceso está bloqueado por bancos de lodo depositados por la corriente del Danubio desde la antigüedad. Es difícil determinar por dónde iba la costa en el siglo VII a. C., pero parece que el

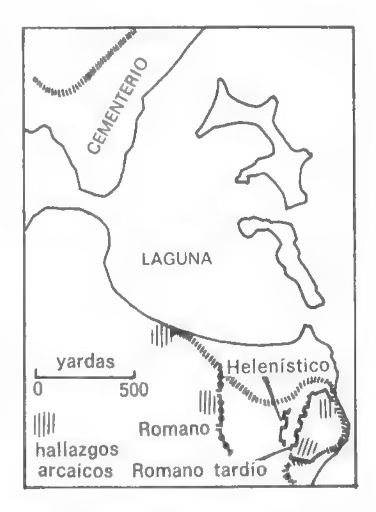


Fig. 72. *Plano esquemático de Istros.*

emplazamiento, una colina baja, estaba al final de una península. Se ha pensado, también, que se trataba de una isla. La parte más alta fue amurallada como acrópolis de la ciudad clásica, y hay allí cerámica del siglo VI, en las proximidades de un templo posterior. Pero la mejor secuencia de estratos antiguos se encuentra en el extremo norte de la península, a más de medio kilómetro de su final, donde parece que pudo existir un buen fondeadero. Una de las murallas y un nivel de destrucción los asocian los excavadores con pillajes escitas del 500 aproximadamente. Aparecen solamente muy escasos fragmentos de cerámica indígena en los estratos más antiguos, cosa que puede indicar que el emplazamiento no había sido ocupado antes de llegar los griegos. Las primeras casas eran poco más que chozas de cañas y barro, pero en la acrópolis había también restos de un templo jónico, no posterior al comienzo del siglo V. Había un cementerio al Norte, que en la actualidad queda al otro lado de una laguna. Las tumbas están cubiertas por pequeños túmulos, y contienen principalmente vasos griegos, áticos los más antiguos, del 530 a. C. aproximadamente. En el centro de cada uno de los túmulos hay una pira, pero cerca, y a veces fuera de los túmulos, se encontraron también caballos, hombres y mujeres enterrados sin incinerar. No se trata de enterramientos griegos normales, y deben más bien atribuirse a nobles indígenas (tracios) que quizá quisieron ser enterrados cerca de la ciudad griega que les había traído nueva prosperidad; pero todavía no se ha encontrado ninguna tumba contemporánea de la ciudad griega. La presencia de un espejo escita en una de las tumbas nos recuerda cuán cerca estaban los escitas por entonces. Nos acercamos ahora al momento de la expedición persa contra los escitas, que llevaría a Darío mucho más allá del Danubio.

Istros ha proporcionado gran cantidad de cerámica primitiva; la más antigua es griega oriental de finales del siglo VII, poco posterior a la fecha de fundación sugerida por Eusebio. Hay evidencia circunstancial de un conocimiento temprano del Danubio en el fragmento de una vasija procedente de Esmirna, hecha a mediados del siglo VII, que lleva el nombre de Istrocles, seguramente derivado del nombre del río. La cerámica del siglo VI es rica y variada. Hay una gran abundancia de vasos «rodios» tanto figurados como lisos, pero también están representadas otras clases de cerámica griega oriental: quiense de la primera mitad del siglo (una pieza no posterior al 600 aproximadamente) y también cántaros de vino de la misma procedencia; muchos objetos de Fikelura y unos pocos clazomenenses, principalmente, de la segunda mitad del siglo. Esto refleja bien los gustos del mundo griego oriental y los centros más importantes de producción de cerámica, sin aclarar mucho más sobre los intereses particulares de cada una de las ciudades. Más inesperado es un *pithos* (cántaro de almacenamiento) de arcilla con relieves de finales del siglo VI, probablemente venido de una ciudad de Grecia oriental, o de una de las islas. Entre las otras piezas hay vasos áticos del segundo cuarto del siglo VI, si no más antiguos, como los que aparecen en Grecia oriental, pero muy pocos corintios. Localmente, los griegos hacían una cerámica lisa de *bucchero* emparentada a los conocidos tipos griegos orientales.

Hay también pruebas de una precoz penetración de griegos y sus mercancías en esta zona. A menos de veinticinco kilómetros al oeste de Istros se ha explorado un poblado indígena en Tariverde, y se ha encontrado cierta cantidad de vasos griegos junto a otros locales. La mayor parte son áticos o griegos orientales, y los más antiguos corresponden al segundo cuarto del siglo VI. Más lejos y hacia el Noroeste, en Barbosi, cerca de donde el Danubio gira hacia su delta, se han encontrado vasos áticos de finales del siglo VI. En el siglo V hay un flujo mayor, y en diversos lugares del Danubio y sus afluentes se han encontrado vasos áticos, así como dos bellas vasijas de bronce, una en un punto cercano al Danubio, a unos 250 kilómetros del mar, y otra en los Cárpatos, a unos 650 kilómetros del mar.

Tiras pudo estar situado en un promontorio, dominando las aguas meridionales del estuario del río Dniéster, y parcialmente ocupado por la fortaleza de Akerman. Aunque se ha encontrado allí algo de cerámica antigua, nada ha sido aún publicado. El lugar estaba muy bien situado para acceder a las tierras cerealeras de los amplios valles del Dniéster. En opinión de otros autores se trata de Ophioussa, y sitúan a Tiras más río arriba, cerca de donde han aparecido dos inscripciones citando el nombre de la ciudad; pero el lugar de Akerman fue sin duda muy importante, tanto en la época clásica como en la helenística, y ha proporcionado gran cantidad de monedas de Tiras. Debe ser el más antiguo de los asentamientos cercanos al Dniéster, como probablemente sucede con Tiras, dado que se utiliza el mismo nombre para el río.

Olbia (Borístenes) era la más septentrional de las colonias primitivas, y la más rica. Estaba en la orilla derecha del ancho estuario del río Bug, donde fluye hacia el estuario más amplio del Dniéper. Hay aquí otro poblado griego antiguo, cuyo nombre antiguo se desconoce, pero es conveniente tratarlo antes que Olbia, ya que algunos han pensado que fue el primer asentamiento griego en la zona. Está en la isla de Berezan, situada fuera del estuario y más hacia mar abierto; no está claro, sin embargo, que fuera una isla en la antigüedad, y bien puede suceder que fuese otro emplazamiento peninsular, escogido más como plaza defensiva que como fondeadero. En la ac-

tualidad se tiende a pensar que allí hubo poblados indígenas anteriores a la llegada de los griegos; y uno donde éstos fueron admitidos o, por lo menos, sus productos. El emplazamiento no tiene peculia-

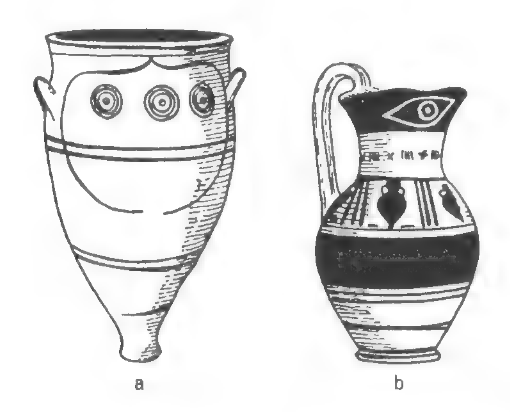


Fig. 73. a) *Cántaro quiense de Berezan.* b) *Jarro griego oriental de Panticapea.*

ridades arquitectónicas, y la mayor parte de los hallazgos proceden del cementerio, donde se ha descubierto un poco frecuente horno crematorio. La cerámica más antigua corresponde a finales del siglo VII. A partir de entonces el poblado está bien surtido de vasos griegos orientales: «rodios», quienses, de Fikelura, clazomenenses y otros de figuras negras, además de corintios y áticos después del 570, y quizá también algunos beocios. La presencia de una tinaja quiense de boca ancha (fig. 73a), que difícilmente pudo haberse utilizado para el transporte de vino o aceite, sugiere más bien la presencia de una familia quiense poco después del 600 a. C. Hay también objetos menores de fayenza, del tipo encontrado en emplazamientos griegos orientales. Uno de los más encantadores hallazgos es una lámpara de arcilla de finales del siglo VI, con la inscripción: «Yo soy la lámpara de —, y alumbro tanto para los dioses como para los hombres.» Se supuso que el poblado no sobrevivió una vez entrado el siglo V, y que su población fue absorbida por Olbia, pero trabajos recientes han demostrado que estuvo habitado en el siglo V y después. Su principal valor comercial debió residir probablemente en su condición de estación pesquera.

Hay otros poblados en el estuario del Bug-Dniéper, antes de llegar a Olbia, donde aparecen objetos griegos de los siglos VI y V y donde

quizá hubo también familias griegas. Dos están en Victorovka y Dneprovskoe (cerca de Olbia); las tumbas de Gute Maritzyn serán descritas al final del próximo epígrafe.

La propia OLBIA ocupaba un lugar en forma de triángulo isósceles, con cerca de kilómetro y medio de largo por casi un kilómetro de base. El lado Norte y el lado largo del Oeste están limitados por hondonadas, y el Este por las aguas del Bug, que discurre por aquí con una anchura de seis kilómetros. La ciudad arcaica ocupaba todo este área, a excepción del sector norte, y la acrópolis se encontraba al Sur. Posteriormente, todo el triángulo fue ocupado por la ciudad y fortificado, con lo que la acrópolis quedaría situada más al centro. Los barcos podían acercarse por la orilla del río hasta el norte del



Fig. 74. *Moneda de bronce de Olbia.*

emplazamiento. Ha sido excavada parte de una excelente casa arcaica en el solar de la acrópolis posterior, y se ha alegado que ya a finales del siglo VI tenía la ciudad un plan urbano geométrico. Hay pruebas de una anterior planificación similar en la Grecia oriental, en Esmirna. Hay una elaborada moldura arquitectónica de finales del siglo VI, muy semejante al estilo contemporáneo de Quíos, y Heródoto habla de una casa que se construyó para sí el príncipe escita Skyles en la ciudad griega: «rodeada de esfinges y grifos de mármol». Este y otros testimonios reflejan las buenas relaciones de la ciudad con los escitas y su prosperidad general. La cerámica más antigua enlaza con la ya descrita en Berezan, pero es en conjunto más rica, y hay una mayor variedad de otros objetos: elaborados platos de alabastro, fragmentos de esculturas arcaicas, bronces y un ataúd de arcilla pintada, semejante a los tipos más complejos hechos en Grecia oriental. Existen algo más que indicios de influencia del gusto escita en los productos locales; de lo que puede deducirse que éste debió ser uno de los centros más importantes en la producción de las muchas obras

de arte greco-escitas, que trataremos en el próximo epígrafe. Un buen ejemplo de estos hallazgos es un molde para fundir la cabeza de un animal, perteneciente a un tipo encontrado en muchos de estos objetos greco-escitas. Las monedas más antiguas de Olbia pueden haber sido hechas a principios del siglo v, y tienen una forma muy poco común: están fundidas en bronce en vez de troqueladas. Algunas son grandes discos con la cabeza de una gorgona y un águila con un delfín (fig. 74), y otras tienen realmente la forma de delfines

CERCINITIS (la ciudad-cangrejo) no está localizada con precisión, pero la mayor parte de los estudiosos rusos la identifican con un emplazamiento (Eupatoria) a mitad de camino sobre la costa oeste de Crimea, en una posición orientada al Sur y poco protegida. El antiguo puerto pudo estar en lo que actualmente es un lago salado. Los primeros hallazgos son de finales del siglo VI.

QUERSONESO fue fundada por los megarenses de Heraclea, en un lugar cercano al extremo sur de Crimea. Este extremo está como si dijéramos retorcido hacia el Oeste, y la ciudad griega miraba al Norte. El emplazamiento sirvió durante largo tiempo de cantera para la cercana Sebastopol. Los hallazgos publicados más antiguos, pertenecientes a finales del siglo v, se remontan a los primeros tiempos de la ciudad, pero siguen estando más allá de los límites que hemos establecido. Los escasos hallazgos griegos de finales del siglo VI indican visitas de griegos más que una fundación anterior no megarense.

TEODOSIA, situada hacia la extremidad oriental de Crimea, había sido fundada por milesios. Se erguía sobre el resguardado lado norte de un empinado promontorio. El hallazgo más antiguo —un vaso ático pintado del 570 aproximadamente— procede de las excavaciones antiguas, pero los trabajos arqueológicos comenzaron de nuevo en 1949.

Crimea se extiende por el Este en una ancha península hacia un promontorio (Taman) que sobresale en la costa al norte del Cáucaso. Los estrechos forman allí una especie de segundo Bósforo, conocido como Bósforo cimerio, una entrada al mar de Azov que los griegos conocían como lago Maeotis. En la parte más alejada se arzaría después la ciudad griega de Tanais, sobre la desembocadura del Don, pero ya hemos visto cómo atravesaban los objetos griegos esta ruta al comienzo de la colonización del Mar Negro. Las ciudades más importantes entre las primeras estaban a los lados del Bósforo cimerio, y durante el siglo v formarían el núcleo de un reino bósforo. En la orilla occidental, la de Crimea, están Panticapea (Kerch), Myrmekion, Tiritaca y Nymphaeum; en el Este están Fanagoria y Hermonassa. Aunque no aparezcan mencionadas como tales

por los autores antiguos, estas ciudades son todas ellas fundaciones muy antiguas. Los milesios fueron los más activos en esta zona, pero se habla también de otros jonios, y concretamente los teanos fundaron Fanagoria después de haber sido expulsados de sus hogares por los persas. Panticapea en particular ha sido una rica fuente de antigüedades griegas del período clásico y posterior, y gran parte del

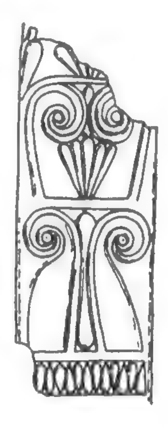


Fig. 75. *Estela de piedra de Panticapea.*

interés de estas ciudades griegas reside en su proximidad a algunas de las más ricas tumbas escitas, cuyo mobiliario se compone en parte de joyas, vasijas y otros objetos griegos.

La acrópolis de PANTICAPEA se hizo conocida como monte Mitradates. Está situada tras la moderna ciudad de Kerch, junto al mar. En la antigüedad pudo haber sobresalido más sobre la costa y disfrutar de un fondeadero mejor. La cerámica griega más antigua pudiera corresponder a los últimos años del siglo VII, pero recientes investigaciones hablan de un poblado pregriego, con el que los griegos quizá mantuvieron relaciones comerciales en el siglo VII. Uno de los hallazgos de principios del siglo VI es un vaso griego oriental (figura 73b, página 250), donde hay pintado un cántaro de vino del tipo de los que ya se suministraban regularmente a los griegos en el Mar Negro. La cerámica antigua es muy semejante a la de Olbia y Berezan. Hay restos de lo que pudo haber sido un templo jónico del 500 aproximadamente, con las basas de las columnas talladas de un modo similar al que aparece en la isla de Quíos. Una lápida

sepulcral grabada con volutas y palmetas (fig. 75) pertenece a un estilo provinciano, bastante alejado de las elegantes estelas de Grecia oriental.

MYRMEKION estaba al norte de Panticapea, mirando a través de la bahía hacia los estrechos del Sur. Ha sido el escenario de un reciente encuentro entre expediciones arqueológicas rusas y polacas. No hay mucha cerámica del siglo VI, pero la existente se remonta a la primera mitad del siglo y parece que lo que hubo aquí fue un puesto establecido bastante pronto por los colonos de Panticapea.

Unos once kilómetros al sur de Panticapea se encuentra TIRITACA, que recientes excavaciones señalan también como fundación antigua. Había aquí un poblado «cimerio» anterior, pero las casas griegas de la segunda mitad del siglo VI están siendo desenterradas en la actualidad. La cerámica sigue el esquema habitual. La más antigua pertenece a un extraño estilo orientalizante difícil de clasificar, y puede no ser muy posterior al 600 a. C., pero la mayor parte de las piezas no son anteriores al 550 a. C. Hemos señalado ya la importancia de este asentamiento para el comercio pesquero.

Más al Sur y a unos seis kilómetros está NYMPHAEUM, que parece fundada más o menos cuando Tiritaca y probablemente forma parte del mismo movimiento de expansión por los milesios de Panticapea. Excavaciones hechas a partir de la última guerra han puesto al descubierto un antiguo santuario a Deméter, junto al puerto, entre cuyas ofrendas hay vasos áticos del 560 aproximadamente, así como los templos de Afrodita y de Cabeiri en la acrópolis. Se habla también de un poblado pregriego. Situada justamente fuera de los estrechos está CIMMERICUM, fundada hacia el 550 al lado de un poblado cimerio.

FANAGORIA estaba en la otra orilla de los estrechos, al fondo de una profunda bahía. El lugar es bajo y poco señalado. Según los testimonios literarios (véase anteriormente), la fecha de fundación está en los alrededores del 540. La cerámica más antigua y las figurillas, de tipo griego oriental, son muy poco posteriores.

HERMONASSA está más cerca de la moderna ciudad de Taman. Aquí, como en otros emplazamientos próximos de poca importancia, cuyos cementerios han sido parcialmente explorados, los primeros hallazgos son anteriores al 550.

El dominio griego sobre el lado oriental de los estrechos parece haberse completado una generación después de las primeras fundaciones en las orillas del Crimea, y posiblemente nunca fue tan firme. No lejos de allí, hacia el Este, están algunas de las más ricas tumbas escitas. Cerca del famoso grupo conocido como Siete Hermanos hay

un poblado indígena del siglo VI, muy similar, según los arqueólogos rusos, a una ciudadela griega.

De las ciudades más lejanas, TANAIS, situada en la desembocadura del Don, fue fundada después del período que analizamos. Pero ya hemos visto que más de un vaso griego había subido por el Don hacia el interior en los primeros días de la colonización. Recientes exploraciones submarinas hechas en el estrecho de Taganrog, al oeste de Tanais, han descubierto cerámica griega oriental de finales del siglo VII que puede significar la existencia de un puesto comercial anterior a la colonización, tan antiguo como cualquier colonia del Mar Negro y mucho más remoto. FASIS, situada en la Cólquida, sobre el extremo oriental de la costa del Mar Negro, fue fundada para proporcionar acceso inmediato al Cáucaso y sus yacimientos minerales. Los más antiguos hallazgos griegos en esta zona son monedas locales de principios del siglo V que representan el león milesio y el minotauro, pero la costa pudo haber sido visitada y colonizada en la segunda mitad del siglo VI. Este era el paso lógico desde las colonias ya fundadas en la orilla sur del Mar Negro, a las que nos referiremos ahora.

De HERACLEA, fundación megarense y la más próxima al Bósforo, no sabemos casi nada, a pesar de que la ciudad se enriqueció rápidamente y patrocinó otras colonias en Callatis (entre Odessos y Tomis) y en Crimea (Quersoneso).

Sinope y Trapezunte fueron las fundaciones milesias más importantes, y ya hemos dicho algo sobre las tempranas fechas que se les atribuyen.

SINOPE, la actual Sinop, ocupa un emplazamiento peninsular que controla un soberbio puerto mirando al Sudeste. La exploración de la ciudad se ha hecho virtualmente imposible a causa de las edificaciones posteriores, y sólo en años recientes ha sido explorada una parte del cementerio, en el interior. La cerámica procedente de las tumbas es en su mayor parte griega oriental, pero también hay alguna pieza corintia que puede ser fechada poco después del 600 a.C. Pudiera pensarse que las tumbas más antiguas no han sido todavía descubiertas, pero los fragmentos recuperados del emplazamiento urbano no son anteriores. De igual interés es la notable cantidad de cerámica frigia encontrada, que atestigua una estrecha relación con los pueblo del interior (véase también, posteriormente, Amiso). La prosperidad de la ciudad debió derivarse fundamentalmente de su comercio. En parte, éste pudo deberse al hecho de poseer el único buen puerto entre el Bósforo y Trapezunte, pero la ciudad también tenía acceso a las minas y a la madera del interior, y en fechas posteriores

fue la mayor exportadora de «miltos», un tinte mineral muy apreciado por los griegos.

Trapezunte (Trebisonda) se encuentra unos 400 kilómetros más allá de Sinope, que estaba a unos 480 del Bósforo. La ciudad ocupaba un buen lugar de acrópolis, pero no sabemos nada de sus primeros tiempos por excavaciones o hallazgos casuales. Es imposible exagerar la importancia de la ciudad, para el comercio, tanto con el Cáucaso como con el área que había ocupado el reino de Urartu al Sudeste, aunque es probable que la fecha de fundación que se le atribuye sea demasiado alta.

Amiso (Samsun), entre Sinope y Trapezunte, aunque mucho más cerca de la primera, suele considerarse una fundación tardía, pero de hecho la escasa cerámica griega procedente de la ciudad es apenas algo posterior a la más antigua encontrada en Sinope, posterior al 600 a. C. Amiso estaba, quizá, mejor situada para el comercio fluvial con el interior, y ya hemos señalado que era tradicionalmente a través de Amiso como los cálibes u «hombres de hierro» abastecían a los griegos. Los hallazgos hechos aquí y en los alrededores reflejan esas relaciones con el interior. Debe tenerse en cuenta que los «nativos» de esta zona eran los herederos del antiguo imperio frigio, y que éste es el punto más próximo, sobre la costa, a la antigua ciudad hitita y frigia de Bogaz-Koy. En Ak Alan, unos 15 kilómetros al interior desde Amiso, se ha encontrado cerámica griega oriental poco posterior al 600 junto a vasijas frigias pintadas. En el mismo lugar, y más al interior, en Pazarli, aparecen los revestimientos de arcilla pintada que tanto deben a la inspiración griega oriental, y que ya hemos mencionado en el capítulo 3 (fig. 30, p. 105).

Griegos y escitas

Los escitas de las estepas del sur de Rusia fueron originalmente tribus nómadas que se habían establecido en las planicies y en las orillas de los ríos. En las nuevas ciudades griegas debieron aficionarse a la vida «civilizada» y a los encantos de la civilización urbana: el vino y las obras de arte. No se trata de que los propios escitas fueran «incivilizados», como veremos; pero para los griegos debieron haber sido como los pieles rojas para un muchacho moderno (o ya algo pasado de moda): una raza remota de oscuros guerreros que llevaban calzones largos y grotescos sombreros, formidables arqueros y jinetes que arrancaban el cuero cabelludo de sus enemigos. De su país se decía que era tenebroso e intensamente frío; los únicos escitas que la mayor parte de los griegos veían eran esclavos o de

aquellos enrolados en la policía ateniense durante el siglo v, aunque uno de ellos (Anacarsis) fuese celebrado por los griegos como uno de los siete sabios. Su vestuario, que se convertiría en el uniforme de los arqueros, los orientales y las amazonas en el arte griego, pudo haber sido algo más conocido (lámina 21c; de un vaso obra de Exekias).

Era opinión general en la antigüedad que la llegada de los escitas procedentes del Este fue lo que desplazó a los cimerios y motivó sus numerosas y destructivas correrías en Asia Menor. Ya hemos hablado de los cimerios que atacaron las ciudades griegas en el siglo vii y determinaron la caída del imperio frigio.

Se pensaba que los escitas provenían del Este, y hay ciertamente muchos elementos persas en su cultura y nombres. Tiene mayor interés inmediato para nosotros su trayectoria en el Oriente Próximo, porque lo aprendido aquí formaría parte importante de su herencia cuando volvieron a sus lugares de origen en el sur de Rusia, y es algo que puede afectar nuestras opiniones sobre la influencia del arte griego en Escitia. Pero antes es preciso señalar algo de lo que sabemos sobre los propios escitas, sus tumbas y su arte durante el período del que se ocupa este libro. Sus costumbres y forma de vida son descritas por Heródoto de forma pintoresca y completa, y podemos aprender algo más de ellos a partir de los contenidos de sus tumbas. Sin embargo, la mayor parte de este material es del siglo v antes de Cristo y posterior, y sólo algunas tumbas pertenecen a un período anterior. Las tumbas son sus restos más impresionantes. Había generalmente un edificio funerario de madera, con una cámara interior para albergar el cuerpo. En los enterramientos más ricos, las esposas, sirvientes y caballos eran enterrados al lado del señor, que aparece completamente vestido y armado. Encima se levantaba un alto túmulo de tierra.

También el arte escita se conoce sobre todo por ejemplos del período posterior, cuando ya la influencia griega era poderosa y a veces decisiva. Las características indígenas pueden definirse bastante bien: un «estilo animal» de decoración, con los cuerpos de los animales contorsionados en graciosos dibujos curvilíneos. De sus cuerpos salían a veces partes o cabezas de otros animales para enriquecer la complejidad de las composiciones. Este estilo se encuentra sobre todo en placas, muchas veces caladas, de oro y bronce, que decoraban muebles, avíos —especialmente jaeces— y vestidos. En objetos de mayor tamaño se observa el deseo de cubrir la totalidad del espacio disponible, bien por un desarrollo inacabable del motivo central o por la repetición de motivos individuales. Hay aquí muchos elementos que evocan el arte de Persia, y del Luristán en particular, y que se antici-

pan al arte celta, pero hay también muchos otros que no son del todo ajenos al arte griego. En Grecia oriental, particularmente en Efeso, encontramos objetos decorados en un «estilo animal» que se aproxima mucho a las obras escitas. Esos objetos son de finales del siglo VII y del siglo VI. Podrían ser importaciones, y de cualquier modo sería erróneo pensar que los escitas aprendieron de este estilo de los griegos. Más bien podría decirse que unos y otros desarrollaban tradiciones orientales más antiguas: los griegos las de las civilizaciones urbanas de Mesopotamia, y los escitas la de los nómadas de las planicies euroasiáticas. El estilo alcanza sus mejores exponentes en el tipo de objeto para el que fue en un principio adoptado, como jaeces o el tradicional carcaj escita.

En los siglos VIII y VII los príncipes escitas habían invadido Asia Menor y el reino de Urartu, habían atacado a los medos y a los babilonios y hasta penetrado profundamente en Palestina. De esa época datan unos cuantos ejemplos soberbios del estilo mixto oriental y

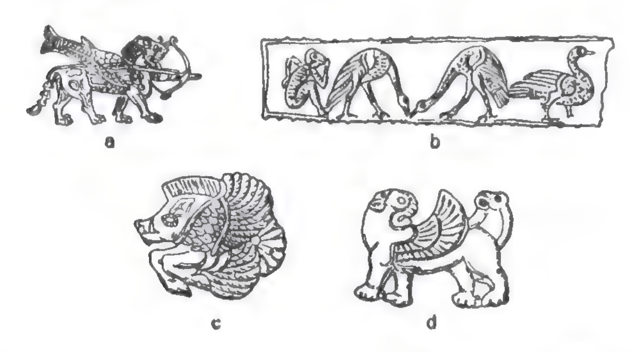


Fig. 76. a) *De una vaina de oro de la tumba Melgunov.* b) *Placa de oro de la tumba Melgunov.* c) *y* d) *Placas de oro del Kubán.*

animal, procedentes sobre todo de Sakiz, la capital escita del reino de Mannai, más allá de Urartu. A un estilo muy similar pertenecen los primeros hallazgos hechos en las tumbas escitas del sur de Rusia, que son seguramente de finales del siglo VII, cuando los escitas estaban ya siendo presionados hacia el Norte y expulsados de los territorios que habían ganado a los medos y asirios. En consecuencia, los productos más sofisticados del arte escita anterior a un contacto directo con los griegos están profundamente influidos por las modas del Oriente Próximo. En dos o tres de las grandes tumbas (espe-

cialmente en la Melgunov, bastante al norte de Olbia, y en otras unos 650 kilómetros más lejos, cerca de Kelermes en el Kubán) hay bellos relieves de oro —en empuñaduras, vainas, etc.— que muestran el estilo animal desarrollado junto con motivos y figuras puramente asirias (fig. 76a). Los artistas fueron diestros imitadores de las formas asirias, aunque manteniéndose al mismo tiempo dentro del espíritu del estilo animal. Las mejores muestras de este arte fueron encontradas en 1763 por el general Melgunov, que las llevó a San Petersburgo para enseñárselas a la emperatriz Catalina II.

Fue también al final del siglo VII cuando los griegos alcanzaron las orillas septentrionales del Mar Negro. Con uno de los primeros vasos griegos que llegaron a Rusia, en la tumba de Krivoroshie (ver página 242), se encontró un ejemplo de la orfebrería oriental que aca-

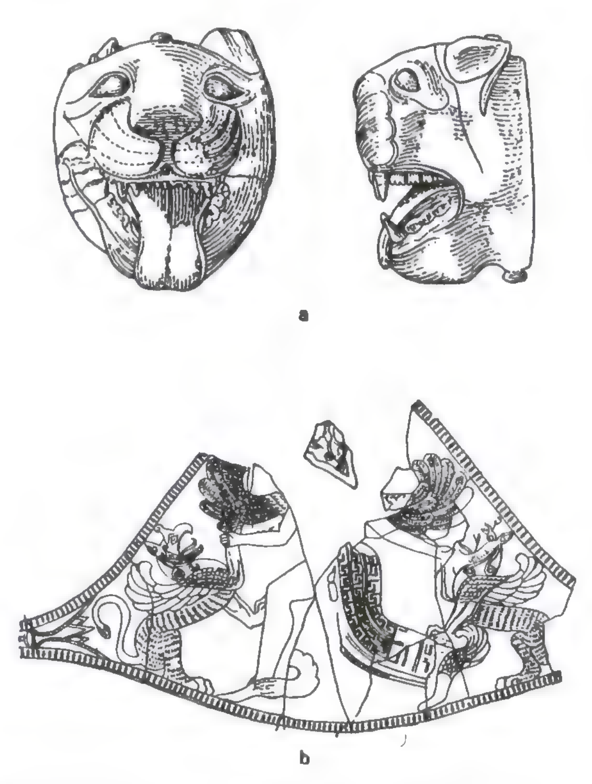


Fig. 77. a) *Cabeza de león en marfil de Smêla.* b) *Dibujo de un* rhyton *de plata dorada de Kelermes.*

bamos de mencionar; y en la tumba Melgunov, junto a objetos asirio-escitas, aparece una placa de oro con un mono y pájaros en relieve (fig. 76b), que puede ser una muestra temprana del arte greco-escita. El arte griego de esta época es también «orientalizante», pero mucho de lo tomado del Este ha sido ya transformado y adaptado hasta hacerlo irreconocible. Sin embargo, no siempre es fácil determinar cuáles entre los objetos «orientalizantes» encontrados en el sur de Rusia son griegos y cuáles son genuinamente orientales. Así sucede, por ejemplo, con las bellas cabezas de león en marfil procedentes de un lugar próximo a Smêla (fig. 77a). El hecho de que los ojos estén incrustados en ámbar sugiere que fueron hechos en el sur de Rusia o en Grecia; y su estilo, que el artista era griego u oriental.

En el siglo VI empezaremos a encontrar las indicaciones más claras del impacto del arte griego sobre los escitas, transmitido en parte por objetos importados, y en parte, por el trabajo de los griegos (jonios) en objetos o estilos calculados para gustar a los escitas. Estos trabajos fueron hechos probablemente en las ciudades griegas de la costa del Mar Negro. Sin embargo, debemos recordar que no surtían a un mercado bárbaro vulgar, sino a un mercado ya habituado a los productos más logrados del arte decorativo en un estilo muy diferente, y bien familiarizado con las mejores obras de algunas escuelas más formales del Oriente Próximo.

Por lo general, encontramos a los escitas dispuestos a aceptar productos griegos de formas desconocidas hasta entonces; por ejemplo, los espejos jónicos de bronce con mangos de volutas, las vasijas de bronce decorativas y, en menor grado, la cerámica pintada. La moda escita de coser placas de metal a los vestidos era compartida en Grecia oriental, y hay motivos griegos orientales, algunos de los cuales reflejan sutilmente el estilo animal indígena, en las pequeñas placas de oro encontradas en muchas tumbas escitas (figs. 76c y d). Los brazaletes terminados en cabezas de animales se popularizaron entre los griegos a partir de modelos del Oriente Próximo, pero algunos de los ejemplares más bellos parecen hechos para el mercado escita (o incluso para el persa), y marcaron la pauta de la producción indígena.

Ya mencionamos la cerámica griega de finales del siglo VII encontrada lejos de las costas del Mar Negro donde los griegos estaban fundando sus primeras colonias. Esto sugiere un interés precoz de los escitas por sus nuevos vecinos, pero también es posible que algunos de los vasos o de los colonos griegos hayan llegado incluso antes de que los príncipes escitas del Sur se establecieran en las proximidades de los grandes ríos de Rusia meridional. A lo largo del

siglo VI hay hallazgos ocasionales de cerámica griega en ciudades escitas muy arriba del Dniéper, al sur de Kiev. Los escitas no se sintieron demasiado impresionados por los vasos griegos pintados hasta el siglo V, y sobre todo el IV, cuando los ceramistas áticos estaban produciendo formas especialmente pensadas para el mercado del Mar Negro. La mayor parte de nuestros testimonios sobre la penetración de objetos griegos en Escitia, o sobre la existencia de arte greco-escita, pertenecen a los años inmediatos al final del siglo VI a.C. Durante sus primeros cien años, las nuevas colonias prosperaron y disfrutaron de un intenso comercio con los griegos de las metrópolis, basado en los productos de su propia agricultura y pesca, o quizá de lo que obtenían de agricultores indígenas, pero no sería lícito afirmar que haya muchos indicios de un estrecho intercambio entre ambos pueblos. Casi parece que lo que más les unía era su compartido antagonismo al creciente poder de los persas, aunque los escitas debieron encontrar muchas cosas en común con ellos, y durante el final del siglo VI las ciudades griegas de Jonia que habían enviado las colonias estuvieron dentro de las fronteras del imperio persa.

Algunos bronces griegos se vendían ya en Escitia durante el período arcaico. De varios importantes emplazamientos escitas al sur del Dniéper, unos 300 kilómetros al norte de Olbia sobre la ruta hacia Kiev, provienen los fragmentos de una gran crátera de bronce muy similar en apariencia, si no en origen, a las encontradas en Iliria y en Vix, y un espejo de bronce con mango aparentemente escita. También arcaicos tardíos son dos espejos de bronce con soportes en forma de figuras femeninas, una desnuda (fig. 45b, p. 156) y otra vestida, que proceden de lugares más cercanos a las ciudades griegas de la desembocadura del Dniéper.

Entre los objetos greco-escitas, como entre los orientalizantes anteriores, los productos más interesantes para el mercado escita son las piezas de orfebrería en relieve. De las tumbas de Kelermes, donde se han encontrado algunas de las mejores piezas «asirianizantes», hay un soberbio espejo de plata dorada, decorado en su parte posterior en un estilo casi enteramente griego (lámina 22). Completamente griegos —pudiéramos decir que jónicos de principios del siglo VI— son la Señora de los Animales, los leones, las esfinges, los carneros, la cabra, el zorro, el águila, el grifo y el león desgarrando un toro. Algunos de los temas son orientalizantes; el tratamiento es griego. Pero junto a ellos vemos un oso, un pequeño animal acurrucado estilizado a la manera escita y una extraordinaria escena de dos hombres peludos combatiendo con un grifo. Estos últimos deben ser arimaspos, quienes, según creían los griegos, vivían en el helado Norte y robaban el

oro que los grifos custodiaban. Es una escena muy apropiada para que un griego la eligiese, y aparecerá de nuevo en vasos áticos del siglo IV vendidos en algunas ciudades griegas de la costa norte del Mar Negro. También de Kelernes y del mismo artista es un *rhyton* de plata dorada y forma escita, decorado con una diosa alada que sujeta a dos grifos (fig. 77b), y algunas otras figuras, entre ellos un centauro y un héroe combatiendo con un león. Una diadema de oro con la cabeza saliente de un grifo en su parte frontal imita la joyería del tipo que se hacía en las islas griegas por entonces.

Aún más extraordinarios, y mucho más remotos, son los hallazgos hechos cerca de Vettersfelde, en el norte de Alemania, a poco más de ochenta kilómetros de Berlín. Proceden, según parece, de la tumba de un guerrero enterrado con su caballo pero sin servidores. El ajuar es escita. Hay piezas decorativas de oro del arnés del caballo. Una de ellas tiene forma de pez (lámina 24), con las puntas de la cola estilizadas en cabezas de carnero y el cuerpo cubierto de figuritas en relieve —un águila, leones con un ciervo y un jabalí, peces y un tritón. Otra pieza está hecha en forma de cinco discos unidos, cuatro de ellos decorados con pequeños animales en relieve. Hay también trabajos sobre oro en un puñal y su vaina, así como un pendiente de oro y otros ornamentos menores. El estilo de la decoración figurativa y animal de las piezas mayores es totalmente jónico, apenas posterior al final del siglo VI. Pero la forma de los objetos es evidentemente no griega: nos encontramos ante uno de los más distantes y antiguos enterramientos de un jefe escita equipado con la mejor orfebrería en oro procedente de las ciudades jónicas de la costa del Mar Negro. Que es un enterramiento, y no el botín capturado a un escita, lo sugieren los otros hallazgos escitas de esta época, menos exóticos, hechos en Europa central, que atestiguan sus incursiones de rapiña y su expansión hacia el Noroeste.

Ligeramente posterior a los hallazgos de Vettersfelde es un ciervo de oro procedente de una tumba escita de Kul Oba, en Crimea (lámina 23a). El animal no es enteramente escita, sino más bien un ensayo griego dentro del estilo animal, y su cuerpo está cubierto de pequeños animales en relieve, de una manera ya completamente griega; compárese con el tratamiento de «estilo animal», más natural, del mismo motivo (lámina 23b). Pero con el ciervo de Kul Oba y otros objetos de oro procedentes de tumbas escitas de Crimea y el Kubán empezamos a encontrar el arte greco-escita plenamente clásico, del siglo V, que no podemos tratar aquí en detalle.

A estos primeros años del siglo V pertenece una interesante tumba de Gute Maritzyn, cerca del estuario de Bug-Dniéper, entre Olbia y Berezan. Esta tumba y otras de las proximidades ilustran bien el

modo en que ya se habían entremezclado las poblaciones y costumbres de griegos y escitas. Las tumbas son de tipo escita: cámaras de madera en túmulos bajos. Una de ellas está singularmente bien conservada y sus contenidos merecen ser enumerados en detalle (fig. 78). A cada extremo del cadáver —de hombre— hay un cántaro de vino quiense. También para la posible sed en el más allá se habían dispuesto una bella copa ática negra, un cacillo griego de bronce y un colador, grabado con complejos dibujos. El hombre era un guerrero. Tenía una espada de hierro, dos lanzas con puntas de hierro y tres cuchillos (dos de bronce y uno de hierro); a uno de sus costados yacía su coselete, con escamas de hierro cosidas, y al otro su provisión de flechas. Han podido contarse 377 puntas de flecha de bronce, todas del tipo con casquillo introducido por los escitas en el mundo griego. En otras

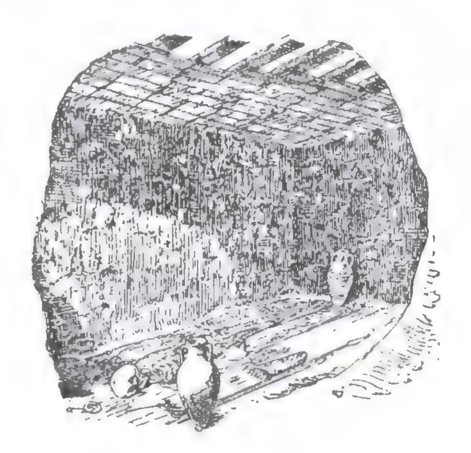


Fig. 78. *Vista de una tumba de Gute Maritzyn.*

tumbas antiguas hay más cántaros quienses de vino, cerámica ática de figuras negras, del 500 a. C. y algo posterior, y un espejo con la figura de una mujer grabada en el mango por un artista griego. No se trataba en este caso de una ciudad griega, pero es muy difícil establecer a partir de los hallazgos sin son griegos o escitas los enterrados allí. El estudio de los cráneos indica que algunos eran sin duda griegos.

Estas comunidades aparentemente mixtas, y la calidad de las obras griegas hechas para los escitas, son un testimonio más elocuente de las relaciones entre ambos pueblos —colonizadores e indígenas— que los hallazgos de objetos importados de otras partes del mundo griego.

Ello indica que la riqueza de los escitas y del comercio del Mar Negro atrajo a algunos de los mejores artistas jonios a las colonias del Norte, donde adaptaron su estilo de origen a los gustos y estilos de los escitas. Ya hemos visto en otras zonas —en Egipto, en el Occidente, en la propia Grecia— el efecto de la «diáspora» de los artistas jonios en los turbulentos años del siglo VI, cuando sus ciudades natales fueron atacadas o sometidas por los lidios y persas. El desarrollo del arte greco-escita es quizá el resultado más extraño de este movimiento.

Los atenienses, los persas y el Helesponto

Ya hemos visto el escaso interés que Atenas puso en las fundaciones de ultramar, a pesar de que su cerámica fue llevada allá por otros griegos y era tan apreciada por los vecinos bárbaros de las colonias griegas. Pero en el siglo VI Atenas hizo un esfuerzo deliberado por asegurarse una posición o incluso el control del Helesponto.

SIGEO, situada en el lado sur de la entrada al Helesponto, había sido ocupada por eolios procedentes de Lesbos. Hacia el año 600 Atenas tomó la ciudad y se vio envuelta en un prolongado conflicto con los lesbios. Entre ellos estaba el poeta Alceo, que sin humillación canta cómo en una ocasión tiró el escudo y escapó del combate. El tirano de Corinto, Periandro, fue llamado como árbitro y adjudicó la ciudad a los atenienses. Estos parecen haberla perdido algo más tarde, porque el tirano ateniense Pisístrato hubo de volver a ocuparla. En el 510 su familia se refugió allí, pero entonces se encontraba ya en las fronteras del nuevo imperio persa.

Bajo Pisístrato, Atenas también había extendido su control a las orillas septentrionales del Helesponto. Heródoto cuenta la pintoresca historia de cómo una delegación de tracios (doloncios) fue a Delfos buscando consejo sobre las disputas con sus vecinos. Se les dijo que tomaran como jefe al primer hombre que les ofreciese asilo en su casa tras haber dejado el santuario. Tuvieron que ir hasta Atenas antes de encontrar al hospitalario Milcíades. Milcíades era un hombre rico, quizá rival de Pisístrato, que sin duda se alegró de verle partir. Los doloncios vivían en el Quersoneso tracio, la lengua de tierra del lado norte del Helesponto. Milcíades y los colonos áticos que tomó consigo ocuparon toda la zona y construyeron una muralla en su punto más estrecho, al este de Gallípoli. No sabemos en qué términos se relacionaron estos nuevos colonos con las colonias milesias y lesbias. Probablemente, los lesbios recibieron el mismo trato que en Sigeo. En el Quersoneso tracio Milcíades estableció una pequeña dinastía, que derrochó gran parte de sus energías en combatir con la ciudad focea de Lampsaco, al otro lado del Helesponto. El propio Milcíades fue capturado en una ocasión, pero quedó libre cuando el rey lidio Creso amenazó a los de Lampsaco. Hacia el 516, Milcíades el joven fue enviado desde Atenas, sofocó una revuelta, se casó con una princesa tracia y ocupó las islas de Lemnos (ver p. 99) e Imbros alrededor del 500.

Hay algunos testimonios arqueológicos de este período de interés ateniense por el Helesponto. En el Quersoneso tracio apenas hay nada de las colonias anteriores fundadas por los griegos orientales, y el único hallazgo arcaico es un vaso corintio del 630 aproximadamente, que procede de Koila, ciudad situada casi a mitad de la costa norte y que sólo mucho más tarde sería importante.

El emplazamiento más interesante para nosotros es Elaeus, que admitió colonos áticos hacia el 550. Está sobre un ancho promontorio al este de una pequeña bahía, en la propia boca del Helesponto. Las primeras excavaciones fueron ocasionadas por las operaciones militares en Gallípoli durante la primera guerra mundial, y los franceses siguieron explorando la zona en años posteriores. Sobre el lugar se encuentra hoy el nuevo monumento turco a los caídos en la guerra, que es regularmente visitado, aunque rara vez reconocido, por los cruceros helénicos. La mayor parte de los hallazgos proceden de las tumbas del Este, aunque hay una gran cantidad de cerámica antigua lista para ser desenterrada en el poblado. Los pocos vasos que cabe atribuir a los años cercanos al 600 son griegos orientales y corintios; los vasos áticos sólo abundan a partir del 550. Si Elaeus cayó —quizá ante los lesbios— como parece haber sucedido con Sigeo durante cierto tiempo, ello sería comprensible. Estamos llegando a un período en el que la identidad de la cerámica importada, corintia o ática, significa ya poco, pero hay un grupo de vasos de Elaeus que refleja directamente la ocupación ateniense. Parecen hechos hacia la mitad del siglo VI o algo más tarde, y estaban decorados muy sencillamente, con estrías y siluetas de pájaros (lámina 21a). El estilo es ático, pero este grupo en particular no aparece en Atenas. Su distribución es significativa: Elaeus y la Tróada (incluyendo Troya y Sigeo), con piezas aisladas en las ciudades del Mar Negro. Debe tratarse de objetos producidos por un ceramista ático establecido en Elaeus o Sigeo.

Las monedas también nos dicen algo. Milcíades hizo una emisión con la inscripción Quer(soneso), combinando una divisa ateniense con el león milesio, quizá haciendo referencia a las ciudades milesias del Quersoneso.

Al otro lado del Helesponto el registro arqueológico es menos informativo. Troya había sido ocupada de nuevo por griegos eolios antes del 700. En Sigeo hay una losa sepulcral con epitafio grabado en caracteres jónicos y, algo ampliado, en caracteres áticos también. Las

circunstancias que motivaron esta doble inscripción no se adivinan fácilmente. La propia losa puede muy bien pertenecer a un tipo de monumento funerario típicamente ático. Los epigrafistas fechan las inscripciones hacia la mitad del siglo. El hijo de Pisístrato, Hipias, pudo haber emitido en Sigeo monedas de tipo ateniense, pero con su propio nombre. Un templo de finales del siglo VI en Aso, junto a la costa, puede tener algo que ver con las influencias atenienses en esta zona, porque es el único templo dórico de este período en Grecia oriental, y sus esculturas, con escenas de Heracles, recuerdan los frontones de la acrópolis ateniense. Lampsaco era la otra gran ciudad de este lado del Helesponto; fue primero una colonia focea hostil a los atenienses, y más tarde una base persa. No se sabe nada de la primera ciudad, pero el autor está en posesión de una copa griega oriental de mediados del siglo VI que, según se afirma, procede de una tumba de allí.

A finales del siglo VI los persas estaban a las puertas y al igual que los otros dirigentes de los estados griegos orientales Milcíades reconoció la soberanía del Gran Rey. Hacia el 513 el persa Darío organizó una expedición contra los escitas, y Milcíades le acompañó. junto con otros jefes griegos orientales. Heródoto dice que Milcíades intentó persuadir a sus compatriotas de que destruyesen el puente de Darío sobre el Danubio mientras su ejército se encontraba alejado, pero que ellos vieron claramente cuán precaria sería su situación una vez en casa y sin la protección de Darío. En el 490 Milcíades se encontró de nuevo al ejército de Darío, en la batalla de Maratón, pero ahora conduciendo a sus compatriotas atenienses contra el rey persa.

La ocupación persa de las ciudades griegas de la costa tracia no forma parte de nuestra historia. Cuando Jerjes, el hijo de Darío, condujo su ejército por esta ruta contra Grecia en el 480, hizo puentes sobre el Helesponto y contempló a los barcos de cereales griegos que iban a Egina y al Peloponeso. Sus «luchadores secaron los ríos» según avanzaban a través de Tracia hacia Grecia, a las Termópilas, a la derrota en Salamina y Platea. Tres siglos antes, los griegos habían codiciado las riquezas y el saber del Oriente. Ahora su propia fuerza y habilidad planteaban un reto al más grande de los imperios que había visto el Oriente.

BIBLIOGRAFIA

ADRIATICO. Beaumont, en *Journ. Hell. Stud.*, LVI, 1936. Rodenwalt, *Korkyra*, 1939-40. Alfieri, Arias y Hirmer, *Spina*, 1958.

ILIRIA, MACEDONIA y TRACIA. Casson, *Macedonia, Thrace and Illyria*, 1926. Filow, *Trebenishte*, 1927. Las excavaciones de Tasos están publicadas en *Études Thasiennes*, y hay informes anuales en *Bull. Corr. Hell.* Sobre Neápolis, *Arch. Eph.*, 1936, y *Praktika*, 1937, 1938. Sobre Anfípolis, *Praktika*, 1965. Sobre la influencia del Norte, Bouzek, en *Opusc. Ath.*, 1969. Iliria: Alexander en *Antiquity*, XXXVI, 1962; Zizi-Popovic, *Novi Pazar*, 1969.

MAR NEGRO. Los estudios fundamentales son: Minns, *Scythians and Greeks*, 1913; Rostovtseff, *Iranians and Greeks in South Russia*, 1922, y *Skythien und der Bosporus*, I, 1931. Rice, *The Scythians*, 1957, presenta descubrimientos recientes. Sobre el arte, Artamonov, *Treasures from the Scythians Tombs*, 1970; Amandry, en *Arch. Anz.*, 1965; Boardman, *Pre-classical*, 1967, capítulo 6; Boriskovskaya en *Gr. Vasen, Rostock*, 1967. Sobre Olbia, Minns en *Journ. Hell. Stud.*, LXV, 1945. El trabajo reciente se publica en *Materials and Researches*, y se informa de él en otras publicaciones rusas (muchas están resumidas en *Bibl. Class. Or.*). Véase también E. Belin de Ballu en *L'Histoire des colonies grecques*, 1960. *Arch. Reports for 1962-3* y *for 1971-2*. Rumania: informes anuales sobre el trabajo reciente en *Materiale si Cercetari Arh.*, la serie *Histria*, 1-; un informe breve en *Bull. Corr. Hell.*, LXXXII, 1958. Bulgaria: sobre Mesembria, *ibid.*, LXXXIV, 1960; sobre Apolonia, *Bull. Inst. Arch. Bulg.*, por J. Hind.
Anatolia, I, 1956. Los problemas sobre la entrada al Mar Negro están estudiados por Graham en *Bull. Inst. Class. Stud. London*, V, 1958, y sobre la colonización en *Journ. Hell. Stud.*, XCI, 1971. Sobre la ubicación de colonias en la costa occidental, Short en *Liverpool Annals*, XXIV, 1937. También me he servido con provecho de una tesis inédita sobre la colonización del Mar Negro XVIII y XXIII, 1952 y 1960. Turquía: informes en Akurgal, *Sinope*, 1956,

ORIGEN DE LAS ILUSTRACIONES

LAMINAS

Instituto Alemán de Atenas, 1a, 4a
Escuela Francesa de Atenas, 1b
Museo Ashmolean, 2a, 2b, 3b, 12a, 12b, 12c, 19a, 19b, 19c, 20b
Museo Británico, 5c, 9d, 10a, 12d, 15b, 18c, 20c, 21a
Griffith Institute, Oxford, 8a
Museo de Bellas Artes de Boston, 13a, 13b
Hogarth, *Ephesus*, 1c
Amer. Journ. Arch., 2c, 7b, 7c
Ideo Antro., 3a
Del autor, 5b, 5d, 18a
Kunze, *Kretische Bronzereliefs*, 4b
Boardman, *Cret. Coll. Oxford*, 6a
Carchemish, 5b
Akurgal, *Phryg. Kunst.*, 7a
Hampe, *Kret. Löwenschale*, 8b
Grabdenkmal Sahu-re, 9a
Pfuhl, *Malerei und Zichnung*, 10b
Furtwängler-Reichhold, *Gr. Vasenmalerei*, 11
Brea, *Mus. e Mon. in Sicilia*, 14b, 18b
Arch. Reports 1969-70, 15a
Arch. Reports 1959-60, 20a
Arch. Reports 1962-63, 21b
Rumpf, *Chalk. Vasen*, 16a
Joffrey, *Trésor de Vix*, 16a, 17
Beazley, *Dev. Attic Black-figure*, 21c
Rostovtzeff, *Iranians and Greek*, 22
Borovka, *Scythian Art.*, 23a, 23b

FIGURAS

Brit. School Ann., 3a, 5, 7
Thomson, *Hist. Anc. Georg*, 4
Boardman, *Greek Emporio*, 6, 29b, 38
Lehmann, *Guide*, 7
Vrokastro, 8a
Lamb, *Greek and Roman Bronzes*, 8b
Wolley, *A Forgotten Kingdom*, 11
Ideo Antro., 12a, 35
Artemis Orthia, 12b, 22a
Hogarth, *Ephesus*, 12c
Barnett, *Nimrud Ivories*, 12d
Et. d'Arch. class., 13a, 14
Arch. Reports 1959-60, 13b, 28
Dunbabin, *Greeks and Eastern Neighbours*, 13c, 13b, 21b, 24b, 30

Arch. Anz., 15b, 20b
Ol. Ber., 16a
Ist. Mitt., 16b
Kunze, *Kretische Bronzereliefs*, 17
Blinkenberg, *Lindiaka*, 18
Boardman, *Cret. Coll. Oxford*, 19a
Fortetsa, 19b
Ohly, *Gr. Goldbleche*, 20a, 20b
Berytus, 21a
Barnett, *El or. dans la rel. gr.*, 2b
Tell Halaf, 25a
Payne, *Necroor*, 25b
Syria, 26a, 26b
Körte, *Gordion*, 28
Amer. Journ. Arch., 29a, 33
Anatolia, 31
Journ. Hell. Stud., 32a, 41a
Lydion, 32b
Iran, 34
Tanis, 39
Arch. Rel. Wiss., 40, 48a
Puchstein, *Die ionische Säule*, 42a
Annuario, 42b
Liverpool Ann., 44a
Danish Nat. Mus. Cat., 44b
Cairo Cat., 45a
Minns, *Scythians and Greeks*, 45b, 76a, 76c, 76d, 77a
Furtwängler-Reichholds, *Gr. Vasenmalerei*, 47
Karovzov, *Amasis Painter*, 50a
Ann. du Service, 52
Röm. Mitt., 53
Bull. Corr. Hell. 55
Neutsch, *Tas nynphas*, 56
Mon. Ant., 58
Akerström, *Geom. Stil.*, 59a, 59b
Poulsen, *Der Orient*, 61
Bellido, *Hisp. Graeca*, 62, 63
Rev. Arch., 64a
Louis y Taffanel, *Le prem. âge du fer Languedocien*, 64b, 64c
Frey, *Entstehung*, 66
Akurgal, *Phryg. Kunst*, 67a, 67b, 67c, 67d
Zisi-Popovic *Iliri i Grci*, 68
Wiss. Mitt. Bosn. Herz., 69
Schede, *Meisterwerke*, 71
Sov. Arch., 73a
Mat. Res., 73b
Ebert, *Reallex. Vorgesch.*, 76b
Radet, *Kybebe*, 77b
Praeh. Zeitschr., 78

INDICE ANALITICO





a Marfil de Atenas



b Marfil de Delfos



c Marfil de Efeso



a Esfinge de mármol de Al Mina

b Placa de arcilla de Creta



c Vasija de bronce de Gordion



a Escudo de bronce de la gruta del Ida, Creta



b Cuenco fenicio de bronce de Olimpia



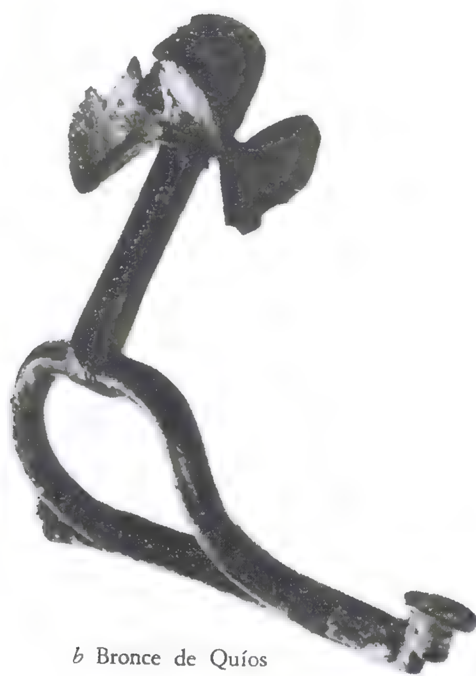
a Sirena de bronce de Olimpia



b Tímpano de bronce de la gruta del Ida, Creta

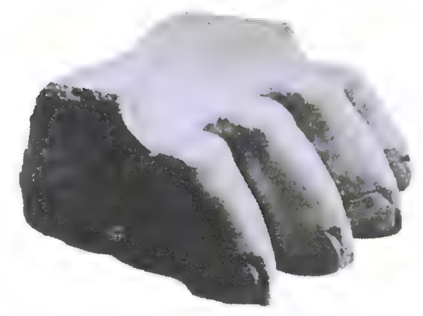


a Marfil de Perachora



b Bronce de Quíos

c Oro de Rodas



d Mármol de Quíos

6

a Vasija de bronce en forma de cabeza de la gruta del Ida, Creta

b Escudo de bronce de Karkemish

7



b Tumba pintada de Elmali

a Vaso de Gordion



c Piedra incisa de Persépolis



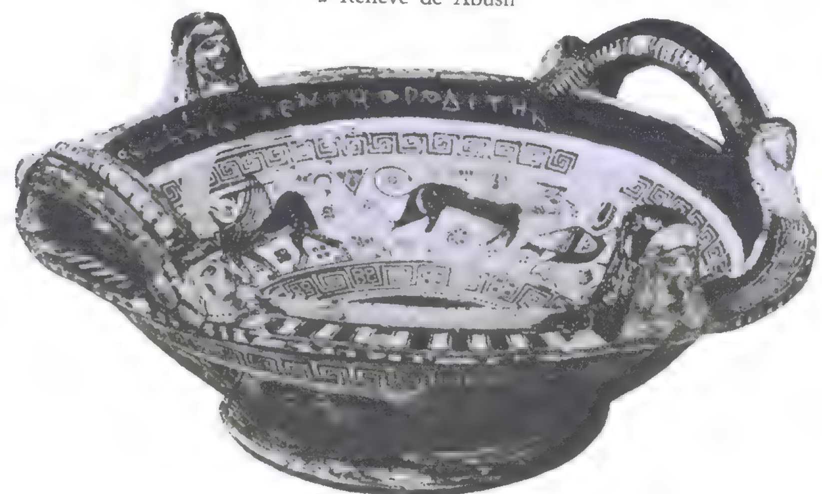
a Abu Simbel



b Vaso cretense de arcilla



a Relieve de Abusir



b Cuenco quiense de Naucratis



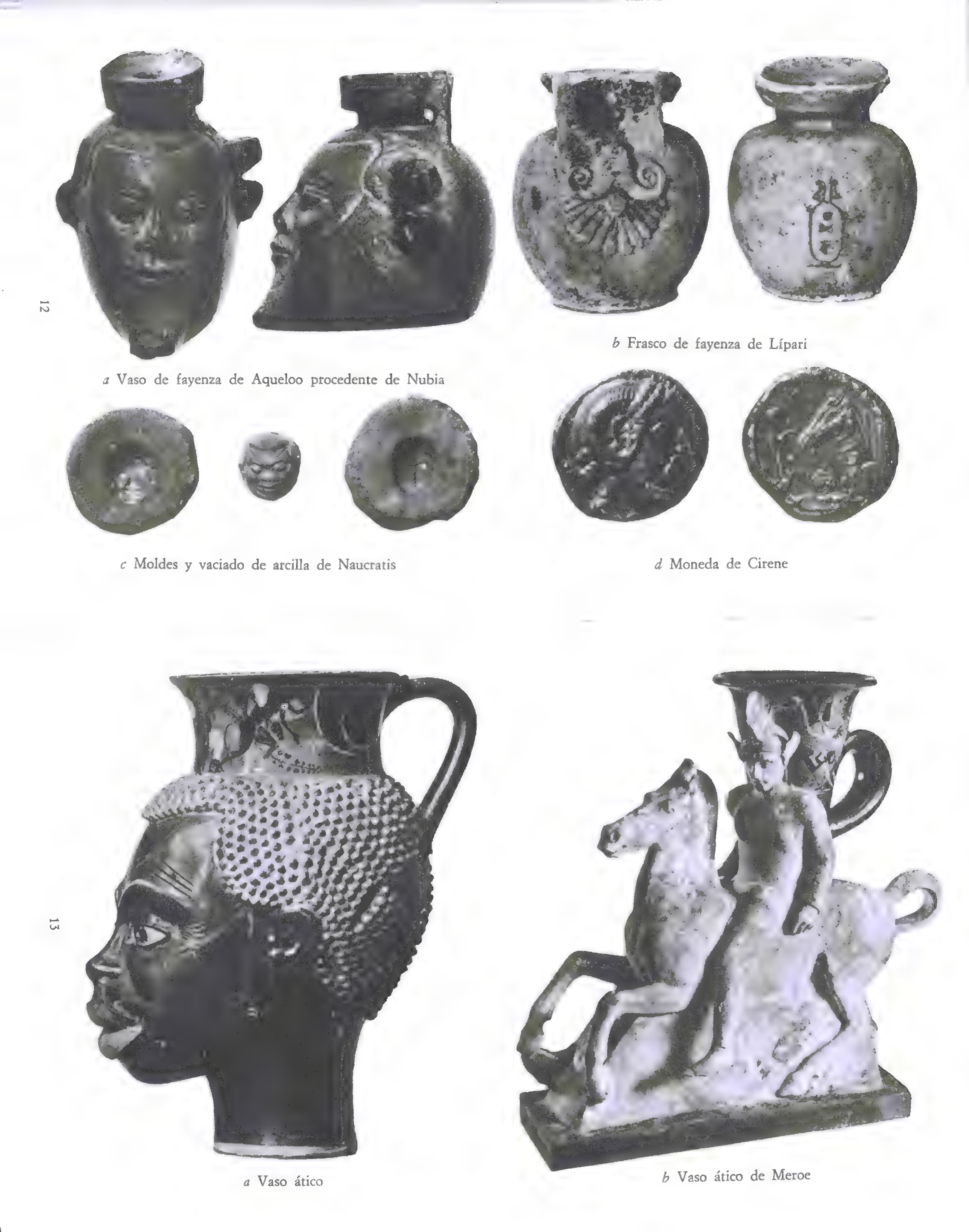
a Sítula de arcilla de Dafne





b Vaso espartano de Arkesilas

Vaso ceretano de Busiris



12

a Vaso de fayenza de Aqueloo procedente de Nubia

b Frasco de fayenza de Lípari

c Moldes y vaciado de arcilla de Naucratis

d Moneda de Cirene

13

a Vaso ático

b Vaso ático de Meroe



a Metopa del Heraion de Posidonia



b Estatua de Mégara Hiblea



a Tumba pintada de Posidonia



b Placa de arcilla de Caere

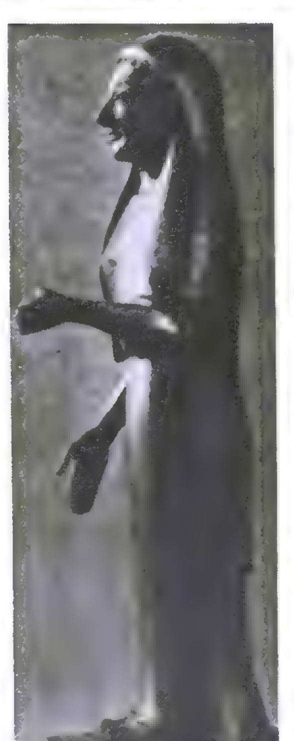


a Vaso calcidio



b Vaso de bronce de Vix





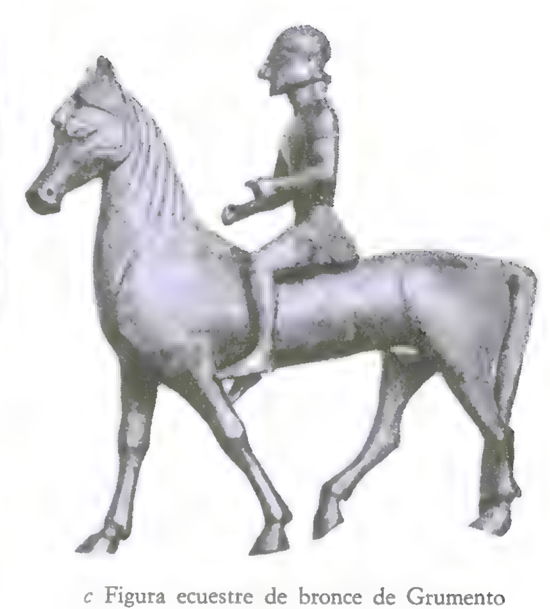


Detalles del vaso de bronce de Vix

a La «Basílica» de Posidonia



b Altar de arcilla de Siracusa



c Figura ecuestre de bronce de Grumento



a Moneda de Siracusa

b Monedas de Selinunte y Zancle



c Moneda de Metaponte



d Vasija de bronce de Grächwyl



a Plato de Tasos



b Moneda de Tasos



c Moneda del norte de Grecia



a Vaso de la Tróada



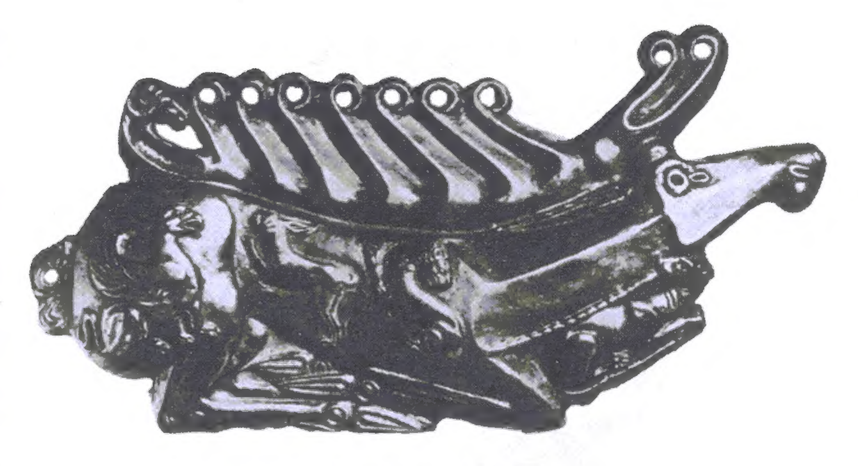
b Cuello de un vaso de Choperskie



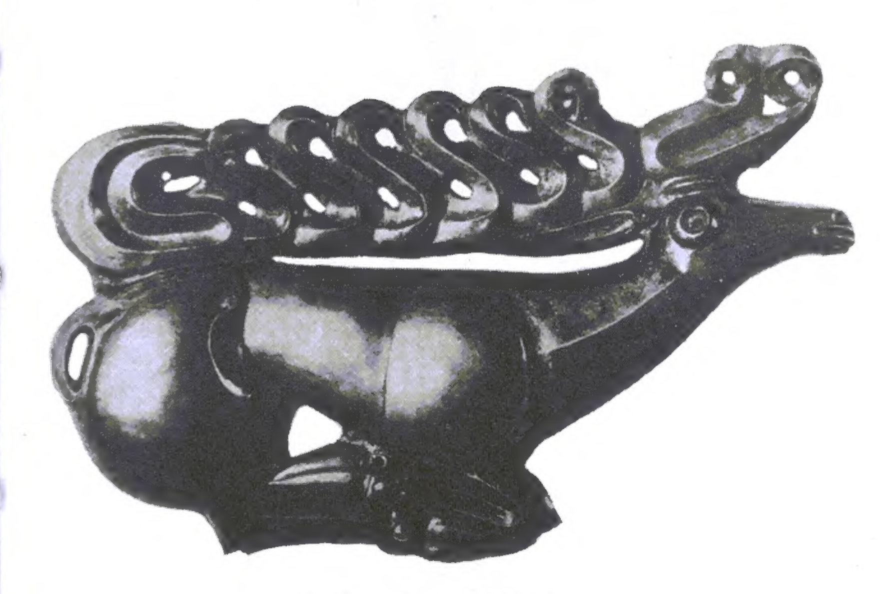
c De un vaso ático



Espejo de plata dorada de Kelermes



a Ciervo de oro de Kul Oba



b Ciervo de oro del Kubán



Pez de oro de Vettersfelde

Durante la Grecia clásica —estudiada en obras como «La Atenas de Pericles» de C. M. Bowra (LB 514) o «La democracia ateniense» de Francisco Rodríguez Adrados (AU 107)— se realizó la primera experiencia histórica de gobierno democrático, se crearon objetos de arte y obras literarias que todavía en nuestros días sirven de modelo, y se plantearon buen número de las cuestiones filosóficas y morales que aún preocupan a la humanidad. Ahora bien, para comprender plenamente ese poderoso florecimiento, raíz de la civilización occidental, resulta preciso situarlo en el más amplio contexto temporal y espacial de las centurias que le precedieron y de las influencias de culturas más antiguas que le sirvieron de estímulo inicial. El núcleo de la presente obra estudia las actividades de LOS GRIEGOS EN ULTRAMAR —sus relaciones de doble sentido con los bárbaros y los pueblos civilizados de la cuenca mediterránea— durante el período que se extiende aproximadamente entre los comienzos del siglo VIII y el año 480 a.C. JOHN BOARDMAN estudia EL COMERCIO Y LA EXPANSION COLONIAL ANTES DE LA ERA CLASICA fundamentalmente sobre la base de las pruebas arqueológicas, aunque también utilice los testimonios de los historiadores antiguos. El relato comienza con los contactos entre los griegos y las civilizaciones de Mesopotamia y el Valle del Nilo; el legado recibido del Este y del Sur —el alfabeto, la arquitectura y la escultura— servirá de materia prima para una impresionante empresa de creación teórica, artística e institucional transmitida luego a los pueblos del Norte y el Oeste. A lo largo de tres siglos los griegos dejan de ser discípulos para convertirse en maestros; y ... reza pasan a una posici... ura y a la expansión p... , Francia, norte de Af... en competencia con p...

Alianza Editorial

Casco griego. Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera. Fotografía: Oronoz.